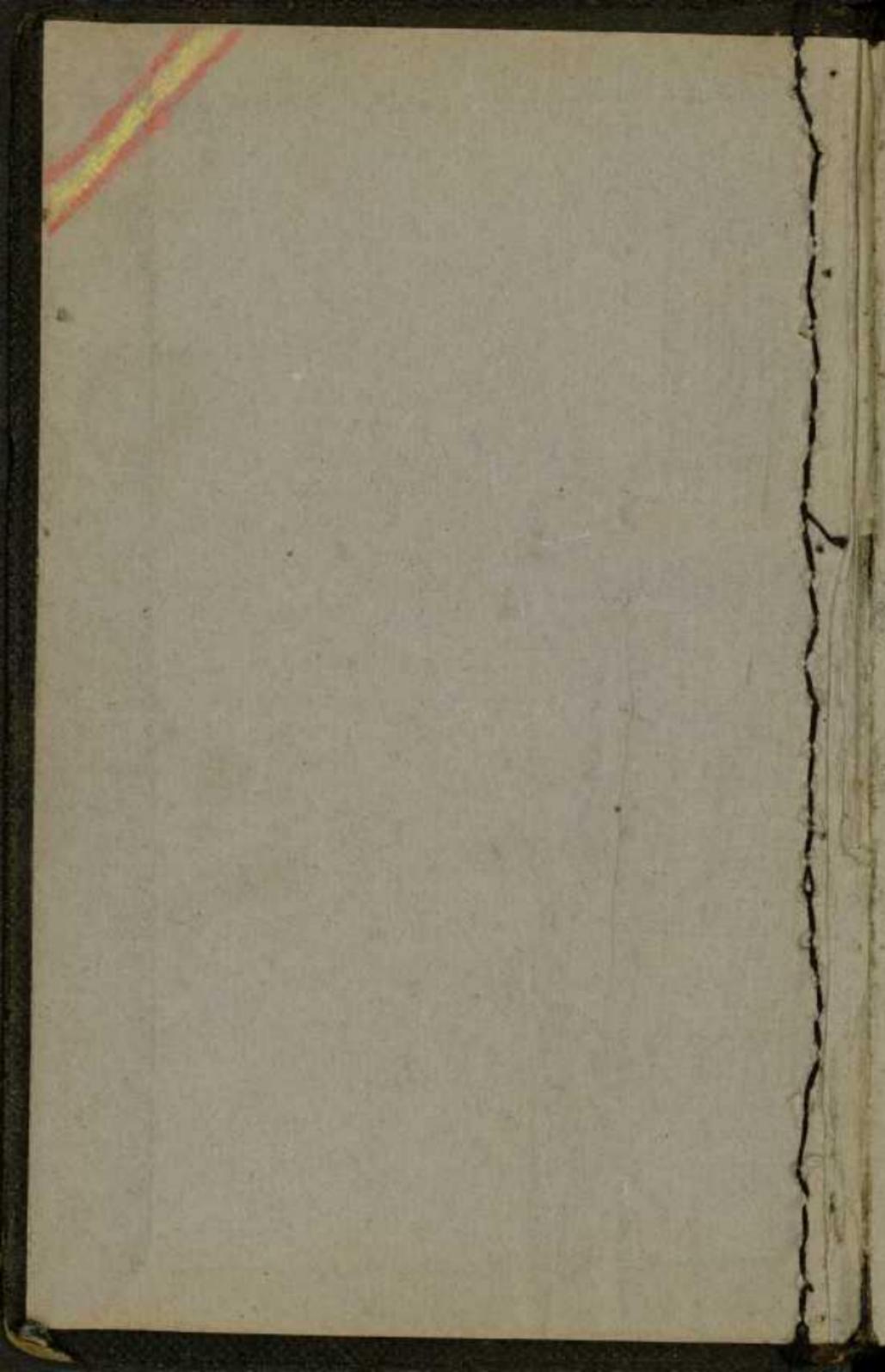


Familia Señero
del Hospital de Socorro



1883



Geoclora Rodriguez
"Falcucilla"

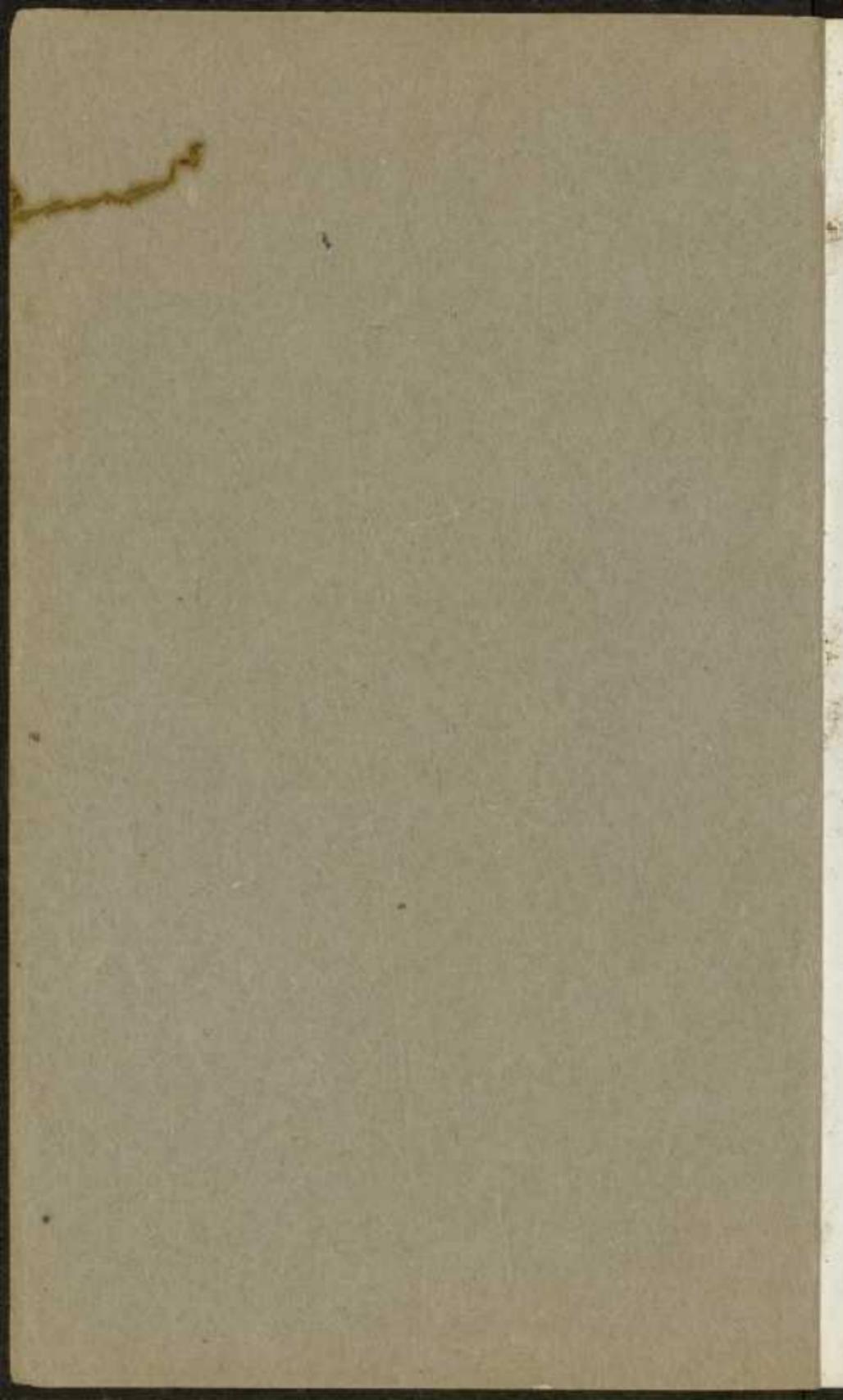
Webster, H. & G.
Burgos

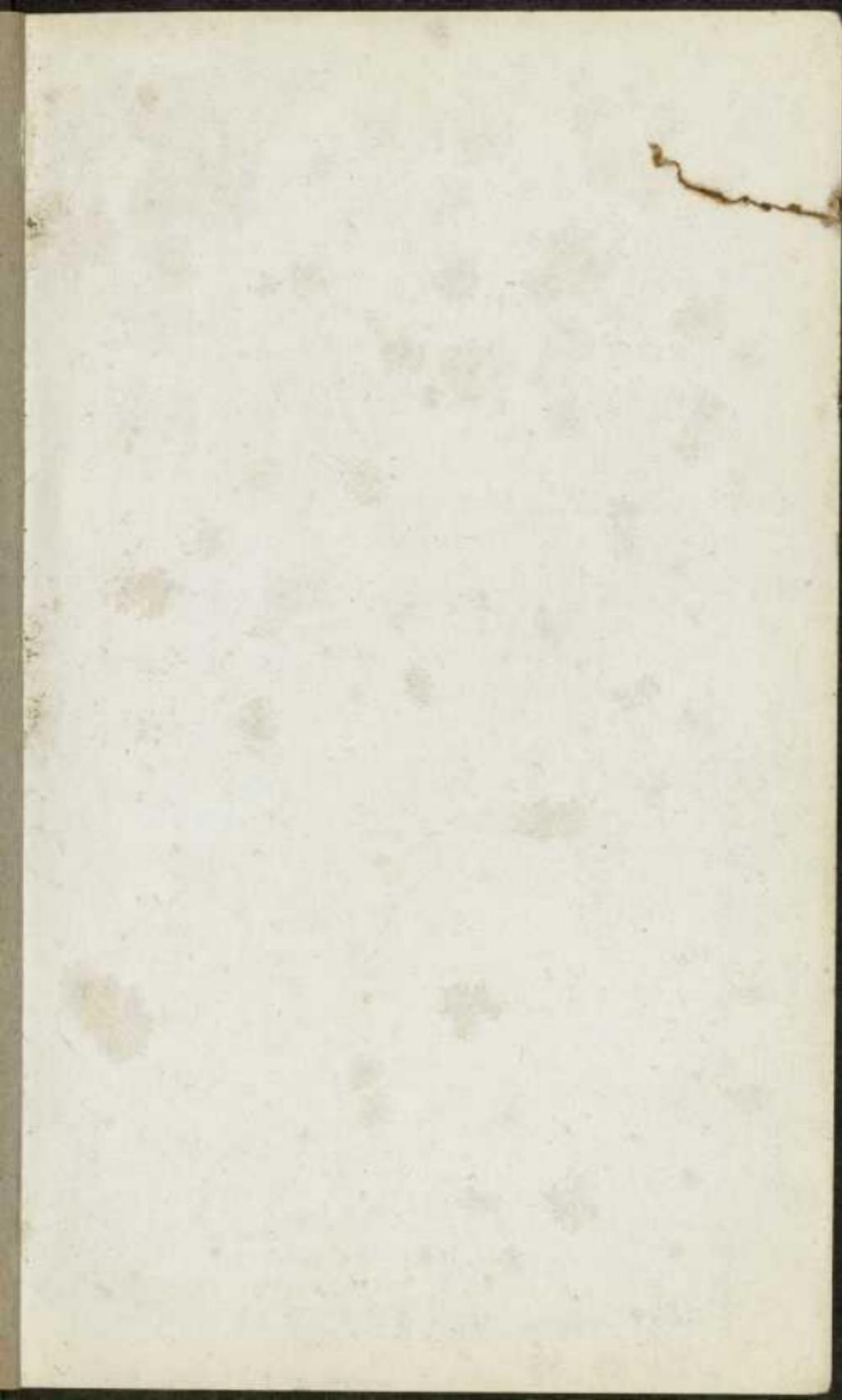
2028378
B. 75507376
26639

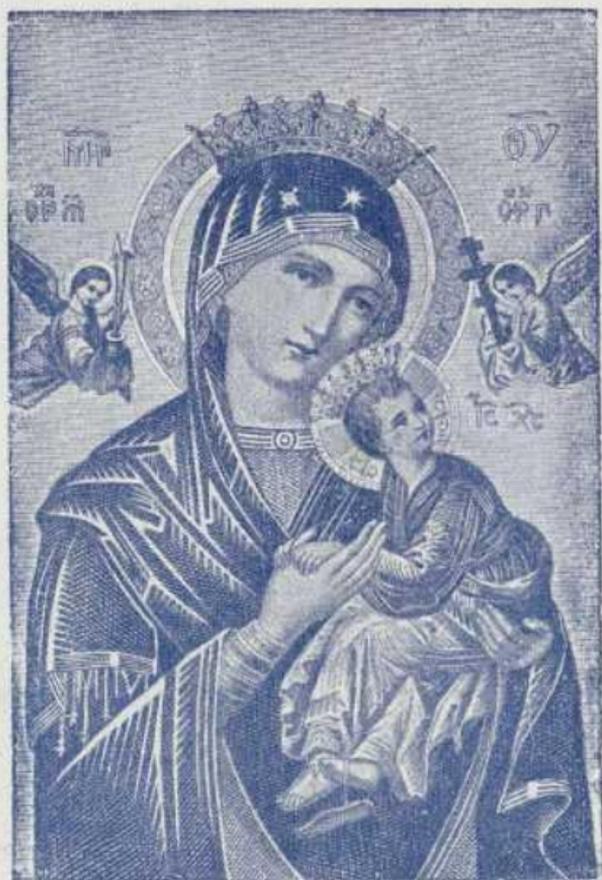
B. Pública de Burgos



75507376 26639







Nuestra Señora del Perpetuo Socorro,

EL DEVOTO

DE

Ntra. Sra. del Perpetuo Socorro



MANUAL ENTRESACADO DE LAS OBRAS ASCÉTICAS DE S. ALFONSO MARIA DE LIGORIO

POR

UN PADRE REDENTORISTA

CON APROBACION ECLESIASTICA

NOVENA EDICION CORREGIDA Y AUMENTADA

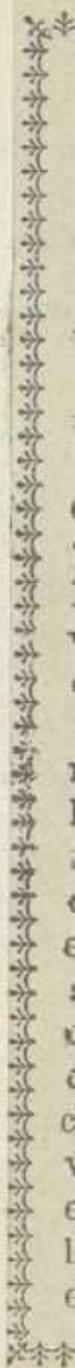


MADRID

Administr.: EL PERPETUO SOCORRO

Calle de Manuel Silvela, 12.

1926



ADVERTENCIA

Alma fiel, el MANUAL que a tu devoción ofrecemos es como un ramillete formado de las más preciosas flores de la piedad cristiana, con tanta profusión esparcidas en las principales obras ascéticas del dulcísimo Doctor San Alfonso María de Ligorio. Fuera de algunas breves instrucciones y de varias oraciones especiales (con que nos ha parecido deber enriquecer nuestro Devocionario), todo es del Santo Doctor: tuyas las máximas, tuyos los sentimientos y afectos, tuyas, en fin, las palabras y la doctrina; sólo el orden de los diversos ejercicios es cosa nuestra. Los frutos de salvación que en las almas han producido las enseñanzas de San Alfonso y el deseo ardiente de dar al pueblo uno como extracto de sus celestiales y suavísimos escritos (pues el haberlos todos es para muchos harto difícil), han sido los móviles que nos han impulsado a emprender el trabajo de entresacar, tra-

ducir y ordenar estos ejercicios piadosos.

Grande ha sido la aceptación que EL DEVOTO DE NUESTRA SEÑORA DEL PERPETUO SOCORRO ha tenido entre las almas piadosas, y en especial entre numerosos asociados de la Archicofradía de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro y San Alfonso.

¡Plegue a Dios y a su Santísima Madre, Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, bendecir largamente este MANUAL, para que vaya por doquier fomentando la piedad y haciendo germinar en las almas frutos de santidad y vida eterna!





BREVE RESEÑA

ACERCA DE LA IMAGEN DE

Nuestra Señora del Perpetuo Socorro

LA milagrosa imagen de NUESTRA SEÑORA DEL PERPETUO SOCORRO fué llevada a Roma por un piadoso mercader, que desde la isla de Creta navegaba hacia las costas de Italia. Apenas había dejado el puerto de Creta, cuando una furiosa tempestad amenazó sumergir el buque en el fondo del mar. Entonces el buen mercader sacó la Imagen de María y exhortó a los pasajeros a encomendarse a ella. No bien comenzaron a invocarla, se calmó el mar y llegaron

felizmente al puerto romano. Pasó el mercader a Roma con intención de continuar su viaje; pero dispuso la divina Providencia que allí muriese, para que tan rico tesoro quedase en la capital del mundo católico y se hiciese fuente inagotable de extraordinarios prodigios.

El mercader, antes de morir, dejó a un su amigo la augusta Imagen, a condición de que la hiciese exponer en una iglesia; pero quedó oculto el cuadro en casa del huésped, porque su mujer se obstinó en no permitir que lo llevasen. Calló el buen hombre por no disgustar a su consorte; pero no guardó silencio la Madre de Dios, la cual había querido permaneciese en Roma esta su efigie, no para beneficio de una sola familia, sino para socorro de las necesidades de todo el pueblo. María se le apareció en sueños por tres veces, y le declaró que si no cumplía la palabra dada al difunto mercader vendría sobre él gravísimo castigo. Contó el romano lo sucedido a su esposa; y como obtuviese una contestación desagradable, calló y dejó de obedecer a la Santísima Virgen. Mas

poco después enfermó gravemente y en breve murió.

No por eso se movió la desaconsejada viuda a cumplir la voluntad del testador y las reiteradas instancias de María, cuando una inocente niña, la menor de la casa, corrió un día a arrojarle en los brazos de su madre, diciéndole: ¡Ay mamá!, he visto una Señora, y me ha dicho: "Ve al instante a tu madre y a tu abuelo, y diles que NUESTRA SEÑORA DEL PERPETUO SOCORRO quiere ser expuesta en una iglesia". Conmovidada la madre al oír estas palabras, determinó hacer lo que le mandaban, pero otra mujer, con insensatas blasfemias, le aconsejó que guardase la Imagen. Apenas acabó de hablar esta infeliz cuando se sintió atacada de agudos dolores, y conociendo que Dios justamente la castigaba, pidió a voces perdón a la Virgen, la cual, como propio de su amor maternal, escuchó sus preces, y con sólo tocar su Imagen le devolvió la salud. Resolvióse entonces la viuda a cumplir la voluntad de María, pero ignoraba cuál fuerá el lugar por la Virgen escogido, donde quería

ser colocada. La complaciente Señora se apareció de nuevo a la niña y le dijo estas palabras: "Quiero estar entre mi querida iglesia de Santa María la Mayor y la de mi amado hijo adoptivo San Juan de Letrán". Sabedora la madre de la última voluntad de María, llamó a los Agustinos, que custodiaban la iglesia de San Mateo in Merulana, y les cedió la Imagen, célebre desde aquel momento por tantos prodigios. La traslación se hizo con gran concurso de gente, el 27 de marzo de 1499. Al ser conducida la veneranda efigie a la iglesia de San Mateo, la tocó una persona que tenía un brazo paralizado, y recobró al instante la salud. Este fué el primer milagro y el comienzo de las muchas gracias que Dios obró por su mediación en los trescientos años que estuvo expuesta en aquella iglesia, destruída después por el ejército de Napoleón que tomó a Roma.

Cerca de sesenta años permaneció la santa Imagen oculta en un oratorio privado; mas la Virgen Santísima, que había reservado para estos nuestros tiempos su maravilloso descubrimiento, ins-

piró al Soberano Pontífice Pío IX ordenar que NUESTRA SEÑORA DEL PERPETUO SOCORRO volviese a ser venerada entre las basílicas Lateranense y Liberiana y se expusiese en la iglesia de la Congregación del Santísimo Redentor, sobre el Esquilino.

Desde entonces la devoción a la Imagen milagrosa se enseñoreó de la ciudad de Roma. Los pobres, los enfermos, los desgraciados, acudían en tropel al trono de María para impetrar socorro en sus necesidades, recompensando la Santísima Virgen esta filial confianza con numerosos milagros. Un año después la Santidad de Pío IX mandó coronar la Virgen con corona de oro, como se acostumbra hacer con las imágenes más veneradas. En 23 de mayo de 1872 se fundó canónicamente en honor de esta Imagen una Cofradía, que fué elevada a Archicofradía en 31 de marzo de 1876 por la Santidad de Pío IX, quien la enriqueció con muchos privilegios e indulgencias, y su festividad se fijó para el domingo precedente a la de

la Natividad de San Juan Bautista (1). Desde entonces también la devoción y el culto a NUESTRA SEÑORA DEL PERPETUO SOCORRO se han extendido por el mundo entero con rapidez admirable. En Italia, en Francia, en Inglaterra, en Bélgica, en España y en América hay más de *seiscientos santuarios* donde la VIRGEN DEL PERPETUO SOCORRO es objeto de la más tierna devoción, y en todas partes la Reina del Cielo se ha dignado justificar con innumerables favores su magnífico título de MADRE DEL PERPETUO SOCORRO.

Recurramos, pues, con fe a la Santísima Virgen, honrémosla y procuremos que también sea honrada por nuestros hermanos.

A este fin Su Santidad el Papa Pío IX, que profesaba una tierna devoción a NUESTRA SEÑORA DEL PERPETUO SOCORRO, concedió trescientos días de indulgencia por cada vez que se visite la augusta Imagen, e indulgencia plenaria cada año para el día en que se celebre su fiesta.

(1) Al presente la fiesta de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro tiene día fijo, que es el *27 de junio*.

Días en que hay obligación
de oír Misa y no se puede trabajar

Todos los domingos del año.

Circuncisión.....	1 de enero.
Epifanía.....	6 de enero.
San José.....	19 de marzo.
Ascensión del Señor.....	Fiesta movable.
Corpus Christi.....	Fiesta movable.
San Pedro y San Pablo..	29 de junio.
Santiago (en España)....	25 de julio.
Asunción de María Santí- sima.....	15 de agosto.
Todos los Santos.....	1 de noviembre.
Inmaculada Concepción.	8 de diciembre.
Navidad.....	25 de diciembre.

La ley del ayuno y abstinencia en Es

DIAS	Por ley general.	Con bula.	Militares sin bula.
Viernes del año.....	Abstinencia.	(3)	(5)
Miércoles de Ceniza.....	Abs. y ayu.	Ayuno.....	Abs. y ayu.
Miércoles de Cuaresma...	Ayuno.....	Ayuno.....	
Viernes de Cuaresma....	Abs. y ayu.	Abs. y ayu.	Abs. y ayu.
Sábado de Cuaresma.....	Abs. y ayu.	Ayuno.....	Ayuno.....
Días restantes de idem ..	Ayuno.....		
Lunes Santo	Ayuno.....		Ayuno.....
Martes Santo	Ayuno.....		Ayuno.....
Miércoles Santo	Ayuno.....	Ayuno.....	Ayuno.....
Jueves Santo	Ayuno.....		Ayuno.....
Viernes Santo	Abs. y ayu.	Abs. y ayu.	Abs. y ayu.
Sábado Santo (1)	Abs. y ayu.	Ayuno.....	Abs. y ayu.
Vigilias: Pentecostés.....	Abs. y ayu.	Abs. y ayu.	
Idem Asunción.....	Abs. y ayu.	Abs. y ayu.	
Idem Todos los Santos....	Abs. y ayu.		
Idem Navidad.....	Abs. y ayu.	Abs. ay. (4).	
Miér. de Témporas (2)....	Abs. y ayu.	Abstinencia.	
Viernes de Témporas.....	Abs. y ayu.		
Sábado de Témporas.....	Abs. y ayu.		

Disposiciones generales. Edad: La abstinencia (abs.) obliga desde los siete años cumplidos. El ayuno desde los veintiuno cumplidos hasta los sesenta. Abstinencia: Se prohíbe la carne y caldo de carne; pero no los huevos, lactiños y condimentos, que se permiten todos los días del año; cuando coincide con el ayuno debe observarse la forma de éste.—Ayuno: consiste en una sola comida, permitiéndose la par-

paña, América española y Filipinas.

Militares con bula.	Familia de militares con bula.	Familia de militares sin bula	Real Casa.	América española y Filipinas.
(5)	(6)		(7)	
Ayuno.....	Ayuno.....	Abs y ayu.		Abs., ayuno.
Abs. y ayu.	Abs. y ayu.	Ayuno.....	Ayuno.....	Ayuno.
Ayuno.....	Ayuno.....	Ayuno.....		Abs., ayuno.
		Ayuno.....		
		Ayuno.....		
		Ayuno.....		
Ayuno.....	Ayuno.....	Ayuno.....		
		Ayuno.....		Abs., ayuno.
Abs. y ayu.	Abs. y ayu.	Abs. y ayu.	Abs. y ayu.	Abs., ayuno.
Ayuno.....	Ayuno.....	Ayuno.....		
		Ayuno.....		Abstinencia.
		Ayuno.....		Abstinencia.
	Ayuno (4)...	Ayuno.....		
		Ayuno.....		Abstinencia.
		Ayuno.....		
		Ayuno.....		
		Ayuno.....	Absti. (7)...	(8)

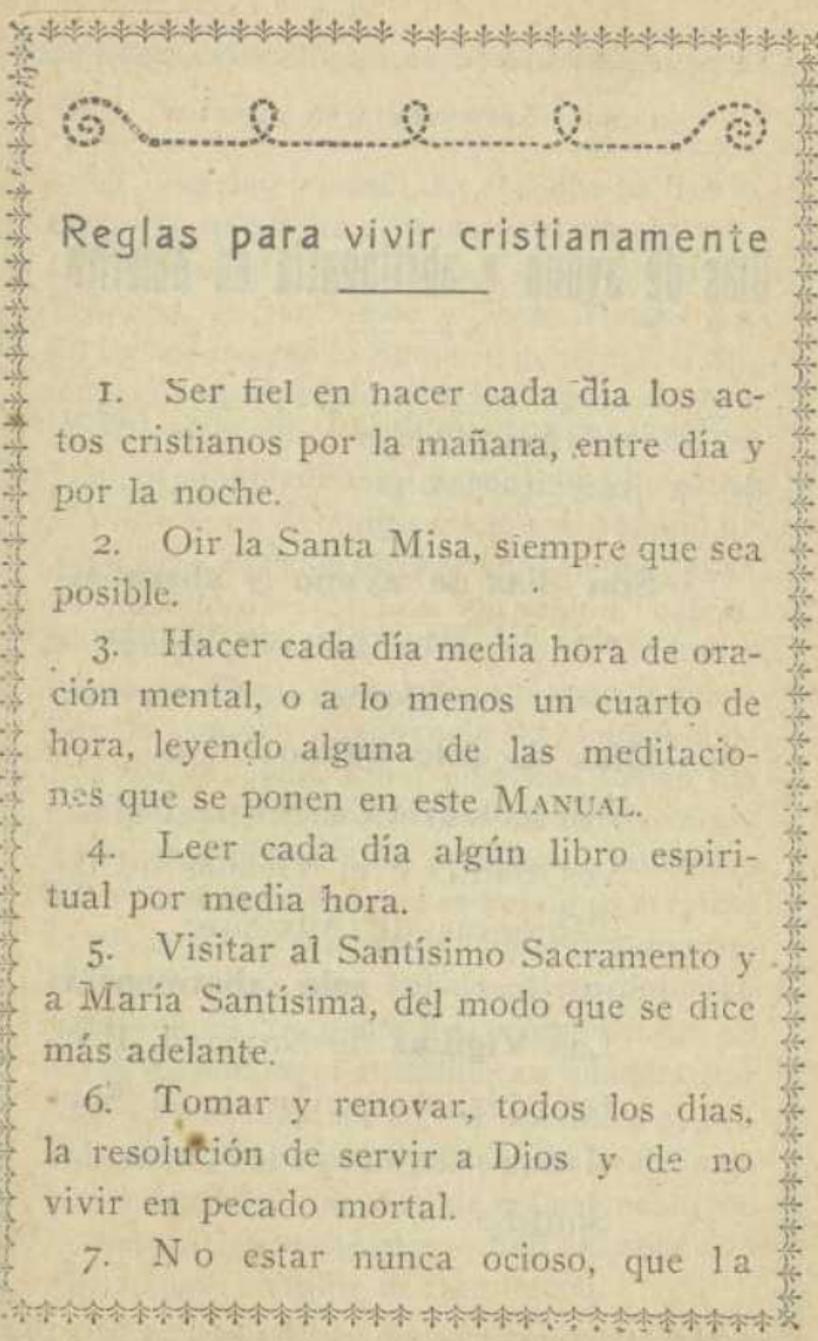
vedad y colación con la cantidad y calidad de alimentos tasados por la costumbre de los lugares. Es lícito permutar la comida con la colación, y no siendo abstinencia se puede promiscuar.—N. B. 1.º Con la bula puede hacerse uso de los huevos y lactiños en la parvedad y colación, sin aumentar por eso la cantidad permitida en estas refecciones.

(1) Por ley general, en el Sábado Santo cesan al medio día el ayuno y abstinencia.— (2) Las cuatro de Cuaresma, de la Santísima Trinidad, de San Mateo y Santo Tomás Ap. (3) Debe tomarse el Sumario general y el Sumario de abstinencia.— (4) La Vigilia de Navidad se anticipa al sábado precedente de las Témporas inmediatas, menos cuando dicha Vigilia cae en domingo o ella y el sábado de Témporas en fiesta de precepto, en que cesan en absoluto.— (5) Los sargentos, cabos, trompetas, cornetas, músicos y los soldados rasos de mar y tierra gozan dispensa absoluta de ayuno y abstinencia sin limitación de tiempos ni casos. Igual dispensa tienen las clases del Ejército y de la Armada en campaña o expedición. Los privilegios militares sólo alcanzan a los que se hallan en servicio activo.— (6) La familia de militares comprende a todos y a sólo los que viven habitualmente en su compañía y se mantienen de su mesa y comida; si el militar se ausenta por más de tres días, no se les comunica el privilegio.— (7) Los personajes de la Real Casa, la servidumbre que vive de la Real mesa, los comensales y huéspedes.— (8) Es abstinencia sin ayuno la Vigilia de San Pedro.

Días de ayuno y abstinencia en América

Para mayor facilidad de los fieles de la América latina:

- I.—**Son días de ayuno y abstinencia:** El Miércoles de Ceniza y todos los Viernes de Cuaresma.
- II.—**Días de solo ayuno:** Todos los Miércoles de Cuaresma, el Jueves Santo y el Viernes de las Témporas de Adviento.
- III.—**Son días de sola abstinencia:** Las **Vigilias** de Navidad, Pentecostés, Asunción de la Santísima Virgen y de Todos los Santos.



Reglas para vivir cristianamente

1. Ser fiel en hacer cada día los actos cristianos por la mañana, entre día y por la noche.

2. Oír la Santa Misa, siempre que sea posible.

3. Hacer cada día media hora de oración mental, o a lo menos un cuarto de hora, leyendo alguna de las meditaciones que se ponen en este MANUAL.

4. Leer cada día algún libro espiritual por media hora.

5. Visitar al Santísimo Sacramento y a María Santísima, del modo que se dice más adelante.

6. Tomar y renovar, todos los días, la resolución de servir a Dios y de no vivir en pecado mortal.

7. No estar nunca ocioso, que la

ociosidad es la madre de los vicios: apartarse de las malas compañías y de toda mala ocasión, especialmente de aquellas en que pelagra la castidad, como son bailes, amoríos, conversaciones demasiado libres con cualquiera clase de personas, lectura de novelas u otros escritos peligrosos.

8. Si se tiene la desgracia de caer en pecado mortal, arrepentirse sin tardanza, proponiendo la enmienda, y confesarse cuanto antes.

9. Confesar y comulgar varias veces en el año, escogiendo, si es posible, un confesor sabio y virtuoso, que con sus consejos y amonestaciones ayude a refrenar y combatir las malas pasiones.

10. Agregarse a las asociaciones piadosas, pues en ellas se sirve con más fervor a Nuestro Señor y a la Santísima Virgen y se asegura mejor la eterna salvación.

II. Obsequiar a María Santísima, ayunando los sábados y las vigili-
as de sus principales fiestas, o haciendo alguna mortificación corporal con el consentimiento del confesor.

12. Celebrar las novenas de dichas festividades, y las de Navidad, del Espíritu Santo, del Sagrado Corazón de Jesús, de San José, etc., como se dirá más adelante, rezando, cada uno de los nueve días, nueve *Avemarías*.

13. Hacer cada mes un día de retiro espiritual en la forma que se dirá en este MANUAL.

Poner gran cuidado en el cumplimiento de los deberes particulares del propio estado.

Pocos son los que reparan en esto, y por lo mismo muchos son los que se condenan.



PARTE PRIMERA

Donde se trata de algunos medios generales de santificación y perseverancia

I DE LA ORACION

La meditación

Método para meditar.

LA oración mental, o meditación, es uno de los ejercicios más esenciales de la vida cristiana; pues siendo nuestro único fin amar a Dios, esta oración es a manera de hoguera en que se encienden las almas en el amor divino, se-

gún lo atestigua el salmista (Salmo XXXVI, 4).

La experiencia enseña que las almas que se dedican a la oración mental difícilmente caen en culpas graves; y si por desgracia caen alguna vez en ellas, si no abandonan la meditación, luego se arrepienten y vuelven a Dios, porque meditación y pecado mortal no pueden permanecer juntos largo tiempo en un alma. Muchos rezan el Rosario, el Oficio de la Virgen, ayunan, etc., y, esto no obstante, continúan en el pecado; pero el que medita es imposible que continúe siendo por mucho tiempo enemigo de Dios.

El lugar mas acomodado para la meditación es la iglesia; pero los que no pueden acudir a ella pueden hacerla en cualquier otro lugar donde se encuentre más quietud, y hasta en el campo y durante el trabajo, pues el que busca a Dios, en todo lugar le encuentra.

Respecto al tiempo, el más a propósito es el de la mañana, pero si las ocupaciones estorbaren entonces se hará en otra cualquiera hora del día; lo que importa es no dejar de hacerla a una u otra hora.

Para hacer bien la oración mental puede adoptarse el método siguiente: Se divide la oración en tres partes, que

son: I. *Preparación*.—II. *Consideración*.—III. *Conclusión*.

I. La *Preparación* contiene tres actos, que son: de fe en la presencia de Dios; de humildad en vista de la propia bajeza; de petición de la divina asistencia; helos aquí: 1.º *Dios mío, creo que estáis aquí presente, os adoro desde el abismo de mi nada*.—2.º *Dios mío, debería estar ahora en el infierno por mis pecados, de los que me pesa por haberos ofendido a Vos, bondad infinita, y os suplico me perdonéis por vuestra misericordia*.—3.º *Eterno Padre, por el amor de Jesús y de María, iluminadme en esta oración, para que sea provechosa para mi alma*.

En seguida se reza una *Ave María* a la Santísima Virgen para implorar su asistencia, y un *Gloria Patri* a San José, al Ángel Custodio y a los Santos abogados. Estos actos han de hacerse atenta, pero brevemente, y luego se pasa a la

II. *Consideración*.—Para ésta es conveniente valerse del presente o de algún otro libro análogo. Adviértese que se ha de leer el punto despacio, y después dejando el libro, se repasará mentalmente lo que se ha leído, deteniéndose en el pasaje que más llame la atención y conmueva el alma. Dice San Francisco de Sales que en esto se debe seguir la prudente conducta de las abejas, que se de-

tienen en una flor hasta extraer toda la miel que hay en ella, y después pasan a otra. Quien no sepa leer, podrá hacer la meditación deteniéndose en considerar los novísimos, los beneficios de Dios, y, mejor, algún misterio de la Pasión de Jesucristo. Pero la mayor utilidad de la oración mental no consiste tanto en la consideración como en hacer diferentes afectos, formar buenos propósitos y hacer fervorosas súplicas, que son los frutos principales de esta oración. Por lo tanto, después de haber meditado algún punto, cuando el alma se sienta conmovida, es menester levantar el corazón a Dios por medio de actos de amor y de contrición, mezclados con breves y fervorosas súplicas, pidiendo a Dios la remisión de los pecados, el fervor, la perseverancia final, una dichosa muerte, la eterna bienaventuranza, y, sobre todo, el don de su santo amor.

Es, además, necesario que, en el discurso de la oración, o al fin de ella, se haga también en particular propósito, v. gr., de precaverse, con mayor cuidado, de algún defecto en que se ha caído con más frecuencia, o de ejercitarse, con más ardor que antes, en alguna virtud, verbi gracia, sufrir con más paciencia las molestias de tal o cual persona.

III. La *Conclusión*.—Se compone ésta de tres actos: 1.º, dar gracias a Dios por

las inspiraciones recibidas en la meditación; 2.º, afirmarse en la resolución de observar fielmente los propósitos que se han hecho; 3.º, pedir al Eterno Padre, por los méritos de Jesús y de María, los auxilios oportunos para cumplirlos.

Antes de levantarse de la meditación, se tendrá cuidado de encomendar a Dios las almas del Purgatorio, los Prelados de la Iglesia, la conversión de los pecadores, los parientes, amigos y bienhechores, rezando a este fin un Padrenuestro, un Avemaría y un Gloria Patri.

Por último, al terminar la oración mental es necesario que recojamos, dice San Francisco de Sales, un ramillete de flores, para deleitarnos en su fragancia todo el día; esto es, que escojamos algún punto, pensamiento o verdad que nos haya hecho más impresión, para recordarlo en el discurso de aquel día.

Ténganse además presentes las dos siguientes advertencias:

1.ª Si antes de la meditación el Espíritu Santo inspirase algún buen afecto, debe omitirse la consideración por entonces, como advierte el mismo San Francisco de Sales; pues la consideración no sirve sino para excitar dichos afectos, y por tanto, conseguido el fin deben omitirse los medios.

La 2.ª es: que, si por desolación o aridez de espíritu durante la meditación,

no pudiera hacerse otra cosa más, será bastante entonces repetir alguna petición o súplica, v. gr.: "Señor, ayúdame; Señor, dadme vuestro santo amor".

La oración vocal

El celo que todos debemos tener por la oración no ha de limitarse a la práctica de la oración mental; es necesario que se extienda a la oración vocal, por varias razones a cual más poderosas: *primera*, por ser esta la voluntad de Dios, quien, con este fin principalmente, nos ha dado la voz y por medio de su divino Hijo Jesucristo nos ha enseñado la sublime oración vocal del *Padrenuestro*; *segunda*, porque, siendo el hombre formado de alma y cuerpo, con el cuerpo lo mismo que con el alma ha de llamar a Dios en su auxilio, ha de alabarle y pedirle sus gracias; *tercera*, porque la oración vocal, bien practicada, tiene una poderosa virtud para recoger el espíritu y elevarlo a Dios como debe hacerse en la verdadera oración, y *cuarta*, porque a veces el alma está tan árida y seca y tan incapaz de meditar y practicar actos internos de virtud, que no nos queda, al parecer, otra arma contra el demonio más que la voz.

Todas estas razones recomiendan en

gran manera la oración vocal y nos convencen de la obligación en que estamos de hacerla, a lo menos en ciertos casos, con el mismo celo que la oración mental.

A fin, pues, de facilitarte su práctica, ¡oh alma fiel!, pondremos en este MANUAL buen número de oraciones vocales, para que, según las circunstancias y necesidades en que te halles, y según los deseos de tu piedad, puedas dirigirte a Dios, a María Santísima, a los Angeles y a los Santos, pidiéndoles sus gracias y favores.

II

PRÁCTICA DE LAS PRINCIPALES VIRTUDES

Dice San Agustín que la vida del fervoroso cristiano es un continuo deseo de la perfección. Pues el que no desea llegar a conseguir este tesoro, por parecerle demasiado duro el trabajo de lograrlo, se quedará siempre en su deplorable tibieza, sin dar nunca un paso más adelante en el camino del Señor. Antes bien, dicen los maestros de la vida espiritual y la misma experiencia lo enseña, que el que no desea y no se esfuerza en adelantar siempre en la práctica de las virtudes, irá hacia atrás y se expondrá a un grandísimo peligro de

perderse; porque el hombre, después del pecado de Adán, ha quedado, desde su nacimiento, naturalmente inclinado al mal y sin un esfuerzo continuo para adelantar y hacerse mejor de lo que es, la misma corriente de la concupiscencia humana le hará retroceder. Aquí ponemos la práctica de las principales virtudes que conducen a la perfección.

De la humildad.

Quien no es humilde no puede agradecer a Dios, porque el Señor no sufre a los soberbios. El ha prometido escuchar a los que le ruegan, con tal que sean humildes. Si le pide un soberbio, no le escucha, mientras que, por el contrario, concede a manos llenas sus gracias a los humildes. La práctica de esta virtud consiste:

1.º En no fiarnos nunca de nuestras fuerzas ni de nuestros propósitos, sino que desconfiemos y temamos siempre de nosotros mismos.

2.º En no vanagloriarnos de nuestras cosas, como de nuestros talentos, de nuestras obras, de nuestras familias, de nuestros parientes, y otras.

Por eso es bueno no hablar nunca de nosotros, como no sea para declarar nuestros defectos. Y aun es mejor no hablar de nosotros ni en bien ni en mal,

porque no pocas veces, en el mismo mal que se dice, aparece el vano deseo de ser alabados y tenidos por humildes, y de este modo la humildad se torna en soberbia.

3.º En no enfadarnos contra nosotros mismos después de alguna falta, porque muchas veces esto procede de soberbia y es ardid del demonio para hacernos desconfiar y dejar la vida santa.

4.º En no admirarnos de las caídas de los otros; antes los compadezcamos y roguemos al Señor que nos tenga de su mano; pues obrando de otro modo podría el Señor castigarnos con permitir que cayéramos en los mismos pecados, y quizá en otros mayores.

5.º En tenernos por los mayores pecadores del mundo, y esto aun cuando supiéramos que otros hayan cometido mayores y más pecados, que nosotros, porque nuestras culpas, cometidas después de tantas luces y gracias divinas, se hacen más graves delante de Dios.

6.º En alegrarnos de ser despreciados por los otros, pues el que ha merecido el Infierno merece ser pisoteado por los demonios.

7.º En recibir con paz y agradecimiento cualquiera amonestación, sin disculparnos, sino cuando lo exija la obligación de evitar algún escándalo.

De la mortificación.

Si alguno quiere venir en pos de Mí —dijo el Redentor— *niéguese a sí mismo y cargue con su cruz y sígame.* He aquí lo que ha de hacer el que quiera seguir a Jesucristo: negarse a sí mismo, es decir, mortificarse. Dos suertes hay de mortificación: interna y externa. La mortificación interna consiste en vencer las pasiones, y especialmente la que más nos domina; el que no vence la pasión dominante, corre grave peligro de perderse. La mortificación externa se encamina a vencer los apetitos sensuales, y su práctica consiste:

1.º En mortificar los ojos, absteniéndose de mirar cualquier objeto que pueda excitar alguna tentación. Muchos, por no mortificar la vista, están ahora en el infierno.

2.º En mortificar la lengua, absteniéndose de la murmuración y de palabras injuriosas o deshonestas. Una palabra obscena dicha en una conversación, aunque por chanza, podría ser ocasión de escándalo y de muchos pecados. Adviértase aquí que algunas veces más daño hace una palabra embozada, dicha por chiste, que otra abiertamente obscena.

3.º En mortificar la gula. Decía San Andrés Avelino que para empezar a vi-

vir bien es preciso comenzar por la mortificación de la gula. Y San Francisco de Sales decía que es preciso comer para vivir y no vivir para comer. Muchos parecen que viven para comer, y de este modo pierden la salud del alma y también la del cuerpo. Sobre todo si no queréis ser molestados de tentaciones deshonestas, absteneos de la demasiada comida de carne y del demasiado vino; y no os pese practicar de cuando en cuando algún ayuno o abstinencia, especialmente en honor de María Santísima y en las vigiliass de sus principales festividades.

4.º En mortificar los oídos, cerrándolos a las conversaciones deshonestas y a la murmuración, para no hacerse cómplice en los delitos de otros.

5.º En mortificar el tacto, procurando guardar toda la modestia y cautela posible en el tratamiento del propio cuerpo.

De la caridad para con el prójimo.

El que ama a Dios, ama también al prójimo; y quien no ama al prójimo, tampoco ama a Dios. Al prójimo hemos de amarlo con caridad interna y externa. Con caridad interna le amamos:

1.º Si le deseamos el bien que queremos para nosotros, y nos alegramos del

que haya conseguido, y si por el contrario, nos entristecemos por su mal.

2.º Si evitamos el juzgar o sospechar mal de él sin fundamento. Y en esto consiste la caridad interna. Mas la caridad externa consiste:

1.º En evitar cualquier sombra de murmuración, hablando bien de todos; y cuando no se puede disculpar una falta, disculpar por lo menos su intención.

2.º En evitar el referir a uno el mal que otro hubiese dicho de él, pues de aquí nacen no pocas veces largas enemistades.

3.º En evitar toda palabra que pueda ofender al prójimo, aun cuando se diga por burla.

4.º En evitar cualquier altercado, pues a veces por cosas de ninguna importancia se arman contiendas que pasan a injurias y rencores; por lo tanto, procúrese no contradecir a nadie, sino decir el propio parecer cuando sea preguntado, y después quedarse en paz.

5.º En hablar a todos con mansedumbre y dulzura, aun a los inferiores, y con la misma dulzura responder a quien nos diga o haga alguna injuria. Y si se está alterado interiormente, callar por entonces; porque la pasión le obligará a traspasar los límites de la prudencia, haciéndole creer que es preciso dar mues-

tras de enojo, cuando a buen seguro que de ello se arrepentirá después.

6.º En hacer al prójimo todo el bien que se pueda, tanto espiritual como temporal. "La limosna, dice la Escritura, libra del pecado y del infierno"; y por limosna se entiende cualquier ayuda que se dé al prójimo. Pero la limosna de mayor mérito es la que se hace a su alma, verbigracia, corrigiéndole con dulzura y oportunamente, siempre que sea posible.

7.º En visitar, asistir y consolar a los enfermos, aun cuando ellos no se muestren agradecidos.

8.º En hacer bien a los enemigos, y si no se puede otra cosa, rogar a Dios por ellos, como nos lo manda Jesucristo.

9.º En socorrer a las ánimas del Purgatorio, como mandar decir alguna Misa por ellas, u oirla, o dar alguna limosna en su sufragio, o hacer oración, aplicándoles las indulgencias que se puedan.

De la paciencia.

El Apóstol Santiago dice que la paciencia es la obra perfecta de un alma. Esta tierra es lugar de méritos, y por lo tanto no de reposo, sino de trabajos y padecimientos; el que sufre con paciencia, sufre menos y se salva; y el que padece con impaciencia, sufre más y se

condena. La paciencia se ha de practicar:

1.º En las enfermedades. La enfermedad es la piedra de toque de la verdadera virtud; algunos son devotos cuando disfrutan de buena salud; pero, visitados por la enfermedad, se impacientan, se quejan de todos, se entregan a la tristeza y cometen un sinnúmero de faltas.

2.º En la muerte de los parientes. ¡Cuántos por la muerte de un pariente quedan inconsolables, hasta llegar a abandonar la oración, los Sacramentos y todas sus devociones! Algunos llegan a quejarse del mismo Dios. ¡Qué temeridad!

3.º En la pobreza, sufriendo con resignación la pérdida de los intereses y confiando en el Señor, que no dejará de socorrer a quien en El confía.

4.º En los desprecios y persecuciones; pues si Jesús, siendo tan inocente, ha padecido tanto por nuestro amor, ¡qué mucho que padezcamos nosotros por amor suyo!

5.º En las tentaciones. Almas hay tan pusilánimes, que si la tentación es larga se acobardan y se creen abandonadas de Dios. Sin embargo, Dios no permite nunca que seamos tentados sobre nuestras fuerzas; y por cada tentación vencida se ganan muchos grados de gloria. Preciso es pedir al Señor que nos libre

de las tentaciones; pero cuando éstas nos acometen, conviene resignarse a la voluntad de Dios, rogándole que nos dé fuerzas para resistirlas.

De la rectitud de intención.

Decía Santa María Magdalena de Pazis que Dios premia las obras a medida de la rectitud de intención. La práctica de esta recta intención consiste:

1.º En buscar en todos nuestros ejercicios y obras espirituales el agradar a Dios y no a nosotros mismos; pues el que obra por propia satisfacción no puede esperar de Dios ninguna recompensa.

Es señal de que se obra para agradar a Dios cuando no se buscan alabanzas de los otros; cuando no se inquiete uno si la cosa no tiene buen resultado, y cuando se alegra lo mismo del bien obrado por otro que del suyo propio.

2.º En hacer hasta las obras más indiferentes, como trabajar, comer, dormir, recrearse honestamente para dar gusto a Dios; pues la rectitud de intención es el verdadero medio para hacer que las acciones más ordinarias y comunes se tornen en actos de amor de Dios.

De los medios para alcanzar el amor de Jesucristo.

Grande es la obligación que tenemos de amar a Jesucristo, pues todos los bienes espirituales que tenemos, las inspiraciones, llamamientos, perdón, auxilios, consuelos, afectos amorosos, esperanzas, todo lo debemos a El. Por lo tanto, El sólo ha de ser todo nuestro amor, y para conseguir este tesoro he aquí los medios:

1.º Desear mucho amar a Jesucristo, y muy frecuentemente, tanto en la oración como después de la Comunión, y en las visitas al Santísimo Sacramento, pedir la gracia de amarle; esta misma gracia pedirla por intercesión de María Santísima, del Angel Custodio y de los Santos, nuestros abogados.

2.º Ejercitarse con frecuencia en hacer actos de amor, de complacencia por las prerrogativas y méritos de Jesucristo y también de contrición, que se puede llamar amor doloroso.

3.º Meditar frecuentemente la Pasión de Jesucristo, pues fué revelado a un santo solitario que el medio más eficaz para encender en el alma la llama de este amor es la contemplación de las penas e ignominias del Salvador.

4.º Desterrar del corazón todo afecto

terreno, pues en un corazón lleno de cosas mundanas no puede entrar el amor divino; y decía San Felipe Neri que todo el amor que damos a las criaturas se lo quitamos a Dios.



III

Ejercicios piadosos para cada día

EJERCICIO PRIMERO

Actos cristianos para cada día

I.—Por la mañana.

Al despertar no te entregues a pensamientos vanos, sino acuérdate que tu Dios está presente y espera las primicias del día que amorosamente te concede.—Haz, pues, con devoción la señal de la Cruz y di:

EN el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía.

Mientras te vistes, reza las devociones que tengas de costumbre, y al fin de ellas la siguiente oración:

Señor Dios Todopoderoso, que nos has dejado llegar al principio de este día, sálvanos hoy por tu santa virtud, para que no caigamos en pecado, antes bien, todas nuestras obras, pensamientos y palabras vayan enderezadas a tu santo servicio y a la guarda de tus santos Mandamientos. Por Jesucristo Nuestro Señor, que contigo vive y reina por todos los siglos de los siglos. Amén.

Toma agua bendita, y poniéndote de rodillas delante de alguna devota imagen de Jesucristo o María Santísima, persígnate con reverencia, y di:

Dios mío, creo que estáis aquí presente: os *adoro* y os *amo* con todo mi corazón, porque sois infinitamente bueno y digno de ser amado; os *agradezco* todos los beneficios que hasta ahora me

habéis hecho, y especialmente el de haberme librado esta noche de una muerte repentina. Me *arrepiento* y me *pesa* de haberos ofendido, y *propongo* firmemente, ayudado de vuestra divina gracia, que humildemente os pido, no cometer hoy ningún pecado voluntario, sobre todo aquel que Vos sabéis que suelo cometer con más frecuencia. Os *ofrezco* todas mis palabras, obras y pensamientos, y todo cuanto *sufra* en este día, junto con los méritos de Jesús y de María. Hago intención de *ganar* todas las indulgencias que pueda, y las ofrezco a la Santísima Virgen en sufragio de las almas del Purgatorio. Os pido, por el amor de Jesús, me concedáis la gracia de perseverar en mis buenos propósitos hasta la muerte.

ORACIÓN A MARÍA SANTÍSIMA

¡Oh Señora mía! ¡Oh Madre mía! Me ofrezco todo a Vos, y en prueba de mi filial afecto, os consagro en este día mis ojos, mis oídos, mi lengua, mi corazón, en una palabra, todo mi ser. Ya que soy todo vuestro, ¡oh tierna Madre!, guardadme y defendedme como cosa y posesión vuestra.

Padrenuestro... Credo... y tres Avemarias a Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, en honor de la pureza inmaculada de la Santísima Virgen, para pedirle la gracia de la castidad, y después dirás:

Madre mía, esperanza mía, yo me acodo bajo vuestro manto, y ahí quiero vivir y morir: libradme de todo pecado y dadme vuestra santa bendición. Angel de mi guarda, Santos mis abogados, rogad por mí y defendedme.

AL SANTO ANGEL CUSTODIO

Angel de Dios, bajo cuya tutela y custodia me ha puësto la piedad divina, iluminadme, defendedme, regidme y gobernadme en este día.

(Cien días de indulgencia cada vez que se rece.)

En seguida harás los actos de Fe, de Esperanza y de Caridad; y si te falta el tiempo, los harás por la noche.

Acto de Fe.—Dios mío, verdad infalible, creo firmemente todo lo que cree y confiesa nuestra Santa Madre la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, porque Vos se lo habéis revelado. Creo que sois mi Dios, Criador de todas las cosas. Creo que en la eternidad premiáis a los buenos con la Gloria y castigáis a los malos con el infierno. Creo que sois un solo Dios en tres personas iguales y dis-

tintas, que se llaman Padre, Hijo y Espíritu Santo. Creo que la segunda Persona, que es el Hijo, se hizo hombre, tomando carne y alma humana por obra del Espíritu Santo en las purísimas entrañas de María Santísima, y que por nosotros padeció y murió en la Cruz. Creo que el Romano Pontífice, cuando nos enseña como Maestro y Doctor universal de la Iglesia lo que debemos creer y obrar para salvarnos, no puede errar, ni engañarse, ni engañarnos. Os doy gracias por haberme hecho cristiano, y en esta santa fe quiero vivir y morir.

Acto de Esperanza.—¡ Oh Dios mío! Vos habéis prometido la gracia y la Gloria a los que os sirven y perseveran en pedirlos estos dones; y porque sois poderoso, fiel y misericordioso, espero de Vos que, por los méritos de Jesucristo, me otorgaréis el perdón de mis pecados,

vuestro santo amor, la perseverancia y la Gloria eterna.

Acto de Caridad.—Os amo, ¡oh Dios mío!, con todo mi corazón, más que a todas las cosas, porque sois infinitamente bueno y digno de ser amado; y por el amor que os tengo, amo también a mi prójimo como a mí mismo. Me arrepiento de todos mis pecados, porque con ellos os he ofendido a Vos, que sois bondad infinita; me pesa mucho de haberlos cometido, y propongo, ayudado de vuestra divina gracia, no volver más a pecar, y particularmente huir las ocasiones próximas de pecado.

Dichas estas oraciones, y antes de entregarte a tus quehaceres y negocios, será bueno que hagas una media hora, al menos un cuarto de hora, de Meditación, según el método arriba indicado.

II.—Entre día.

Al principio de cada obra:

Señor, hago esta obra por vuestro amor; dignaos bendecirla y aceptarla.

Rezarás un Avemaría, y, acabada la obra, dirás:

Gracias, ¡oh Jesús mío!, *rezando otra Avemaría.*

Para saludar: Ave María Purísima, o bien: Alabado sea el Santísimo Sacramento.

De vez en cuando, y especialmente cuando oigas las horas del reloj, acuérdate que Dios te ve, te oye y te ha de juzgar, y di:

Jesús mío, misericordia. Dios mío, ayudadme. Dulce Corazón de mi Jesús, haced que siempre os ame más y más:

Virgen María, Madre de Dios, rogad a Jesús por mí.

Estas jaculatorias, a las que se han concedido muchas indulgencias, las has de decir sobre todo en el momento de la tentación; y si ésta dura, seguirás diciendo:

¡Jesús y María! ¡Jesús y María!, antes morir que pecar. No me abandonéis, Dios mío. Amparadme, Virgen María, no me dejéis caer en esta tentación. Prefiero el infierno al pecado. Acordaos, ¡oh María!, que soy vuestro; guardadme y dadme la victoria sobre vuestros enemigos.

Al sentarte a la mesa, haz la señal de la cruz y di:

Echad, Señor, vuestra santa bendición sobre nosotros y sobre estos alimentos que vamos a tomar como un don de vuestra largueza.

Padrenuestro y Avemaría.

El Rey de la gloria eterna nos haga participantes de la mesa celestial. Amén.

Antes de levantar la mesa, darás gracias a Dios, diciendo:

Gracias os damos, Dios Omnipotente, por todos los beneficios que de vuestra bondad hemos recibido. Amén.

Padrenuestro y Avemaría.

El Señor nos dé su paz y después la vida eterna. Amén.

En los movimientos de impaciencia dirás:

Dios mío, dadme paciencia. Madre mía, refrenad mi lengua.

En las penas y trabajos, dirás:

Dios mío, hágase vuestra santa voluntad. Sea todo por Dios.

Si oyeres alguna blasfemia, dirás:

Alabado sea Dios; alabado sea el San-

tísimo Sacramento del altar. Dios te salve, María. Gloria a Dios. Perdonadle, Señor, que no sabe lo que se dice.

Oración de San Bernardo,

*con la cual debes encomendarte cada día
a María Santísima.*

Acordaos, ¡oh piadosísima Virgen María!, que jamás se ha oído decir que haya sido de Vos abandonado ninguno de cuantos se han acogido a vuestro amparo, han pedido vuestro socorro e implorado vuestra intercesión. Animado con tal confianza, a Vos acudo. ¡Oh, Virgen, Madre de vírgenes!, a Vos vengo, a vuestros pies me postro, sollozando y pidiendo. No desechéis mi ruego, ¡oh, Madre del Verbo!; escuchadme propicia y atendedme. Amén.

Las Avemarías.—*Cuando oigas tocar
a las Avemarías por la mañana, al me-*

dio día y por la noche, rezarás la Salutación angélica y la oración que le sigue:

ÿ. El Angel del Señor anunció a María.

R. Y concibió por obra del Espíritu Santo.

Dios te salve, María...

ÿ. He aquí la esclava del Señor.

R. Hágase en mí según tu palabra.

Dios te salve, María...

ÿ. El Verbo se hizo carne.

R. Y vivió entre nosotros.

Dios te salve, María...

ÿ. Rogad por nosotros, Santa Madre de Dios.

R. Para que seamos dignos de las promesas de Jesucristo.

ORACIÓN.—Infundid, Señor, vuestra gracia en nuestras almas, para que, habiendo creído la Encarnación de vuestro Hijo, Jesucristo, anunciada por el Angel,

alcancemos la gloria de la Resurrección por los merecimientos de su santísima Pasión y Muerte. Amén.

(Cien días de indulgencia y una plenaria al mes, rezándola cada día, a la mañana, al medio día y al anochecer).

Cuando se lleva el Santísimo Viático a los enfermos, le acompañarás si puedes; y si no te es posible, te arrodillarás y rezarás un Padrenuestro y un Ave María, y dirás:

Dad, Señor, a ese hermano nuestro enfermo, las gracias que necesita para su salvación y gloria vuestra.

III.—Por la noche.

Todas las noches debes hacer el examen de conciencia.

Los padres de familia enseñarán a sus hijos y dependientes a santificar la noche, que es el tiempo en que las tentaciones suelen ser más violentas y peligrosas. Cuiden, pues, de rezar con ellos, al toque de Animas, un Padrenuestro y

Avemaría por las almas del Purgatorio. Recen en familia el *Santo Rosario*, y después los *actos de Fe, de Esperanza y de Caridad*, como por la mañana (pág. 38).

EXAMEN DE CONCIENCIA

No hay medio más eficaz para limpiar el alma de pecados, desterrar los vicios y adquirir las virtudes. Si hay almas que viven en el pecado mortal, es porque no conocen su fealdad. Las que la conocen sienten un horror invencible al pecado, lo detestan, renuncian a él, lo lloran, y llenas de dolor piden perdón a Dios, resolviéndose morir antes que volver a pecar; y de este modo se libran de su tiranía. Ahora bien, el medio más seguro y a la vez más natural para conocer el pecado y su fealdad es el examen cotidiano de conciencia.

Examina, pues, tu conciencia, trayendo a la memoria las faltas que hayas cometido durante el día en pensamientos, palabras y obras, o dejando de hacer el bien a que estás obligado; y pondera la gravedad de cuanto hubieres hecho contra Dios, contra el prójimo y contra ti mismo.

MODO PRÁCTICO DE HACER EL EXAMEN

Puesto de rodillas a los pies del Crucifijo, o ante una imagen de la Santísima Virgen, haz la señal de la Cruz.

Da gracias a Dios e implora su auxilio divino para llegar a conocer tus faltas.

¡Oh Dios mío!, creo que estáis aquí presente, y os adoro desde el abismo de mi nada; os doy gracias por todos los beneficios que me habéis hecho, especialmente por haberme dado a Jesucristo por Salvador y a la Santísima Virgen por Madre, por haberme llamado a la santa fe católica y conservádome en ella hasta hoy.

¡Oh Dios!, Padre de las luces, que ilumináis a todo hombre que viene a este mundo, enviad a mi espíritu un rayo de vuestra luz y a mi corazón una centella de amor y de dolor, para que pueda yo conocer los pecados que contra Vos he cometido y con un horror sumo aborrecerlos.

Después, por espacio de diez o quince minutos, examinarás lo que hayas faltado en

Pensamientos.—De vanidad, de impureza, de avaricia, de venganza, de ambición, de infundada sospecha y de juicios temerarios; ociosos, sobre todo en la oración y ejercicios de piedad, si son voluntarios.

Palabras.—De propia alabanza, despreciativas, mentirosas, impuras, ofensivas, blasfemas, ociosas, maldicientes, chismosas, de murmuración o crítica, irreverentes y faltas de respeto a los mayores.

Obras.—Impaciencias, mal trato a los pobres, vanidad, amor al lujo, impurezas consigo o con otro, gula, pereza, mal empleo de su hacienda.

Omisión.—Pérdida de tiempo, no cumplir con alguno de sus deberes, no ayunar estando obligado, no santificar las fiestas, no cuidar de la educación de los hijos o de la obediencia a los padres, no desechar pronto los malos pensamientos.

Acabado el examen, pide perdón a Dios y promete seriamente la enmienda, diciendo:

Dios mío, porque sois la suma bondad, me arrepiento y me duelo de todo corazón de haberos ofendido; perdonadme por los méritos de mi Señor Jesucristo; que yo propongo firmemente, ayudado de vuestra divina gracia, no pecar más

en adelante, hacer penitencia de mis culpas y huir las ocasiones próximas de pecado.

Padrenuestro, Avemaría y Credo.

Si por la noche no pudieres hacer el examen, hazlo en otra hora del día en que tengas más comodidad. No lo omitas jamás.

Llegada la hora del reposo, antes de entregarte al sueño, puesto de rodillas delante del Crucifijo, haz la señal de la Cruz, y di:

¡Oh Dios mío!, os doy gracias por haberme conservado la vida en el día de hoy; os suplico me la conservéis también durante esta noche y me preservéis de todo mal. Para agradaros voy a tomar este descanso, y hago intención de amaros, alabaros y rendiros tantas acciones de gracias cuantas sean las veces que respiro, como lo hacen los Angeles y los santos en el Cielo.

¡Oh María, Madre mía! Bendecidme y cubridme con el manto de vuestra protección. Angel de mi guarda, Santos Patronos míos, interced por mí; Santos y Santas del Cielo, rogad por mí.

Tres Avemarias en honor de la pureza de María, como por la mañana.

Te desnudarás con mucha honestidad y gran recato, pensando que Dios te ve. Rociarás la cama con agua bendita, y dirás:

Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía.

Jesús, José y María, asistidme en mi última agonía.

Jesús, José y María, recibid, cuando expire, el alma mía.

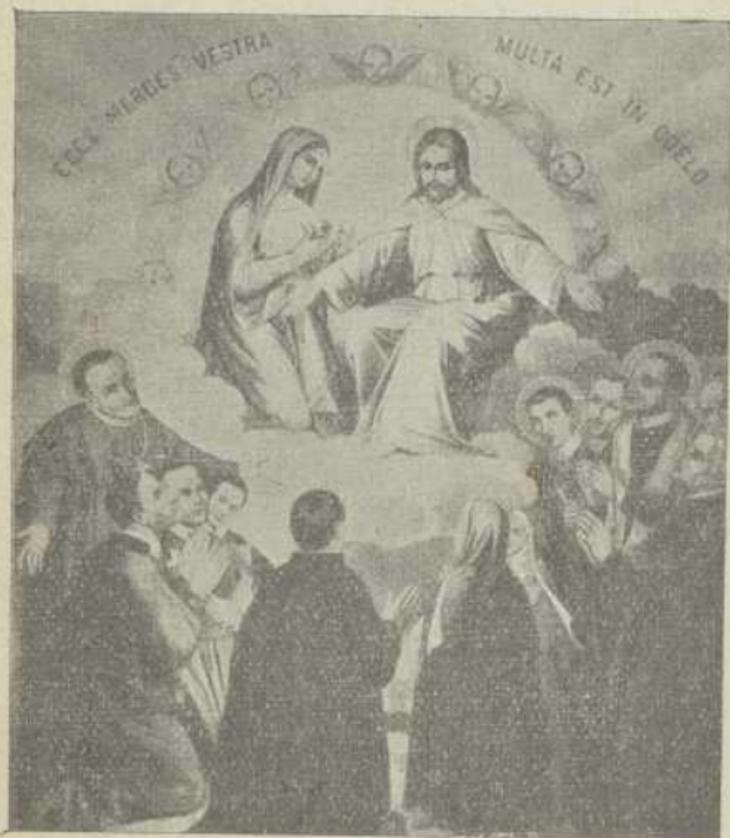
Estando en la cama, cruzando los brazos, dirás:

Yo he de morir, mas no sé cuándo; yo he de morir, mas no sé dónde; yo he de morir, mas no sé cómo. Lo que sé de cierto es que si muero en pecado mortal me condeno para siempre.

Procurarás te coja el sueño pensando en Dios y rezando.

Ningún cristiano debería entregarse al sueño sin tener sobre sí algún escapulario, cruz o medalla, que, recordándole las misericordias de Jesús y de María, le estimulasen a implorar sus divinos auxilios, siempre que despertase durante la noche.





Los Redentoristas en el cielo.



EJERCICIO SEGUNDO

LA SANTA MISA

En la Misa, Nuestro Señor Jesucristo se ofrece por nosotros al Eterno Padre como se ofreció en el Calvario, con la única diferencia de que entonces derramó realmente su sangre, y en el altar lo hace místicamente. Por manera que, cuando asistimos a la Misa, tributamos a Dios más honor que el que pueden tributarle todos los Angeles y Santos en el Cielo, puesto que el de éstos es honor de criaturas, mas en la Misa nosotros le ofrecemos a su mismo Hijo Jesucristo, que le tributa un honor infinito.

Para asistir debidamente y con gran provecho a este adorable Sacrificio, debemos atender a los fines por los que fué instituido, que son: 1.º, honrar a Dios; 2.º, darle gracias por sus beneficios; 3.º, satisfacer por nuestros pecados; 4.º, alcanzar nuevos auxilios.

Método primero para oír la Misa (1)

MISA DEL SANTISIMO SACRAMENTO

El sacerdote, al pie de las gradas del altar, da principio a la Santa Misa, diciendo con el ayudante el salmo que sigue, que lo hizo David cuando estaba lejos del templo, triste y deseando visitarlo.

De rodillas.

Sacerdote.—En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.
Me acercaré al altar de Dios.

Acólito.—Al Dios que es la alegría de mi juventud.

S.—Hazme justicia, oh Dios, y defiende mi causa de la gente malvada; librame del hombre injusto y engañador.

A.—Pues que tú eres, oh Dios, mi

(1) Este ejercicio es la traducción al castellano de las oraciones que reza el sacerdote.

fortaleza: ¿por qué me has desechado?
¿Y por qué he de andar yo triste y oprimido de mi enemigo?

S.—Envíame tu luz y tu verdad: éstas me han de guiar y conducir a tu monte santo, hasta tus tabernáculos.

A.—Y me acercaré al altar de Dios; al Dios que es la alegría de mi juventud.

S.—Cantaré tus alabanzas al son de la cítara, oh Dios, oh Dios mío; ¿por qué estás triste, alma mía, y por qué me traes conturbado?

A.—Espera en Dios, porque todavía he de cantarle alabanzas. ¡Salvador de mis ojos! ¡Dios mío!

S.—Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

A.—Como era en el principio, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

S.—Me acercaré al altar de Dios.

A.—Al Dios que es la alegría de mi juventud.

S.—Nuestro auxilio está en el nombre del Señor.

A.—Que hizo el cielo y la tierra.

S.—Yo me confieso a Dios todopoderoso, etc.

A.—Dios todopoderoso tenga misericordia de ti, y, perdonados tus pecados, te lleve a la vida eterna.

S.—Amén.

A.—Yo, pecador, me confieso a Dios todopoderoso, a la bienaventurada siempre Virgen María, al bienaventurado San Miguel Arcángel, al bienaventurado San Juan Bautista, a los santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, a todos los Santos, y a Vos, Padre, que pequé gravemente con el pensamiento, palabra y obra, por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa. Por tanto, ruego a la bienaventurada siempre Virgen María, al

bienaventurado San Miguel Arcángel, al bienaventurado San Juan Bautista, a los santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, a todos los Santos, y a Vos, Padre, que roguéis por mí a Dios Nuestro Señor.

S.—Dios todopoderoso tenga misericordia de vosotros, y, perdonados vuestros pecados, os lleve a la vida eterna.

A.—Amén.

S.—El Señor todopoderoso y misericordioso nos conceda el perdón, la absolución y remisión de nuestros pecados.

A.—Amén.

S.—Oh Dios, volviéndote tú a nosotros, nos darás vida.

A.—Y tu pueblo se regocijará en ti.

S.—Muéstranos, Señor, tu misericordia.

A.—Y danos tu Salvador.

S.—Escucha, Señor, mi oración.

A.—Y llegue hasta Ti mi clamor.

S.—El Señor sea con vosotros.

A.—Y con tu espíritu.

Sube el sacerdote al altar, y dice:
Oremos. Te suplicamos, Señor, que quites de nosotros nuestras iniquidades, para que merezcamos entrar con conciencia pura en el lugar santísimo de tu templo. Amén.

Rogámoste, Señor, por los méritos de tus Santos, cuyas reliquias yacen aquí [*besa el altar*], y por los de todos los Santos, que te dignes perdonarnos nuestros pecados. Amén.

INTROITO

Tú, Señor, nos sustentas con riquísimo trigo, y nos sacias con la miel que destilan tus heridas. Regocijaos alabando a Dios nuestro protector; celebrad con júbilo al Dios de Jacob [*Ps. LXXX*].

∞. Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo. Tú, Señor, nos sustentas

con riquísimo trigo, y nos sacias con la miel que destilan tus heridas.

KIRIES

Señor, ten misericordia. (*Tres veces*).

Cristo, ten misericordia. (*Tres veces*).

Señor, ten misericordia. (*Tres veces*).

GLORIA

Gloria a Dios en las alturas. Y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad. Alabámoste. Bendecímoste. Glorificámoste. Te damos gracias por tu grande gloria. Señor Dios, Rey celestial, Dios Padre Omnipotente, Señor Hijo unigénito Jesucristo, Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre, Tú que quitas los pecados del mundo, compadécete de nosotros. Tú que quitas los pecados del mundo, recibe nuestras súplicas. Tú que estás sentado a la diestra del Padre, ten misericordia de nosotros.

Porque Tú sólo eres Santo, Tú sólo Señor, Tú sólo Altísimo, Jesucristo, con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre. Amén.

S.—El Señor sea con vosotros.

A.—Y con tu espíritu.

ORACIONES

Al Santísimo Sacramento.—OREMOS.
Oh Dios, que bajo el admirable Sacramento, nos has dejado un recuerdo de tu pasión: concédenos, te pedimos, venerar de tal modo los sagrados misterios de tu cuerpo y sangre, que sintamos continuamente en nuestras almas el fruto de tu Redención, Señor, que vives y reinas con Dios Padre en unidad del Espíritu Santo, Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

A la Santísima Virgen María.—OREMOS. Concédenos, por favor, Señor Dios,

que nosotros tus siervos gocemos de continua salud de alma y cuerpo; y por la gloriosa intercesión de la bienaventurada siempre Virgen María, seamos libres de las tristezas de la vida presente y disfrutemos de las alegrías de la vida eterna.

Para pedir la intercesión de los Santos.—Te rogamos, Señor, que nos defiendas de todos los peligros de alma y cuerpo; y por la intercesión de la bienaventurada y gloriosa siempre Virgen Madre de Dios, María, con el bienaventurado San José, tus bienaventurados Apóstoles San Pedro y San Pablo, y todos los Santos, danos benignamente salud y paz, para que, destruídas todas las adversidades y errores, tu Iglesia te sirva con segura libertad. Por el mismo Señor nuestro Jesucristo Hijo tuyo, que vive y reina contigo en unidad del Espí-

tu Santo, Dios por todos los siglos de los siglos.

A.—Amén.

Epístola.—Lectura de la Epístola de San Pablo Apóstol a los Corintios [I Cor. XI].

Hermanos: Pues yo aprendí del Señor lo que también os tengo enseñado: y es, que el Señor Jesús la noche misma en que había de ser traidoramente entregado, tomó el pan, y dando gracias, lo partió y dijo: Tomad, y comed: éste es mi Cuerpo, que por vosotros será entregado: haced esto en memoria de Mí. Y de la misma manera el cáliz, después de haber cenado, diciendo: Este cáliz es el nuevo testamento en mi Sangre. Haced esto cuantas veces lo bebiereis, en memoria de Mí. Pues todas las veces que comiereis este Pan y bebiereis este Cáliz, anunciaréis la muerte del Señor, hasta que venga. Por tanto, cualquiera que

comiere este Pan, o bebiere el Cáliz del Señor indignamente, será reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Así, pues, exáminese a sí mismo el hombre: y entonces coma de aquel Pan y beba de aquel Cáliz. Porque quien lo come y bebe indignamente, se traga y bebe su propia condenación: por no hacer discernimiento del Cuerpo del Señor.

A.—Gracias a Dios.

GRADUAL

[*Ps. CXLIV*]. En Ti, Señor, fijan sus ojos todas las criaturas esperando socorro: y Tú les das a su tiempo el alimento propio.—Abres tu mano, y colmas de bendiciones a todos los vivientes. Aleluya, aleluya.—[*In. VI*]. Mi Carne verdaderamente es comida, y mi Sangre verdaderamente es bebida: el que come mi Carne y bebe mi Sangre, mora en Mí y Yo en él. Aleluya.

EVANGELIO

El ayudante traslada el Misal; el sacerdote, en medio del altar, dice la siguiente oración:

Purifica mi corazón y mis labios, oh Dios Todopoderoso, que purificaste los labios del Profeta Isaías con un carbón encendido: dignate por tu grata misericordia purificarme a mí de tal manera que pueda anunciar dignamente tu santo Evangelio. Por Cristo Nuestro Señor. Amén.

Dame, Señor, tu bendición.

El Señor esté en mi corazón, y en mis labios, para que pueda anunciar digna y debidamente su Evangelio. Amén.

De pie.

S.—El Señor sea con nosotros.

A.—Y con tu espíritu.

S.—Continuación del santo Evangelio, según San Juan. [*Signarse*].

A.—Gloria a Ti, Señor.

S.—[*In. VI.*] En aquel tiempo: Dijo Jesús a la muchedumbre de los judíos: Mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre verdaderamente es bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre mora en Mí, y Yo vivo en él. Así como el Padre que me ha enviado vive, y yo vivo por el Padre: así quien me come, también él vivirá por Mí. Este es el pan que ha bajado del cielo. No le sucederá como a vuestros padres, que comieron el maná, y no obstante murieron. El que come este pan, vivirá siempre.

A.—Alabanza a ti, Jesucristo.

S.—Por las palabras del Evangelio bórrense nuestros pecados.

CREDO

Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra, de todas las cosas visibles e invisibles.

Y en un solo Señor Jesucristo, Hijo unigénito de Dios. Y nacido del Padre antes de todos los siglos. Dios de Dios. Luz de luz. Dios verdaderamente de Dios verdadero. Engendrado, no hecho, consustancial con el Padre: por quien todas las cosas han sido hechas. Que por nosotros los hombres, y por nuestra salvación, bajó de los cielos. [*Se arrodilla.*] Y TOMÓ CARNE DE LA VIRGEN MARÍA POR OBRA DEL ESPÍRITU SANTO: Y SE HIZO HOMBRE. Crucificado también por nosotros, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, y fué sepultado. Y resucitó al tercer día, según las Escrituras. Y subió al cielo: está sentado a la diestra del Padre. Y otra vez ha de venir con gloria a juzgar a los vivos y a los muertos: y su reino no tendrá fin. Creo en el Espíritu Santo, Señor y vivificador: que del Padre y del Hijo procede. Que con el Padre y el Hijo juntamente es adora-

do, y glorificado: que habló por los profetas. Creo en la Iglesia que es una, santa, católica y apostólica. Confieso que hay un solo bautismo para el perdón de los pecados. Y espero la resurrección de los muertos. Y la vida del siglo venidero. Amén.

S.—El Señor sea con vosotros.

A.—Y con tu espíritu.

De rodillas o sentado.

OFERTORIO

OREMOS. [*Levit. XXI.*] Los sacerdotes del Señor ofrecen a Dios incienso y panes: y por tanto se conservarán en santidad para con su Dios, y no profanarán su nombre.

El sacerdote toma la patena con la hostia y dice: Recibe, oh Padre Santo, Dios todopoderoso y eterno, esta hostia inmaculada, que yo indigno siervo tuyo ofrezco a ti, mi Dios vivo y verdadero,

por mis innumerables pecados, ofensas y negligencias, y por todos los que están presentes, y también por todos los fieles cristianos vivos y difuntos: para que a mí y a ellos sea de provecho para la salvación de la vida eterna. Amén.

Bendice el agua que ha de mezclar con el vino, diciendo: Oh Dios, que maravillosamente formaste la dignidad de la humana naturaleza, y más maravillosamente la reformaste: concédenos por el misterio de mezclar este agua y vino, que seamos participantes de la divinidad de aquel que se dignó participar de nuestra humanidad, Jesucristo Hijo tuyo Señor nuestro, que vive y reina contigo en unidad del Espíritu Santo, Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

Al ofrecer el cáliz, dice: Ofrecémos-te, Señor, el cáliz de la salud, implorando tu clemencia: para que suba con sua-

ve fragancia hasta la presencia de tu divina Majestad, por nuestra salvación y la de todo el mundo. Amén.

Inclinado prosigue: Recíbenos, Señor, pues nos presentamos a Ti con espíritu humillado, y corazón contrito; y el sacrificio que hoy nosotros te ofrecemos, oh Señor Dios, llegue a tu presencia de manera que te sea agradable.

Bendice el pan y el vino que ha ofrecido: Ven, oh Dios santificador, todopoderoso y eterno; y bendice este sacrificio para gloria de tu santo nombre.

Pasa después al lado de la epístola y mientras se lava y enjuga las manos reza parte del salmo XXV: Lavaré mis manos entre los inocentes: y rodearé, oh Señor, tu altar.

Para oír las voces de tus alabanzas, y contar todas tus maravillas.

Señor, he amado la hermosura de tu casa: y el lugar donde reside tu gloria.

No pierdas, Dios mío, mi alma con los impíos: ni mi vida con los hombres sanguinarios.

Cuyas manos están llenas de iniquidades: y cuya diestra está colmada de sobornos.

Al paso que yo he procedido según mi inocencia: sálvame y apiádate de mí.

Mis pies se han dirigido siempre por el camino de la rectitud: oh Señor, yo cantaré tus alabanzas en las reuniones de los fieles.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

Inclinado en medio del altar continúa: Recibe, oh Trinidad santa, esta oblación, que te ofrecemos en memoria de la pasión, resurrección y ascensión de Jesucristo nuestro Señor: y en honor

de la bienaventurada siempre Virgen María y de San Juan Bautista y de los santos apóstoles Pedro y Pablo, y de estos (Santos cuyas reliquias están en esta ara) y de todos los Santos: para que a ellos les sirva de honra y a nosotros nos aproveche para la salvación: y se dignen interceder por nosotros en el cielo aquellos cuya memoria veneramos en la tierra. Por el mismo Jesucristo nuestro Señor. Amén.

El sacerdote, vuelto al pueblo, dice: Orad, hermanos: para que mi sacrificio, que lo es también vuestro, sea agradable a Dios Padre todopoderoso.

El ayudante en nombre de los fieles responde: El Señor reciba de tus manos este sacrificio en alabanza y gloria de su nombre, y también para utilidad nuestra y de toda su santa Iglesia.

S.—Amén.

ORACIONES SECRETAS

Al Santísimo Sacramento.—Suplicámoste, Señor, que concedas propicio a tu Iglesia los bienes de la unidad y de la paz, que bajo los dones que ofrecemos están místicamente representados. Por nuestro Señor Jesucristo Hijo tuyo, que como Dios vive y reina contigo en unidad del Espíritu Santo: por todos los siglos de los siglos. Amén.

A la Santísima Virgen María.—Por tu benignidad, Señor, y por la intercesión de la bienaventurada siempre Virgen María, séanos de provecho esta oblación para la prosperidad y la paz, así perpetua como presente.

Por la intercesión de los Santos.—Escúchanos, oh Dios Salvador: para que por la virtud de este Sacramento nos defiendas de todos los enemigos del alma del cuerpo, dándonos tu gracia en la

presente vida y tu gloria en la venidera. Por nuestro Señor Jesucristo, que como Dios vive y reina contigo en unión del Espíritu Santo.

PREFACIO

De pie o de rodillas.

S.—Por todos los siglos de los siglos.

A.—Amén.

S.—El Señor sea con vosotros.

A.—Y con tu espíritu.

S.—Elevad vuestros corazones.

A.—Los tenemos ya elevados al Señor.

S.—Demos gracias a Dios nuestro Señor.

A.—Digno y justo es.

S.—Verdaderamente es digno y justo, debido y saludable que en todo tiempo y lugar te demos gracias, Señor santo, Padre todopoderoso, Dios eterno. Porque por el misterio de la Encarnación del Verbo ha brillado a los ojos de nuestra

alma un nuevo resplandor de tu gloria; para que, conociendo a Dios en forma visible, seamos atraídos por El al amor de las cosas invisibles. Y, por tanto, con los Angeles y Arcángeles, con los Tronos y Dominaciones, y con toda la milicia del ejército celestial, cantamos un himno a tu gloria, diciendo sin cesar:

De rodillas.

Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos. Llenos están los cielos y la tierra de tu gloria. Hosanna en las alturas. Bendito sea el que viene en el nombre del Señor. Hosanna en las alturas.

CANON DE LA MISA

Suplicámoste, pues, humildemente, y te pedimos, ¡oh Padre clementísimo!, por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que aceptes y bendigas estos dones, estas ofrendas, estos santos sacrificios sin mancha, que en primer lugar te ofrece-

mos por tu Santa Iglesia Católica, a la cual dignate dar la paz, defenderla, mantenerla unida y gobernarla por toda la tierra, juntamente con tu siervo nuestro Papa N., y nuestro Prelado N., y nuestro Rey N., y todos los ortodoxos, que con doctrina recta profesan la fe católica y apostólica.

CONMEMORACIÓN POR LOS VIVOS

Acuérdate, Señor, de tus siervos y siervas N. y N... [*El sacerdote junta las manos y pide lo que particularmente desea alcanzar. Después prosigue:*] Y de todos los que están aquí presentes, cuya fe y devoción te es conocida, por los cuales te ofrecemos, o ellos mismos te ofrecen este sacrificio de alabanza, por sí y por todos los suyos, por la redención de sus almas, por la esperanza de su salvación y conservación, y encomiendan sus deseos a ti, Dios eterno, vivo y verdadero.

INFRA-ACCIÓN

Unidos en la misma Comunión, y venerando la memoria, en primer lugar de la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Jesucristo nuestro Dios y Señor; y también la de tus bienaventurados Apóstoles y Mártires Pedro y Pablo, Andrés, Santiago, Felipe, Bartolomé, Mateo, Simón y Tadeo; de Lino, Cleto, Clemente, Sixto, Cornelio, Cipriano, Lorenzo, Crisógono, Juan y Pablo, Cosme y Damián, y de todos tus Santos, por sus merecimientos y ruegos te suplicamos nos concedas que en todas las cosas el auxilio de tu protección nos defienda. Por el mismo Cristo nuestro Señor. Amén.

El sacerdote, teniendo las manos extendidas sobre la oblata, dice: Rogámoste, pues, Señor, recibas propicio esta ofrenda de nuestra servidumbre, que lo es también de toda tu familia, y nos ha-

gas pasar en tu paz los días de nuestra vida, y mandes que seamos preservados de la eterna condenación, y contados en la grey de tus escogidos. (*Junta las manos*). Por Cristo nuestro Señor. Amén.

La cual oblación te suplicamos, ¡oh Dios!, te dignes hacerla en todo benedicta, aprobada, confirmada, razonable y agradable, a fin de que se convierta para nosotros en el cuerpo y sangre de tu amadísimo Hijo nuestro Señor Jesucristo.

El cual, la víspera de su Pasión, tomó el pan en sus santas y venerables manos, y levantando sus ojos al cielo, a ti, Dios Padre suyo Todopoderoso, dándote gracias, lo bendijo, partió y dió a sus discípulos, diciendo: "Tomad y comed todos de él, PORQUE ESTE ES MI CUERPO".

De un modo semejante, acabada la cena, tomando este excelente cáliz en sus santas y venerables manos, dándote

igualmente gracias, lo bendijo y dió a sus discípulos, diciendo: "Tomad y bebed todos de él, PORQUE ESTE ES EL CÁLIZ DE MI SANGRE, DEL NUEVO Y ETERNO TESTAMENTO (MISTERIO DE FE), QUE SERÁ DERRAMADA POR VOSOTROS Y POR MUCHOS PARA EL PERDÓN DE LOS PECADOS".

"Cuántas veces hiciereis estas cosas, las haréis en memoria de Mí".

Por tanto, Señor, nosotros, siervos tuyos, y también tu pueblo santo, en memoria así de la bienaventurada Pasión del mismo Jesucristo tu Hijo nuestro Señor, como de su resurrección de entre los muertos, y también de su gloriosa ascensión a los cielos; ofrecemos a tu excelsa Majestad, de tus dones y dádivas, esta hostia pura, hostia santa, hostia inmaculada, el pan santo de la vida eterna y el cáliz de perpetua salvación.

Hacia los cuales dignate, Señor, mirar

con rostro propicio y sereno y aceptar-
los, así como te dignaste aceptar los do-
nes de tu siervo el inocente Abel, y el
sacrificio de nuestro patriarca Abraham;
y el que te ofreció tu sumo sacerdote
Melquisedec: sacrificio santo, hostia in-
maculada.

*Inclinado profundamente, prosigue el
sacerdote:* Rogámoste con todo rendi-
miento, omnipotente Dios, mandes sean
llevados estos dones por las manos de tu
santo Angel a tu sublime altar, ante la
presencia de tu divina Majestad, para
que todos los que participando de este al-
tar recibiéremos el sacrosanto Cuerpo
y san-**I**gre de tu Hijo, seamos llenos (*se
santigua*) de toda bendición celestial y
gracia. Por el mismo Cristo Señor nues-
tro. Amén.

CONMEMORACIÓN POR LOS DIFUNTOS

Acuérdate también, Señor, de tus sier-
vos y siervas N. y N.; que nos precedie-

ron con la señal de la fe y duermen ya el sueño de la paz (*El sacerdote junta las manos y ora por los difuntos por quienes quiere pedir en particular. Luego extiende las manos y dice:*) Pedímoste, Señor, que a éstos y a todos los que descansan en Cristo les concedas el lugar del refrigerio, de la luz y de la paz. Por el mismo Cristo Señor nuestro. Amén.

El sacerdote se da un golpe en el pecho, diciendo:

También a nosotros pecadores, siervos tuyos, que esperamos en la abundancia de tus misericordias, dignate darnos alguna parte y compañía con tus santos Apóstoles y Mártires: con Juan, Esteban, Matías, Bernabé, Ignacio, Alejandro, Marcelino, Pedro, Felicidad, Perpetua, Agueda, Lucía, Inés, Cecilia, Anastasia y con todos tus Santos; en cuya compañía te pedimos nos recibas,

no como apreciador de méritos, sino como perdonador de culpas. Por Cristo Señor nuestro.

Por el cual creas siempre, Señor, todos estos bienes, los santi ✠ ficas, los vi ✠ ficas, los ben ✠ dictes y nos los repartes.

Hace genuflexión y con la Hostia señala tres cruces sobre el cáliz y dos hacia sí, mientras dice: Por el ✠ mismo, y con el ✠ mismo, y en el ✠ mismo, a Ti, Dios Padre ✠ Todopoderoso, en unidad del Espíritu ✠ Santo te pertenece toda honra y gloria.

Y prosigue en voz alta: Por todos los siglos de los siglos.

A.—Amén.

S.—Oremos: Amonestados con preceptos saludables, y dirigidos por la enseñanza divina, nos atrevemos a decir:

Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre; venga a

nos el tu reino; hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.

El pan nuestro de cada día dánosle hoy, y perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentación.

A.—Mas libranos de mal.

S.—[*En voz baja*].—Amén. Te rogamos, Señor, nos libres de todos los males, pasados, presentes y venideros; y por la intercesión de la bienaventurada y gloriosa siempre Virgen Madre de Dios, María, con tus bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo, y Andrés, y todos los Santos [*se santigua con la patera*], dadnos propicio la paz en nuestros días, para que, ayudados con el auxilio de tu misericordia, vivamos siempre libres de pecado y seguros de toda perturbación. [*Hace genuflexión*].

[*Parte la Hostia en dos mitades*]. Por

el mismo Señor nuestro Jesucristo Hijo tuyo. [*De una de las mitades separa una partícula*]. Que como Dios vive y reina contigo en unidad del Espíritu Santo. Por todos los siglos de los siglos.

A.—Amén.

S.—La paz ☩ del Señor sea ☩ siempre con ☩ vosotros.

A.—Y con tu espíritu.

[*Deja caer la partícula en el cáliz diciendo:*] Esta mezcla y consagración del cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, a nosotros, cuando la recibamos, sirvanos para la vida eterna. Amén. [*Genuflexión*].

Después, dándose tres golpes de pecho, dice:

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo: ten misericordia de nosotros.

Cordero de Dios, que quitas los peca-

dos del mundo: ten misericordia de nosotros.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo: danos la paz.

Se inclina y dice las tres oraciones siguientes:

Oh Señor Jesucristo, que dijiste a tus Apóstoles: La paz os dejo, mi paz os doy; no mires a mis pecados; sino a la fe de tu Iglesia, y dignate pacificarla y aunarla según tu voluntad, Tú que como Dios vives y reinas por todos los siglos de los siglos. Amén. [*Esta oración se omite en las misas de difuntos*].

Oh Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que por voluntad del Padre, cooperando el Espíritu Santo, con tu muerte diste vida al mundo; por este tu sacrosanto cuerpo y sangre líbrame de todos mis pecados y de todos los demás males, y haz que esté siempre adherido a tus mandamientos, y no permitas que me

separe nunca de Ti, que como Dios vives y reinas con el mismo Dios Padre y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

Oh Señor Jesucristo, la comunión de tu cuerpo, que yo indigno me atrevo a recibir, no me sea motivo de juicio y condenación, sino que por tu piedad me aproveche para defensa del alma y del cuerpo; y para recibir el remedio; Señor, que como Dios vives y reinas con Dios Padre en unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén.

Hace genuflexión y dice: Voy a recibir el pan celestial y a invocar el nombre del Señor.

Se inclina y, golpeándose el pecho, dice:

Señor, yo no soy digno de que entres en mi casa, sino mándalo sólo con tu pa-

labra y mi alma será sana. [*Se dice tres veces*].

El cuerpo de nuestro Señor Jesucristo guarde mi alma para la vida eterna. [*Sume la sagrada Hostia*].

Después de descubrir y adorar el cáliz, dice: ¿Con qué corresponderé yo al Señor por todos los beneficios que de El he recibido? Voy a tomar el cáliz de la salud, y a invocar el nombre del Señor. Con alabanzas invocaré al Señor, y quedaré libre de mis enemigos.

La sangre de nuestro Señor Jesucristo guarde mi alma para la vida eterna. [*Sume el sagrado cáliz*].

Sentado o de rodillas.

Durante las abluciones dice: Lo que hemos recibido, Señor, con la boca, lo abracemos con alma pura, y de este don temporal salga para nosotros el remedio sempiterno.

Tu cuerpo, Señor, que he recibido, y tu sangre, que he bebido, se adhieran a mi corazón; y haz que no quede mancha de maldades en mí, a quien han alimentado estos puros y santos Sacramentos; Señor que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

Después de purificar el cáliz va al lado de la epístola y dice la antífona llamada comunión.

COMUNIÓN

[I Cor. XI]. Todas las veces que comiereis este pan y bebiereis este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor, hasta que venga; de manera que cualquiera que comiere este pan o bebiere el cáliz del Señor indignamente, será reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor.

De pie o de rodillas.

S.—El Señor sea con vosotros.

A.—Y con tu espíritu.

POSTCOMUNIÓN

Al Santísimo Sacramento.—OREMOS. Rogámoste, Señor, nos concedas saciarnos en el goce sempiterno de tu divinidad, el cual se nos representa anticipadamente por la recepción temporal de tu precioso cuerpo y sangre; Señor, que como Dios vives y reinas con Dios Padre en unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. *A.* Amén.

A la Santísima Virgen María.—OREMOS. Recibidos ya, Señor, los auxilios de nuestra salvación, te pedimos nos concedas seamos en todas partes protegidos por el patrocinio de la bienaventurada Virgen María, en cuya veneración hemos ofrecido estos dones a tu Majestad.

Para pedir la intercesión de los Santos.—Suplicámoste, Señor, que nos purifique y nos fortalezca la ofrenda del

divino Sacramento que hemos ofrecido, y por la intercesión de la bienaventurada Virgen María Madre de Dios, con el bienaventurado San José, tus bienaventurados Apóstoles San Pedro y San Pablo, y todos los Santos, nos limpie de todo pecado y nos libre de toda adversidad. Por el mismo Señor nuestro Jesucristo Hijo tuyo, que como Dios vive y reina contigo en unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos.

A.—Amén.

S.—El Señor sea con vosotros.

A.—Y con tu espíritu.

S.—Idos, se acabó la misa [o: bendigamos al Señor].

A.—Gracias a Dios.

De rodillas.

Inclinado en medio del altar dice:
Séate agradable, oh Trinidad santa, el obsequio de tu servidor, y concede que

el sacrificio que yo indigno he ofrecido a los ojos de tu Majestad sea digno de que Tú lo aceptes, y para mí y para todos aquellos por quienes lo he ofrecido sea por tu misericordia propiciatorio. Por Cristo Señor nuestro. Amén.

Da la bendición.—Bendíganos Dios Todopoderoso, Padre e Hijo ✠ y Espíritu Santo.

A.—Amén.

S.—El Señor sea con vosotros.

A.—Y con tu espíritu.

S.—Principio del Santo Evangelio según San Juan.

A.—Gloria a Ti, Señor.

S.—(*In. I.*)—En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. El estaba en el principio, en Dios. Por El fueron hechas todas las cosas, y sin El no se ha hecho cosa alguna de cuantas han sido hechas; en El estaba la vida, y la vida era la luz de

los hombres; y esta luz resplandece en medio de las tinieblas, y las tinieblas no la han recibido. Hubo un hombre enviado de Dios, que se llamaba Juan. Este vino como testigo para dar testimonio de la luz, a fin de que por medio de él todos creyesen. No era él la luz, sino enviado para dar testimonio de Aquel que era la luz. El Verbo era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre que viene a este mundo. En el mundo estaba, y el mundo fué hecho por El, y el mundo no le conoció. Vino a los suyos, y los suyos no le recibieron. Pero a todos los que le recibieron, que son los que creen en su nombre, dióles potestad de llegar a ser hijos de Dios, los cuales no nacen de la sangre, ni de voluntad de la carne, ni de voluntad de hombre, sino que nacen de Dios. (*Aquí se arro- dilla*). Y el Verbo se hizo carne y habitó en medio de nosotros, y nosotros

hemos visto su gloria como de Unigénito de! Padre, lleno de gracia y de verdad.

A.—Gracias a Dios.

PRECES

El sacerdote reza con el pueblo tres *Avemarias* y la *Salve*, y después:

Ruega por nos, Santa Madre de Dios.

Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo.

Oremos. Oh Dios, nuestro refugio y fortaleza, mira propicio al pueblo que a ti clama; y por la intercesión de la gloriosa e Inmaculada Virgen María, Madre de Dios, y de San José, su Esposo, y por la de tus santos Apóstoles Pedro y Pablo y de todos los Santos, escucha misericordioso y benigno las súplicas que te dirigimos pidiéndote la conversión de los pecadores y la libertad y exaltación de la santa Madre Igle-

sia. Por el mismo Jesucristo, Señor nuestro. *R.* Amén.

INVOCACIÓN

Arcángel San Miguel, defiéndenos en la batalla; sé nuestro amparo contra la perversidad y asechanzas del demonio. *Reprímale Dios*, pedimos suplicantes; y tú, príncipe de la celestial milicia, lanza en el Infierno con el divino poder a Satanás y a los otros malignos espíritus que discurren por el mundo para la perdición de las almas. *R.* Amén.

La Santidad de Pío X desea que se añada la jaculatoria siguiente:

Corazón sacratísimo de Jesús, ten misericordia de nosotros. (*Se dice tres veces.*)



Método segundo para oír la Santa Misa devotamente y con fruto ⁽¹⁾

Antes de comenzar la Santa Misa.

Dios mío, vedme aquí postrado ante vuestro altar para ofreceros con el Sacerdote el sacrificio del Cuerpo y Sangre de mi divino Redentor, vuestro amado Hijo, Jesucristo. Con este ofrecimiento deseo honraros, agradecer debidamente vuestras dádivas y alcanzar para mí, y para todos los fieles cristianos, nuevos favores de vuestra misericordia, la remisión de los pecados,

(1) Este método de asistir a Misa no se halla en la colección de las obras completas del Santo; pero está sacado de un librito muy conocido y extendido en Italia con el título de *Máximas eternas de San Alfonso María de Ligorio*.

la satisfacción de las penas merecidas por ellos y la abundancia de vuestras gracias; iluminad, Señor, mi entendimiento y purificad mi corazón para que pueda asistir digna, atenta y devotamente a este grande y adorable sacrificio. Bendecidme, Dios Omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Amén.

**Quando el Sacerdote principia
la Misa.**

Considera, alma mía, a tu Jesús en el Huerto de Getsemaní, donde da principio a su amarga pasión. Mírale cómo se retira a un lugar solitario, y postrado e inclinado su rostro hasta la tierra, pide a su divino Padre le asista en aquel penoso momento. Al considerar entonces distintamente todos los tormentos de su cercana muerte, se contrista, desfallece y suda sangre.

¡Oh Jesús mío! mis pecados son la cau-

sa de vuestras penas. ¡Ah! Cuán grave mal he hecho pecando contra Vos, oh mi Señor y mi Dios! Conozco la malicia de mis culpas, y las confieso delante de Vos y de toda la corte celestial. Perdonadme, absolvedme y salvadme. Hable en mi favor ¡oh Eterno Padre! la sangre de vuestro divino Hijo tan afligido.

Quando el Sacerdote sube al altar.

Alma mía, Jesús ha sido vendido y entregado; mírale ya preso en medio de los soldados y atado bárbaramente. El sufre y calla. Mira cómo lo llevan a Jerusalén, acompañándole con desacatos y baldones. Considera cuán a su costa ha satisfecho por tu soberbia y tus culpas, y te ha alcanzado la gracia de poder ser humilde y devoto.

**Mientras el Sacerdote lee la Epístola
y el Evangelio.**

Jesús es conducido por las calles de Jerusalén; síguete, alma mía, pero no esperes verle ahora vitoreado y aclamado por Rey, como otras veces, sino despreciado como malhechor y recibido con escarnios e insultos. ¡Qué inconstante es el proceder de los hombres! ¡Con qué facilidad pasan de la alegría al furor, de las alabanzas a las injurias, de los obsequios a los ultrajes! Y después de esto, alma mía, ¿pondrás tu confianza en los hombres? Aprende a no hacer caso de sus juicios, y sigue acompañando a Jesús, atado con cordeles, arrastrado y presentado a aquellos inicuos tribunales, en donde se ve acusado falsamente, escarnecido y vilipendiado. ¡Qué admirables lecciones de silencio, en las injurias, de perdón, de paciencia y de mortificación

te da El en estos pasos! Y tú, ¿cuándo empezarás a practicarlas? ¿Cuándo te resolverás a mortificar tu carne insolente con voluntarias penitencias o al menos con virtuosa resignación en las adversidades de la vida? ¡Qué! ¿Siempre pecados y nunca penitencias? ¿Siempre ofensas a tu Dios y nunca satisfacción? Padre Eterno, vedme aquí ya dispuesto a aceptar cualquier castigo y sufrir cualquier tormento en compensación de mis culpas y pecados. No me desamparéis, Dios mío, no os alejéis de mí.

**Desde que se descubre el cáliz
hasta el Sanctus.**

Considera ahora a Jesús atado a la columna, azotado bárbaramente y coronado de espinas. ¿Quién podrá mirarle sin llorar de ternura y de compasión? Angeles del Cielo, venid y ved al Rey de la Gloria cómo está atado, cubierto de lla-

gas, la cabeza taladrada de espinas; y si no es es permitido librarle de tantas penas, venid al menos a llorar conmigo y compadeceros de El.

Eterno Padre, recibid esta Hostia immaculada en agradecimiento de las infinitas misericordias que me habéis dispensado, y en expiación de tantas culpas como he cometido contra Vos; Señor, tened piedad de mí, remediad mis miserias y concededme especialmente la perseverancia final. No merezco, es verdad, que me escuchéis, después que yo mismo, con tantos perversos consentimientos, como con otras tantas espinas, he traspasado la adorable cabeza de mi Jesús; mas os presento sus méritos y sus llagas, que claman en mi favor pidiendo perdón y clemencia.

Desde el Sanctus hasta la elevación.

Alma mía, muévete a compasión de tu Señor. ¿No ves con qué tierno afecto

abrazas la Cruz que por tanto tiempo ha deseado? ¡Cuán pesada se las has hecho con tus pecados! Contempla su amor, para agradecersele. Aprende de El a abrazar la Cruz con gusto; no te espante su peso, no te amedrenten los juicios de los hombres, no te detengan la confusión y la humillación. Si sufres con Jesús, también reinarás con El. Sigue entre tanto a tu divino Maestro, conducido al Calvario. ¡Qué lastimoso espectáculo! Jesús llevado a la muerte como un corderillo al matadero. Mírale todo cubierto de heridas, con aquella corona de espinas sobre la cabeza, con aquel pesado madero sobre los hombros. Mírale, cómo anda, con el cuerpo inclinado y trémulo, derramando sangre por todas partes, y con tanta pena, que a cada paso parece que va a exhalar el espíritu.

¡Oh Jesús mío! ¡Oh mi adorado Dueño! Ahora conozco más claramente el

mal que he hecho pecando; detesto mis culpas y las lloro amargamente. ¡Oh, si no os hubiera nunca disgustado! ¡Cuántos desprecios, cuántos ultrajes, cuántos dolores habéis sufrido por mí! Me avergüenzo de haber estimado tanto los honores y placeres, que por ellos he llegado a renunciar tantas veces vuestra amistad; me arrepiento, Señor, y resuelvo para en adelante imitar todos vuestros ejemplos y no volver más a perderos, ¡oh mi bien infinito!

**Desde la elevación hasta el
Pater noster.**

He aquí levantado en alto el Salvador del mundo. Alma mía, mira a tu Señor clavado en aquel madero y sumido en un mar de tormentos. Considera aquí sus penas: si quiere descansar sobre las manos o sobre los pies, se le aumenta el martirio; si vuelve su atormentada cabe-

za a un lado o a otro, es siempre con nuevo dolor; si la deja caer sobre el pecho, con el peso se le rasgan más las aberturas de las manos; si la apoya en la Cruz, se le hincan más fuertemente las espinas.

¡Oh mi Jesús! ¡Qué agonía tan dolorosa es ésta que sufrís por mí!

¡Oh Jesús mío crucificado! Os adoro sobre ese trono de ignominias y de penas, y humillado y enternecido me acerco a besar vuestros santísimos pies traspasados por mi amor. Abrazo esa Cruz, en la que Vos, hecho víctima de caridad, habéis querido sacrificaros por mí a la divina Justicia. Habéis sido obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz. ¡Oh dichosa obediencia, que nos ha alcanzado el perdón de los pecados! Y ¿qué hubiera sido de mí si Vos no hubieseis dado por mí vuestra vida? Gracias os doy, Amor mío, por los méritos de esta

sublime obediencia, ruégoos me concedáis la gracia de obedecer en todo a los que están en vuestro lugar, como mis superiores, y de perdonar de corazón. No; no quiero disgustaros más; quiero amaros de veras y amaros siempre.

Desde el Pater noster hasta la Comunión.

He aquí que ya muere Jesús. Mírale, alma mía, agonizando: mira sus ojos moribundos, la cara amoratada, el corazón que late con languidez, el cuerpo que se abandona a la muerte, mientras el alma santísima está próxima a separarse de él. El cielo se oscurece, tiembla la tierra, se abren los sepulcros, señales ciertas de que muere ya el Hacedor del mundo. ¡Ea! Acércate, alma mía, al santo madero en el que muere Jesús por tu amor; acércate, y mira su figura que convida a amarle: la cabeza inclinada

como para darte el besó de paz, los brazos extendidos para abrazarte, el costado abierto para recibirte en su Corazón.

¡Oh Salvador del mundo! ¡Oh amabilísimo Jesús mío! Yo me entrego todo en vuestras manos y me ofrezco a Vos; recibidme y tened piedad de mí; curad las llagas de mi alma; inflamadme en vuestro amor, para que en todos los momentos que me quedan de vida, viva únicamente para Vos y para serviros y agradaros como Vos lo merecéis.

En el acto de la Comunión.

¡Oh mi Jesús y mi Dios, único y sumo bien de mi alma! ¡Oh, si pudiera yo también alcanzar la suerte de tantas almas dichosas que, llenas de pureza y de fe, se acercan a Vos devotamente para alimentarse de vuestra carne! ¡Qué consuelo sería para mí si pudiera ahora recibirlos en este Sacramento con el fervor

de los Santos! No soy digno, Señor, no, no soy digno de que entréis en mi corazón; mas decid una sola palabra, y será sana mi alma. En vos confío, por Vos suspiro, a Vos amo, ¡oh Jesús!, salud, esperanza, amor y pan de vida eterna.

Después de la Comunión.

Con vuestro Cuerpo santificadme, con vuestra Sangre preciosísima fortalecedme, por los méritos de vuestra Pasión salvadme. ¡Oh Jesús! ¿Qué os daré yo por tantos bienes como me habéis dispensado? Os amaré, ¡oh Jesús!, mi delicia y mi felicidad. Os adoro, os bendigo, os alabo, y todo me ofrezco a Vos, y a Vos sacrifico todas mis pasiones, principalmente la que más me domina; destruidla, Dios mío, con vuestra caridad. Hacedme participe de vuestros méritos; comunicadme, Señor, vuestras virtudes; quitadme el deseo de las cosas del mundo:

avivad en mí la fe y la esperanza de los bienes eternos; inflamadme más y más en vuestro amor, para que por él sea yo exacto en el cumplimiento de vuestros preceptos y de mis obligaciones, y nunca vuelva a caer en la ignominia del pecado. Viva yo unido constantemente a Vos y sumiso a vuestra santísima voluntad, ¡oh Jesús mío dulcísimo!, y a este fin hacédme digno de vuestra bendición en el momento en que vuestro ministro sobre la tierra me la concede.

Después de la bendición.

Recibid, ¡oh Eterno Padre!, este sacrificio, en señal de mi humilde sumisión a vuestra adorable Majestad, en agradecimiento a vuestras infinitas misericordias, en satisfacción de mis pecados. Virva también este divino sacrificio para todos los fieles y para las benditas almas del purgatorio. Aumentad en mí vuestras

gracias en proporción a v.ros deplorables miserias, y no me abandonéis. Protesto delante del Cielo y de la tierra, que estoy dispuesto a dar mi vida antes que ofenderos. Pero asistidme para que no me desvíe del camino que me conduce a Vos, Dios mío, que debéis ser mi eterna felicidad en la Gloria. Amén.





IV

LA CONFESIÓN

Refiere un sabio y devoto escritor que, obligado una vez el demonio a manifestar lo que más daño le causaba, respondió que la confesión frecuente.

La confesión es el Sacramento por el cual son perdonados los pecados, se recobra la divina gracia y todos los méritos de las buenas obras que se habían perdido por la culpa, y además recibe el alma mayores fuerzas para resistir a las tentaciones y conservar la devoción. Por lo cual muchos Santos, a fin de conseguir la mayor pureza posible de conciencia, acostumbraban confesarse todos los días; porque si en el mundo nadie quiere presentarse delante de otro con una mancha en el rostro, ¿qué extraño es que las almas amantes de Dios procuren purificarse más y más para hacerse agradables a los ojos de su amado Señor? Sin embargo, no pretendemos que todos los fieles reciban tan a menudo este

Sacramento; pero si afirmamos que les sería sumamente provechoso hacerlo a lo menos una vez cada semana, y además cuando hubieren cometido alguna culpa advertida y más notable.

Antes de la confesión te has de encomendar de corazón al Señor pidiéndole luz para conocer tus pecados y la gravedad de ellos, con un vivo sentimiento de dolor para detestarlos y firme propósito de no volver a pecar. Pide además el auxilio de María Santísima, del Angel Custodio y, de los Santos tus abogados.

Para el examen de conciencia repasa los Mandamientos de la ley de Dios, los de la Iglesia y las obligaciones particulares de tu estado, notando las faltas de pensamientos, palabras, obras y omisiones que hayas cometido desde la última confesión *bien hecha*.

Para comodidad de los que quieren hacer confesión general, o confesarse desde algún tiempo determinado de su vida, v. gr., desde el año anterior etc., ponemos aquí un examen práctico sobre los Mandamientos, seguidos de un breve resumen de los deberes particulares de los diversos estados. Este examen, sin embargo, es útil a toda clase de personas, si bien las almas piadosas que se confiesan cada semana, por regla general, no han de examinarse sino de sus defectos cotidianos, y sólo de vez en cuando leer este examen para no olvidar sus deberes.

EXAMEN PRÁCTICO

sobre los Mandamientos de la ley de Dios.

Primer mandamiento.—Examínate:

1.º Si estás bien instruído en la doctrina cristiana, v. gr., si sabes el Credo, la Salve, el Padrenuestro, el Avemaría y los Mandamientos, los Sacramentos, o si, por negligencia, has descuidado el aprenderlos. 2.º Si has hecho acciones supersticiosas. 3.º Si en las anteriores confesiones has callado por vergüenza algún pecado. 4.º Si has cumplido la penitencia. 5.º Si has inducido a pecar o has dado escándalo con tus palabras, obras y comportamiento.

Segundo mandamiento.—Examínate:

1.º Si has quebrantado algún voto. 2.º Si has jurado con mentira. 3.º Si has blasfemado o dicho palabras ofensivas contra Dios o los Santos o cosas sagradas.

Tercer mandamiento.—Examínate:

1.º Si has dejado de oír Misa. 2.º Si has llegado tarde a ella por tu culpa. 3.º Si has trabajado en día festivo sin necesidad, y si ha sido públicamente.

Cuarto mandamiento.—Si eres *hijo de familia*, examínate:

1.º Si has aborrecido a tus padres. 2.º Si has hecho alguna cosa grave contra su expreso mandato. 3.º Si les has guardado la debida reverencia, o, por el contrario, los has

injurado con hechos o imprecaciones, o remedando sus gestos por afrentarlos, o profiriendo palabras que les pudieran ocasionar grave molestia.

Por el contrario, si eres *padre* o *madre*, examínate: 1.º Si has sido negligente en educar a tus hijos, no cuidando que aprendan la doctrina cristiana, asistan a Misa, frecuenten los Sacramentos y eviten las malas compañías y el trato con personas de otro sexo. Si has permitido que los novios entren en casa o se queden a hablar a solas con tus hijas. 2.º Si has tenido a tus hijos en tu propio lecho, o permitido que duerman juntos hermanos de diferente sexo. 3.º Si has blasfemado o maldecido en presencia de tus hijos.

Si eres *amo*, examínate si no has corregido a tus criados cuando blasfemaban, o no cumplían el precepto pascual, o faltaban a Misa, o hablaban deshonestamente, u ofendían a Dios de cualquier otro modo en casa o en el campo; pues los amos, pudiendo hacerlo, están obligados a impedir los escándalos y pecados de sus dependientes.

Las mujeres examínense si han provocado a sus maridos a blasfemar, o se han negado a cumplir sus deberes para con ellos, porque muchas veces por sólo esto se condenan y son causa de que suceda lo mismo a sus maridos, que, así

desairados, corren desenfrenados a precipitarse en mil excesos.

Quinto mandamiento.—Examínate: 1.º Si has deseado algún mal grave al prójimo, o te has complacido en su daño. 2.º Si has hecho al prójimo alguna injuria. 3.º Si has promovido discordias, sembrado zizaña con tus chismes y contando al uno lo que oíste al otro. 4.º Si te has excedido notablemente en la comida, y especialmente en la bebida.

Sexto mandamiento.—En orden a los pensamientos, examínate: 1.º Si has deseado o te has deleitado detenidamente en cosas deshonestas; si con plena advertencia y consentimiento, cuántas veces poco más o menos, en un día, en una semana, en un mes. Si has buscado o puesto medios para conseguir el mal intento. 2.º En orden a las palabras obscenas, examínate si las has dicho, qué clase de ellas, delante de quiénes; si te has gloriado de algún pecado; si te has deleitado oyendo a otro hablar deshonestamente. 3.º En cuanto a las obras, examínate si has cometido algún pecado, si a solas, si con otros u otras. Si has leído algún libro obsceno o mirado alguna estampa deshonestas.

Séptimo mandamiento.—Examínate: 1.º Si has tomado alguna cosa ajena, de quién y cómo. 2.º Si has hecho trampas al medir o vender. 3.º Si no has pagado

lo que debes. 4.º Si de cualquier otro modo has defraudado a alguien en sus intereses.

Octavo mandamiento.—Examínate: 1.º Si has infamado a alguno; si lo hiciste imputándole un delito falso o descubriendo uno verdadero pero oculto. 2.º Si diste en rostro a otro con algún vicio infamante. 3.º Si has hecho juicios temerarios. 4.º Si has murmurado o te has deleitado en oír murmurar y censurar vidas ajenas.

El noveno y décimo mandamientos se comprenden en el sexto y séptimo.

En cuanto a los preceptos de la Iglesia, después de lo dicho arriba sólo resta que te examines si no has ayunado en la Cuaresma y vigiliias, suponiendo que seas persona obligada a hacerlo, y si has comido carne, en días que no pueda comerse, sin tener bula.

RESUMEN

DE LAS OBLIGACIONES PROPIAS DE CADA
ESTADO

Padres de familia.—Deben sustentar a sus hijos, y por consiguiente cuidar bien de su hacienda para establecerlos decentemente. Deben, sobre todo, cuidar de su instrucción religiosa, procurando que sepan las cosas necesarias para recibir bien los Santos Sacramentos y salvarse, a saber: Que hay un Dios criador del Cielo y de la tierra, infinitamente bueno, sabio, poderoso y justo, que ~~va~~ cuanto hacen y piensan los hombres, ~~qu~~ premia a los buenos con la Gloria eterna y castiga a los malos con las eternas penas del Infierno. Que no hay sino un solo Dios verdadero; aunque en El hay tres Personas distintas, que son el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, el cual es un altísimo misterio, que se llama Misterio de la Santísima Trinidad. Que la segunda persona de la Santísima Trinidad, que es el Hijo, se hizo hombre en las entrañas purísimas de la Santísima Virgen, naciendo a los nueve meses, siendo a la vez Dios y Hombre, el cual se llama Misterio de la Encarnación. Que este Dios y Hombre, Hijo del

Eterno Padre y de María Virgen, es Jesucristo, que sufrió muerte y Pasión por salvarnos, y resucitó al tercer día, subió a los cielos y ha de volver a venir para juzgar al mundo. Deben, además, enseñarlos a rezar, cuidar de que tengan buenas costumbres, obligarlos a obedecer sus mandatos, corregirlos con firmeza. Castigarlos como padre y no como tiranos. Darles buenos ejemplos, tenerlos bien ocupados. Encomendarlos a Dios, alejarlos de las ocasiones de pecar, prohibiéndoles ir a bailes indecentes y tener malas compañías y, sobre todo, contraer relaciones amorosas mucho tiempo antes de que piensen establecerse. Los padres de familia que en este tiempo se descuidan permitiendo a sus hijos o hijas hablar a solas, sobre todo de noche, con la persona con quien han de casarse, y todos los que descuidan notablemente los otros deberes enumerados arriba, pecan mortalmente.

Hijos de familia.—Deben honrar a sus padres, amándolos, respetándolos y obediéndoles sin replicar, sobre todo cuando les mandan cumplir con los deberes de cristiano, confesar, oír Misa, apartarse de las malas compañías, no salir de casa por la noche y dedicarse al trabajo. Los hijos que faltan notablemente a estos deberes pecan mortalmente. Sin embargo, si los padres mandan cosas que

sean pecado, no deben obedecerlos. En todo tiempo deben socorrerlos en sus necesidades y enfermedades, y encomendarlos a Dios mientras vivan y después de muertos. Además, los jóvenes cristianos deben ser bien hablados, aborrecer la blasfemia y amar la Religión. Las doncellas deben amar el retiro y el trabajo. Y lo mismo aquéllos que éstas deben amar y guardar la castidad, huyendo de reuniones peligrosas y absteniéndose de leer libros u otros escritos irreligiosos o inmorales.

Esposos.—Deben amarse con amor constante. Sobrellevarse uno a otro los defectos naturales. Consolarse en las aflicciones de la vida. Cuidarse en sus enfermedades y guardarse fidelidad. El marido debe sustentar a la mujer, corregirla con cariño y tratarla con igualdad. La mujer debe respetar y obedecer a su marido como a cabeza. Servirle con amor en cuanto mira al aseo y sustento de su persona. Gobernar su casa con solícitud y cristiana economía. Ser modesta en el traje, irreprochable en su vida y la primera en dar ejemplo de piedad y amor a la Religión.

Criados.—Deben obedecer a sus amos sin replicar, si lo que mandan no es pecado. No defraudarles, perdiendo el tiempo, o dando o desperdiciando, o destruyendo las cosas de casa. Cuidar de

la hacienda como si fuera propia. Serles fieles y servirles como quien sirve a Dios en ellos.

Amos.—Deben considerar que sus criados son hijos de Dios como ellos, y tenerles compasiva caridad. Pagarles fiel y oportunamente su salario. Reprenderles las palabras escandalosas. Exhortarlos a que cumplan los deberes. No obligarles a trabajar en los días festivos y domingos. No abusar de su superioridad para inducirles a cometer algún pecado.

Te has de acusar, en la confesión, de los pecados en que eres reincidente, y es bueno que hagas propósito particular de no volver más a cometer aquel pecado determinado, prometiendo huir de la ocasión y practicar los medios que te indicare el confesor y los que tú mismo juzgues más eficaces para enmendarte.

ORACION

DESPUES DEL EXAMEN

Dios de infinita majestad, he aquí a vuestros pies al rebelde que ha vuelto a ofenderos tantas veces, pero que, humillado ahora, os pide perdón. Señor, no me desechéis, pues Vos no despreciáis un corazón que se humilla y se arrepiente. Gracias os doy por haberme es-

perado hasta ahora y no haberme hecho morir en pecado y condenado al Infierno, como merecía. Confío, ¡oh mi Dios!, que, pues me habéis esperado, me perdonaréis en esta confesión, por los méritos de Jesucristo, todas mis culpas, de las que me arrepiento y me pesa por haber con ellas merecido el Infierno y perdido la gloria; pero más que por el infierno merecido, me arrepiento con toda mi alma por haberos ofendido a Vos, bondad infinita. Os amo, ¡oh sumo Bien!, y porque os amo, me pesa de todas las injurias que os he hecho: me he alejado de Vos, os he perdido el respeto, he despreciado vuestra amistad, en una palabra, me he hecho voluntariamente vuestro enemigo; pero Vos, Señor, perdonadme, que yo con todo mi corazón aborrezco mis culpas y mi maldad sobre todo otro mal. Me arrepiento, no sólo de los pecados mortales, sino aun de los veniales, porque éstos también os han disgustado. Propongo no volver a ofenderos de hoy en adelante. Sí, Dios mío, antes morir que volver a pecar.

ORACION

DESPUÉS DE LA CONFESIÓN

Amado Jesús mío, ¡cuán obligado os estoy! Por los méritos de vuestra san-

gre espero haber quedado ya perdonado. Os lo agradezco con toda mi alma, y espero poder llegar un día a vuestro reino para alabar eternamente vuestras misericordias. Dios mío, si hasta ahora os he perdido tantas veces ya no os quiero perder más, y propongo sinceramente mudar de vida. Vos merecéis todo mi amor; yo os quiero amar de veras y no volver a verme apartado de Vos. Os he prometido y os vuelvo a prometer que preferiré siempre morir a ofenderos de nuevo. Prometo también apartarme de las ocasiones y tomar, para no volver a caer, tal medio (*determina cuál*). Mas, ¡oh Jesús mío! Vos, que conocéis bien mi flaqueza, dadme fuerzas para que os sea fiel hasta la muerte. Virgen Santísima, ayudadme. Vos sois la Madre de la perseverancia; en Vos pongo mis esperanzas después de vuestro Hijo.





V

LA COMUNIÓN

No hay medio tan eficaz para librarse de los vicios y para adelantar en la práctica del divino amor, como la sagrada Comunión. Mas, ¿por qué tantas almas, después de tantas comuniones, se hallan con las mismas faltas? Esto sucede por la poca disposición y casi ninguna preparación que llevan a la sagrada Mesa. Dos cosas son necesarias para esta preparación. La primera es quitar del corazón los afectos desordenados, que son obstáculos al amor divino; la segunda es tener gran deseo de amar a Dios, y ésta, dice San Francisco de Sales, debe ser la principal intención de los que comulgan, es decir, la de crecer en el amor de Dios. "Sólo por amor, dice el Santo, se ha de recibir a un Dios que sólo por amor se ha dado a nosotros."

Actos preparatorios para la Comunión

Acto de Fe.

I

HE aquí que llega subiendo por montes y atravesando collados. (Cantares, II, 8). ¡Oh mi amabilísimo Salvador! Para poder llegar a uniros conmigo por medio de este Santísimo Sacramento, ¡cuántos montes difíciles y escabrosos habéis tenido que atravesar! De Dios habéis pasado a haceros hombre; de inmenso, a haceros niño; de Omnipotente, a haceros siervo; desde el seno del Padre, al de una Virgen; desde el Cielo, a un establo; desde el trono celestial, a un patíbulo infame; y ahora Vos mismo desde la mansión de la Gloria queréis

pasar a habitar dentro de mi pecho. ¡Oh!
¡Cuán grande es vuestra bondad, Jesús
mío!

He aquí, alma mía, que tu amado Jesús, movido de aquel mismo amor con que te amó muriendo por ti sobre la Cruz, está ahora escondido bajo las especies de pan en el Santísimo Sacramento. Y ¿qué está haciendo? Está, cual amante apasionado, deseoso de verse correspondido, y desde la Hostia está mirándote a ti, que vas a alimentarte de su divina carne, para ver lo que piensas, lo que amas, lo que deseas y buscas, y las ofrendas que le vas a presentar. Ea, pues, alma mía, disponte a recibir a Jesús Sacramentado; aviva tu fe y dile: "Amado Redentor mío, Vos dentro de pocos momentos vais a venir a mí. ¡Oh Dios escondido y desconocido para la mayor parte de los hombres! Creo en Vos, os confieso presente en ese Santísimo Sa-

cramento, y como mi Señor y Salvador os adoro profundamente; y por confesar esta verdad, de muy buena gana daría yo hasta mi vida. Vos venís para enriquecerme con vuestras gracias. ¿Cuánta, pues, no debe ser mi confianza en vuestra amorosa venida?"

Acto de confianza.

II. Alma mía, ensancha tu corazón; he aquí a Jesús que puede hacerte dichosa y te ama en extremo; espera, pues, grandes favores de este tu Señor, que, movido del amor y siendo todo amor, viene a ti. Sí, amado Jesús mío y esperanza mía, confío en vuestra bondad y espero que Vos mismo encenderéis ahora en mi pobre corazón la hermosa llama de vuestro puro amor y un verdadero deseo de daros gusto, para que de hoy en adelante no quiera sino lo que Vos queráis.

Acto de amor.

III. ¡Ah, Dios mío, Dios mío, verdadero y único amor de mi alma! ¿Qué más podíais hacer para obligarme a amaros? No os ha parecido bastante el morir por mí, sino que habéis querido, además, instituir este gran Sacramento para entregarnos y uniros tan íntimamente a una criatura tan asquerosa e ingrata como yo; y lo que es aún más, Vos mismo me convidáis a recibirlos y tanto deseáis que os reciba. ¡Oh amor inmenso, amor incomprendible, amor infinito! ¡Un Dios quiere darse todo a mí! Alma mía, ¿lo crees? Y, ¿qué haces? ¿Qué dices? ¡Oh Dios amable, infinito, único objeto digno del amor de todas las criaturas! Os amo con todo mi corazón; os amo sobre todas las cosas; os amo más que a mí mismo; os amo más que a mi vida. ¡Oh, si pudiera hacer que os amasen todos los

corazones como Vos merecéis! Os amo, Dios mío amabilísimo; uno mi miserable corazón al de las almas más amantes y al vuestro, Jesús mío, y con él os adoro humildemente. Os amo, Bondad infinita, con aquel amor que os tienen todos los ángeles del Cielo, con el amor con que os ama vuestra amorosísima Madre María, con el amor con que Vos, Jesús mío, os amáis a Vos mismo, y os amo porque sois tan digno de ser amado, y porque Vos así lo queréis. Afectos terrenos que no sois para mi Dios, salid de mi corazón. Madre del Amor Hermoso, María Santísima, ayudadme a amar a aquel Dios a quien Vos amáis tanto, y tanto deseáis ver amado.

Acto de humildad.

IV. Alma mía, ya vas a alimentarte de la carne sacrosanta de Jesucristo; pero, ¿eres digna? ¡Oh Dios mío!

¿Quién soy yo, y quién sois Vos? Bien sé y confieso quién sois Vos que os dáis a mí, y Vos bien sabéis quién soy yo que vengo a recibiros. ¿Cómo, pues, es posible, ¡oh Jesús mío!, que Vos, grandeza infinita, tengáis deseo de venir a hospedaros en esta alma mía que tantas veces ha sido morada de vuestro enemigo y manchada de tantos pecados? Conozco, ¡oh Señor mío!, vuestra gran Majestad y mi miseria, y me avergüenzo de presentarme a Vos. Quisiera alejarme por respeto; pero si me aparto de Vos, vida mía, ¿adónde iré?, ¿a quién recurriré?, ¿qué será de mí? No, no quiero ya alejarme; antes bien, quiero acercarme más y más a Vos, que me permitís que os reciba en alimento, o, mejor dicho, me convidáis a ello. Voy, pues, ¡oh mi amado Salvador!, voy a recibiros en este instante, humillado, contrito y confuso,

pero lleno de confianza en vuestra piedad y en el amor que me tenéis.

Acto de dolor.

V. Cuánto me pesa, ¡oh Dios de mi alma!, no haberos amado, y lo que es peor, el haber disgustado tanto a vuestra bondad infinita por contentar mis gustos; el haberos vuelto las espaldas; el haber despreciado vuestra gracia y amistad; en suma, ¡oh Dios mío!, el haber, ¡infeliz de mí!, renunciado a Vos por nada. Aborrezco, sobre todo otro mal, las ofensas que os he hecho, tanto las graves como las leves, porque con ellas os he ofendido a Vos, Bondad infinita. Espero que me habréis ya perdonado; pero si aún no lo habéis hecho, perdonadme ahora, ¡oh Jesús mío!, antes de que os reciba: lavad con vuestra sangre preciosa esta mi alma, a la que vais a venir

dentro de breves instantes a fijar vuestra morada.

Acto de deseo.

VI. ¡Ea, alma mía!, ya llega la hora dichosa en que tu Jesús ha de venir a hospedarse en tu pobre corazón. He aquí al Rey del Cielo, he aquí a tu Redentor y Dios que ya viene a ti. Prepárate a recibirle con amor, y llámale con ardiente deseo. Ven, ¡oh Jesús mío!, ven a mi alma que por ti suspira. Antes que os entreguéis a mí, quiero yo entregaros y os entrego mi pobre corazón. Aceptadle y venid luego a tomar posesión de él. Sí, venid luego, ¡oh Dios!; no tardéis más, mi único e infinito bien. Quisiera recibirlos con aquel amor con que os han recibido las almas más santas y más amantes, con el que os recibía María Santísima; a sus Comuniones uno esta mía.

Santísima Virgen, Madre mía, María:

he aquí que me acerco a recibir a vuestro Hijo. Dadme ahora a vuestro Jesús, como lo disteis a los pastores y a los Santos Magos. Hago intención de recibirle de vuestras purísimas manos; decidle que soy vuestro siervo y devoto, y El me mirará con ojos más amorosos y me estrechará más íntimamente consigo, ahora que viene a mí.



ACCIÓN DE GRACIAS

PARA DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El tiempo después de la Comunión es tiempo precioso para ganar tesoros de gracias; pues los actos y súplicas que se hacen entonces, por estar el alma unida a Jesucristo, tienen mérito y valor más especial que en ningún otro tiempo. Santa Teresa escribe que el Señor está entonces en el alma como en un trono de misericordia, y le está diciendo: "Alma, pídemelo que quieras, pues con este fin he venido y estoy en ti para hacerte bien". ¡Cuántos y qué favores tan especiales reciben los que se detienen en hablar amorosamente con Jesucristo después de la Comunión! El Beato Maestro Avila no dejaba nunca de estar en oración por lo menos dos horas después de la Comunión, y San Luis Gonzaga empleaba tres días en dar gracias a Jesucristo. Haga por lo menos, el que ha comulgado, los siguientes actos, y procure en lo restante del día seguir con afectos y súplicas para mantenerse unido espiritualmente a Jesucristo, a quien ha recibido por la mañana.

Acto de fe.

I. He aquí que ha venido mi Dios a visitarme, a habitar en mi alma. Ya mi

Jesús se halla dentro de mí. El ha venido a hacerse mío, y al mismo tiempo a hacerme todo suyo; de modo que Jesús es mío, y yo de Jesús: Jesús es todo mío y yo todo suyo.

¡Oh bondad infinita! ¡Oh misericordia infinita! ¡Oh amor infinito! ¡Un Dios venir a unirse conmigo y hacerse todo mío! Alma mía, ahora que te hallas tan unida con Jesús, ¿qué haces? ¿qué dices? ¿Cómo no hablas con tu Dios que está contigo? ¡Ea! Aviva de nuevo tu fe; considera que los Angeles están a tu alrededor adorando a su Dios, que está dentro de ti. Arroja fuera de tu alma todo pensamiento distractivo; recoge los afectos de tu corazón; únete con tu Dios y dile:

Acto de recibimiento.

II. ¡Oh Jesús mío, oh amor mío, mi bien infinito y mi todo! Bienvenido seáis

y para siempre a la pobre casa de mi alma. Pero, Señor, ¿adónde habéis llegado? A este corazón, peor que el establo en que nacisteis, lleno de amor propio y de afectos desordenados; y ¿cómo habéis podido venir a habitar en él? Bien quisiera rogaros, como el Apóstol San Pedro, que os apartéis de mí, por ser tan pecador como soy, indignísimo de hospedar a un Dios de infinita majestad, y que os fueseis a descansar en aquellas almas puras que os sirven con verdadero amor. Pero, Redentor mío, si Vos me dejaseis, ¿qué sería de mí? ¡Ah! Quedaría perdido. No os retiréis, pues, de mí, os lo suplico; uníos, por el contrario, más intimamente conmigo. Os abrazo, vida mía, y protesto que en vivir unido a Vos está mi única felicidad. Muy insensato he sido en haberme separado de Vos por amor de las criaturas, pero ahora no

quiero separarme más; quiero vivir siempre y morir unido con Vos.

María Santísima, Serafines, almas todas que amáis a Dios con un amor puro, alcanzadme vuestros mismos afectos, para poder hacer la compañía debida a mi amado Señor.

Acto de agradecimiento.

III. ¡Oh Dios mío y Señor mío! Os agradezco el favor que me habéis dispensado viniendo a habitar en mi alma; pero quisiera poder ofrecer os un agradecimiento digno de Vos por esta dádiva. Mas, ¿qué digno agradecimiento puede ofrecer os un miserable como yo? David decía: *¿Cómo podré corresponder al Señor por todas las mercedes que me ha hecho?* Y ¿qué os daré yo, ¡oh Jesús!, qué os daré yo a Vos que, después de haberme dado tantos otros bienes, os habéis dado también a Vos mismo? Bendice,

pues, alma mía, y alaba como mejor puedas a tu Dios. Y Vos, Madre mía, María, Santos mis abogados, Angel Custodio mío, almas fieles que estáis tan enamoradas de Dios, venid a bendecirle y alabarle por mí, admirando y ensalzando gracias tan grandes como las que me acaba de hacer.

Acto de ofrecimiento.

IV. *Mi Amado para mí y yo para El.*
Si un rey llegara a visitar a un pobre pastorcillo en su misma choza, ¿qué más podía ofrecerle el pastorcillo, sino la choza tal cual ésta fuera? ¡Oh mi divino Rey Jesús! Pues habéis venido a visitar la pobre casa de mi alma, os la ofrezco y con ella todo cuanto tengo, juntamente con mi libertad y voluntad. Vos os habéis dado todo a mí, pues yo me doy todo a Vos. No quiero, ¡oh mi Jesús!, no quiero pertenecerme más de hoy en

adelante, sino ser vuestro y todo vuestro. Vuestros sean mis sentidos, a fin de que me sirvan solamente para daros gusto. Y ¿qué mayor gusto se puede tener que el de agradaros a Vos, Dios amantísimo y amorosísimo? Vuestras sean también todas mis potencias: quiero que la memoria no me sirva para otra cosa más que para acordarme de vuestros beneficios y de vuestro amor; que el entendimiento no sirva sino para pensar solamente en Vos, que siempre pensáis en mi bien; y que la voluntad me sirva únicamente para amaros a Vos sólo, ¡oh mi Dios y mi todo!, y para querer únicamente lo que Vos queráis. Os consagra, pues, y sacrifico, ¡oh dulcísimo Salvador mío!, todo lo que tengo y soy: mis sentidos, mis pensamientos, mis afectos; mis gustos, mis inclinaciones y mi libertad; en suma, en vuestras manos entrego todo mi cuerpo y alma. Aceptad, ¡oh Ma-

jestad infinita!, el sacrificio que os hace de sí mismo el pecador más ingrato que ha habido sobre la tierra, y que ahora se ofrece y consagra todo a Vos. Haced, Señor, en mí, y disponed de mí como os plazca. Venid, ¡oh fuego consumidor!, ¡oh amor divino!, y destruíd en mí todo lo que es mío y no agrada a vuestros purísimos ojos. Haced que de hoy en adelante sea todo vuestro y sirva solamente para cumplir, no sólo vuestros preceptos, sino también vuestro divino beneplácito. Amén.

¡Oh Madre mía, María!, presentad con vuestras manos este ofrecimiento a la Santísima Trinidad. Haced que lo acepte y me conceda la gracia de ser fiel en su servicio hasta la muerte.

Acto de petición.

V. Alma mía, tiempo es éste de conseguir todas las gracias que deseas. ¿No

ves al Eterno Padre que te está amorosamente mirando, viendo dentro de ti al que es su Hijo muy amado? Desecha ahora todo afecto terreno: aviva tu fe, ensancha tu corazón, y pídele cuanto quieras. ¿No oyes a Jesús mismo que te dice: "Alma, di, ¿qué bien quieres que te haga? ¿Qué quieres de mí? He venido para enriquecerte y contentarte; pide, pues, con confianza, y alcanzarás lo que desees".

¡Oh mi dulcísimo Salvador! Ya que habéis venido para dispensarme gracias y deseáis que os las pida, no pido bienes terrenos, ni riquezas, ni honores, ni placeres; dadme, os suplico, un gran dolor de los disgustos que os he dado; dadme una vivísima luz que me haga conocer la vanidad de este mundo y el derecho que tenéis de ser amado; mudadme este corazón, purificadle de todos los afectos terrenos y haced que sea en todo con-

forme a vuestra voluntad, que no busque más que vuestro mayor agrado y que no aspire a otra cosa más que a vuestro santo amor. No merezco estas gracias, pero las merecéis Vos, ¡oh Jesús mío!, que habéis venido a habitar en mi alma, y yo os las pido por vuestros méritos, por los de vuestra Santísima Madre y por el amor que tenéis a vuestro Eterno Padre.

Aquí detente a pedir a Jesus alguna otra gracia particular, para ti y para el prójimo, no olvidándote de los pecadores, ni de las almas del Purgatorio; después di:

Eterno Padre, Jesucristo mismo, vuestro Hijo, nos ha prometido que nos concederéis todo lo que os pidiéremos en su nombre; por amor, pues, de este Hijo vuestro, que yo tengo en mi pecho, oidme y concededme lo que os pido.

ANIMA CHRISTI

Alma de Cristo, santifícame.
Cuerpo de Cristo, sálvame.
Sangre de Cristo, embriágame.
Agua del costado de Cristo, lávame.
Pasión de Cristo, confórtame.
¡Oh buen Jesús!, óyeme.
Dentro de tus llagas escóndeme.
No permitas que me aparte de Ti.
Del maligno enemigo defiéndeme.
En la hora de mi muerte llámame.
Y mándame ir a Ti.
Para que con tus santos te alabe.
Por los siglos de los siglos. Amén.

A estas jaculatorias concedió Pío IX trescientos días de indulgencia por cada vez que se recen; siete años de perdón, si se rezan después de la Comunión; y una indulgencia plenaria al mes, si se rezan todos los días. Las otras condiciones exigidas para que se gane indulgencia plenaria son: confesar, comulgar y orar a las intenciones del Sumo Pontífice.



Cristo pintado por San Alfonso María de Ligerio.

ORACIÓN A JESÚS CRUCIFICADO

Héme aquí, ¡oh dulcísimo y buen Jesús!, que humildemente me postro ante vuestra divina presencia, y con el más encendido fervor os pido que imprimáis en mi corazón vivos sentimientos de fe, esperanza y caridad, verdadero dolor de mis pecados y eficaz propósito de la enmienda; mientras que con el mayor afecto y dolor de mi alma voy considerando y meditando vuestras cinco llagas, teniendo a la vista lo que ya en vuestros labios ponía el Profeta David hablando de Vos, oh buen Jesús: *Taladraron mis manos y mis pies y pudieron contar todos mis huesos.*

Indulgencia plenaria, rezándola después de la comunión delante de una imagen de Cristo crucificado, y rogando a la intención de Su Santidad.—(Pío IX, 31 julio 1858).

Otras oraciones para dar gracias después de la Comunión

Cinco visitas de desagravio al Corazón Eucarístico de Jesús.

Primera visita.—Adoremos a Jesucristo Sacramentado, en acción de gracias por la institución de este adorable Misterio.

¡Oh amabilísimo Corazón de Jesús Sacramentado! Os adoro profundamente en este augusto Sacramento, y os doy rendidas gracias por haber instituido ese compendio de maravillas, resumen de vuestras finezas y evidente testimonio de la ternura de vuestro amor; y para dároselas más incesantes, convido a todos los justos de la tierra, y bienaventurados del cielo, uniendo con ellos los afectos de mi corazón, y deseando ar-

dientemente alabaros y ensalzaros por toda la eternidad.

Os adoro también con ánimo y deseo de resarcir de algún modo las injurias que en ese Sacramento recibís de los infieles y malos cristianos, especialmente por la ingratitud y olvido con que los hombres os dejan solo en tantos sagrarios, en todos los cuales os adoro humildemente desde aquí, uniendo mis débiles obsequios con el fervor y devoción de los santos más fieles y amantes de vuestro Corazón santísimo. Admitid, Jesús amoroso, mis ardientes súplicas, para que adorándoos en esta vida, sacramentado por nuestro amor, os bendiga y ensalce después eternamente. Amén.—*Padrenuestro, Avemaría y Gloria.*

Segunda visita.—Adoremos a Jesucristo Sacramentado, en acción de gracias por las muchas veces que le hemos

recibido, y con él innumerables beneficios.

¡Oh benignísimo Jesús, Salvador de mi alma! Os doy infinitas gracias por los innumerables beneficios que he recibido de vuestra divina mano, y señaladamente por las muchas veces que os habéis dignado entrar en mi pecho, derramando a manos llenas vuestras misericordias, sin agotarse nunca el copioso raudal de vuestro dulcísimo Corazón, de donde proceden de continuo las inspiraciones y toques interiores con que me llamáis, deseando sujetarme al yugo suave de vuestro amor. Aquí, pues, me tenéis ya rendido a vuestros pies; no quiero resistir por más tiempo a vuestros amorosos deseos. Triunfad y reinad Vos solo en nuestros corazones. Todos os conozcan, amen y correspondan a las finezas de vuestro divino Corazón, para que todos os amemos y bendigamos en

la gloria. Amén.—*Padrenuestro, Ave-
maría y Gloria.*

Tercera visita.—Adoremos a Jesu-
cristo Sacramentado, en satisfacción de
las injurias que ha recibido de los infie-
les y herejes en este Sacramento.

¡Oh amabilísimo Corazón de Jesús, in-
juriado continuamente en este adorable
Sacramento por la rebeldía y obstina-
ción de los herejes! Os adoro con todo
el pobre afecto de mi corazón; y para
reparar de alguna manera tantos agravi-
os, convido a los espíritus bienaventu-
rados para suplir con sus alabanzas las
injurias e ingratitudes de los hombres y
junto mis tibios afectos al encendido
amor de los Serafines, deseando viva-
mente desagruar a vuestro amor ultra-
jado, y no cesar de bendeciros y ensal-
zaros todos los instantes de mi vida.
Haced, Señor, que os glorifiquen los

corazones de todos los hombres, y unan sus alabanzas a las de todos los Angeles y Santos de la corte celestial, y a las bendiciones que os da continuamente el purísimo Corazón de vuestra Santísima Madre. En fin, Vos mismo, soberano Señor Sacramentado, que sois reparación del honor divino, Vos habéis de ser digna satisfacción de tantos ultrajes. Admitid, oh Padre Eterno, mis humildes súplicas, unidas con los sentimientos del Corazón de vuestro unigénito Hijo, que con Vos y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.—*Padrenuestro, Avemaria y Gloria.*

Cuarta visita.—Adoremos a Jesucristo Sacramentado, en satisfacción de las irreverencias y sacrilegios que sufre de muchos fieles.

¡Oh Sacratísimo Corazón de mi amado Jesús! Aquí me presento ante el acata-

miento de vuestra soberana Majestad, traspasado de dolor al considerar la atroz injuria que contra Vos cometen muchos cristianos, especialmente cuando se acercan a recibiros en pecado mortal, renovando la traición de Judas y la maldad de los judíos. Venced Vos, Jesús mío, con vuestra misericordia la obstinación de tantos corazones ingratos; iluminadlos y traedlos a vuestro amor como divino médico, pastor, esposo y amoroso padre, y no permitáis que en adelante llegue a recibiros sacramentado ningún cristiano en pecado mortal. Así os lo ruego por vuestro dulcísimo Corazón y el de vuestra Madre amorosísima. Hacedme, Señor, esta gracia en la tierra, y la de veros y gozaros eternamente en el cielo. Amén.—*Padrenuestro, Avemaria y Gloria.*

Quinta visita.—Adoremos en espíritu a Jesucristo Sacramentado, en todas las

iglesias del mundo, donde se halla olvidado de casi todos, tan indignamente recibido y tan raramente visitado.

¡Oh Corazón amabilísimo de Jesús! A vista del olvido con que os tratan los hombres, estando Vos de día y de noche real y verdaderamente en la Hostia Consagrada por amor nuestro, quisiera en este día visitaros en todas las iglesias del mundo donde os halláis sacramentado, ofreceros en holocausto los corazones de todos los hombres, y unir mis débiles esfuerzos a los obsequios y adoraciones de los justos fervorosos que viven en la tierra y de todos los Santos y bienaventurados del cielo. Ahora conozco vuestra infinita paciencia: pésame mil veces de haberos yo también olvidado y ofendido, oh misericordiosísimo Jesús. Dadme gracia para amaros y serviros de hoy en adelante con gran fervor, fidelidad y constancia. Iluminad, Señor, mi enten-

dimiento, inflamad mi voluntad, purificad mi corazón, y dadme a mí y a todos los hombres una verdadera devoción, con que veneremos y adoremos este divino Sacramento, que es tesoro riquísimo y fuente de todas las gracias. Así lo espero de vuestra bondad y misericordia infinita, para alabaros y engrandeceros después en la gloria por los siglos de los siglos.

Y Vos, Señora, Madre de Dios y Madre mía, por la pureza y santidad de vuestro dulcísimo Corazón, alcanzadme una verdadera y constante devoción al Sagrado Corazón de vuestro amantísimo Hijo Jesús, de modo que, unido con El estrechamente, como es debido, cumpla todas mis obligaciones, y con alegría y gozo de corazón sirva siempre, y con especialidad en el presente mes, a su benignísimo y piadosísimo Corazón. Amén.
Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

PRECES DEL SACERDOTE DESPUÉS DE DAR
LA COMUNIÓN

¡Oh sagrado convite, en el cual se recibe a Cristo, se recuerda la memoria de su pasión, se llena el alma de gracia, y se nos da una prenda de nuestra futura gloria!

Nos has dado pan del cielo,
Que encierra en sí todo deleite.

Oremos.—Oh Dios que bajo este admirable Sacramento nos has dejado un recuerdo de tu pasión, concédenos por favor venerar los sacramentos de tu Cuerpo y Sangre, para que sintamos continuamente en nosotros el fruto de tu Redención, oh Señor que vives y reinas con Dios Padre en unidad del Espíritu Santo, Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

ORACIÓN

Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer. Vos me lo disteis, a Vos, Señor, lo torno; todo es vuestro; disponed a toda vuestra voluntad. Dadme vuestro amor y gracia, que ésta me basta.

ORACIÓN DE SANTO TOMÁS DE AQUINO

Gracias te doy, Señor Dios Padre todopoderoso, por todos los beneficios, y señaladamente porque has querido admitirme a la participación del sacratísimo cuerpo de tu unigénito Hijo. Suplícote, Padre clementísimo, que esta Sagrada Comunión no sea para mi alma lazo ni ocasión de castigo, sino intercepción saludable para el perdón; sea armadura de mi fe, escudo de mi buena voluntad, muerte de todos mis vicios; ex-

terminio de todos mis carnales apetitos y aumento de caridad, paciencia y verdadera humildad y de todas las virtudes; sea perfecto sosiego de mi cuerpo y de mi espíritu, firme defensa contra todos mis enemigos visibles e invisibles, perpetua unión contigo solo, mi verdadero Dios y Señor, y sello feliz de mi dichosa muerte. Y te ruego que tengas por bien llevarme a mí, pecador, a aquel convite inefable donde Tú con tu Hijo y el Espíritu Santo, eres para tus Santos luz verdadera, satisfacción cumplida y gozo perdurable, dicha completa y felicidad perfecta. Por Cristo nuestro Señor Amén.

HIMNO DE ACCIÓN DE GRACIAS

(Te Deum).

A Ti, oh Dios, alabamos, a Ti, Señor, confesamos.

A Ti, Eterno Padre, venera toda la tierra.

A Ti los ángeles todos, a Ti los cielos y todas las Potestades.

A Ti los Querubines y Serafines, en incesante canto proclaman:

Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los Ejércitos.

Llenos están los cielos y la tierra de la majestad de tu gloria.

A Ti el glorioso coro de los Apóstoles,

A Ti de los profetas la multitud venerable,

A Ti de los mártires el espléndido ejército te alaba.

A Ti por todo el orbe de la tierra, te confiesa la Santa Iglesia,

Padre de inmensa majestad;

Y venerando a tu verdadero y único Hijo;

Y santo también el Paráclito Espíritu.

Tú eres Rey de la gloria, oh Cristo.

Tú del Padre eres el Hijo eterno.

Tú, deseando salvar al hombre, te dignaste bajar al seno de una virgen.

Tú, destruído el dardo de la muerte, abriste a los creyentes los reinos de los cielos.

Tú estás sentado a la diestra de Dios en la gloria del Padre.

Creemos que vendrás como juez;

Y por eso te rogamos que socorras a tus siervos que redimiste con tu preciosa sangre.

Haz que seamos numerados con tus Santos en la gloria eterna.

Salva a tu pueblo, Señor, y bendice a tu herencia.

Y rígenos y condúcenos hasta la eternidad.

Todos los días te bendecimos;

Y alabamos tu nombre por los siglos y los siglos de los siglos.

Dignate, Señor, guardarnos en este día sin pecado.

Venga tu misericordia, Señor, sobre nosotros conforme a la esperanza que tenemos en Ti.

En Ti, Señor, he esperado; no seré confundido jamás.

Bendigamos al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Alabémosle y exaltémosle por los siglos.

Oremos.—Oh Dios, cuya misericordia no tiene medida, y cuya bondad es un tesoro infinito: a tu misericordiosísima majestad damos gracias por los beneficios que nos ha hecho, implorando siempre tu clemencia, para que así como concedes sus deseos a los que piden, así sin abandonarlos los dispongas a los premios futuros. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

ORACIÓN DE CLÉMENTE XI

PARA PEDIR A DIOS TODAS LAS GRACIAS

Creo, Señor: fortaleced mi fe; espero, Señor: asegurad mi esperanza; os amo, Señor: inflamad mi amor; pésame, Señor: aumentad mi arrepentimiento.

Os adoro como a primer principio, os **deseo** como a último fin, os alabo como a bienhechor perpetuo, os invoco como a defensor propicio.

Dirigidme con vuestra sabiduría, contenedme con vuestra justicia, consoladme con vuestra clemencia, protegedme con vuestro poder.

Os ofrezco, Dios mío, mis pensamientos para pensar en Vos, mis palabras para hablar de Vos, mis obras para obrar según Vos, mis trabajos para padecerlos por Vos.

Quiero lo que Vos queréis, lo quiero

porque lo queréis, lo quiero como lo queréis, lo quiero en cuanto lo queréis.

Os ruego, Señor, que alumbréis mi entendimiento; abraséis mi voluntad, purifiquéis mi cuerpo y santifiquéis mi alma.

No me inficione la soberbia, no me altere la adulación, no me engañe el mundo, no me prenda en sus redes el demonio.

Concededme la gracia de depurar la memoria, refrenar la lengua, recoger la vista, mortificar los sentidos.

Llore las iniquidades pasadas, rechace las tentaciones futuras, corrija las inclinaciones viciosas, cultive las virtudes que me son necesarias.

Concededme, Dios mío, amor a Vos, odio a mí, celo del prójimo, desprecio del mundo.

Haced que procure obedecer a los superiores, atender a los inferiores, favo-

recer a los amigos, perdonar a los enemigos.

Venza el deleite con la mortificación, la avaricia con la largueza, la ira con la mansedumbre, la tibieza con el fervor.

Hacedme prudente en las determinaciones, constante en los peligros, paciente en las adversidades, humilde en las prosperidades.

Haced, Señor, que sea en la oración fervoroso, en la comida sobrio, en el cumplimiento de mis deberes diligente, en los propósitos constante.

Concededme que trabaje por alcanzar la santidad interior, la modestia exterior, una conducta ejemplar, un proceder arreglado.

Que me aplique con diligencia a domar la naturaleza, a corresponder a la gracia, a guardar vuestra ley y merecer mi salvación.

Que consiga la santidad con la confe-

sión sincera de mis pecados, con la participación devota del cuerpo de Cristo, con el continuo recogimiento del espíritu, con la pura intención del corazón.

Dadme a conocer, Dios mío, cuán frágil es lo terreno, cuán grande lo celestial y divino, cuán breve lo temporal, cuán duradero lo eterno.

Dadme que me prepare para la muerte, que tema el juicio, que evite el infierno y que obtenga la gloria del paraíso. Por nuestro Señor Jesucristo. Así sea.

Al Corazón de Jesús por todos.—

¡Oh Corazón Santísimo de Jesús! Derramad copiosamente vuestras bendiciones sobre la Iglesia, sobre el Soberano Pontífice y sobre el clero; dad a los justos la perseverancia, convertid a los pecadores, iluminad a los infieles, bendecid a nuestros padres, amigos y bienhechores, asistid a los moribundos, librad a las

almas del Purgatorio y extended sobre todos los corazones el dulce imperio de vuestro amor.

A la Santísima Virgen para obtener buena muerte.—¡ Oh María, concebida sin pecado! Ruega por nosotros, que acudimos a Ti. Oh refugio de los pecadores, Madre de los moribundos, no nos abandones en la hora de nuestra muerte, sino alcánzanos perfecto dolor, sincera contrición y perdón de nuestros pecados; que recibamos dignamente el Viático y nos robustezcamos con el sacramento de la Extremaunción, para que nos podamos presentar seguros ante el trono del justo, sí, pero también misericordioso Juez. Dios y Redentor nuestro. Amén.

Al Patriarca San José.—Oñ custodio y padre de vírgenes, San José, a cuya fiel custodia fueron encomendadas la

misma inocencia Cristo Jesús y la Virgen de las vírgenes María. Por estas dos queridísimas prendas, Jesús y María, te ruego y suplico me alcances que, preservado de toda impureza, sirva siempre castísimamente con alma limpia, corazón puro y cuerpo casto a Jesús y a María. Amén.

Por el Papa.—Oh, Dios, pastor y guía de todos los fieles: mira con ojos de misericordia a tu siervo N., a quien has colocado al frente de tu Iglesia como su pastor; concédele, te suplicamos, el ser útil por sus palabras y por su ejemplo a cuantos están a él sujetos, para que, juntamente con su rebaño, llegue a la vida eterna. Por nuestro Señor Jesucristo.

Por la Iglesia.—Señor: Te rogamos aceptes las súplicas de tu Iglesia y te aplaques por medio de ellas para que,

vencidas todas las adversidades y todos los errores, pueda servirte sin temor y con entera libertad. Por nuestro Señor Jesucristo.

Por los Prelados y sus diócesis.—Omnipotente y Eterno Dios, que sin necesidad de nadie haces maravillas: extiende sobre tus siervos los Prelados y sobre las Congregaciones que les están encomendadas el espíritu de tu gracia salvadora; y para que te agraden con toda verdad riégalos perpetuamente con el rocío de tu bendición. Por Nuestro Señor Jesucristo.

Por el Rey.—Te rogamos, omnipotente Dios, que tu siervo N., nuestro Rey, que por tu misericordia ha tomado el gobierno de nuestro reino, reciba también aumento de todas las virtudes, para que, adornado con todas las necesarias,

pueda escapar de los monstruos de los vicios y llegar lleno de gracia a Ti, que eres camino, verdad y vida. Por Nuestro Señor Jesucristo.

Por la familia.—Defiende, Señor, te rogamos, por la intercesión de la Santísima Virgen María, esta familia de cualquier adversidad; y pues humildemente se postra ante tus plantas, protégela propicio y clemente contra todos los fraudes de sus enemigos. Por Nuestro Señor Jesucristo.





PARTE SEGUNDA

De algunas devociones en particular

I

Devoción a la Santísima Trinidad

Trisagio en honor de la Santísima Trinidad

Acto de contrición.

AMOROSÍSIMO Dios Trino y Uno, Padre, Hijo y Espíritu Santo en quien creo, en quien espero, a quien amo con todo mi corazón y mi alma: por ser Vos mi Padre, mi Señor y mi Dios, infinitamente

bueno y digno de ser amado sobre todas las cosas, me pesa, Trinidad Sacratísima, me pesa, Trinidad misericordiosísima, me pesa, Trinidad amabilísima, de haberos ofendido, sólo por ser quien sois. Propongo y os doy palabra, con los auxilios de vuestra gracia, nunca más ofenderos, y espero en vuestra suma bondad y misericordia infinita me habéis de perdonar todos mis pecados, dándome gracia para perseverar en un verdadero amor y cordialísima devoción a vuestra siempre Santísima Trinidad. Amén.

HIMNO

Ya brille el sol refulgente,
ya reine la noche umbría,
difunde en las almas todas,
tu luz, ¡Trinidad divina!,
para que así, cual te cantan
las célicas jerarquías,
los míseros desterrados
te alaben y te bendigan.
Al Padre y al Unigénito,
y a ti ¡Espíritu de vida!
gloria y honor, ahora y siempre,
en cielo y tierra residan. Amén.

Se reza un Padrenuestro y Gloria Patri, y después se dice:

¡Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los

ejércitos! Llenos están los Cielos y la tierra de la majestad de vuestra gloria.

Y el corò responde.

¡Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo!

Esto se repite veintisiete veces, rezando un Padrenuestro y Gloria Patri al principio de cada nueve; y acabado el último nueve, se dirán la siguiente antifona, versículo y oración:

ANTÍFONA

A Vos, Dios Padre Ingénito; a Vos, Hijo Unigénito; a Vos, Espíritu Paráclito, Santa Trinidad e indivisible Unidad, de todo corazón os confesamos, alabamos y bendecimos; a Vos se dé la gloria por infinitos siglos de los siglos. Amén.

V. Bendigamos al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo. Amén.

R. Alabémosle y ensalcémosle en todos los siglos. Amén.

ORACIÓN

Señor Dios Uno y Trino, dadnos continuamente vuestra gracia, vuestra caridad y la Comunión con Vos, para que en tiempo y eternidad os amemos y glorifiquemos, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Dios único que reináis por todos los siglos. Amén.

ORACION

A LA SANTÍSIMA TRINIDAD

Amorosísimo Dios Trino y Uno, Padre, Hijo y Espíritu Santo; Trinidad Santísima en quien creo; Trinidad misericordiosísima, en quien espero; Trinidad amabilísima a quien amo con todo mi corazón, con todo mi cuerpo y alma, potencias y sentidos; Dios Criador, que me sacaste de la nada con tu poder; Dios Salvador, que bajaste a mi nada por tu Encarnación; Dios santificador, que ensalzaste mi nada con la gracia de tu Espíritu: me abismo y me aniquilo ante la grandeza, soberanía, omnipotencia y santidad de tu Ser infinitamente perfecto. ¡Oh Trinidad Soberana y únicamente adorable! ¡Oh gran Dios de los cristianos! ¡Dios omnipotente, infinitamente sabio y bueno, Dios Unidad, Dios Verdad, Dios Santidad! Quiero vivir para santificar tu santo nombre con una vida santa que sea imagen de la tuya, para establecer tu reino en mi corazón con la destrucción de toda soberbia, y para cumplir tus designios con una perfecta sumisión de mi voluntad a la tuya. ¡Oh Padre Eterno! ¡Oh Hijo único de Dios! ¡Oh Espíritu Santo! ¡Oh Dios, tres veces santo! ¡Oh Trinidad, a la que adoro!, dignate hacer que sea fiel a estas obli-

gaciones. No suceda jamás que yo dé a ninguna criatura, por santa que sea, el honor que se debe a ti sola; a ti sola adore mi fe; en ti sola descansa mi esperanza; a ti sola busque y únase mi caridad. Viva solamente para ti sobre la tierra, para que viva por ti, en ti y de tu amor eternamente en el cielo.

ORACION

AL ESPÍRITU SANTO

¡Oh Espíritu Santo, Paráclito divino, Padre de los pobres, Consolador de los afligidos, Luz de los corazones, santificador de las almas! Vedme aquí postrado en vuestra presencia; os adoro con la sumisión más profunda y repito mil veces con los Serafines que están delante de vuestro trono: *¡Santo, Santo, Santo!* Creo firmemente que sois eterno, consubstancial al Padre y al Hijo. Esperó que por vuestra bondad santificaréis y salvaréis mi alma. Os amo, ¡oh Dios de amor!, os amo más que a todo lo de este mundo; os amo con todos mis afectos, porque sois la bondad infinita, que por sí sola merece todo amor; y porque, insensible a vuestras inspiraciones, he cometido la ingratitud de ofenderos con tantos pecados, os pido por ello mil perdones, y siento sobremanera haberos disgustado, ¡oh Bien supremo! Os ofrez-

co mi corazón, frío como es, y os suplico hagáis penetrar en él un rayo de vuestra luz y una centella de vuestro fuego para derretir el hielo tan duro de mis iniquidades. Vos, que llenasteis de gracias inmensas el alma de María e inflamasteis de santo celo los corazones de los Apóstoles, dignaos abrasar también mi corazón con vuestro santo amor; Vos sois un Espíritu divino, fortalecedme contra los malos espíritus; sois Fuego, encended en mí el fuego de vuestro amor; sois Luz, iluminadme, haciéndome conocer las cosas eternas; sois Paloma, dadme costumbres puras; sois Soplo lleno de dulzura, disipad las tormentas que en mí levantan las pasiones; sois Lengua, enseñadme el modo de alabaros incesantemente; sois Nube, cubridme con la sombra de vuestra protección; por fin, siendo como sois el Autor de los dones celestiales, ¡ah!, vivificadme, os ruego, con vuestra gracia, santificadme con vuestra caridad, gobernadme con vuestra sabiduría, adoptadme por hijo vuestro con bondad y salvadme con vuestra infinita misericordia, a fin de que no cese jamás de bendeciros, alabaros y amaros, ahora en la tierra mientras viva, y luego en el cielo por toda la eternidad. Amén.

ALABANZAS A LOS SANTÍSIMOS NOMBRES EN
REPARACIÓN DE LAS BLASFEMIAS

Bendito sea Dios.—Bendito sea su santo Nombre.—Bendito sea Jesucristo, Dios y hombre verdadero.—Bendito sea el nombre de Jesús.—Bendito sea su Santísimo Corazón.—Bendito sea Jesús en el Santísimo Sacramento del altar.—Bendita sea la excelsa Madre de Dios, María Santísima.—Bendita sea su santa e Inmaculada Concepción.—Bendito sea el nombre de María, Virgen y Madre.—Bendito sea su castísimo esposo, San José.—Bendito sea Dios en sus Angeles y en sus Santos. Amén.

Un año de indulgencia por cada vez que se recen dichas jaculatorias, y plenaria una vez al mes, rezándolas todos los días.





II

DEVOCIÓN A NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

INTRODUCCION

Entre todas las devociones que deben formar nuestra vida cristiana, la que con más ardor debemos fomentar en nuestro corazón y sin la cual no mereceríamos el nombre de cristianos, es, sin duda alguna, la devoción al divino Redentor. En efecto: si la devoción bien entendida es la práctica de la gratitud y del amor, ¿quién tiene más títulos a nuestro amor y agradecimiento que nuestro Redentor? El, como Verbo divino, es el inefable instrumento de que el Eterno Padre se sirvió para criar todas las cosas; como Hombre-Dios, es el generoso Salvador del mundo, al cual sacó del abismo de perdición con sus ejemplos, con sus palabras de vida eterna, y más aún, con sus padecimientos y su muerte; como Hombre-Dios, en fin, Sacramentado, es el alimento inmortal de nuestras almas, fuente de felicidad y de ventura.

manantial perenne de fe, de esperanza y de amor, y por ende la más segura prenda de nuestra salvación. Le debemos, pues, cuanto somos y cuanto tenemos, el ser de naturaleza lo mismo que el ser de gracia; las santas inspiraciones, el perdón de los pecados, los auxilios sobrenaturales, los consuelos interiores; en una palabra, todo bien de El lo recibimos. Pues, ¿cómo podría llamarse con razón cristiano el que no mirase como la primera de sus obligaciones la de amar, servir y velar por la gloria de este su Soberano, Bienhechor y Dueño? El que quiera merecer tan noble título debe ante todo y sobre todo esforzarse en grabar en su corazón un amor ardentísimo a su divino Redentor, de modo que viva sólo por El y para procurar su gloria. Mas para amar a este Dios amabilísimo, para entregarse, como es debido, a su servicio y decidirse a promover su gloria, es necesario conocer los misterios de su vida y de su muerte, su santa infancia, su Pasión dolorosísima, y, sobre todo, su amor inefable a los hombres, por los cuales quiso nacer, vivir y morir, a los cuales se quiso dar en alimento en el Santísimo Sacramento del Altar. A dar a las almas fieles este conocimiento se dirigen las consideraciones de San Alfonso sobre estos divinos misterios. Acaso ningún otro escritor ascético los trató tan divinamente como él; siendo ésta, sin duda, la razón porque no pueden leerse

con frecuencia sin que el corazón se sienta abrasado en amor de Jesucristo.

Tres cosas son necesarias para lograr este celestial tesoro: 1.^a, desearlo ardientemente; 2.^a, ejercitarse con frecuencia en los actos que le son propios, y 3.^a, pedirlo sin descanso; y estas tres cosas son el resultado necesario de las consideraciones y afectos que encontraréis diseminados en este libro.

Leed algo en él cada día, ¡almas piadosas!, presto veremos reinar en vuestros corazones el amor de Nuestro Señor Jesucristo.





Infancia de Jesús

NOVENA AL NIÑO JESÚS

DÍA PRIMERO

ACTOS PREPARATORIOS

I.—Invocación al Espíritu Santo.

VEN, oh Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor.

V. Envía tu Espíritu y serán creados.

R. Y renovarás la faz de la tierra.

ORACION

Oh Dios, que habéis instruído los corazones de los fieles con las luces del Espíritu Santo, dadnos el saber rectamente según el mismo Espíritu, y gozar siempre de su consuelo.

Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

II.—*Acto de contrición.*

Os he ultrajado y ofendido, Señor y Dios mío, prefiriendo mi voluntad a la vuestra y la satisfacción de mis viles y miserables inclinaciones a vuestra gracia. ¿Qué esperanza de perdón tendría yo, pobre pecador, si no me hubierais dado a Jesucristo, vuestro Divino Hijo, como víctima propiciatoria y esperanza de los pecadores? Naciendo en Belén, muriendo en la cruz os ha dado más gloria de la que yo pude quitaros con mis muchos pecados... Recibidme, Dios mío, Bondad infinita; os lo pido por amor a Jesús; me pesa de haberos ofen-

dido. Escuchad los vagidos del Niño Jesús; pide perdón por mí: *Perdónales*, dijo desde lo alto de la cruz; eso mismo os pide para mí ahora en el Cielo.... Dios mío, os amo, Padre mío, os amo. Oh María, Madre mía, interceded por mí. Amén.

Léase ahora la meditación y la oración que corresponde al día de la Novena.

¡ **Meditación:** El nacimiento de Jesús.

El nacimiento de Jesús fué un motivo de júbilo para el universo entero. Era el Redentor deseado tan largos años y el objeto de tan ardientes suspiros, que por esto, se le llamó el *Deseado de las naciones*, el *Deseado de los collados eternos*. Consideremos que ha venido ya, que ya ha nacido en una pequeña gruta. Pensemos que el Angel viene a darnos hoy a nosotros también aquella nueva de tan grande gozo que dió a los pastores de Belén y que nos dice: Ven-

go a daros una nueva de grandísimo gozo para todo el pueblo, y es: que os ha nacido hoy el Salvador.

ORACION

He andado errante como oveja descarriada; ven a buscar a tu siervo, ¡oh, Señor! Yo soy aquella oveja que por seguir mis gustos y caprichos, me perdí miserablemente; pero Vos, Pastor y a la vez Cordero divino, bajasteis del Cielo para buscarme, sacrificándoos en la Cruz, como una víctima, en satisfacción de mis pecados. He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo. Si yo, pues, quiero enmendarme, ¿qué puedo temer? ¿Por qué no he de tener absoluta confianza en Vos, ¡oh Salvador mío!, que habéis nacido precisamente para salvarme?

¡Ah! sí, yo cifro toda mi confianza en Vos. He aquí a mi Dios y Salvador, confiaré en El y no temeré. ¿Y qué prueba más grande de misericordia podíais darme ¡oh dulce Redentor mío! para moverme a confiar en Vos, que la de daros

todo a mí? ¡Oh dulce y querido Niño, cuánto siento el haberos ofendido! Os he hecho llorar en el establo de Belén: mas sabiendo que habéis venido en busca mía, yo me arrojo a vuestros pies; y aunque os veo tan afligido y humillado sobre la paja del pesebre, os reconozco como mi Rey y Soberano Dueño. Ya comprendo que estos vuestros tiernos vagidos me están invitando a que os ame, y me piden el corazón. Aquí, pues, lo tenéis, ¡oh Jesús mío!, a vuestros pies lo pongo; cambiadlo e inflamadlo Vos, que habéis venido al mundo para abrazar los corazones de los hombres en la llama de vuestro santo amor. Oyendo estoy cómo desde ese pesebre me mandáis que os ame: *Amarás al Señor tu Dios de todo corazón*. Y yo os respondo: ¡Ah Jesús mío! Si a Vos no amo, que sois mi Señor y mi Dios, ¿a quién amaré? Vos me declararéis que sois mío, porque habéis nacido para daros todo a mí, ¿y yo rehusaré ser vuestro? No, mi amadísimo Señor; yo me entrego a Vos sin reserva, y os amo con todo mi corazón; sí, yo os amo, os amo, os amo, ¡oh Bien

Supremo! ¡Oh único amor de mi alma! Por piedad no me desecheis, ni permitáis que cese jamás de amaros. ¡Oh María, dulcísima Reina mía!, por el gozo que experimentasteis al ver por primera vez a vuestro divino Hijo, y al darle los primeros abrazos, os ruego y suplico le pidáis que acepte la ofrenda que de mí mismo le hago, y me una a El para siempre con los lazos de su santo amor. Amén.

(Pidase ahora la gracia que se desee alcanzar en esta Novena.)

A continuación se reza la siguiente

CORONITA

EN HONOR DEL NIÑO DIOS

1. Dulcísimo Jesús mío, que nacisteis en una gruta y fuisteis colocado sobre la paja en un pesebre, tened piedad de nosotros.

Tened piedad de nosotros, Señor, tened piedad de nosotros.—*Ave María, Gloria Patri* (1).

(1) Este final y Avemaría, etc., se repiten después de cada invocación.

2. Dulcísimo Jesús mío, que fuisteis presentado y ofrecido en el Templo por María para ser inmolado un día por nosotros en la Cruz, tened piedad de nosotros.

3. Dulcísimo Jesús mío, que fuisteis perseguido por Herodes y obligado a huir a Egipto, tened piedad de nosotros.

4. Dulcísimo Jesús mío, que permanecisteis siete años en Egipto, pobre, desconocido y despreciado por aquel pueblo bárbaro, tened piedad de nosotros.

5. Dulcísimo Jesús mío, que volvisteis a vuestra patria, para ser en ella crucificado entre dos ladrones, tened piedad de nosotros.

6. Dulcísimo Jesús mío, que a la edad de doce años os quedasteis disputando con los Doctores del Templo, donde os halló a los tres días vuestra Santísima Madre, tened piedad de nosotros.

7. Dulcísimo Jesús mío, que vivisteis en la obscuridad durante tantos años en el taller de Nazaret, sirviendo a María y a José, tened piedad de nosotros.

8. Dulcísimo Jesús mío, que tres años

añles de vuestra Pasión salisteis a predicar y enseñar el camino de la salvación, tened piedad de nosotros.

9. Dulcísimo Jesús mío, que terminasteis por fin vuestra vida muriendo en la Cruz por amor nuestro, tened piedad de nosotros.

Oración para terminar.

(100 días de indulgencia).

Os adoro, oh Verbo Encarnado, verdadero Hijo de Dios desde toda la eternidad y verdadero Hijo de la Virgen María en la plenitud de los tiempos. Adorando vuestra persona Divina y la Humanidad que le está unida, me siento movido a venerar la pobre gruta que os acogió siendo Niño y que fué en verdad el primer trono de vuestro amor.—¡Ojalá pudiera postrarme delante de ella con la sencillez de los pastores, la fe de San José y la caridad y amor de María! Mejor quisiera venerar este monumento de nuestra salvación con el espíritu de pobreza, mortificación y humildad con el

que escogisteis, siendo Señor del cielo y de la tierra, una gruta para descanso de vuestros pobres miembros.

Oh Señor que, siendo Niño, os habéis dignado descansar en esta gruta bendita; dad a mi corazón parte de la alegría que debieron causar la contemplación de vuestra amable Infancia y las maravillas que acompañaron a vuestro Nacimiento.

Por vuestro Nacimiento, os pedimos, Señor, nos concedáis a todos la paz y la buena voluntad, y dad, en nombre de todo el género humano, gloria y acciones de gracias al Padre y al Espíritu Santo con los que sois un solo Dios, que vive y reina por les siglos de los siglos. Amén.

DIA SEGUNDO

Actos preparatorios, como en la pág. 174.

Meditación: Jesús Niño.

Considera cómo lo primera seña que dió el Angel a los pastores, para que pudiesen reconocer al Mesías recién nacido, fué que le hallarían en forma de ni-

ño: *Hallaréis a un niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre.* La pequeñez de los niños es grande atractivo de amor, pero la pequeñez del Niño Jesús debe tener para nosotros un atractivo mucho mayor, pues que, como dice San Agustín, siendo un Dios inmenso se hizo pequeño por nuestro amor. *Por nosotros se hizo pequeñuelo.*

ORACION

¡Oh eterno Padre! Yo, miserable pecador, reo del infierno, nada propio tengo que ofreceros en satisfacción de mis culpas; pero os ofrezco las lágrimas, las penas, la sangre y la muerte de este Niño, que es vuestro Hijo, y por sus méritos os pido misericordia y perdón. Si no estuviera en mi mano el ofrecéroslo, estaría perdido y sin esperanza de salvación. Mas Vos me lo habéis dado para que, ofreciéndoos sus méritos, espere la vida eterna. Señor, grande ha sido mi ingratitud, pero mayor es vuestra misericordia. Y, ¿qué mayor misericordia podía esperar de Vos que la que me habéis

hecho dándome a vuestro propio Hijo por Redentor y como víctima que poder ofreceros por mis pecados? Por amor, pues, de Jesucristo, perdonadme todas las ofensas que os he hecho, y de las cuales me arrepiento de todo corazón, por haberos ofendido a Vos, que sois bondad infinita; y por amor del mismo Jesucristo, os pido la perseverancia final. ¡Ah, Dios mío! Si después de haberme aguardado con tanta paciencia, comunicándome tantas luces y perdonándome con tanta caridad, os volviese a ofender, ¿no merecería que creaseis un infierno expresamente para mí? Por piedad, Padre mío, no me abandonéis. Tiemblo al acordarme de las infidelidades que contra Vos he cometido. ¡Cuántas veces os he prometido amaros, y luego os he abandonado de nuevo! ¡Oh Criador mío! No permitáis que me vea otra vez obligado a llorar la desventura de estar privado de vuestra gracia y separado de Vos. *¡No permitáis que me aparte de Vos! ¡No permitáis que me aparte de Vos!* Repito esta plegaria y quiero repetirla hasta el último suspiro de mi vida; pero otor-

gadme Vos la gracia de repetirla sin cesar: *¡No permitáis que me aparte de Vos! ¡Oh Jesús mío!, ¡oh Jesús mío! ¡Oh amado Niño! Unidme a Vos con los lazos de vuestro amor; os amo , y quiero amaros eternamente; no permitáis jamás que me aparte de vuestro amor. A Vos también os amo, ¡oh María, tierna Madre mía! Dignaos amarme Vos también y si me amáis, la gracia que habéis de obtenerme es la de que nunca deje de amar a mi Dios.*

Se rezan para terminar las oraciones de la página 179.

DIA TERCERO

Actos preparatorios, como en la pág. 174.

Meditación: Jesús envuelto en pañales.

Representaos a María que, después de haber dado a luz a su Hijo divino, lo toma respetuosamente en sus brazos y, adorándole como a su Dios, lo envuelve en pañales. Así lo atestigua el Evangelio, y la santa Iglesia lo repite en sus

cánticos: *La Virgen Madre faja sus miembros envueltos en pañales.* Mirad cómo el Niño Jesús, lleno de obediencia, ofrece sus manecitas, presenta sus tiernos pies y se deja envolver.

Ceñido Jesús estrechamente por aquellas fajas, se vuelve a nosotros y nos convida a unirnos a El con los dulces ídolos del amor; y dirigiéndose a su Eterno Padre, le dice: "¡Padre mío!, los hombres han abusado de su libertad, y alzándose contra Vos se han hecho esclavos del pecado; para expiar, pues, su desobediencia, consiento yo en ser ceñido por estas fajas. Estrechado por ellas, os ofrezco mi libertad, para que el hombre se vea libre de las cadenas del demonio.

ORACION

¡Oh, amado Niño! ¿Qué temor puedo yo tener de vuestros castigos, cuando os veo envuelto en pañales, voluntariamente reducido a no poder, en cierto modo, alzar la mano para castigarme? Vos con estas envolturas me dais a entender que

no queréis castigarme, si yo quiero romper las cadenas de mis vicios y vivir unido a Vos. Pues bien, Jesús mío, sí, yo quiero romperlas. Me arrepiento con toda mi alma de haberme separado de Vos, abusando de la libertad que me habéis concedido. Vos me ofrecéis otra libertad más bella, libertad que me desata de las cadenas del demonio y me coloca en el número de los hijos de Dios. Por mi amor os habéis dejado aprisionar por estas fajas; pues yo quiero ser cautivo de vuestro inmenso amor. ¡Oh cadenas felices, hermosas insignias de salvación, que unís las almas con su Dios! Aprisionad, os ruego, mi pobre corazón; mas estrechadlo tan fuertemente que ya no pueda nunca dejar de amar a este sumo e infinito Bien. Jesús mío, yo os amo, yo me uno a Vos y os entrego todo mi corazón, toda mi voluntad. Señor mío amorosísimo, resuelto estoy a no abandonar jamás. ¡Ah, mi dulce Salvador, que por pagar mis deudas quisisteis, no sólo ser envuelto por vuestra tierna Madre en los pañales, sino también ser atado por los verdugos como un criminal, y

arrastrado por las calles de Jerusalén para ser conducido a la muerte cual cordero inocente que llevan al matadero! Vos, que quisisteis ser enclavado en la cruz y no la dejasteis sino después de haber dejado en ella la vida, ¡ah!, no permitáis que vuelva nunca a separarme de Vos, de modo que pierda de nuevo vuestra gracia y vuestro amor.

¡Oh, María! Vos, que envolvisteis un día en pobres pañales a este Hijo inocente, ¡ah!, por piedad, atadme también a mí, pobre pecador; estrechadme con Jesús, para que jamás me aparte de sus pies, sino que viva siempre unido a El, y unido a El muera, a fin de tener la dicha de entrar un día en esa patria bienaventurada, en donde estaré libre de todo temor y peligro de separarme de su santo amor.

Se termina como el día primero, pág. 179.

DÍA CUARTO

Actos preparatorios, como en la pág. 174.

Meditación: Lactancia de Jesús.

Luego que el Niño Jesús fué envuelto en los pañales, buscó y tomó leche del casto pecho de María. La esposa de los Cantares deseaba ver a su hermanito *alimentarse a los pechos de su madre*; mas no vió satisfecho su deseo; los que han tenido esta buena suerte somos nosotros, que hemos visto al Hijo de Dios, hecho hombre y hermano nuestro, alimentarse a los pechos de María. ¡Oh! ¡Qué espectáculo tan bello era para los moradores del Cielo ver al Verbo divino hecho Niño, pendiente del pecho de una tierna doncellita, criatura suya! ¡Con que el Eterno Proveedor, que alimenta a todos los hombres y a todos los animales que pueblan la tierra, se ha hecho tan débil y tan pobre, que necesita un poco de leche para sustentar su vida!

Os doy gracias, ¡oh divino Niño!, que habéis querido tener necesidad de ali-

mentaros como los demás niños, para manifestarme el amor que me tenéis.

ORACION

¡Oh dulce y amabilísimo Niño mío! Vos sois el Pan del Cielo que sustenta a los Angeles; Vos proveéis de alimento a todas las criaturas; ¿cómo, pues, para conservar vuestra vida os habéis puesto en la necesidad de mendigar un poco de leche de una doncellita? ¡Oh amor divino!: ¿cómo pudiste hacer tan pobre a un Dios, que haya necesitado un poco de alimento? Pero ya os entiendo, ¡oh Jesús mío!; tomáis leche del purísimo pecho de María en ese establo, para ofrecerla luego a Dios sobre el ara de la cruz, convertida en sangre, en sacrificio y satisfacción por nuestras culpas. ¡Oh María!, dad a vuestro divino Hijo, dadle el pecho cuantas veces podáis, pues cada gota de vuestra purísima leche ha de servir para lavar mi alma de la culpa, y para alimentarla después en la Santa Comunión.

¡Oh Redentor mío! ¿Cómo podrá dejar de amaros quien crea lo que habéis he-

cho y sufrido para salvarnos? Y, ¿cómo he podido yo, creyéndolo, seros tan ingrato? Pero vuestra bondad es mi esperanza; ella me asegura que si quiero vuestra gracia la obtendré. ¡Oh Sumo Bien! Me arrepiento de haberos ofendido, y os amo sobre todas las cosas; o más bien, yo no amo cosa alguna fuera de Vos; Vos sois mi único amor, a Vos sólo quiero amar; Vos sois y seréis siempre mi único bien, el único amor de mi alma. Amado Redentor mío, concededme, os ruego, una tierna devoción a vuestra santa infancia, como la habéis concedido a tantas almas, que con sólo su recuerdo, olvidadas de todo lo demás, parecían no saber pensar sino en amaros. Verdad es que ellas son inocentes, y yo un gran pecador; pero Vos os hicisteis Niño, para haceros amar aun de los pecadores. Sí, Dios mío, os he ofendido; mas ahora ya os amo con todo mi corazón, y sólo deseo vuestro amor.

¡Oh María! Dadme un poco de aquella ternura amorosa con que dabais el pecho al Niño Jesús.

Se termina como el día primero, pág. 179.

DIA QUINTO

Actos preparatorios, como en la pág. 174

Meditación: Jesús reclinado en la paja.

Nace Jesús en el portal de Belén, y su pobre madre no tiene allí ni lana ni plumas para hacer una camita al tierno Niño. ¿Qué hará, pues? Reune un poco de paja dentro de un pesebre, y le reclina en ella.

Mas, ¡oh Dios!, ese lecho es demasiado duro y penoso para un niño tan tierno, que acaba de nacer. Los miembros de cualquier niño son muy delicados; pero los miembros del Niño Jesús tenían una delicadeza especial, pues el Espíritu Santo los había formado a propósito para que sintiese el dolor con más viveza. Así lo dice El mismo por boca del Profeta: *Me has apropiado un cuerpo*, para que sea víctima digna de tu infinita Majestad, por cuya razón, la pena que le causaba la dureza de aquel lecho le era sumamente sensible. Pena y oprobio a la vez; pues, ¿qué niño se vió jamás,

aunque fuera hijo del último plebeyo; que al nacer se le echara en la paja? La paja es cama propia de animales; ¿y el Hijo excelso de Dios no encuentra en la tierra otro lecho que un montoncito de paja vil? San Francisco de Asís, estando un día sentado a la mesa, oyó leer las sobredichas palabras del Evangelio: *Y le reclinó en un pesebre*; y lleno de admiración, exclamó: *¡Cómo! ¿Mi Señor está sobre la paja, y yo seguiré sentado?* Y levantándose, se echó en el suelo, en donde terminó su pobre comida, mezclándola con lágrimas de ternura, que derramaba al considerar cuánto haría sufrir al Niño Jesús la paja en que estaba reclinado.

ORACION

¡Oh enamorado de las almas, amable Redentor mío! ¿Conque no os basta la Pasión dolorosa que os aguarda, la amarga muerte de Cruz que os está preparada, sino que desde Niño, desde el principio de vuestra vida, queréis comenzar a padecer? Sí, porque desde Niño que-

réis comenzar a ser mi Redentor y satisfacer a la divina justicia por mis pecados. Escogéis la paja para que os sirva de lecho, a fin de libramme a mí del fuego del infierno, adonde mil veces merecí ser arrojado. Reclinado en ella, lloráis y gemís, para alcanzarme de vuestro Padre el perdón de mis culpas con vuestras lágrimas. ¡Ah, estas vuestras lágrimas me afligen y consuelan a la vez! Me afligen, por la compasión que siento al veros a Vos, Niño inocente, penar tanto por delitos ajenos; me consuelan, porque en vuestros dolores veo mi salvación y el amor inmenso que me tenéis. Mas, ¡oh Jesús mío!, no quiero dejaros llorar y padecer a solas; quiero llorar yo también con Vos; yo, que no merezco otra cosa sino llorar por los disgustos que os he dado. Habiendo merecido el infierno, ¡oh Salvador mío!, no rehusó ninguna pena, con tal que recobre vuestra gracia. Perdonadme, volvedme a vuestra amistad, haced que os ame mi corazón, y luego castigadme como queráis. Libradme de las penas eternas, y tratadme después como os agrade. No

os pido en esta vida ninguna satisfacción; no la merece, ¡oh Bondad infinita!, quien ha tenido la osadía de ofenderos. Pronto estoy a sufrir con gusto todas las cruces que me enviéis; pero, ¡oh Jesús mío!, yo os quiero amar.

¡Oh María! Vos, que con tanta perfección supisteis juntar vuestras penas a las penas de Jesús, alcanzadme fortaleza para sufrir mis penas con paciencia. ¡Desgraciado de mí, si después de haber pecado tanto no padezco algo en esta vida! Pero feliz mil veces si, padeciendo, tengo la dicha de acompañaros a Vos, Madre mía dolorosísima, y a mi Jesús, siempre afligido y crucificado por mi amor.

Se termina como el día primero, pág. 179.

DIA SEXTO

Actos preparatorios, como en la pág. 174

Meditación: Jesús durmiendo en el pesebre.

El sueño del Niño Jesús era muy breve y penoso. Un pesebre le servía de cu-

na; de colchón y almohada la paja; de modo que su sueño era frecuentemente interrumpido por la molestia que le causaba la demasiada dureza e incomodidad de tan pobre camilla, y por el rigor del frío que hacía en aquel portal. No obstante, cediendo a la necesidad la naturaleza, quedábase dormido el precioso Niño en medio de aquellas penas. El sueño, empero, de Jesús, se diferenciaba mucho del de los demás niños. El sueño de éstos es útil para conservar la vida; pero de nada sirve en cuanto a las operaciones del alma, que se suspenden por el adormecimiento de los sentidos, cosa que no sucedía en el sueño de Jesucristo.

Dormía el Santo Niño; pero mientras dormía pensaba en todas las penas que durante su vida y en su muerte debía padecer por amor; pensaba en la pobreza y los desprecios que le esperaban en Egipto y Nazaret; pensaba, sobre todo, en los azotes, en las espinas, en las ignominias, en las agonías, y en aquella muerte que al fin debía sufrir en la cruz en medio de la mayor desolación; y pensando en todo eso se lo ofrecía al mismo tiempo al

Eterno Padre, para alcanzarnos el perdón de nuestros pecados y la eterna salvación. De modo que nuestro dulce Salvador, aun mientras dormía, nos merecía gracias, y, aplacando a su Padre, las alcanzaba.

ORACION

¡Oh querido y santo Niño mío! Vos dormís, y, ¡oh, cuánto me enamora vuestro sueño! Para los demás el sueño es la imagen de la muerte; pero en Vos es señal de vida eterna, puesto que reposando me merecéis la eterna salvación. Vos dormís, mas vuestro corazón vela y piensa padecer y morir por mí. Durmiendo, rogáis por mí y me obtenéis de Dios el eterno descanso de la gloria. Mas antes que me llevéis al Cielo, como espero, para reposar en Vos, quiero que os dignéis reposar de continuo en mi alma. En otro tiempo, ¡oh Dios mío!, os arrojé lejos de mí; pero tanto habéis llamado a las puertas de mi corazón, ya con temores de conciencia, ya con luces interiores, ya, en fin, con voces de amor, que

espero habréis entrado de nuevo en él. Sí, lo espero, porque experimento una gran confianza de que me habréis perdonado; siento un grande horror y arrepentimiento de las ofensas que os he hecho; arrepentimiento que me causa un gran dolor, pero dolor tranquilo; dolor que me consuela y me da firme esperanza de haber obtenido de vuestra bondad el perdón. Os doy gracias, ¡oh Jesús mío!, y os suplico que no os aléjéis ya nunca de mi alma. Bien sé que no os iréis, si yo mismo no os obligo a salir; por esto la gracia que os pido, y que os ruego me ayudéis a pedirlos siempre, es que no permitáis que vuelva a arrojaros de mi corazón. Haced que me olvide de todas las cosas, para no pensar sino en Vos, que siempre habéis pensado en mí y en mi felicidad. Haced que os ame siempre mientras viva, hasta que mi alma, expirando unida a Vos en los brazos de vuestra misericordia, repose en Vos eternamente sin temor de perderos.

¡Oh María! Asistidme durante mi vida y en la hora de mi muerte, para que

Jesús esté siempre conmigo y yo esté siempre con Jesús. Amén.

La conclusión como el día primero, página 179.

DIA SEPTIMO

Actos preparatorios, como en la pág. 174.

Meditación: De Jesús que llora.

Las lágrimas de Jesús son muy diferentes de las de los otros niños, porque a éstos se las causa el dolor; pero a Jesús no le hacen llorar sino el amor y compasión que nos tiene. Señal es el llanto, y señal grande, de amor. Bien lo dieron a entender los judíos, cuando, al ver llorar a Jesús en la muerte de Lázaro, decían: *Ved cómo le amaba*. Esto mismo podían también decir los ángeles, contemplando las lágrimas del Niño Jesús: "He ahí cómo ama nuestro Dios a los hombres, pues por el amor que les tiene vemos que se ha hecho hombre, que se ha hecho niño y que llora".

Jesús lloraba y ofrecía sus lágrimas al Padre para alcanzarnos el perdón de los pecados.

ORACION

¿Conque es cierto, ¡oh Niño mío muy amado!, que pensabais en mí cuando llorabais en la gruta de Belén, y que mis pecados, presentes ya en vuestro espíritu, fueron causa de vuestro llanto? ¡Y yo, Jesús mío, lejos de consolaros con los afectos de amor y gratitud que debí sentir al ver lo mucho que por mí padecisteis para salvarme, he aumentado vuestro dolor y llanto! Porque si yo hubiese pecado menos de lo que he pecado, no hubierais llorado tanto Vos. Razón es, pues, que lloréis y que lloréis mucho, pues veis cuán grande es la ingratitud con que os pagan los hombres vuestro amor. Y pues lloráis por ellos no dejéis de llorar también por mí, que vuestras lágrimas son toda mi esperanza.

Yo, por mi parte, quiero llorar mis pecados que son la causa de vuestro llanto y aflicción, y los lloro y los detesto, y me pesa, ¡oh Redentor mío!, de todo corazón haberlos cometido. Lloro por todo el tiempo, por todos los días y tristes no-

ches en que viví lejos de Vos, como enemigo vuestro que fuí, privado de la gracia santificante. Pero, ¿qué me aprovecharían mis propias lágrimas, ¡oh Jesús de mi vida!, sin las vuestras? ¡Oh Padre Eterno!; yo os ofrezco las lágrimas del Niño Jesús, y os pido me concedáis por ellas el perdón de mis pecados. Y Vos, ¡oh amado Salvador mío!, ofreced a vuestro Eterno Padre las lágrimas que derramasteis por mí en el curso de vuestra vida, y aplacad con ellas su justo enojo. Os ruego, además, que con esas lágrimas ablandéis mi corazón y lo encendáis en el fuego de vuestro santo amor.

¡Oh, si pudiese de hoy en adelante consolar a vuestro Corazón con algún consuelo proporcionado a la aflicción que le causé con mis culpas! Al menos, concededme, ¡oh Señor!, que los días que me restan de vida no los emplee en ofenderos, sino en llorar las ofensas que os hice y en amaros con todo mi corazón. A Vos os pido, ¡oh María!, por la tierna compasión que sentisteis viendo llorar al Niño Jesús, que me alcancéis un dolor

continuo de las ofensas que le hice en mi ciega y dura ingratitud.

La terminación como el día primero, página 179.

DIA OCTAVO

Actos preparatorios, como en la pág. 174.

Meditación: Del dulcísimo nombre de Jesús.

El nombre de Jesús es un nombre divino, anunciado a María de parte de Dios por el Arcángel San Gabriel con estas palabras: *Y parirás un Hijo, a quien pondrás por nombre Jesús.* Por lo cual es este nombre superior a todo nombre, y nombre en quien únicamente se encuentra la salud, pues no se ha dado a los hombres otro nombre debajo del Cielo, por el cual debemos salvarnos.

Compara el Espíritu Santo este admirable nombre con el bálsamo, diciendo: *Bálsamo derramado es tu nombre.* Y la razón es, dice San Bernardo, que, así como el bálsamo es luz y juntamente,

manjar y medicina, así el nombre de Jesús es luz del entendimiento, manjar del corazón y medicina del alma. Es *luz* para el entendimiento, porque con este dulcísimo nombre se convirtió el mundo de las tinieblas de la idolatría a la luz de la fe. Nosotros mismos, que dichosamente hemos nacido en esta tierra donde vivieron nuestros antepasados en medio de las tinieblas del gentilismo, sin duda seríamos gentiles como ellos si no hubiera venido a iluminarnos el Mesías prometido. ¡Cuántas gracias no deberemos, pues, dar a Jesucristo, nuestro Señor, por este don inestimable de la fe! ¡Qué sería de nosotros si hubiéramos nacido allá en las regiones de Asia, de Africa, o de América, en el seno de la infidelidad, del cisma o de la herejía!

ORACION

¿No es cierto, Jesús mío, que el demonio no me hubiera vencido nunca, si yo no hubiera dejado de invocaros? ¡Ah!, sí, desgraciadamente perdí el tesoro in-

estimable de la gracia, porque, habiendo sido tentado, dejé de llamaros en mi defensa. Ahora todo mi bien lo espero de la virtud de vuestro nombre.

Imprimid, pues, ¡oh Salvador mío!, imprimid en mi pobre corazón vuestro nombre todopoderoso, el nombre dulcísimo de Jesús, para que lo guarde siempre en él, amándoos, y lo tenga siempre en mis labios, invocándolo en todas las tentaciones con que el Infierno se esfuerce en sujetarme de nuevo lejos de Vos con las cadenas del pecado. En vuestro nombre dulcísimo pondré todo mi bien; cuando me sienta afligido, este nombre me consolará, representándome las aflicciones que Vos sufristeis, mayores, sin comparación, que las mías, por puro amor a mí; cuando mis pecados me induzcan a desconfiar de vuestra misericordia, el nombre de Jesús me infundirá valor, diciéndome que cabalmente vinisteis al mundo para salvar a los pecadores; cuando me asalte la tentación, ese dulcísimo nombre me hará fuerte contra ella, recordándome ser mayor el poder que tenéis para vencer al Infierno, que

el poder del Infierno para derribarme en el precipicio del pecado; y, finalmente, cuando eche yo de ver que va desfalleciendo el fuego de mi amor a Vos. ese mismo nombre lo avivará de nuevo con la memoria del que Vos me tenéis a mí

Os amo, Jesús mío; Vos sois, y espero que seáis siempre, todo mi amor. Mi corazón es todo vuestro, ¡oh Jesús mío! A Vos únicamente quiero amar, y a Vos deseo invocar lo más a menudo que me sea posible. Quiero morir pronunciando vuestro dulcísimo nombre, prenda de salvación, fundamento de la esperanza y pábulo del amor. Esta es la gracia, ¡oh María!, que habéis de pedir eficazmente en mi favor, probándome con esto vuestro amor: la de invocar siempre vuestro nombre y el de vuestro Santísimo Hijo, de manera que estos dulcísimos nombres sean la vida de mi alma; que mis labios y mi corazón los repitan a cada instante de mi vida, para pronunciarles también en la hora de la muerte. Jesús y María, ayudadme; Jesús y María, os amo con

todo mi corazón; Jesús y María, a Vos encomiendo el alma mía.

La conclusión como el día primero, página 179.

DIA NOVENO

Actos preparatorios, como en la pág. 174.

Meditación: De la soledad de Jesús en el establo.

Jesús, al punto después de su nacimiento, quiso elegir, para que le sirviese de ermita y de oratorio, el establo de Belén. El objeto que se propuso al disponer que su nacimiento tuviese lugar fuera de esta ciudad, en una gruta solitaria, fué el de inspirarnos el amor a la soledad y al silencio. Entremos en esa gruta, donde todo respira silencio y soledad. Jesús guarda silencio en el pesebre; María y José le adoran y contemplan en silencio.

Este silencio en los demás niños es defecto; mas en Jesús fué poder; porque ¡cuán expresivo y elocuente era aquel

silencio! Dichosos mil veces los que comunican con Jesús, María y José en esta santa soledad del pesebre! Los pastores, aunque fué muy breve su estancia en aquel lugar, salieron de él inflamados del amor de Dios, sin ocuparse en otra cosa que en bendecirle y alabarle, según dice el sagrado Evangelista: "Los pastores se volvieron, no cesando de alabar y glorificar a Dios". ¡Bienaventurada el alma que fija su pensamiento en la soledad de Belén, para contemplar la divina misericordia y el amor que un Dios ha tenido y tiene a los hombres! "La llevaré a la soledad —dice el Señor— y le hablaré al corazón". No le hablará el divino Infante palabras que suenen en los oídos, sino interiormente hablará al alma, moviéndola y convidándola a amar a quien así nos ama.

¡Oh qué celestial delicia hablar el alma a solas con el Niño Jesús en la gruta de Belén!

ORACION

¿Cómo es, ¡oh amado Salvador mío!, que, siendo lo que sois, el Rey de los

Cielos, el Rey de los Reyes y el Hijo de Dios, os miro en esa gruta solo y desamparado de todos? Nadie, en efecto, os asiste en ella, fuera de José y María, vuestra santísima Madre. De buena gana me juntaría yo también con ellos para haceros compañía. Dignaos recibirme Vos en ella. No lo merezco, a la verdad, pero acá en mi corazón estoy oyendo la voz con que me llamáis. Aquí me tenéis, pues, ¡oh amado Niño mío!, todo lo dejo para estar a solas con Vos durante todo el curso de mi vida, ¡oh mi amado y tierno solitario!, ¡único amor de mi alma! Harto necio fui hasta aquí, pues os desamparé y dejé solo, ¡oh Jesús mío!, yendo yo entre tanto de criatura en criatura a mendigar funestos y miserables deleites; mas ya, merced a la luz de la divina gracia, ninguna cosa pretendo, sino vivir en santa soledad con Vos, que quisisteis vivir sobre la tierra... ¡Oh!, ¡quién me diera huir de un mundo donde tantas veces he tropezado y caído por desgracia mía! Huir, digo, de él y llegarme a unir con Vos, que sois alegría de los Cielos y amante verdade-

ro de mi alma. Tenedme, ¡oh Niño mío!, atado a vuestros pies de forma que ya no me separe de Vos jamás, sino siempre esté en vuestra presencia, haciéndoos compañía. Pídoos, por los méritos de vuestra soledad en el establo de Belén, que me concedáis la gracia de un recogimiento interior no interrumpido; que mi alma sea una celda escondida y solitaria, en la cual no atienda a otra cosa que a conversar con Vos, y con Vos consulte todos mis pensamientos y todas mis acciones, os consagre todos mis afectos y os ame constantemente, anhelando salir de la cárcel de este cuerpo, para amáros viéndoos cara a cara en el Cielo, ¡Oh Bondad infinita! Os amo y espero amáros siempre, mientras dure esta vida temporal, y después eternamente sin fin. ¡Oh María, Madre de Dios, que tenéis un poder sin límites!, rogad a vuestro Santísimo Hijo que me tenga unido a Sí con el vínculo de su amor, y no permita que pierda yo su santa gracia jamás.

La conclusión como el día primero, página 179.



Pasión y Muerte de Jesucristo

Devoción a la Pasión y Muerte de Jesucristo

EL amante de las almas, nuestro amabilísimo Redentor, ha declarado que su fin principal al venir al mundo y hacerse hombre era el de encender en los corazones de los hombres el fuego de su santo amor. ¿Y qué llamas de caridad tan encendidas no ha prendido en un sinnúmero de almas, especialmente con la consideración de las penas que en su muerte quiso sufrir a fin de manifestar la intensidad de su amor a los hombres? ¡Oh! ¡Cuántos corazones dichosos, entrando en las llagas de Jesús como en hogueras encendidas de caridad, se han inflamado de tal manera en el fuego de su amor, que no han rehusado consagrarle los bienes, la vida, todo su ser, venciendo con generoso valor todas las

dificultades que encontraban en el divino servicio por amor de aquel Señor que, siendo Dios, quiso sufrir tanto por su amor! Este fué precisamente el consejo que nos dió el Apóstol para que no nos desalentemos, sino que corramos con facilidad por el camino del Cielo. *Considerad, pues, atentamente a aquel Señor que sufrió tan ruda contradicción de los pecadores, a fin de que no desmayéis perdiendo vuestros ánimos.*

Por eso el enamorado San Agustín, en presencia de Jesús cubierto de llagas y enlavado en la Cruz, hacía esta tierna oración: *Grabad, ¡oh amabilísimo Salvador mío!, grabad en mi corazón todas vuestras llagas, a fin de que yo lea siempre en ellas vuestro dolor y vuestro amor: el dolor, para sufrir por Vos todo dolor; y el amor para menospreciar por Vos todo amor.* Sí; porque teniendo delante de mis ojos el gran dolor que Vos, Dios mío, sufristeis por mí, sufriré con paciencia todas las penas que me sobrevengan; y al considerar el amor que me habéis manifestado en la Cruz, no amaré, ni podré amar cosa alguna fuera de Vos.

¿Y de dónde han sacado los Santos el valor y constancia necesarios para sufrir los tormentos, el martirio y la muerte más cruel, sino de las llagas de Jesús Crucificado? San José de Leonisa, capu-

chino, cuando le querían atar con cuerdas para hacerle una operación dolorosa, tomó en sus manos el Crucifijo y exclamó: *¿Qué necesidad tenéis de atarme? ¿A qué esas ataduras? Estas son mis ataduras; mi Señor traspasado con clavos por mi amor. El es quien me aprisiona con sus dolores u me obliga a sufrir toda suerte de penas por su amor.* Y de este modo sufrió la operación sin proferir una queja, viendo a Jesús, que, *cual tierno corderillo delante del que le esquila, enmudecía y no abría su boca.* ¿Quién podrá decir que sufre injustamente, puesta la mira en Jesús, que fué *despedazado por nuestras maldades?* ¿Quién podrá excusarse de obedecer, so pretexto de alguna incomodidad, habiéndose hecho Jesús *obediente hasta la muerte?* ¿Quién podrá rehusar las ignominias viendo a Jesús tratado de loco, de rey de teatro, de malhechor, abofeteado, escupido y clavado en un infame madero? ¿Quién podrá en adelante amar más que a Jesús, viéndole morir entre tantos dolores y desprecios por cautivar nuestro amor? Lloraba Santa Teresa y se quejaba amargamente de ciertos libros que le habían enseñado a no meditar la pasión de Jesucristo, porque esto podría servir de obstáculo a la contemplación de la Divinidad. Desengañada despues, exclamaba la Santa: *¡Oh, Señor de mi al-*

ma y bien mío, Jesucristo Crucificado! No me acuerdo vez de esta opinión que tuve, que no me dé pena; y me parece que hice una gran traición, aunque con ignorancia. ¿Es posible, Señor mío, que Vos me habiades de impedir para mayor bien? ¿De dónde vinieron a mí todos los bienes sino de Vos?, y luego añade: Veo yo claro, y he visto después, que para contentar a Dios y que nos haga grandes mercedes, quiere sea por manos de esta Humanidad Sacratísima, en quien dijo Su Majestad se deleita.

Por esto decía el Padre Baltasar Alvarez que la ignorancia de los tesoros que tenemos en Jesús era la ruina de los cristianos. Por lo cual el tema más favorito y ordinario de sus meditaciones era la Pasión de Jesucristo, en quien consideraba, sobre todo, estos tres grandes padecimientos: su pobreza, sus humillaciones y sus dolores; exhortando a sus penitentes a meditar frecuentemente la Pasión del Redentor y diciéndoles que no creyesen haber hecho algún progreso en la virtud si no llegaban a tener grabado siempre en el corazón a Jesús Crucificado.

El que quiere caminar siempre de virtud en virtud, de gracia en gracia, dice San Buenaventura, medite cada día en la Pasión del Señor. Y añade que no hay ejercicio más útil para santificar a un

alma que la meditación frecuente de las penas de Jesucristo. Además, decía San Agustín que una sola lágrima, derramada en memoria de la Pasión de Jesús, aprovecha más que una peregrinación a Jerusalén y un año de ayunos a pan y agua; y la razón es que habiendo nuestro amante Salvador sufrido tanto, precisamente para que nos santificásemos pensando lo mucho que sufrió por nuestro amor, dió a este pensamiento tanta virtud, que no es posible considerar sus padecimientos con devoto afecto sin sentirse abrasado en el amor divino. *El amor de Cristo, dice San Pablo, nos estrecha a amarle.* Pocos son los que aman a Jesucristo, pero es porque son pocos los que consideran las penas que ha sufrido por nosotros; pues quien con frecuencia piensa en ellas no puede vivir sin amarle. Se sentirá tan fuertemente obligado a amar a Jesús, que no le será posible negarse a amar a un Dios tan amante, que sí ha sufrido tanto fué para hacerse amar de nosotros.

Por esto decía el Apóstol que *no quería saber otra cosa que a Jesús, y a Jesús Crucificado*, es decir, el amor que nos ha manifestado en la Cruz. Y, a la verdad, ¿en qué libros podemos aprender mejor la ciencia de los Santos, que es la ciencia de amar a Dios, que en Jesús crucificado? No sabiendo leer el gran siervo

de Dios Fray Bernardo de Corleón, capuchino, quisieron enseñarle sus hermanos los religiosos. Mas él voló al punto a tomar consejo del Crucificado: *¡Qué libros ni qué lecturas! Yo soy tu libro, en el cual puedes siempre leer el amor que te he tenido.* ¡Oh, qué tema tan grandioso de meditación durante toda la vida, y aun por toda la eternidad, es meditar la muerte de un Dios que dió la vida por nuestro amor!

Visitando un día a San Buenaventura Santo Tomás de Aquino, le preguntó: *¿De qué libro os habéis valido para trasladar a vuestras obras tan bellos pensamientos?* San Buénaventura, mostrándole el crucifijo humedecido todavía por los besos que le daba, le dijo: *Ved aquí el libro que me enseña cuanto escribo; éste es el que me ha enseñado lo poco que he sabido.* Todos los Santos, en una palabra, han aprendido el arte de amar a Dios estudiando el Crucifijo.

La amorosa escuela del Crucifijo fué la que hizo del patriarca San Francisco un serafín en la tierra. Cuando meditaba en las penas de Jesucristo, lloraba tan copiosamente, que llegó a perder casi totalmente la vista. Cierta día se le encontró dando gritos lastimeros, y preguntando qué tenía: *¿Qué he de tener,* respondió; *lloro los padecimientos y afrentas de mi Salvador; y mi pena, añadió, se*

aumenta viendo la ingratitud de los hombres que no le aman y viven sin pensar en El. Siempre que oía balar un corderillo se sentía movido a compasión por el pensamiento de la muerte de Jesús, Cordero sin mancilla, inmolado en la Cruz por los pecados del mundo. Por lo cual el enamorado Santo nada sabía recomendar a sus hermanos con tanto encarecimiento como traer siempre en la memoria la Pasión de Jesucristo.

¡Jesús Crucificado! Tal es el libro en que también nosotros, si lo leemos con frecuencia, aprenderemos por una parte a temer el pecado, y por otra nos abrasaremos de amor para con un Dios tan amante; porque leeremos en sus llagas la malicia del pecado, que ha obligado a un Dios a sufrir muerte tan amarga para satisfacer la justicia divina, y también el amor que nos ha manifestado el amable Salvador, queriendo sufrir tanto para hacernos comprender cuánto nos amaba.

Pidamos a la divina Madre María nos alcance de su Santísimo Hijo la gracia de entrar también nosotros en esas hogueras de amor, donde se abrasan tantos enamorados corazones, a fin de que, consumidos allí nuestros afectos terrenos, podamos igualmente arder en esas dichas llamas que hacen a las almas santas en la tierra y bienaventuradas en el Cielo. Amén.

MEDITACIONES

Para cada viernes de Cuaresma (1).

Es costumbre en muchas parroquias reunirse los fieles con sus párrocos, en la iglesia, los Viernes de Cuaresma, y hacer un ejercicio sobre la Pasión.

He aquí el método que se puede seguir:

- 1) Se reza el Santo Rosario.
- 2) Se hace el ejercicio de los Viernes.
- 3) Se termina con el canto del *Miserere*.

Para facilitar este ejercicio se ponen a continuación algunas meditaciones tomadas de las obras de San Alfonso María de Liguorio.

(1) Estas meditaciones pueden ser útiles a las personas piadosas que deseen meditar en la Pasión de Jesucristo durante todos los viernes del año o en cualquiera otra época, según su devoción.



Ejercicio del primer Viernes

Oración preparatoria para los nueve Viernes

QUÉ, Salvador del mundo, amador de las almas y el objeto más digno de todos nuestros afectos!, con vuestra Pasión habéis querido conquistar nuestros corazones, y para declararnos el amor infinito que nos tenéis, habéis llevado a cabo la obra de la redención, que, si para nosotros ha sido causa de un cúmulo de gracias y de bendiciones, a Vos os acarreó sin cuento de penas y de ignominias. ¡Oh, Señor amabilísimo; oh, Jesús mío!, haced que jamás me olvide de

vuestra Pasión; y que yo, aunque pecador rebelde y miserable, vencido al fin por tantas pruebas de vuestro cariño, me rinda y me determine a entregaros mi corazón, en señal de agradecimiento por el excesivo amor que Vos, Dios mío y Salvador mío, me habéis manifestado. Acordaos, Jesús mío, que soy una de aquellas ovejas por la cual descendisteis del cielo a la tierra para sacrificar vuestra vida divina. Bien sé que después de haberme redimido con vuestra muerte no habéis dejado de amarme; y que todavía me tenéis el mismo acendrado amor que os inclinó a morir por mí. No permitáis, Dios mío, que yo responda con ingratitud a los deseos que tenéis de que os ame, siendo así que Vos sois digno de infinito amor.

Y Vos, ¡oh Santísima Virgen María!, que tanto padecisteis en la Pasión de vuestro Hijo, alcanzadme por vuestros

merecimientos la gracia de experimentar una partecita de aquella compasión que tanto os afligió en la muerte de Jesús, y encended en mi corazón una centella de amor, que fué causa de los martirios de vuestro dulcísimo Corazón. Amén.

MEDITACIÓN PARA EL PRIMER VIERNES

Amor de Jesucristo en padecer por
nosotros.

1.º El tiempo que sigue a la venida de Jesucristo no es ya tiempo de temor, sino de amor, como predijo el Profeta Ezequiel: *Tu tiempo es el tiempo de los que aman*, porque hemos visto a todo un Dios morir por nosotros. *Cristo* —dice San Pablo— *nos ha amado y se ha entregado a la muerte por nuestro amor*. En la antigua ley, antes que el Verbo hubiese tomado carne humana, podía el hombre dudar, en cierto modo, que Dios le amase con amor tierno y compasivo; pero después de haberlo visto morir por

nosotros, cubierto de oprobios y desagrado, en un infame madero, no podemos ya dudar que nos ame verdaderamente y con ternura. ¿Quién, en efecto, podría jamás comprender el grande exceso de amor del Hijo de Dios en querer pagar El mismo la pena debida a nuestros pecados? Sin embargo, es de fe. *Verdaderamente*, dice Isaías, *El mismo tomó sobre sí nuestras dolencias y cargó con nuestras penalidades; por causa de nuestras iniquidades fué El llagado y despedazado por nuestras maldades*. Todo esto ha sido efecto del grande amor que nos tiene; pues para lavar las inmundicias de nuestras culpas se dejó desangrar, *y con su sangre nos preparó un baño de salvación*. ¡Oh misericordia infinita! ¡Oh amor infinito de un Dios!

¡Oh redentor mío! Demasiado me habéis obligado a amaros, y demasiado ingrato sería yo si no os amase con todo mi corazón. ¡Jesús mío, yo os he despreciado porque he vivido hasta ahora olvidado de vuestro amor: pero Vos no os habéis olvidado de mí. Yo os he vuelto

as espaldas; pero Vos habéis venido en pos de mí; yo os he ofendido, y Vos me habéis tantas veces perdonado de nuevo. ¡Ah Señor! Por aquel entrañable afecto con que me amasteis sobre la Cruz, unidme tan estrechamente a Vos con las dulces cadenas de vuestro amor, que no nos separemos más. Os amo, ¡oh Sumo Bien!, y quiero en adelante amaros sin cesar.

2.º Lo que más debe inflamarnos en el amor de Jesús no es tanto la muerte, los dolores y las ignominias sufridas por nosotros, cuanto el fin por el cual ha querido padecer tantas y tan graves penas, que fué el de manifestarnos su amor y cautivar nuestros corazones. No era absolutamente necesario para salvarnos que Jesús padeciese tanto, ni que muriese por nosotros; bastaba para ello que derramara una sola gota de sangre, una sola lágrima, porque una sola gota de sangre, una sola lágrima derramada por un Hombre Dios, era suficiente para salvar mil mundos. Mas El quiso derramar toda su sangre y perder la vida en un piélago de dolores y de desprecios, para

darnos a conocer el grande amor que nos tiene y para obligarnos a amarle. *El amor de Jesucristo*, dice San Pablo (no dice la Pasión ni la muerte, sino el amor), *nos obliga a amarle.*

¿Y quiénes éramos nosotros, ¡oh Señor!, para que hayáis querido comprar nuestro amor a tanta costa? ¿Conque Vos, ¡oh Jesús mío!, habéis muerto para que todos viviésemos sólo por Vos y por vuestro amor? Mas, ¡pobre Señor mío! (permitidme que os llame así); si Vos sois tan amable, que habéis padecido tanto para que os amen los hombres, ¿cómo es tan reducido el número de los que os aman? Yo veo a la mayor parte ocupados, unos en amar las riquezas, otros en buscar los honores, éstos en amar a sus parientes y amigos, aquéllos en amar aun a los mismos animales! Mas, ¡oh Dios digno de infinito amor!, ¡cuán pocos son los que os aman de veras a Vos, cuán pocos son! Sin embargo, del número de estos pocos quiero ser yo, que si os he ofendido en lo pasado, amando como los demás el lodo de la tierra, ahora os amo sobre todo otro bien, ¡oh

Jesús mío!; las penas que por mí habéis sufrido me obligan a amaros; mas lo que mayormente me atrae a Vos y de Vos me enamora es considerar el amor que me habéis mostrado padeciendo tanto, sólo con el fin de granjearos mi amor. Sí, ¡oh Señor mío amabilísimo!, Vos por amor os habéis dado todo a mí, y yo por amor me doy todo a Vos; Vos habéis muerto por mi amor; yo por el vuestro quiero morir, cuándo y cómo os agrade. Admitidme a vuestro amor y ayudadme con vuestra gracia a amaros dignamente.

3.º No hay medio más capaz de inflamarnos en el divino amor que la consideración de la Pasión de Jesucristo. Dice San Buenaventura que las llagas de Jesucristo, por ser llagas de amor, son flechas que hieren los más duros corazones, y llamas que inflaman las almas heladas. Imposible es que un alma crea y piense en la Pasión del Señor y le ofenda o no le ame, o, mejor dicho, no se vuelva santamente loca de amor viendo a un Dios casi fuera de sí por el excesivo amor que nos tiene. Así es que los genti-

les, como lo refiere el Apóstol, al oír predicar la Pasión de Jesús crucificado, la tenían por locura. Pues, *¿cómo es posible* —decían ellos— *que un Dios por naturaleza omnipotente y felicísimo (cual es éste que se nos predica), haya querido morir por sus criaturas?*

¡Oh Dios enamorado de los hombres! Nosotros, que por la fe creemos que habéis realmente muerto por nuestro amor, no podemos menos de exclamar: *¿cómo es posible que los hombres correspondan tan mal a una bondad tan grande, a un amor tan excesivo? Dícese comúnmente que amor con amor se paga; pero el vuestro, ¡oh Dios mío!, ¿con qué amor podría jamás pagarse? Necesario sería que otro Dios muriese por Vos para compensar el amor que nos habéis tenido muriendo por nosotros. ¡Oh Cruz! ¡Oh llagas! ¡Oh muerte de mi Jesús! Vosotras me forzáis con violencia a que le ame. ¡Oh Dios eterno e infinitamente amable! Yo os amo, y quiero vivir sólo para Vos, sólo para daros gusto. Decidme lo que queréis de*

mi, que todo lo quiero hacer con vuestra gracia. María, esperanza mía, rogad a Jesús por mí.

A continuación se canta el salmo *Miserere*.

El Salmo Miserere

EN CASTELLANO

APIÁDATE de mí, oh Dios, por tu gran misericordia, y por la multitud de tus bondades, borra mi iniquidad.

Lávame aún más de mi culpa, y purifícame de mi pecado.

Porque reconozco mi iniquidad, y mi pecado está siempre ante mí.

He pecado sólo contra Ti, y he hecho lo que es malo a tus ojos.

Para que se vea la justicia de tus sentencias, y quedés victorioso cuando te juzguen. (*Quiere decir: Yo he pecado, y por eso se ve que Tú eres justo al castigarme y decretar contra mí*).

He aquí que yo fuí concebido en iniquidades, y mi madre me concibió en pecado (*por el pecado original*).

Y Tú amas la verdad; revélame los secretos y misterios de tu sabiduría.

Rociame con hisopo y quedaré puro; lávame y quedaré más blanco que la nieve.

Dame una palabra de gozo y de alegría, y mis huesos quebrantados saltarán de gozo.

Aparta de mis pecados tu rostro, y borra todas mis iniquidades.

Crea, oh Dios, en mí un corazón puro, y renueva en mis entrañas un espíritu recto.

No me arrojes de tu mirada, y no retires de mí tu santo espíritu.

Devuélveme la alegría de tu salvación, y sostenme con generoso espíritu.

Yo enseñaré a los malos tus caminos, y se volverán a Ti los impíos.

Líbrame de la sangre derramada, oh Dios, Dios de mi salvación, y mi lengua celebrará tu justicia.

Tú, Señor, abrirás mis labios, y mi boca anunciará tus glorias.

Porque si quisieras sacrificios te los hubiera ofrecido; pero no te deleitas en los holocaustos. (*No te bastan, si no van acompañados del espíritu*).

El sacrificio para Dios es un espíritu contrito; oh Dios, no despreciarás un corazón contrito y humillado.

Señor, por tu bondad trata benignamente a Sión; para que los muros de Jerusalén se edifiquen.

Entonces aceptarás el sacrificio justo, las ofrendas y los holocaustos; entonces se pondrán en tus altares novillos. (*Algunos piensan que estos dos últimos versos fueron añadidos en tiempo de Nehemías, cuando se reedificaba Jerusalén*).

MEDITACIÓN PARA EL SEGUNDO VIERNES

Oración preparatoria como el viernes primero.

Oración del Huerto.

4.º Acercándose ya la hora de su muerte, encaminóse nuestro amante Redentor al huerto de Getsemani, donde por Sí mismo dió principio a su amarguísima Pasión, permitiendo que el temor, la tristeza y el tedio viniesen a atormentarle. Empezó, pues, por experimentar un gran temor y tedio de la muerte y de las penas que habían de acompañarla. Representáronse vivamente a su imaginación los azotes, las espinas, los clavos y la Cruz, los cuales suplicios, no ya el uno en pos del otro, sino todos a la vez, vinieron a afligirle. Especialmente púsosele delante aquella muerte tan amarga que había de padecer, abandonado de todo humano y divino consuelo; de modo que, aterrado a la vista de aquel horrible aparato de tormentos y de ignominias, suplicó al Eterno Paç. e le librara

de ellos, diciendo: *Padre mío, si es posible, no me hagas beber este cáliz.* Pero, ¿qué?, ¿no era Jesús, el que tanto había deseado padecer y morir por los hombres, que llegó a decir: "Con un bautismo de sangre tengo de ser yo bautizado; ¡oh!, y cómo traigo en prensa el corazón mientras que no lo vea cumplido"? ¿Cómo, pues, teme ahora tanto estas penas y esta muerte? ¡Ah! Ciertamente quería El morir por nosotros; mas a fin de que no pensásemos que, por virtud divina, moría sin sentir pena alguna, dirigió aquella oración a su Padre para darnos a entender que no sólo moría por nuestro amor, sino que también sufría una muerte tan dolorosa que le infundía grandísimo espanto.

2.º Para atormentar más y más al afligido Señor, al temor se juntó una tristeza tan profunda, que llegó a declarar El mismo que era bastante para causarle la muerte: *Mi alma siente angustias mortales.* Pero, Señor, si Vos queréis, bien podéis libraros de la muerte que os preparan los hombres; ¿por qué, pues, os entristecéis? ¡Ah!, que no tanto

los tormentos de su Pasión cuanto nuestros pecados fueron los que así llenaron de amargura el Corazón de nuestro amante Salvador. El había venido al mundo para borrar los pecados; mas viendo después que, a pesar de todos los dolores de su Pasión, habían de cometerse tantas iniquidades en el mundo, se entristeció; y esto fué lo que aun antes de morir, le redujo a tan amarga agonía y le hizo sudar sangre en tanta abundancia, que corría hasta la tierra. *Y vinole un sudor como de gotas de sangre, que chorreaba hasta el suelo.* Sí; la causa de tan profunda tristeza y dolor fué el haber visto clara y distintamente todos los pecados que cometerían los hombres después de su muerte; los odios, las deshonestidades, los hurtos, las blasfemias, los sacrilegios; y porque cada uno de ellos con su malicia propia vino, cual bestia feroz, a despedazarle el Corazón. De modo que podía entonces decir: ¿Es esta, oh hombres, la recompensa con que pagáis mi amor? ¡Ah!, si yo os viera más agradecidos, ¡con qué alegría iría ahora a morir! Mas al ver, después de

tantas penas mías, tantos pecados vuestros, después de tanto amor mío, tanta ingratitud vuestra, esto me hace sudar sangre.

¡Así, pues, amado Jesús mío, mis pecados fueron los que entonces tanto os afligieron! Si yo hubiera pecado menos, menos también hubierais padecido Vos. Cuanto mayor fué el deleite que experimenté al ofenderos, tanto más acrecenté vuestras penas. ¡Y cómo ahora que lo conozco, no muero de dolor, considerando que he correspondido a vuestro amor aumentando vuestra pena y vuestra tristeza! ¿Conque yo he afligido aquel Corazón que tanto me ha amado? ¡Miserable de mí! Con las criaturas me mostré siempre agradecido; sólo con Vos he sido ingrato, Jesús mío, perdonadme, pues ya me arrepiento de todo corazón.

3.º Viéndose Jesús cargado con el enorme peso de nuestros pecados, *se postró en tierra caído sobre su rostro*, como si se avergonzara de levantar los ojos al Cielo, y *entrando en una agonía mortal oró con mayor fervor*. En aquel momento, Jesús mío, rogasteis al Eterno,

Padre por mí, para que me perdonara, ofreciéndooos morir en satisfacción de mis culpas.

Alma mía, ¿cómo no te rindes a tanto amor? ¿cómo puedes creer esto y amar otra cosa que a Jesús? Vamos, échate a los pies de tu agonizante Señor, y dile: Amado Redentor mío, ¿cómo habéis podido amar tanto a quien tanto os ha ofendido? ¿Cómo habéis podido sufrir la muerte por mí, previendo que os iba a ser tan ingrato? ¡Ah! Dadme parte de aquel dolor que experimentasteis en el Huerto. Detesto ahora todos mis pecados, y uno el horror que les tengo al horror que Vos les tuvisteis entonces. ¡Oh amor de mi Jesús!, tú eres el amor mío. Señor, os amo; y por vuestro amor me ofrezco a padecer cualquier pena, y aun la misma muerte. ¡Ah!, por los méritos de la agonía que sufristeis en el Huerto, dadme la santa perseverancia. María, esperanza mía, rogad a Jesús por mí.

Se termina con el salmo *Miserere*.

MEDITACIÓN PARA EL TERCER VIERNES

Oración preparatoria como el viernes primero.

Prisión de Jesús.

1.º Llega Judas al Huerto y, dando a su divino Maestro el beso traidor, se arrojan sobre Jesús aquellos insolentes ministros, y le atan como a un malhechor: *Prendieron a Jesús y le ataron.* ¡Oh cielos! ¡Un Dios maniatado! Mas, ¿por qué y por quién? Por sus mismas criaturas. Angeles del cielo, ¿qué decís de tamaño atentado? Y Vos, Jesús mío, ¿por qué os dejáis atar? ¡Oh Rey de reyes! —exclama llorando San Bernardo— *¿que hay de común entre Vos y las cadenas?* ¿Qué tienen que ver las cadenas, propias de criminales y de esclavos, con el Rey de los reyes y el Santo de los santos? Pero si los hombres tienen la audacia de ataros, ¿por qué Vos, siendo omnipotente, no rompéis esos lazos y os libráis de los tormentos que esos bárbaros os preparan? ¡Ah! Ya lo comprendo:

es porque no son esos propiamente los lazos que os aprisionan; el duro lazo que os ata y os conduce a la muerte es el amor que nos tenéis.

Mira, ¡oh hombre! —dice San Buena-ventura—, cómo aquellos perros rabiosos maltratan a Jesús: uno le ase con fiereza, otro le empuja; éste le ata, aquél le hiere. Considera cómo Jesús, cual manso cordero, sin oponer la menor resistencia, se deja conducir al sacrificio. Pero, ¡oh sagrados discípulos! ¿Qué hacéis vosotros? ¿Por qué no corréis a librar a vuestro divino Maestro de las manos de sus enemigos? ¿Por qué, a lo menos, no le acompañáis para defender su inocencia ante los jueces? Mas, ¡oh Dios!, que también los discípulos, al verle preso y atado, *huyen y le abandonan*.

¡Oh Jesús mío abandonado! ¿Quién tomará vuestra defensa, si vuestros más queridos amigos os abandonan? Mas, ¡ay de mí!, que esta injuria no se acabó con vuestra Pasión. ¡Cuántas almas, después de haberse dedicado a vuestro servicio y recibido de Vos muchos y especiales favores, os abandonan por un vil interés,

por un respeto humano, por un sucio de-
leite! Yo mismo, ¡ay de mí!, he sido del
número de estos ingratos. Perdonadme,
Jesús mío, que ya no quiero abandonaros
más; os amo, y quiero perder antes la
vida que vuestra gracia.

2.º Conducido Jesús a la presencia de
Caifás, le preguntó éste acerca de sus
discípulos y doctrina. Jesús respondió
que él no había hablado nunca en secre-
to, sino en público, y que los que allí es-
taban sabían lo que él había enseñado:
*Yo he predicado públicamente delante
de todo el mundo... Aquí tenéis a éstos,
que saben cuáles cosas he dicho yo.* Mas
a tal contestación, uno de aquellos mi-
nistros, tratándole de insolente y de te-
merario, descargóle una fuerte bofeta-
da, diciéndole: *¿Así respondes tú al Pon-
tífice? ¡Oh, paciencia de mi Señor! ¡Có-
mo! ¿Una respuesta tan mansa y humil-
de merecía una afrenta tan grande de-
lante de tanta gente y en presencia del
mismo Pontífice, quien en vez de repre-
nder la audacia de aquel insolente ver-
dugo, la aprueba más bien con su si-
lencio? ¡Oh Jesús mío!, todo esto lo ha-*

béis sufrido para expiar las afrentas que yo, temerario, os he hecho. Os doy gracias, amor mío. Eterno Padre, perdónadme por los méritos de Jesús. Redentor mío, os amo más que a mí mismo.

Después el inicuo Pontífice le preguntó, en nombre de Dios vivo, si verdaderamente El era el Cristo, Hijo de Dios. Jesús, por el respeto al nombre de su Padre, contestó que sí lo era. Entonces Caifás, rasgando sus vestiduras, dijo: *Blasfemado ha;* y todos exclamaron: *reo es de muerte.*

Sí, Salvador mío; reo sois de muerte, porque os habéis obligado a pagar por mí, que soy digno de muerte eterna. Mas ya que con vuestra muerte me habéis alcanzado la vida, justo es que la emplee toda y la sacrifique por Vos. Os amo, y no deseo otra cosa más que amaros; y pues Vos, el más grande de todos los reyes, habéis querido ser despreciado por mi amor como el más vil de todos los hombres, yo por el vuestro quiero sufrir cualquier afrenta que se me haga. Pues por el mérito de vuestros ultrajes, dadme valor para sobrellevar los míos.

3.º Declarado Jesucristo reo de muerte por el conciliábulo de los sacerdotes, aquella vil canalla se ocupó en maltreatarle toda la noche con bofetadas, con golpes y con asquerosos esputos, como a hombre ya declarado infame. *Luego empezaron a escupirle en la cara y a maltratarle a puñadas.* Después se burlaban de El, como de un falso profeta, diciendo: *Cristo, profetizanos; adivina quién es el que te ha herido.* Amado Jesús mío, estos miserables os dan de bofetadas y escupen en el rostro, y Vos calláis, *cual manso corderito que está mudo delante del que le esquila, y no abre su boca,* sufriendo todo por nuestro amor. Mas si ellos no os conocen, yo os reconozco por mi Dios y Señor, y protesto creer que, cuanto Vos sufrís, inocente, todo lo sufrís por mi amor. Os lo agradezco, Jesús mío, y os amo con todo mi corazón.

Llegada la mañana, llevaron a Jesús a la presencia de Pilatos, para que éste le sentenciara a muerte; mas Pilatos le declaró inocente. Sin embargo, para verse libre de las importunidades de los ju-

díos, que seguían alborotados, envióle a Herodes, el cual, deseando por mera curiosidad verle obrar algún milagro, hizo varias preguntas; mas como aquel malvado no merecía respuesta, no le respondió Jesús palabra; por lo cual el soberbio le colmó de desprecios, y le hizo vestir una túnica blanca, cual si fuera un loco.

¡Oh sabiduría eterna! ¡Oh Jesús mío! ¡Esta nueva injuria os faltaba: ser tratado de loco! ¡Oh Dios mío! ¡También yo hasta aquí os he despreciado, como Herodes! Mas no me castigéis, como a él, privándole de vuestras dulces palabras. Herodes no se arrepintió de haberos ofendido; yo me arrepiento con todo mi corazón; Herodes no os amó; yo os amo sobre todas las cosas. ¡Ea!, pues, no me privéis de oír la voz de vuestras inspiraciones. Decidme lo que de mí queréis, que todo quiero hacerlo con vuestra gracia. María, esperanza mía, rogad a Jesús por mí.

Se termina con el salmo *Miserere*.

MEDITACIÓN PARA EL CUARTO VIERNES

Oración preparatoria como el viernes primero.

Jesús azotado.

1.º Viendo Pilatos que los judíos continuaban pidiendo la muerte de Jesús, le condenó a ser azotado. *Tomó entonces Pilatos a Jesús, y mandó azotarlo.* Pensó el injusto Juez que con este castigo se darían por satisfechos sus enemigos; mas semejante recurso resultó excesivamente doloroso para el Salvador; porque conociendo los judíos que Pilatos, después de este suplicio quería libertarle, según lo había ya claramente indicado, ganaron a los verdugos, a fin de que le azotaran hasta hacerle perder la vida en aquel tormento. Entra, alma mía, en el Pretorio de Pilatos, hecho en aquel día horrible teatro de los dolores e ignominias del Redentor. Mira cómo, apenas llega, se despoja El mismo de sus vestiduras (según fué revelado a Santa Brigida), y abraza la columna, dando con esto a los

hombres clarísimo testimonio del grande gusto con que se sujetaba por ellos a las más crueles penas, y del grande amor que les tenía. Mira cómo este inocente Cordero está con la cabeza inclinada y con el rostro cubierto de rubor, esperando a que se dé principio a aquel gran tormento. Ya aquellos bárbaros y despiadados verdugos, como perros rabiosos, empiezan a atormentarle. Mira cómo unos le azotan las espaldas, otros el pecho, éstos los costados, aquéllos los demás miembros de su cuerpo; ni aun su sagrada cabeza y hermoso rostro son perdonados por los azotes. ¡Ay! Ya la sangre divina corre por todas partes; ya los cordeles, las manos de los verdugos, la columna, la misma tierra, todo está bañado en sangre. Y cuando los verdugos no encuentran parte sana donde herir, añaden llagas a llagas, despedazan todas aquellas sacrosantas carnes, cumpliéndose esta palabra del Profeta: *Y aumentaron más y más el dolor de mis llagas.*

¡Oh alma mía!, ¿cómo has podido tú ofender a un Dios, azotado por ti? Y Vos, ¡oh Jesús mío!, ¿cómo habéis podi-

do sufrir tanto por un ingrato? ¡Oh llagas de Jesús!, vosotras sois mi esperanza. ¡Oh Jesús mío!, Vos sois el único amor de mi alma.

2.º Este tormento fué sumamente doloroso para Jesucristo, pues, como fué revelado a Santa María Magdalena de Pazzis, los verdugos, que se relevaban los unos a los otros, llegaron a sesenta; y los instrumentos empleados en este suplicio fueron los más fieros; de modo que cada golpe hacía una herida. Los golpes llegaron a muchos millares; tanto que, según fué revelado a Santa Brígida, por las heridas se descubrían las costillas de Nuestro Señor. En una palabra, llegaron a hacer en él tal estrago, que Pilatos creyó poder mover a compasión a sus mismos enemigos, cuando, mostrándoselo desde lo alto de su tribunal, les dijo: *Ecce homo* (Ved aquí el hombre). Y el Profeta Isaías predijo ya el lastimoso estado a que debía verse reducido el Salvador en su flagelación, diciendo que *su carne debía ser despedazada por nuestros pecados, y quedar su*

berdito cuerpo como el de un leproso, todo cubierto de llagas.

¡Oh Jesús mío!, gracias os doy por tanto amor; me pesa de haberme unido también yo a los verdugos para azotaros; maldigo todos mis criminales placeres, que os han costado tantas penas. Recordadme, Señor, frecuentemente el amor que me habéis tenido, para que os ame y no vuelva más a ofenderos. ¡Ah! Si después de haber conocido vuestro amor y sido tantas veces perdonado, volviese yo, miserable, a ofenderos de nuevo, y me condenara, mi infierno sería incomparable, porque el recuerdo de este vuestro amor y misericordia sería para mí un nuevo infierno, mayor que todos mis tormentos. ¡Ah!, no permitáis, amor mío, tan horrible desgracia. Yo os amo, ¡oh Sumo Bien!; os amo con todo mi corazón y quiero amaros siempre.

3.º Para expiar nuestras culpas, y en especial las de impureza, quiso sufrir Jesucristo en sus inocentes carnes tan horribles tormentos. *Por causa de nuestras iniquidades fué El llagado.* Así, pues, ¡oh Señor mío!, nosotros hemos

ofendido a Dios, ¿y Vos habéis querido pagar la pena? Bendita sea para siempre vuestra infinita caridad. ¿Qué sería de mí, Jesús mío, si Vos no hubierais satisfecho mi deuda ¡Oh, quién nunca os hubiera ofendido! Pero si yo, pecando, he despreciado vuestro amor, ahora deseo sólo amaros y ser de Vos amado. Habéis dicho que amáis al que os ama, pues yo os amo sobre todas las cosas, os amo con toda mi alma; hacedme digno de vuestro amor. Sí, tengo la confianza de que ya me habéis perdonado, y que al presente, gracias a vuestra bondad, os dignáis amarme. ¡Oh Redentor mío amantísimo! Unidme a vuestro amor en un lazo indisoluble, y no permitáis jamás me aparte de Vos. Vedme aquí, soy todo vuestro; castigadme como queráis, pero no permitáis que sea yo privado de vuestro amor. Haced que os ame siempre, y disponed de mí como os agrade. María, esperanza mía, rogad a Jesús por mí.

Se termina con el salmo *Miserere*.

MEDITACIÓN PARA EL QUINTO VIERNES

Oración preparatoria como el viernes primero.

Jesús coronado de espinas.

1.º No satisfechos aún aquellos bárbaros sayones con la horrible carnicería causada en el sacrosanto cuerpo de Jesucristo por los azotes, instigados por los demonios y por los judíos, determinaron tratarle cual rey de teatro. Echáronle, pues, sobre las espaldas un pedazo de tela encarnada, a manera de manto real; pusieronle en las manos una caña, como cetro, y le colocaron en la cabeza un manojo de espinas, entrelazadas en forma de corona; y para que esta corona le sirviese, no sólo de oprobio, sino también de tormento, con la misma caña le golpeaban, para que las espinas entrasen más adentro. *De tal manera* —dice San Pedro Damiano— *que algunas de ellas penetraron hasta el cerebro; y era tanta la abundancia de sangre que brotaba de aquellas heridas, que, según*

fué revelado a Santa Brígida, la barba, los ojos y los cabellos del Salvador estaban empapados en ella. Este tormento de la coronación de espinas fué para El, no sólo el más doloroso, sino también el más largo, porque duró hasta su muerte, sintiendo nuevos y atroces dolores cada vez que le tocaban la corona o la cabeza adorable.

¡Oh espinas crueles, ingratas criaturas!, ¿qué hacéis? ¿Así atormentáis a vuestro Criador? Mas, ¿por qué culpar a las espinas? Alma mía, tú has sido la que con tan malos pensamientos consentidos has herido la cabeza de tu Señor. ¡Amado Jesús mío!, Vos sois el Rey de los cielos; pero ahora os veo hecho rey de oprobios y de dolores. ¿A tanto os ha impulsado el amor que tenéis a vuestras criaturas? ¡Oh Dios mío!, yo os amo; mas, ¡ay de mí!, que mientras viva estaré expuesto al peligro de abandonaros de nuevo y de negaros mi amor, como hasta ahora lo he hecho. Si coñocéis, Jesús mío, que he de volver a ofenderos, hacedme morir ahora que espero moriría en vuestra gracia. ¡Ah! no per-

mitáis que vuelva a perderos. Es cierto que por mis culpas merecía esta desgracia; pero Vos ciertamente no merecéis que yo os abandone de nuevo. No, Jesús mío, no quiero perderos más.

2.º No contenta aquella chusma abominable con haber tan bárbaramente coronado a Jesucristo, quiso hacer de El un objeto de diversión, multiplicando sus afrentas y padecimientos; con este objeto se arrodillaban ante El, y saludándole en tono de burla con las palabras: *Dios te salve, Rey de los judios*, le escupían en el rostro, le daban bofetadas, y villanamente le insultaban con gritos y carcajadas de desprecio. ¡Ah! Señor mío, ¡a qué estado tan triste os veo reducido! ¡Oh Dios! Si alguno por acaso hubiera pasado por allí y hubiera visto a aquel hombre tan desfigurado, cubierto con aquel pedazo de tela encarnada, con aquel cetro en la mano, con aquella corona en la cabeza, tan mofado y maltratado por gente tan baja, ¿por quién le hubiera tenido sino por el hombre más infame y malvado del mun-

do? Ved aquí, pues, al Hijo de Dios hecho el escarnio de Jerusalén.

¡Oh Jesús mío! Si miro vuestro cuerpo, no veo en él sino llagas y sangre; si considero vuestro Corazón, no descubro sino amarguras y angustias, que os hacen sufrir agonías mortales. ¡Oh Dios mío! ¿Y quién, sino una bondad infinita como Vos, podría ofrecerse a sufrir tanto por sus criaturas? Mas, porque sois Dios, amáis como Dios. Esas llagas que veo en Vos son otras tantas señales del amor que nos tenéis. ¡Oh! Si todos los hombres os contemplasen en el estado en que un día servisteis de espectáculo de dolor y oprobio a toda Jerusalén, ¿quién podría no quedar prisionero de vuestro amor? Señor, yo os amo y me entrego todo a Vos; os ofrezco mi sangre y mi vida. Heme aquí dispuesto a sufrir y morir como os agrade a Vos. ¿Y qué podría yo negaros a Vos, que no me habéis negado ni vuestra sangre ni vuestra vida? Aceptad el sacrificio que os hace de sí mismo un miserable pecador que ahora os ama de todo corazón.

3.º Devuelto Jesús a Pilatos, éste le

mostró desde una galería al pueblo, diciendo: *Ecce Homo (Ved aquí el hombre)*, con lo cual quiso decirles: "Aquí tenéis al hombre que habéis presentado a mi tribunal, acusándole de haber querido hacerse rey. Este temor ya no existe; ahora que le habéis reducido al estado en que le veis, próximo a perder la vida, dejadle que vaya a morir a su casa y no me obliguéis a condenar a un inocente". Mas los judíos, que por un exceso de ceguedad habían dicho antes neciamente: *Recaiga sobre nosotros su sangre*, gritan ahora: *Quítale, quítale de nuestra vista: manda que sea crucificado*. Considera aquí, alma mía, que mientras Pilatos desde el balcón mostraba a Jesús al pueblo, el Padre Eterno nos le mostraba también a nosotros, diciendo: *Ved aquí al hombre*, el hombre que yo os había prometido por Redentor y que tanto tiempo habéis esperado; Aquél que es mi Hijo Unigénito, a quien amo como a mí mismo. Vedle hecho por vuestro amor el hombre más afligido y despreciado de los hombres. Contempladle y amadle.

¡Oh Dios mío! Sí; yo miro a vuestro

Hijo y le amo. Mas Vos también, Señor, dignaos mirarme, y por el mérito de sus dolores y desprecios, perdonadme todas las ofensas que os he hecho. ¡La sangre de ese Hombre-Dios, que es vuestro Hijo, descienda sobre nuestras almas y nos alcance misericordia! Me arrepiento, Bondad infinita, de haberos ofendido, y os amo con todo mi corazón. Pero vos, que conocéis mi flaqueza, ayudadme y tened piedad de mí. María, esperanza mía, rogad a Jesús por mí.

Se termina con el salmo *Miserere*.

MEDITACIÓN PARA EL VIERNES DE PASIÓN

Oración preparatoria como el viernes primero.

Camino del Calvario.

1.º Por último, temiendo Pilatos perder el favor del César, después de haber tantas veces declarado a Jesús inocente, le condena a morir crucificado. ¡Oh ino-
centísimo Salvador mío —exclama llo-
rando San Bernardo—, *¿qué delito habéis*
cometido para ser condenado a muerte?

Mas ya comprendo —prosigue el santo— *cuál ha sido vuestro delito; vuestro delito es el excesivo amor que nos tenéis.* “Este, más bien que Pilatos, os condena a muerte.” Léese la injusta sentencia; Jesús la escucha, y con entera resignación la acepta, sometiéndose a la voluntad del Eterno Padre, que quiere que muera, y muera en la Cruz por nuestros pecados. *Se humilló* —dice el Apóstol— *haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz.* ¡Ah! Sí, Jesús mío; Vos, siendo inocente, aceptáis la muerte por mi amor; yo, pecador, la acepto por el vuestro, cuándo y cómo os agrade.

Leida la sentencia, los verdugos asen con furia del inocente y divino Cordero, vuelven a ponerle sus vestiduras, y después, tomando la Cruz, compuesta de dos gruesos y toscos maderos, se la presentan. No aguarda Jesús a que se la carguen, sino que, después de abrazarla y besarla con amor, por sí mismo se la pone sobre los hombros heridos, diciendo: *Ven, oh Cruz amada; treinta y tres años hace que te busco; en ti quiero morir por amor de mis ovejas.* ¡Ah, Jesús

mío! ¿Y qué más podías hacer para ponerme en la necesidad de amaros? Si uno de mis criados se hubiera solamente ofrecido a morir por mí, sin duda alguna se hubiera granjeado mi amor. ¿Cómo, pues, he podido vivir tantos años sin amaros, a Vos, mi único y soberano Señor, sabiendo que habéis muerto para perdonarme? Os amo, ¡oh sumo Bien mío!, y porque os amo, me arrepiento de haberos ofendido.

2.º Salen del tribunal los sentenciados a muerte y se encaminan al lugar del suplicio. Entre ellos va también el Rey del Cielo con la Cruz sobre sus hombros. *Y cargado a cuestras con la Cruz salió para el lugar llamado Calvario.* Salid también vosotros de la Gloria, ¡oh serafines!, y venid a acompañar a vuestro Señor que se dirige al monte Calvario para ser crucificado! ¡Oh qué espectáculo! ¡Un Dios va a ser crucificado por los hombres! Alma mía, mira a tu Salvador que va a morir por ti. ¡Mírale cómo camina con la cabeza inclinada, trémulas las rodillas, todo despedazado por las heridas y derramando sangre, con aquella

corona de espinas en la cabeza y con aquel pesado madero sobre sus hombros! ¡Oh Dios! Camina con tanto trabajo, que a cada paso parece va a exhalar el alma. Pregúntale: *¡Oh Cordero de Dios! ¿Adónde vais? Voy* —te responde— *a morir por ti. Cuando me veas muerto, acuérdate de mi amor y ámame.* ¡Ah, Redentor mío! ¿Cómo he podido yo vivir hasta ahora tan olvidado de vuestro amor? ¡Oh pecados míos! Vosotros habéis llenado de amargura el Corazón de mi Señor, ese Corazón que tanto me ha amado. ¡Oh Jesús mío! Me arrepiento de la injuria que os he hecho. Os agradezco la paciencia de que habéis usado conmigo, y os amo. Os amo, sí, con toda mi alma, y sólo a Vos quiero amar. Recordadme siempre el amor que me habéis tenido, para que jamás me olvide de amaros.

3.º Sube Jesús al Calvario y nos convida a seguirle. Sí, Señor mío; Vos, siendo inocente, vais delante de mí con vuestra Cruz; seguid en buena hora vuestro camino, que yo no os quiero abandonar. Dadme la cruz que queráis,

que yo la abrazo, y con ella quiero seguir hasta la muerte. Quiero morir juntamente con Vos que habéis muerto por mí. Vos me mandáis que os ame, y yo no deseo sino amaros. Vos sois, Jesús mío, y seréis siempre mi único amor; ayudadme a seros fiel. María, esperanza mía, rogad a Dios por mí.

Se termina con el salmo *Miserere*.

MEDITACIÓN PARA EL VIERNES SANTO

Oración preparatoria como el viernes primero.

Crucifixión y muerte de Jesús.

1.º Henos ya en el Calvario, convertido hoy en teatro del amor divino, en el cual un Dios muere por nosotros, anegado en un mar de dolores. Apenas llega Jesús a la cumbre del monte, le arrancan con violencia las vestiduras, que estaban pegadas a sus desolladas carnes, y le arrojan sobre la Cruz. Extiéndese el Cordero divino sobre aquel lecho de muerte, presenta las manos y los pies a sus enemigos y ofrece al Eterno Padre el gran sacrificio de su vida por la salva-

ción de los hombres. Luego le clavan y lo levantan en alto sobre la Cruz. Mira, alma mía, a tu Señor, que, traspasado por tres duros clavos, está pendiente de aquel madero, sin poder hallar postura cómoda ni descanso alguno. Ya se apoya sobre las manos, ya sobre los pies, pero dondequiera que se apoye aumentan los dolores.

¡Ah, Jesús mío! ¡cuán amarga es vuestra muerte! Yo veo escrito en esa Cruz: *Jesús Nazareno, Rey de los judíos*. Mas, fuera de esta inscripción de menosprecio, ¿qué señal me dáis de vuestra realenza? ¡Ah!, ya la veo. Ese trono de penas, esas manos enclavadas, esa cabeza tala-drada, esas carnes rasgadas, os dan bien a conocer por Rey, pero Rey de amor. Yo me acerco, pues, enternecido, a besar esos pies llagados, abrazo esa Cruz en la que, víctima de amor, quisisteis morir sacrificado por mí. ¡Ah, Jesús mío! ¿Qué sería de mí si Vos no hubierais satisfecho en mi lugar a la divina Justicia? Os doy gracias y os amo.

2.º Estando Jesús pendiente de la Cruz, no halla quien le consuele. Entre

los que le rodean, unos le blasfeman, otros le escarnecen. Los unos provocándole a que les dé una prueba de su divinidad, le dicen: *Si eres el Hijo de Dios, desciende de la Cruz*. Los otros, echándole en cara su falta de poder, dicen en tono de triunfo: *A otros ha salvado, y no puede salvarse a sí mismo*; y a todo esto no hay quien quiera consolarle, ni aun sus mismos compañeros de suplicio, uno de los cuales, por el contrario, une sus voces a las de los otros para blasfemarle: verdad es que María estaba al pie de la Cruz, asistiendo con amor a su Hijo moribundo; pero la presencia de esta Madre afligida, en vez de consolar a Jesús, aumentaba su aflicción, viendo las penas que por su amor sufría, de modo que, no hallando el Redentor consuelo acá en la tierra, levanta los ojos al Cielo para pedirlo a su Eterno Padre; mas su Padre, viéndole cargado con todos los pecados de los hombres, por los cuales le estaba dando satisfacción: "No, Hijo mío —le dice—, yo no te puedo consolar, conviene que yo también te abandone a las penas, y te deje morir sin alivio"; por

lo cual Jesús, con el Corazón lleno de amargura, exclamó: *¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?*

¡Ah, Jesús mío! ¡Cuán triste y afligido os veo! ¡Ah! Sobrada razón tenéis para estarlo, al pensar que, después de sufrir tanto para ser amado de los hombres, han de ser tan pocos los que os han de amar. ¡Oh hermosas llamas del amor! Vosotras que consumisteis la vida de un Dios, consumid en mí todos los afectos terrenos, e inflamadme en el amor de aquel Señor que por el mío quiso perder la vida en un infame madero. Y Vos, ¡oh Señor!, ¿cómo habéis podido morir por mí, previendo las injurias que después os he hecho? Vengaos ahora de mí; pero vengaos misericordiosamente. Concedme un dolor tal, que me haga estar siempre afligido por los disgustos que os he causado. Venid, azotes, espinas, clavos y Cruz, que tanto atormentáis a mi Señor; venid a herir mi corazón, recordadme siempre el amor que me ha tenido. Salvadme, Jesús mío, salvadme, dádome la gracia de amaros; en amaros a Vos está mi salvación.

3.º Estando ya próximo a expirar el divino Redentor, con voz moribunda exclamó: *Consummatum est*. Todo está cumplido. Como si dijera: *Hombres, todo está cumplido; terminada está la obra de vuestra Redención. ¡Ea, amadme!, pues ya no puedo hacer más para ser amado de vosotros*. Alma mía, mira a tu Jesús, que ya se está muriendo. Mira sus ojos oscurecidos, su cara pálida, el Corazón que palpita con lentitud, el cuerpo que ya se abandona a la muerte, y mira también esa hermosa alma, ya próxima a dejar su sacrosanto cuerpo. El cielo se oscurece, la tierra tiembla, los sepulcros se abren; señales de que ya muere el Hacedor del mundo. Mira, en fin, cómo Jesús, después de haber encomendado al Padre su alma benditísima, exhalando antes un profundo suspiro de su afligido Corazón, e inclinando luego la cabeza en señal de la ofrenda de su vida, que en aquel momento renueva por nuestra salvación, expira finalmente a violencia del dolor, y entrega su espíritu en manos de su amadísimo Padre.

Acéreate, alma mía, a esa Cruz; abrázate a los pies de tu difunto Señor, y piensa que ha muerto, por el grande amor que te ha tenido. ¡Ah, Jesús mío, a qué estado os ha reducido vuestro amor para conmigo! ¿Y quién, más que yo, ha gozado de los frutos de vuestra muerte? ¡Ah! Dadme a conocer qué exceso de amor ha sido el haber un Dios muerto por mí, para que de hoy en adelante ya no ame sino a Vos. Sí, os amo, sumo Bien mío y amante de mi alma. En vuestras manos la encomiendo. ¡Ah! Por los méritos de vuestra muerte, hacedme morir a todos los afectos terrenos, a fin de que no ame sino a Vos, que sois el ~~único~~ que merece todo mi amor. María, esperanza mía, rogad a Jesús por mí.

¡Viva Jesús, nuestro amor, y María, nuestra esperanza!

¡Oh Jesús crucificado,
Vida y amor de mi alma,
En tu corazón llagado
Encuentre el mío la calma!

Se termina con el salmo *Miserere*.



VÍA CRUCIS

Este ejercicio representa el doloroso camino de Jesucristo al Calvario cuando con la cruz auestas fué a morir por nuestros amor; por lo tanto, se ha de practicar con toda la ternura y afecto posibles y como si se estuviera realmente acompañando al Señor en tan penosos pasos.

Visitando las siguientes estaciones se ganan todas las indulgencias de Jerusalén, como si se recorriesen realmente aquellos santos lugares. Arrodillado, pues, delante del altar mayor, harás un acto de contrición y la intención de ganar estas indulgencias para ti y para las benditas almas del Purgatorio.

ACTO DE CONTRICIÓN

SEÑOR mío Jesucristo, Vos anduvisteis con tan grande amor este camino para morir por mí, y yo os he ofendido tantas veces apartándome de Vos por el

pecado; mas ahora os amo con toda mi alma, y, porque os amo, me arrepiento de todas las ofensas que os he hecho. Perdonadme, Señor, y permitidme que os acompañe en este viaje. Vais a morir por mi amor; pues yo también quiero vivir y morir por el vuestro, amado Redentor mío. Sí, Jesús mío, quiero vivir siempre y morir unido a Vos.

ESTACION PRIMERA

Jesús sentenciado a muerte.

· Adorámote, Cristo, y te bendecimos. Porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo.

(Estas palabras se repiten al principio de cada estación).

Considera cómo Jesús, después de haber sido azotado y coronado de espinas, fué injustamente sentenciado por Pilatos a morir crucificado.

(Aquí se hace una pequeña pausa para con-

siderar brevemente el misterio, y lo mismo en las demás estaciones).

Adorado Jesús mío, mis pecados fueron más bien que Pilatos los que os sentenciaron a muerte. Por los méritos de este doloroso paso os suplico me asistáis en el camino que va recorriendo mi alma hacia la eternidad. Os amo, ¡oh Jesús, amor mío!, más que a mí mismo y me arrepiento de todo corazón de haberos ofendido; no permitáis que vuelva a ofenderos; haced que os ame siempre y disponed de mí como os agrade. En todo me someto a vuestra voluntad.

(Aquí se reza un Padrenuestro, un Avemaría y un Gloria, etc.)

Amado Jesús mío,
por mí vas a la muerte;
quiero seguir tu suerte,
muriendo por tu amor;
perdón y gracia imploro,
transido de dolor.

ESTACION SEGUNDA

Jesús cargado con la Cruz.

Adorámoste, etc., como en la pág. 261.

Considera cómo Jesús, andando este camino con la Cruz a cuestas, iba pensando en ti y ofreciendo a su Padre por tu salvación la muerte que iba a padecer.

Amabilísimo Jesús mío; abrazo todas las tribulaciones que me tenéis destinadas hasta la muerte, y os ruego por los méritos de la pena que sufristeis llevando vuestra Cruz, me déis fuerza para llevar la mía con perfecta paciencia y resignación. Os amo, ¡oh Jesús, amor mío!, más que a mí mismo y me arrepiento de todo corazón de haberos ofendido; no permitáis que vuelva a ofenderos; haced que os ame siempre y disponed de mí como os agrade. Amén.

Pater... Ave... Gloria...

Amado Jesús mío, etc,

ESTACION TERCERA

**Jesús cae la primera vez debajo
de la Cruz.**

Adorámoste, etc., como en la pág. 261

Considera esta primera caída de Jesucristo debajo de la Cruz. Sus carnes estaban despedazadas por los azotes, su cabeza coronada de espinas, y había ya derramado mucha sangre, por lo cual estaba tan débil que apenas podía andar; llevaba al mismo tiempo aquel enorme peso sobre los hombros, y los soldados le empujaban, de modo que muchas veces desfalleció y cayó en este camino.

Amado Jesús mio: más que el peso de la Cruz son mis pecados los que os hacen sufrir tantas penas. Pues por los méritos de esta primera caída libradme de caer en pecado mortal. Os amo, ¡oh Jesús, amor mio!, más que a mí mismo, y

me arrepiento de todo corazón de haberos ofendido; no permitáis que vuelva a ofenderos; haced que os ame siempre y disponed de mí como os agrade. Amén.

Pater... Ave... Gloria..

Amado Jesús mío, etc.

ESTACION CUARTA

Jesús encuentra a su afligida Madre.

Adorámoste, etc., como en la pág. 261.

Considera el encuentro del Hijo con su Madre. Se miraron mutuamente Jesús y María, y sus miradas fueron otras tantas flechas que traspasaron sus amantes Corazones.

Amantísimo Jesús mío: por la pena que experimentasteis en este encuentro, concededme la gracia de ser verdadero devoto de vuestra Santísima Madre. Y Vos, mi afligida Reina, alcanzadme con

vuestra intercesión una continua y amorosa memoria de la Pasión de vuestro Hijo. Os amo, ¡oh Jesús, amor mío!, más que a mí mismo y me arrepiento de todo corazón de haberos ofendido: no permitáis que vuelva a ofenderos; haced que os ame siempre y disponed de mí como os agrade. Amén.

Pater... Ave... Gloria...

Amado Jesús mío, etc.

ESTACION QUINTA

**Jesús es ayudado por el Cirineo
a llevar la Cruz.**

Adorámoste, etc., como en la pág. 261.

Considera cómo los judíos, al ver que Jesús iba desfalleciendo cada vez más, temieron que se les muriese en el camino; y como deseaban verle morir de la muerte infame de la Cruz, obligaron a

Simón el Cirineo a que le ayudase a llevar aquel pesado madero.

☩ Dulcísimo Jesús mío: no quiero rehusar la Cruz como el Cirineo, antes bien la acepto y abrazo; acepto principalmente la muerte con todas las penas que la han de acompañar, la uno a la vuestra y os la ofrezco. Vos habéis querido morir por mi amor, yo quiero morir por el vuestro y por daros gusto; ayudadme Vos con vuestra gracia. Os amo, ¡oh Jesús, amor mío!, más que a mí mismo y me arrepiento de todo corazón de haberos ofendido; no permitáis que vuelva a ofenderos; haced que os ame siempre, y disponed de mí como os agrade. Amén.

☩ Pater... Ave... Gloria...☩

Amado Jesús mío, etc.

ESTACION SEXTA

La Verónica limpia el rostro de Jesús.

Adorámoste, etc., como en la pág. 261.

Considera cómo la devota mujer Verónica, al ver a Jesús tan fatigado y con el rostro bañado en sudor y sangre, le ofreció un lienzo, y limpiándose con él nuestro Señor, imprimió en él su santa imagen.

Amado Jesús mío: en otro tiempo vuestro rostro era hermosísimo; mas en este doloroso viaje las heridas y la sangre han cambiado en fealdad su hermosura. ¡Ah, Señor mío!, también mi alma quedó hermosa a vuestros ojos por el bautismo, mas yo la he afeado después con mis pecados. Vos solo, ¡oh Redentor mío!, podéis restituirle su pasada belleza; hacedlo por los méritos de vuestra Pasión. Os amo, ¡oh Jesús mío, amor mío, más que a mí mismo, y me arre-

piento de todo corazón de haberos ofendido!; no permitáis que vuelva a ofenderos, haced que os ame siempre, y disponed de mí como os agrade. Amén.

Pater... Ave... Gloria...

Amado Jesús mío, etc.

ESTACION SEPTIMA

Jesús cae segunda vez con la Cruz

Adorámoste, etc., como en la pág. 261

Considera la segunda caída de Jesús debajo de la Cruz, en la cual se le renueva el dolor de las heridas de su veneranda cabeza y de todo su cuerpo al afligido Señor.

¡Oh pacientísimo Jesús mío!, Vos tantas veces me habéis perdonado, y yo he vuelto a caer y a ofenderos. Ayudadme, por los méritos de esta nueva caída, a perseverar en vuestra gracia hasta la muerte. Haced que en todas las tenta-

ciones siempre y prontamente me encomiende a Vos. Os amo, ¡oh Jesús, amor mío!, más a que a mí mismo, y me arrepiento de todo corazón de haberos ofendido; no permitáis que vuelva a ofenderos; haced que os ame siempre, y disponed de mí como os agrade. Amén.

Pater... Ave... Gloria...

Amado Jesús mío, etc.

ESTACION OCTAVA

**Jesús habla a las hijas de Jerusalén
que lloran por El.**

Adorámoste, etc., como en la pág. 261.

Considera cómo algunas piadosas mujeres, viendo a Jesús en tan lastimoso estado, que iba derramando sangre por el camino, lloraban de compasión; mas Jesús les dijo: “No lloréis por mí, sino por vosotras mismas y por vuestros hijos”.

Afligido Jesús mío: lloro las ofensas que os he hecho por los castigos que me han merecido; pero mucho más por el disgusto que os he dado a Vos, que tan ardientemente me habéis amado. No es tanto el infierno como vuestro amor el que me hace llorar mis pecados. Os amo, ¡oh Jesús, amor mío!, más que a mí mismo, y me arrepiento de todo corazón de haberos ofendido; no permitáis que vuelva a ofenderos; haced que os ame siempre, y disponed de mí como os agrade. Amén.

Pater... Ave... Gloria...

Amado Jesús mío, etc.

ESTACION NOVENA

Jesús cae por tercera vez con la Cruz.

Adorámoste, etc., como en la pág. 261.

Considera la tercera caída de Jesucristo. Extremada era su debilidad y exce-

siva la crueldad de los verdugos, que querían hacerle apresurar el paso, cuando apenas le quedaba aliento para moverse.

Atormentado Jesús mío: por los méritos de la debilidad que quisisteis padecer en vuestro camino al Calvario, dadme la fortaleza necesaria para vencer los respetos humanos y todos mis desordenados y perversos apetitos, que me han hecho despreciar vuestra amistad. Os amo, ¡oh Jesús, amor mío!, más que a mí mismo, y me arrepiento de todo corazón de haberos ofendido; no permitáis que vuelva a ofenderos; haced que os ame siempre, y disponed de mí como os agrade. Amén.

Pater... Ave... Gloria....

Amado Jesús mío, etc.

ESTACION DECIMA

Jesús despojado de sus vestiduras.

Adorámoste, etc., como en la pág. 261.

Considera cómo al ser despojado Jesús de sus vestiduras por los verdugos, estando la túnica interior pegada a las carnes, desolladas por los azotes, le arrancaron también con ella la piel de su sagrado cuerpo. ¡Compadece a tu Señor y dile:

Inocente Jesús mío: por los méritos del dolor que entonces sufristeis, ayúdame a desnudarme de todos los afectos a las cosas terrenas, para que pueda yo poner todo mi amor en Vos, que tan digno sois de ser amado. Os amo, ¡oh Jesús, amor mío!, más que a mí mismo y me arrepiento de todo corazón de haberos ofendido; no permitáis que vuelva a ofenderos; haced que os ame siem-

pre y disponed de mí como os agrade.
Amén.

Pater... Ave... Gloria...

Amado Jesús mío, etc.

ESTACION UNDECIMA

**Jesús clavado en la Cruz y levantado
en alto.**

Adorámoste, etc., como en la pág. 261.

Considera cómo Jesús, tendido sobre la Cruz, alarga sus pies y manos y ofrece al Eterno Padre el sacrificio de su vida por nuestra salvación; le enclavan aquellos bárbaros verdugos y después levantan la Cruz en alto, dejándole morir de dolor sobre aquel patíbulo infame.

¡Oh despreciado Jesús mío! Clavad mi corazón a vuestros pies para que quede siempre ahí amándoos y no os deje más. Os amo, ¡oh Jesús, amor mío!, más que

a mí mismo y me arrepiento de todo corazón de haberos ofendido; no permitáis que vuelva a ofenderos; haced que os ame siempre y disponed de mí como os agrade. Amén.

Pater... Ave.. Gloria...

Amado Jesús mío, etc.

ESTACION DUODECIMA.

Jesús muere en la Cruz.

Adorámoste, etc., como en la pág. 261.

Considera cómo Jesús, después de tres horas de agonía, consumido de dolores y exhausto de fuerzas su cuerpo, inclina la cabeza y expira en la Cruz.

¡Oh difunto Jesús mío! Beso enternecido esa Cruz en que por mí habéis muerto. Yo por mis pecados tenía merecida una mala muerte, mas la vuestra es mi esperanza. ¡Ea, pues, Señor!, por los méritos de vuestra santísima muerte concededme la gracia de morir abrazado

a vuestros pies y consumido por vuestro amor. En vuestras manos encomiendo mi alma. Os amo, ¡oh Jesús, amor mío!, más que a mí mismo y me arrepiento de todo corazón de haberos ofendido; no permitáis que vuelva a ofenderos, haced que os ame siempre y disponed de mí como os agrade. Amén.

Pater... Ave... Gloria...

Amado Jesús mío, etc.

ORACION DECIMATERCERA

Descendimiento de Jesús.

adorámoste, etc., como en la pág. 261.

Considera cómo, habiendo ya expirado el Señor, le bajaron de la Cruz dos de sus discípulos, José y Nicodemus, y le depositaron en los brazos de su afligida Madre María, que le recibió con ternura y le estrechó contra su pecho, tras pasado de dolor.

¡Oh Madre afligida! Por el amor de este Hijo admitidme por vuestro siervo y rogadle por mí. Y Vos, Redentor mío, ya que habéis querido morir por mí, recibidme en el número de los que os aman más de veras, pues yo no quiero amar nada fuera de Vos. Os amo, ¡oh Jesús, amor mío!, más que a mí mismo y me arrepiento de todo corazón de haberos ofendido; no permitáis que vuelva a ofenderos; haced que os ame siempre y disponed de mí como os agrade. Amén.

Pater... Ave... Gloria...

Amado Jesús mío, etc.

ESTACION DECIMACUARTA

Jesús colocado en el sepulcro.

Adorámoste, etc., como en la pág. 261.

Considera cómo los discípulos llevaron a enterrar a Jesús, acompañándole también su Santísima Madre, que lo depositó en el sepulcro con sus propias

manos. Después cerraron las puertas del sepulcro y se retiraron.

¡Oh Jesús mío sepultado! Beso esa losa que os encierra. Vos resucitasteis después de tres días; por vuestra resurrección os suplico me hagáis resucitar glorioso en el día del juicio final para estar eternamente con Vos en la gloria, amándoos y bendiciéndoos por toda la eternidad. Os amo, ¡oh Jesús, amor mío!, más que a mí mismo y me arrepiento de todo corazón de haberos ofendido; no permitáis que vuelva a ofenderos; haced que os ame siempre y disponed de mí como os agrade. Amén.

Pater... Ave... Gloria...

Amado Jesús mío, etc.

Después, volviendo al altar mayor, se rezan cinco Padrenuestros, Avemarías y Gloria Patris en honor de las cinco llagas de Jesucristo y otro Padrenuestro, etc., por el Sumo Pontífice, para poder ganar todas las otras indulgencias concedidas a esta devoción.



Devoción a Jesús Sacramentado

Visita al Santísimo Sacramento
y a María Santísima.

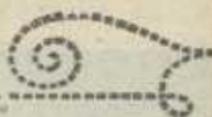
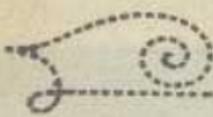
VISITAR a Jesús en el Santísimo Sacramento es, entre todas las devociones, la principal, después de la Misa y de la Sagrada Comunión, la más agradable a Dios y la más útil para nosotros. No dejes, pues, alma devota, de pasar de hoy en adelante, por lo menos un cuarto de hora cada día, en la iglesia delante de Jesús Sacramentado, y verás por experiencia cuán grandes bienes halla tu alma en esta devoción. El tiempo que gastares en presencia de este divinísimo Sacramento será el más provechoso para ti en la vida y el que más te consolará en

la hora de la muerte y por toda la eternidad.

Por lo que se refiere a la visita a María Santísima, es célebre y comúnmente admitida la sentencia de San Bernardo, que dice *que Dios no dispensa gracia alguna sino por manos de María*. La misma Santa Iglesia aplica a esta soberana Reina aquellas palabras de los Proverbios: *Bienaventurados los que velan continuamente a las puertas de mi casa* (es decir, a las puertas de mi poderosa intercesión), *porque quien me hallare, hallará la vida y alcanzará del Señor la salvación*. Por tanto, procura unir cada día a la visita del Santísimo Sacramento la visita a María Santísima en la iglesia o a lo menos en casa delante de una devota imagen suya. Si practicares esta devoción con afecto y confianza, puedes esperar grandes favores de esta agradecidísima Señora, la cual, como dice San Andrés Cretense, *acostumbra a dispensar grandes favores por el más pequeño obsequio*.







VISITAS

AL

Santísimo Sacramento y María Santísima

PARA CADA DÍA DE LA SEMANA

ORACION

que deberá rezarse todos los días al principio de cada visita al Santísimo Sacramento.

S EÑOR mío Jesucristo, que por el amor que tenéis a los hombres estáis noche y día en este Sacramento, todo lleno de piedad y de amor, esperando, llamando y recibiendo a todos los que vienen a visitaros; yo creo que estáis presente en el Santísimo Sacramento del altar; os adoro desde el abismo de mi nada y os doy gracias por todas las mercedes que me ha-

béis hecho, especialmente por haberme dado en este Sacramento vuestro cuerpo, vuestra sangre, vuestra alma y vuestra divinidad; por haberme dado como abogada a vuestra Santísima Madre, la Virgen María, y por haberme llamado a visitaros en este lugar santo. Adoro vuestro amantísimo Corazón, y deseo adorarle por tres fines: el primero, en agradecimiento de esta tan preciosa dádiva; el segundo, para desagraviaros de todas las injurias que habéis recibido de vuestros enemigos en este Sacramento; y el tercero, porque deseo en esta visita adoraros en todos los lugares de la tierra, donde estáis sacramentado con menos culto y más abandono. ¡Jesús mío!, os amo con todo mi corazón, pésame de haber tantas veces ofendido en lo pasado a vuestra infinita bondad; propongo, ayudado de vuestra gracia, enmendarme en lo venidero: y ahora, miserable como

soy, me consagro todo a Vos; os doy y entrego toda mi voluntad, mis afectos, mis deseos y todo cuanto me pertenece. De hoy en adelante haced, Señor, de mí y de mis cosas todo lo que os agrade. Lo que yo quiero y os pido es vuestro santo amor, la perfecta obediencia a vuestra santísima voluntad y la perseverancia final. Os encomiendo las almas del Purgatorio, especialmente las más devotas del Santísimo Sacramento y de María Santísima, y os ruego también por todos los pobres pecadores. En fin, amado Salvador mío, uno todos mis afectos y deseos con los de vuestro amorosísimo Corazón, y así unidos los ofrezco a vuestro Eterno Padre y le pido en vuestro nombre que por vuestro amor los acepte y los mire benignamente. Amén.

DOMINGO

Visita al Santísimo Sacramento.

HE aquí la fuente de todo bien, Jesús en el Santísimo Sacramento, el cual nos dice: *Quien tenga sed venga a mí.* ¡Oh, cuán abundante raudal de gracias han sacado siempre los Santos de esta fuente del Santísimo Sacramento, en el cual, como predijo el Profeta, dispensa Jesús todos los méritos de su Pasión! *Sacaréis agua de las fuentes del Salvador...* La Condesa de Feria, aquella ilustre discípula del Padre Maestro Avila, que se hizo religiosa de Santa Clara, y a causa de sus frecuentes y largas visitas a Jesús Sacramentado, se le dió el nombre de esposa del Santísimo Sacramento: preguntada qué hacía en tantas horas como pasaba delante del Misterio adorable de nuestros altares, respondió:

De buena gana estaría yo allí por toda la eternidad. Pues qué, ¿no está allí la esencia misma de Dios, que será eternamente el regalado sustento de los escogidos? ¡Buen Dios! Preguntan. ¿qué se hace en la presencia de Jesús Sacramentado? Mas yo digo: y, ¿qué clase de bien deja de hacerse? Se ama, se alaba, se agradece, se piden gracias. ¿Qué hace un pobre en presencia de un rico? ¿Qué un enfermo delante de un médico? ¿Qué un sediento a la vista de una fuente cristalina? ¿Qué un hambriento, en fin, ante un espléndido banquete?"

¡Oh Jesús mío, amabilísimo, dulcísimo y amantísimo, vida, esperanza, tesoro y único amor de mi alma! ¡Ah! ¡Y cuánto os costó quedaros con nosotros en este Sacramento! Como que debisteis morir para poder después quedaros sacramentado en nuestros altares. Y después, ¡cuántas injurias no habéis tenido que

tolerar en este Misterio adórfable para poder prestarnos auxilio con vuestra presencia! Mas todo lo ha superado vuestro amor y el deseo que tenéis de ser amado de nosotros.

Venid, pues, Señor, venid y entrad dentro de mi corazón, y cerrad después la puerta de sus afectos de un modo que nunca vuelva a abrirse para dar entrada en él a ninguna criatura que quiera tomar parte en el amor que os es debido, y que yo consagro enteramente a Vos. Reinad en mí Vos sólo con absoluto imperio, ¡oh Redentor mío!; tomad posesión ilimitada de todo mi ser; y si alguna vez no os obedezco cumplidamente, castigadme con rigor, para que en adelante sea más diligente y fiel en complaceros como Vos queréis. Haced que mi único deseo, mi único deleite sea daros gusto, visitaros con frecuencia en vuestros altares, conversar con Vos y recibirlos en

la Santa Comunión. Busquen los demás enhorabuena otra clase de bienes, que, en cuanto a mí, yo no quiero ni deseo otro bien que el tesoro de vuestro amor. Este es el único que os quiero pedir al pie de los altares. Haced que aun de mí me olvide para acordarme únicamente de vuestra bondad. Serafines del Cielo, no os envidio vuestra gloria, sino el amor que tenéis a vuestro Dios y Dios mío. Enseñadme, pues, lo que he de hacer para amarle y darle gusto.

JACULATORIA: ¡Oh Jesús mío! Sólo a Vos quiero amar, sólo a Vos quiero agradar.

Comunión espiritual.

¡Oh Jesús mío! *Creo* que estáis en el Santísimo Sacramento; os *amo* sobre todas las cosas y *deseo* recibirlos en mi alma. Ya que ahora no pueda hacerlo sacramentalmente, venid a lo menos es-

piritualmente a mi corazón. Como si ya hubieseis venido, os abrazo y me uno todo a Vos; no permitáis que jamás vuelva a abandonaros.

Visita a María Santísima.

Otra fuente para nosotros muy preciosa es nuestra Madre María, tan ríca de virtudes y gracias —dice San Bernardo— que no hay un alma en el mundo que no participe de su abundancia. A la verdad, si Dios llenó de gracia a María Santísima, como se lo reveló el Angel diciéndole: *Dios te salve, llena eres de gracia*, no fué sólo para Ella, sino también para nosotros, a fin de que, como dice San Pedro Crisólogo, de aquel tesoro de gracias hiciera participantes a todos sus devotos.

JACULATORIA: Causa de nuestra alegría, rogad por nosotros.

ORACION A MARIA SANTISIMA

que se ha de repetir cada día
al fin de la visita para alcanzar
su poderoso patrocinio.

INMACULADA Virgen y Madre mía, Ma-
ría Santísima! A Vos, que sois la
Madre de mi Señor, la Reina del mundo,
la Abogada, la Esperanza y el Refugio de
los pecadores, recurro en este día yo,
que soy el más miserable de todos.
Os adoro, ¡oh gran Reina!, y os agradezco
todas las gracias que hasta ahora
me habéis hecho, especialmente la de
haberme librado del infierno, que tantas
veces he merecido. Os amo, Señora
amabilísima, y por el amor que os tengo
os prometo servir siempre y hacer
todo lo posible para que de los demás
seáis también amada. Yo os confío todas
mis esperanzas y mi eterna salvación.
¡Oh Madre de misericordia!, aceptadme

por vuestro siervo y acogedme bajo vuestro manto. Y ya que sois tan poderosa para con Dios, libradme de todas las tentaciones, o alcanzadme fuerza para vencerlas hasta la muerte. Os pido el verdadero amor a Jesucristo; de Vos espero la gracia de una buena muerte. ¡Oh Madre mía!; por el amor que tenéis a Dios os ruego que siempre me ayudéis, pero mucho más en el último instante de mi vida. No me desamparéis mientras no me veáis salvo en el Cielo, bendiciéndoos y cantando vuestras misericordias por toda la eternidad. Amén. Así lo espero. Así sea.

ADVERTENCIA.—Es práctica de muchas almas piadosas hacer a continuación una visita a San José. Pueden rezarse, a este fin, algunas de las oraciones que se hallan en este Devocionario en honor del Santo Patriarca, o bien rezar, como acostumbran hacerlo muchas personas, un *Padrenuestro*, *Avemaría* y *Gloria Patri* a San José, pidiendo la gracia de una buena y santa muerte. Esta última devoción es muy recomendable.

LUNES

Visita al Santísimo Sacramento.

Señor mio Jesucristo, etc., pág. 282.

Es tanto el gusto que los hombres del mundo hallan en el trato de sus amigos, que pierden días enteros en conversar con ellos. El que no ama a Jesús Sacramentado, se fastidia de estar con El. Los Santos, por el contrario, han hallado la gloria delante del Santísimo Sacramento. Santa Teresa, apareciéndose después de su muerte a una religiosa, le dijo: *Los de acá del cielo y los de allá de la tierra hemos de ser unos en el amor y pureza: los de acá, viendo la esencia divina; y los de allá, adorando al Santísimo Sacramento, con el cual habéis de hacer vosotros lo que nosotros con la esencia divina: nosotros gozando y vosotros padeciendo, que en esto nos diferenciamos.*

He aquí, pues, nuestro paraíso en la tierra: el Santísimo Sacramento.

¡Oh Cordero immaculado y sacrificado por nosotros en la Cruz! Acordaos que yo soy una de aquellas almas que redimisteis con tantos dolores y con vuestra muerte; y ya que os habéis dado y os dais a mí todos los días, sacrificándoos por mi amor en los altares, haced que yo os posea siempre, que no os pierda jamás, y haced también que sea todo vuestro. Yo me doy todo a Vos, para que hagáis de mí lo que fuere de vuestro agrado. Os doy mi voluntad, aprisionadla con los dulces lazos de vuestro amor, para que sea eternamente esclava de vuestra santísima voluntad. Ya no quiero vivir para satisfacer mis deseos, sino para contentar a vuestra divina bondad. Destruid en mí todo lo que os desagrada, y concededme la gracia de no tener otro pensamiento que el de com-

placeros, ni otro deseo sino el de aquellas cosas que Vos deseáis. Os amo con todo mi corazón, ¡oh amantísimo Salvador mío!; os amo porque deseáis que os ame; os amo, en fin, porque sois infinitamente digno de mi amor. Siento no amaros cuanto merecéis. Quisiera, ¡oh Señor mío!, morir por amor vuestro; aceptad este mi deseo y dadme vuestro amor. Amén. Así sea.

JACULATORIA.—¡Oh voluntad de mi Dios!, yo me consagro todo a Vos.

Comunión espiritual, pág. 282.

Visita a María Santísima.

Yo soy —dice María— la Madre del amor hermoso; es decir, del amor que hermosea las almas. Santa María Magdalena de Pazzis vió a María Santísima que iba repartiendo un licor dulcísimo, que no era otra cosa que el amor divino.

Don es este que, en efecto, sólo se dispensa por medio de María; pidámoslo, pues, a María.

JACULATORIA.—Madre mía, esperanza mía, hacedme todo de Jesús.

Inmaculada Virgen, etc., pág. 290.

MARTES

Visita al Santísimo Sacramento.

Señor mio Jesucristo, etc., pág. 282.

DICE Jesucristo que nuestro corazón estará donde esté nuestro tesoro. Por esto los santos, que no estiman ni codician otro tesoro que a Jesucristo, tienen su corazón y todo su amor en el Santísimo Sacramento. Amabilísimo Jesús mío Sacramentado, que por el amor que me tenéis estáis encerrado noche y día en este sagrario: atraed, os ruego, todo mi corazón a Vos, de tal modo que no pien-

se sino en Vos, ni quiera, ni busque ni espere otro bien que poseeros. Hacedlo por los méritos de vuestra Pasión, en cuyo nombre os lo pido y lo espero. ¡Ah Salvador mío Sacramentado y amante divino de mi alma! ¡cuán amables son las delicadas invenciones de vuestro amor para lograr que las almas os amen! ¡Oh Verbo Eterno! Haciéndoos hombre, no os habéis contentado con morir por nosotros, sino que nos habéis dado además este Sacramento por compañía, por alimento y por prenda de la Gloria. Os habéis dignado aparecer entre los hombres, ya como niño en un establo, ya como pobre en un taller, ya como reo en una Cruz, ya, en fin, como pan en la mesa del altar. Decidme: ¿qué otros medios podríais inventar para haceros amar? ¡Oh amabilidad infinita! ¿cuándo llegará el tiempo en que yo comience a corresponder de veras a tantas finezas de

amor? Señor, yo no quiero vivir sino para amaros a Vos solo. ¿De qué me sirve la vida, ¡oh amado Redentor mío!, si no la empleo toda en amaros y complaceros a Vos, que habéis empleado toda vuestra vida en hacerme bien? Y ¿qué bien hay digno de amor sino Vos, que sois todo hermoso, todo benigno, todo bondad y amor y tan amable? Viva mi alma tan sólo para amaros, enardézcase en amor con sólo recordar vuestro amor; y al oír nombrar el Pesebre, la Cruz, el Sacramento, inflámese toda en deseos de hacer cosas grandes por Vos, ¡oh Jesús mío!, que tanto habéis hecho y tan grandes dolores habéis sufrido por mí.

JACULATORIA.—Concededme ¡oh Señor mío! que antes de morir haga yo por Vos muchas buenas obras.

Comunión espiritual, pág. 282.

Visita a María Santísima.

Yo soy —dice María— la hermosa oliva que siempre produce aceite de misericordia, y estoy en los campos de la Iglesia Católica, para que todos me vean y recurran a mí. Digámosle, pues, con San Agustín: “Acordaos, piadosísima Virgen María, que jamás se ha oído decir que haya sido de Vos abandonado ninguno de cuantos se han acogido a vuestro amparo”. Que no sea yo, pues, ¡oh dulcísima Reina!, el primero que, recurriendo a Vos, tenga la inmensa desventura de ser desamparado.

JACULATORIA.—¡Oh María, alcanzadme la gracia de recurrir siempre a Vos.

Inmaculada Virgen, etc., pág. 290.

MIERCOLES.**Visita al Santísimo Sacramento.**

Señor mío Jesucristo, etc., pág. 282.

QH insensatos mundanos! —dice San Agustín—; desgraciados, ¿adónde vais para satisfacer los deseos de vuestro corazón? Venid a Jesús, pues sólo El puede daros el contento que buscáis”. Alma mía, no seas tú tan insensata; busca únicamente a Dios, que es un Bien en el cual están todos los bienes; y si lo quieres hallar pronto, mírale aquí cerca en el Santísimo Sacramento, manifiéstale tus deseos, pues está en el copón con el fin de oírte y consolarte. No todos —dice Santa Teresa— pueden hablar al rey; lo más que algunos sueñen conseguir es hablarle por medio de otra persona; mas para hablar con Vos ¡oh Rey de la gloria! no se necesitan medianeros; todos

os hallan siempre dispuesto a recibirles y oírles en el Santísimo Sacramento del altar. Todo el que os desea, siempre os halla aquí y os habla familiarmente. Si algunos logran hablar con los reyes de la tierra, no es sino a duras penas, pues los reyes no dan audiencia sino raras veces en el año; mas Vos en este Sacramento, si nosotros lo queremos, siempre nos dais audiencia a todos, lo mismo de noche que de día.

¡Oh Sacramento de amor, que ya sea dándoos en la Santa Comunión, o ya permaneciendo en los altares, sabéis atraer a Vos con los suaves encantos de vuestro amor tantos corazones que, enamorados de vuestra dulzura y fuera de sí, en vista de tanta bondad, arden en la llama feliz de vuestro amor, sin olvidaros jamás! Atraed también a Vos mi miserable corazón, que desea amaros y ser esclavo de vuestro amor divino. Por lo que

hace a mí, yo entrego de un modo irrevocable en manos de vuestra bondad todos mis intereses, todas mis esperanzas y todos mis afectos; mi alma, mi cuerpo y todo mi ser. Aceptadme, Señor, y disponed de mí como os agrade. No, no quiero, ¡oh amor mío!, volver a quejarme de vuestras santas disposiciones, pues bien comprendo que, siendo todas ellas dictadas por vuestro amoroso Corazón, no pueden menos de ser amorosas y para mi mayor bien. Me basta saber que en ellas está vuestra voluntad, para que yo las acepte todas durante mi vida y por toda la eternidad. Haced conmigo y de mí cuanto queráis, pues yo me conformo enteramente a vuestra voluntad, que es toda santa, toda buena, toda hermosa, toda perfecta, toda amable. ¡Oh voluntad de mi Dios, cuán digna de amor me parecéis! Quiero vivir siempre y morir estrechamente unido a Vos; vuestro gus-

to es y será mi gusto; vuestros deseos quiero que sean mis únicos deseos. Dios mío, Dios mío, ayudadme; haced que de hoy en adelante viva yo sólo para Vos; sólo para querer lo que queráis; sólo para amar vuestra amable voluntad. Mue-
ra yo por vuestro amor, ya que Vos habéis muerto por mí y os habéis hecho el alimento de mi alma. Maldigo aquellos días infelices en que hice mi propia voluntad, causándoos tan graves disgustos. ¡Oh voluntad de mi Dios! Os amo cuanto amo a Dios, pues Vos sois el mismo Dios. Os amo, pues, con todo mi corazón; a Vos me entrego sin reserva

JACULATORIA.—¡Oh voluntad de mi Dios! Vos sois mi único amor.

Comunión espiritual, pág. 282.

Visita a María Santísima.

Dice la excelsa Reina: *En mi mano están las riquezas, a fin de enriquecer a*

los que me aman. Amemos, pues, a María si queremos ser ricos en gracias. Un devoto escritor la llama *Tesorera de las gracias*. ¡Feliz el que con amor y confianza acude a María! Madre mía, esperanza mía, Vos podéis hacerme santo; de Vos espero esta gracia.

JACULATORIA.—¡Oh Madre amable!, rogad por mí.

Inmaculada Virgen, etc., pág. 290.

JUEVES

Visita al Santísimo Sacramento.

Señor mío Jesucristo, etc., pág. 282.

ALABA San Pablo la obediencia de Jesucristo, diciendo que obedeció a su Eterno Padre hasta la muerte; mas en este Sacramento su obediencia ha ido más lejos, pues no contento con sujetarse en el al Eterno Padre obedece también al

hombre, y no solo hasta la muerte, sino por todo el tiempo que el mundo ha de durar. Siendo El Rey de la gloria, desciende de su trono altísimo por obediencia al hombre; y sobre los altares no parece que mora de continuo sino para someterse a las voluntades de los hombres sin resistencia alguna. Ahí se está sin moverse por Sí mismo, permite que le pongan donde quieran o expuesto en la custodia, o encerrado en el sagrario; deja que le lleven por donde bien les pareciere, por las calles o a las casas; en fin, consiente que le den a quien lo quiera recibir en la Santa Comunión, sea justo o pecador.

Mientras vivió en el mundo —dice San Lucas —obedeció a María Santísima y a San José; mas en este Sacramento obedece sin resistencia a tantas criaturas cuantos son los sacerdotes que hay en toda la tierra.

¡Oh Corazón amantísimo de mi Jesús, del cual salieron todos los Sacramentos, y principalmente este Sacramento de amor!, permitidme hoy hablaros una palabra. Quisiera glorificaros y ensalzaros todo cuanto Vos glorificáis y ensalzáis a vuestro Eterno Padre en ese Sacramento. Bien sé que ahí en el altar me estáis amando con aquel mismo amor que me tuvisteis cuando disteis vuestra vida divina en la Cruz en medio de tantas amarguras. Ilustrad ¡oh Corazón divino! a los que no os conocen, a fin de que os conozcan. Libertad de las penas del Purgatorio con vuestros méritos a aquellas almas afligidas que son ya vuestras esposas eternas, o a lo menos aliviad sus males. Yo os adoro, os doy gracias y os amo con todas las almas que actualmente os están amando en la tierra y en el cielo. ¡Oh Corazón purísimo!, purificad mi corazón del afecto desordenado a las

criaturas, y llenadlo de vuestro santo amor. ¡Oh Corazón dulcísimo!, poseed todo mi corazón, de tal suerte que de hoy en adelante sea todo vuestro y pueda decir siempre con San Pablo: *Ninguna criatura podrá jamás separarme del amor de Dios, que se funda en Jesucristo Nuestro Señor* (Rom., 8, 39). ¡Oh Corazón santísimo!, imprimid en mi corazón aquellas tan amargas fatigas que por espacio de tantos años soportasteis en la tierra por mí con tanto amor, a fin de que en vista de ellas anhele de hoy en adelante, o a lo menos sufra por vuestro amor con paciencia todas las penas de esta vida. Corazón humildísimo de Jesús, haced que yo participe de vuestra humildad. Corazón mansísimo, comunicadme vuestra dulzura. Quitad de mi corazón todo lo que os desagrade; convertidlo todo a Vos, para que no quiera ni desee sino lo que Vos queréis. En una palabra: haced

que yo viva sólo para obedeceros, sólo para amaros, sólo para daros gusto. Conozco que es mucho lo que os debo; que me tenéis sumamente obligado; aunque yo me sacrifique y deshaga todo por Vos, será bien poca cosa para tanto como habéis hecho por mí.

JACULATORIA.—¡Oh Corazón de Jesús!, Vos sois el único dueño de mi corazón.

Comunión espiritual, pág. 282.

Visita a María Santísima.

Dice San Bernardo que María es aquella celestial Arca en la cual ciertamente nos libraremos del naufragio de la eterna condenación, si con tiempo nos refugiarnos en ella. El arca en que Noé se salvó del universal naufragio de la tierra en el diluvio, fué figura de María. Pero dice Esiquio que María es un Arca más

capaz, más segura y más compasiva. Los hombres y animales que aquélla recibió y salvó fueron pocos; mas nuestra Arca salvadora recibe a todos los que se acogen bajo el manto de su protección y los salva con toda seguridad. ¡Pobres de nosotros si nouviésemos a María! Mas, ¡oh Reina mía!, ¿cómo es que, sin embargo, son tantos los que se pierden? ¡Ah!, es porque no recurren a Vos. ¿Quién se perdería jamás, si implorara vuestro auxilio?

JACULATORIA: ¡Oh Santísima Virgen María! Haced que todos recurramos siempre a Vos.

Inmaculada Virgen, etc., pag. 290.

VIERNES

Visita al Santísimo Sacramento.

Señor mío Jesucristo, etc., pág. 282.

ALEGRAOS *con regocijo, y alabad al Señor, moradores de Sión, porque en medio de vosotros está el Grande, el Santo de Israel. ¡Oh Dios, y qué gozo tan grande deberíamos experimentar todos los hombres, qué esperanzas tan consoladoras y qué afectos tan amorosos deberían animar nuestro corazón, sabiendo que en nuestra patria, dentro de nuestros templos, vecino a nuestras casas, habita y vive en el Santísimo Sacramento del Altar el Santo de los santos, el verdadero Dios, Aquél cuya presencia hace bienaventurados a los santos en el cielo, Aquél que es el Amor mismo! Este Sacramento —dice San Bernardo— no sólo es Sacramento de amor, sino el mismo*

Amor, es decir, el mismo Dios, que por el inmenso amor que tiene a sus criaturas, se llama y es el Amor: *Deus charitas est*. Mas yo digo, ¡oh Jesús Sacratado!, que os lamentáis de que, *habiendo venido a la tierra a ser nuestro Huésped, para hacernos bien, nosotros no hemos querido recibirlos*. Tenéis razón, Señor, tenéis razón; yo mismo soy uno de estos ingratos, que no he querido haceros compañía, y ni siquiera he venido a visitaros. Castigadme por ello como queráis; sólo os ruego que no me impongáis la pena que merecía, de no venir más a vuestra presencia; no me déis este castigo, porque estoy resuelto a enmendar la desatención y descortesía con que os he tratado, y a venir con frecuencia de hoy en adelante, no sólo a visitaros, sino también a conversar con Vos tan largamente como me sea posible. ¡Oh piadosísimo Salvador!, haced que sea fiel a esta promesa,

y que con mi ejemplo estimule a los demás a hacerme compañía en el Santísimo Sacramento. El Eterno Padre, hablando de Vos, ha dicho: *Este es mi querido Hijo, en quien tengo todas mis complacencias*. Pues si todo un Dios halla en Vos todas sus complacencias, ¿cómo yo, miserable gusano, no las hallaría en estar a vuestro lado en este valle de lágrimas? ¡Oh fuego devorador!, destruid todos mis afectos a las cosas criadas, porque sólo ellas pueden hacerme infiel y alejarme de Vos. Si Vos queréis, podéis purificarme; y, pues que habéis hecho tanto por mí, concededme también esta gracia; desterrad de mi corazón todo amor que no me encamine a Vos. Mirad que en este momento me doy a Vos sin reserva y consagro toda la vida que me queda al amor de este Sacramento. Vos, ¡oh Jesús mío sacramentado!, habéis de ser mi consuelo y mi amor durante mi

vida, y en la hora de mi muerte, cuando vengáis a servirme de viático y guía en el camino a vuestro felicísimo reino. Amén, amén; así lo espero, así sea.

JACULATORIA: ¿Cuándo, ¡oh Jesús mio!, llegaré a contemplar vuestro hermoso rostro?

Comunión espiritual, pág. 282.

Visita a María Santísima.

En Vos, ¡oh Santísima Madre nuestra!, hallamos el remedio de todos nuestros males; en Vos el sostén de nuestra flaqueza; en Vos la puerta para salir de la esclavitud del pecado; en Vos tenemos asegurada la paz del alma y el alivio de nuestras miserias; en Vos, finalmente, hallamos la divina gracia y a Dios mismo, pues San Buenaventura os llama *Troño de gracia*; y otro devoto vuestro, *Feliz puente*, por el cual Dios pasa

a habitar con su divina gracia en nuestras almas.

JACULATORIA: ¡Oh María! Vos sois mi fortaleza, mi libertadora, mi paz y la salud de mi alma.

Inmaculada Virgen, etc., pág. 290.

SABADO

Visita al Santísimo Sacramento.

Señor mío Jesucristo, etc., pág. 282.

BELLO sobremanera fué, sin duda, el espectáculo que nuestro dulce Redentor ofreció un día, cuando, cansado del largo camino que había hecho, se sentó sobre el brocal de un pozo y estuvo allí esperando, todo lleno de dulzura y amor, a que viniera la Samaritana, para convertirla y salvarla. Mas así precisamente parece que, bajando ahora del cielo este mismo Redentor sobre nuestros altares, como sobre otras tantas fuentes de gra-

cias, permanece noche y día lleno de afección entre nosotros, esperando e invitando a nuestras almas a que le hagan compañía, a lo menos por algún tiempo, a fin de atraerlas de este modo a su perfecto amor. Desde los altares en que Jesús está sacramentado, parece, en efecto, que nos habla y dice a todos: ¡Oh pobres pecadores! ¿Por qué os alejáis de mi presencia? ¿Por qué no venís y os acercáis a Mí, que os amo tanto y por vuestro bien estoy aquí tan humillado? ¿Qué teméis? No vengo yo ahora a la tierra para condenar al pecador; antes bien me oculto en este Sacramento de amor con el único fin de hacer bien y salvar a todos los que a mí recurran.

Entended, pues, almas fieles, que así como en el cielo Jesucristo está siempre rogando por nosotros, así también en el Santísimo Sacramento del Altar está continuamente, lo mismo de noche que

de día, haciendo el piadoso oficio de abogado nuestro, ofreciéndose al Eterno Padre como víctima de propiciación, para alcanzarnos de su infinita bondad misericordias y gracias sin cuento. Por esto decía el devoto Kempis que debemos llegarnos a hablar con Jesús sacramentado sin miedo a sus castigos y sin encogimiento, con aquella confianza con que hablaríamos a un amigo querido.

Pues, ¡oh visible Señor y Rey mío!, ya que os dignáis permitírmelo, dejad que os abra con confianza mi corazón y os diga una palabra. Bien conozco, ¡oh Jesús mío, oh enamorado de las almas!, la sinrazón que os hacen los hombres. Vos los amáis y ellos no os corresponden; les hacéis bien, y os desprecian; queréis hablarles y no os escuchan; les ofrecéis vuestras gracias y no quieren recibirlas. ¡Ah, Jesús mío! Y ¿será cierto que en otro tiempo yo también me aso-

cié a estos ingratos para causaros tales disgustos? ¡Ay de mí!, es demasiada verdad; pero, Señor, ya quiero enmendarme y compensar en los días que me queden de vida los pesares que os he causado, haciendo cuanto pueda para complaceros y daros gusto. Indicadme, ¡oh Dios mío!, lo que queréis de mí, que dispuesto estoy a ejecutarlo sin reserva; hacédmelo saber por medio de la santa obediencia, y espero cumplirlo exactamente. Os prometo, Señor, resueltamente, no omitir de hoy en adelante cosa alguna que entienda ser de vuestro mayor agrado, aunque por ello pierda todo cuanto amo en este mundo: parientes, amigos, estimación, salud y hasta la misma vida. Sí; piérdase todo antes que dejar de daros gusto ¡Feliz pérdida aquella en que todo se pierde y sacrifica para contentar vuestro adorable Corazón, ¡oh Dios de mi alma! Os

amo, ¡oh Sumo Bien!, infinitamente más amable que todos los bienes; y amándooos, uno mi pobre corazón a todos los corazones con que os aman los Serafines; lo unc al dulcísimo Corazón de María y amantísimo Corazón de Jesús. Os amo con todas mis fuerzas y quiero amaros a Vos únicamente y siempre. Si; sólo a Vos quiero amar eternamente.

JACULATORIA: ¡Dios mío, Dios mío, yo soy vuestro y Vos sois mío!

Comunión espiritual. pág. 282.

Visita a María Santísima.

Dice el Beato Amadeo que nuestra Santísima Reina y Madre María está continuamente haciendo el oficio de Abogada delante de Dios para con nosotros e interponiendo sus ruegos, que son poderosísimos, para mover su adorable Corazón, y que lo hace así porque ve nuestras miserias y muchos peligros,

y como es toda clemencia, con amor de Madre nos compadece y nos socorre ¡Oh dulce Abogada y amorosísima Madre mía! ¿Conque estáis ahora mismo mirando compasiva las miserias de mi alma y mis peligros, y estáis rogando por mí? ¡Ah! Rogad, rogad, pues, y no dejéis de rogar jamás por mí, mientras no me veáis salvo y dándoos humildes gracias en el cielo. Dice de Vos el devoto Blosio, ¡oh dulcísima María!, que después de Jesús sois la salvación cierta de vuestros siervos fieles. ¡Ah Madre mía!, esta es la gracia que os pido: concededme la dicha de ser vuestro esclavo fiel hasta la muerte, para que, en muriendo, vaya a bendeciros en la gloria, sin temor a separarme jamás de vuestros pies sagrados, mientras Dios sea Dios.

JACULATORIA: ¡Oh María, Madre mía, haced que siempre sea vuestro fiel siervo,

Inmaculada Virgen, etc., pág. 200.



MÉTODO

para visitar a Jesús Sacramentado en las Cuarenta Horas
y en día de Jueves Santo

Y GANAR LAS INDULGENCIAS CONCEDIDAS A
LOS QUE PRACTICAN TAN PIADOSO
EJERCICIO

Por la señal, etc.

ŷ. Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar.

ŕ. Sea por siempre bendito y alabado.

OFRECIMIENTO

AMOROSÍSIMO Señor, humildemente prostrado ante vuestra presencia soberana, os ofrezco esta visita, por la exaltación de nuestra fe católica, paz y con-

cordia entre los príncipes cristianos, extirpación de las herejías, conversión de los infieles, y por la salud y acierto, en el gobierno de la Iglesia, del Sumo Pontífice y de todos los Prelados. Así espero, amantísimo Señor, ganar las abundantísimas indulgencias concedidas por el Sumo Pontífice y demás Prelados de la Iglesia, a los que os visitan expuesto en el altar.

A continuación se lee la visita al Santísimo, una de las que hay en este Devocionario.

Terminado este acto, *se reza seis veces el Padrenuestro, Avemaría y Gloria, diciendo antes de cada Padrenuestro:*

Bendito y alabado, etc.

Su Santidad Clemente VII concedió las indulgencias siguientes: indulgencia plenaria al que, confesando y comulgando, visitare devotamente al Santísimo Sacramento durante la Exposición de las Cuarenta Horas; y diez años y diez cuarentenas, por cada vez

que se haga esta visita con propósito de confesarse. Pio VII, además de conceder muchas indulgencias y privilegios a los que se inscriben en la Pía unión de los adoradores del Santísimo Sacramento, que velan en las iglesias en que está expuesto por las Cuarenta Horas, o suplen los gastos que ocasionan, concedió también para siempre, por rescricpto de 12 de mayo de 1817, que dichas indulgencias sean aplicables a las almas del Purgatorio, y declaró que los altares de las iglesias en donde estuviesen las Cuarenta Horas fuesen privilegiados durante la Exposición.

Clemente XII, por decreto de la Congregación de Indulgencias de 23 de julio de 1763, concedió indulgencia plenaria para siempre a los fieles que, confesando y comulgando, visitaren devotamente al Santísimo expuesto, por tres días, en las dos semanas que preceden al Carnaval, o en los mismos tres días de Carnaval, o solamente en el jueves, llamado jueves Gordo.

En Carnaval—Los fieles que, confesando y comulgando, visiten devotamente el Santísimo Sacramento, expuesto durante estos días, y rueguen por las intenciones del Sumo Pontífice, ganan Indulgencia plenaria. (Clemente XII, 25 julio 1765.)

En las Cuarenta Horas.—Hay concedidas:
1.ª *Plenaria*, visitando al Santísimo Sacramento en la iglesia donde se celebran y orando a la intención del Papa, además de la confe-

sión y comunión. 2.^a *Diez años y diez cuarentenas* por cada visita que se haga con propósito de confesarse. (Pío IX, 26 noviembre de 1876).

En Jueves y Viernes Santo.—*Plenaria*, haciendo la visita de algún Monumento y rogando en ella por la intención del Sumo Pontífice, confesando y comulgando; la comunión debe hacerse el Jueves Santo o el día de Pascua. *Diez años y diez cuarentenas* cada vez que se visite algún Monumento, orando por el Papa y con propósito de confesarse. (Pío VII, 7 marzo de 1815).

ORACION DE DESAGRAVIO

AL

Santísimo Sacramento

SEÑOR mío Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre, que estáis escondido en el augusto Sacramento del Altar: os amo y os adoro con todo mi corazón y con aquel respeto profundísimo que la fe me inspira, en desagravio de todas las irreverencias, profanaciones y

sacrilegios que cometen tantos católicos que, ingratos a vuestros beneficios, renuevan con su conducta los tormentos y dolores acerbísimos que sufristeis en vuestra Pasión. Os amo y os adoro, pues, ¡oh Dios mío!, con todas mis fuerzas, y quisiera hacerlo con la perfección de que son capaces todas las criaturas racionales. Sí; os adoro ahora, y os adoraré siempre, no sólo por los católicos que no os adoran ni aman y que os ofenden continuamente, sino también para que se conviertan, os amen y os adoren los herejes, cismáticos, impíos, mahometanos, judíos e idólatras. ¡Oh, sí, Jesús mío!, deseo que todos crean en Vos, que os amen y que os adoren continuamente en vuestro Santísimo Sacramento. Así sea.

Ahora se rezará cinco veces el Padrenuestro, Avemaría y Gloria, en reverencia de las cinco llagas y por lo mucho que padeció Jesús durante su santísima Pasión.

Actos de adoración y desagravio al Santísimo Sacramento

*(Para las Cuarenta Horas o el
Jueves Santo).*

Os adoro profundamente, ¡oh Jesús
mío Sacramentado!, os reconozco
por verdadero Dios y verdadero hombre,
y con este acto de adoración pretendo
suplir la tibieza de tantos cristianos
que, al pasar por delante de vuestros
templos, y aun muchas veces estando de-
lante del Sagrario, donde os dignáis per-
manecer continuamente con una amoro-
sa impaciencia de comunicaros a vues-
tros fieles, ni siquiera os saludan, y con
su indiferencia muestran estar, como los
israelitas en el desierto, hastiados de es-
te maná celestial. En reparación de tan
culpable tibieza, os ofrezco la Sangre
preciosísima que derramasteis por la
Llaga de vuestro pie izquierdo, y ence-

rrado en ella en espíritu, repito una y mil veces:

Bendito y alabado sea en cada momento el santísimo y divinísimo Sacramento.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

II. Os adoro profundamente, ¡oh Jesús mío!, y os reconozco presente en el Santísimo Sacramento, y con este acto de adoración, intento suplir la ingratitude de tantos cristianos que, al veros llevar a los pobres enfermos para ser su Viático en el gran viaje de la eternidad, no os acompañan, y apenas si se dignan honraros con un acto exterior de adoración. En reparación de tanta frialdad, os ofrezco la Sangre preciosísima que derramasteis por la Llaga de vuestro pie derecho, y encerrado en ella en espíritu, repito una y mil veces:

Bendito y alabado sea en cada momento el santísimo y divinísimo Sacramento.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

III. Os adoro profundamente, ¡oh Jesús mío!, verdadero pan de vida eterna,

y con este acto de adoración, me propongo desagraviaros de tantas heridas que causa diariamente a vuestro Corazón la profanación de las iglesias donde os dignáis permanecer bajo las especies sacramentales, para ser adorado y amado de vuestros fieles. En reparación de tantas irreverencias, os ofrezco la Sangre que derramasteis por la Llaga de vuestra mano izquierda, y encerrado en ella en espíritu, repito a cada instante:

Bendito y alabado sea en cada momento el santísimo y divinísimo Sacramento.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria:

IV. Os adoro profundamente, ¡oh Jesús mío!, pan vivo bajado del cielo, y con este acto de adoración deseo reparar tantas y tantas irreverencias como cada día cometen vuestros fieles mientras asisten a la santa Misa, en la cual, por un exceso de amor, renováis, aunque sin derramar sangre, el mismo sacrificio que ofrecisteis un día en el Calvario por nuestra salvación. En reparación de tan-

ta ingratitud, os ofrezco la Sangre preciosísima que derramasteis por la Llaga de vuestra mano derecha, en la cual me encierro en espíritu, y uniendo mi voz a la de los ángeles, que forman en vuestro derredor una piadosa corona, digo con ellos:

Bendito y alabado sea en cada momento el santísimo y divinísimo Sacramento.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

V. Os adoro profundamente, ¡oh Jesús mío!, verdadera víctima de expiación por nuestros pecados, y os ofrezco este acto de adoración para desagraviaros por los sacrilegios y ultrajes que recibís de tantos cristianos ingratos, que tienen el atrevimiento de acercarse a recibirnos en la santa Comunión con pecado mortal en el alma. En reparación de tan horribles sacrilegios, os ofrezco las últimas gotas de Sangre preciosísima que derramasteis por la Llaga de vuestro Costado, en la cual humildemente encerrado os adoro, os bendigo, os amo y os repito

con todas las almas devotas del Santísimo Sacramento

Bendito y alabado sea en cada momento el santísimo y divinísimo Sacramento.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

V. Les habéis dado pan del Cielo.

R. Que encierra en sí todo deleite.

ORACIÓN

¡Oh Dios, que bajo el admirable Sacramento nos habéis dejado un recuerdo de vuestra Pasión! Concédenos, os lo suplicamos, venerar de tal modo los sagrados misterios de vuestro Cuerpo y Sangre, que sintamos continuamente en nuestras almas el fruto de vuestra redención. Que vivís y reináis por los siglos de los siglos. Así sea.

300 días de indulgencia cada vez.





Jueves Eucarísticos

Para antes de la Comunión.

AMABILÍSIMO Jesús! Ved aquí postrados ante vuestro Sagrario a vuestros socios de los Jueves Eucarísticos. Venimos a conmemorar aquella Cena que con vuestros Apóstoles celebrasteis en la noche última de vuestra vida mortal, noche benditísima, en la que hablasteis palabras de vida eterna, noche eternamente memorable, en la que derramasteis las riquezas de vuestro amor y nos disteis el don supremo de vuestro Corazón: la Sagrada Eucaristía.

¡Oh amor de nuestro amadísimo Jesús!

¡Quién pudiera deciros con toda verdad: "Os amo con todo mi corazón!" ¡Oh amor de los amores! Quisiéramos en esta mañana amaros con el amor de los Santos y de los Angeles, con el amor de la Reina de los Angeles y de los Santos, nuestra dulcísima Madre María. Abrid vuestro pecho, y enviadnos una chispa de ese fuego sagrado, que purifique nuestros corazones y los abraze en vuestro amor.

Dulce Corazón de mi amado Jesús, haced que os ame cada vez más.

(300 días de indulgencia).

Corazón de Jesús, en amor nuestro abrasado, haz que nuestro corazón sea en tu amor inflamado

(100 días de indulgencia).

Sea por siempre bendito, alabado, adorado, amado y reverenciado el Co-

razón Sacramentado de Jesús, en todos los Sagrarios del mundo, hasta la consumación de los siglos. Amén.

(100 días de indulgencia).

Para después de la Comunión.

¡Dulcísimo Jesús! Antes de separarnos, queremos, vuestros socios de los Jueves Eucarísticos, deciros con todo el afecto de nuestro corazón: "Gracias Señor, por la institución de la Sagrada Eucaristía. ¡Eternamente bendita y alabada sea aquella noche en que instituísteis el Sacramento del amor!"

Queremos que nunca se borre de nuestra memoria su dulce recuerdo, y todos los jueves queremos renovar esta suavísima conmemoración. ¡Ay, Jesús mío! ¡Qué dichosos seríamos si desde la mañana hasta la noche estuviera en Vos nuestro pensamiento, en Vos nuestra memoria, en Vos nuestro corazón!

Vuestro Corazón, ¡oh amadísimo Jesús!; he ahí el lugar de nuestro descanso, le hemos escogido y en él queremos habitar todos los días de nuestra vida.

¡Sagrario bendito, donde vive el Amor de nuestro amor!, a Ti volarán los encendidos afectos de nuestro corazón. Desde el retiro de nuestra casas se volverán hacia Ti nuestras miradas y con ellas enviaremos fervientes actos de amor que lleguen hasta el Corazón de nuestro Amado.

Del olvido e ingratitud de los hombres os consolaremos, Señor.

Del abandono en que os dejan en el Santísimo Sacramento...

De las blasfemias que se profieren contra Vos...

De los sacrilegios con que se ultraja vuestro Sacramento de amor...

De las irreverencias cometidas en vuestra presencia...

De la frialdad en que viven la mayor parte de vuestros hijos...

Del desdén con que oyen vuestros llamamientos amorosos...

De nuestras propias infidelidades...

De nuestra tibieza en amaros...

Jesús divino, dignaos recibir el pequeño tributo de nuestros consuelos, y que vuestro amor reine en nuestros corazones por los siglos de los siglos. Amén.

(Tres Gloria Patri.—Ave María Purísima).

Indulgencias que el Papa Benedicto XV, de feliz memoria, concedió a la Archicofradía de los Jueves Eucarísticos.

1.^a Indulgencia plenaria al ingresar en la Asociación.

2.^a Idem, id. en la hora de la muerte.

3.^a Idem, id. cada jueves, asistiendo a la Comunión y Hora Santa Eucarística solemnes.

4.^a Siete años y siete cuarentenas cada jueves, realizando privadamente la Comunión

Commemorativa, y plenaria en el último jueves del mes si se cumplió en los precedentes.

5.^a 300 días cada jueves a los que, imposibilitados para comulgar, celebren de algún modo la Hora Santa.

6.^a 100 días por cualquier acto en beneficio y con el espíritu de los Jueves. Todas aplicables a los difuntos menos la 2.^a, que es personal.

Para lucrar estas indulgencias es necesario, además de lo indicado, orar a intención de S. S., rezando, v. gr., un Padrenuestro y Avemaría.



DEVOCION AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

El Verbo Eterno vino a este mundo para hacerse amar de los hombres: *Yo he venido, dice Jesucristo, a poner en la tierra el fuego de mi amor, y ¿qué he de querer sino que arda?* Buena prueba de este inefable designio fueron su vida santísima y su dolorosísima muerte de Cruz; pero mayor fué, sin duda, la total donación que de Sí mismo nos hizo en el Santísimo Sacramento del altar. ¿Quién, después de esto, podrá con fundamento dudar del amor de Dios y dispensarse de amarle? Sin embargo, a fin de *amontonar*, según la expresión del Espíritu Santo, *ascuas encendidas* de caridad sobre nuestra cabeza, que avivaran el fuego de su amor en nuestros ingratos y helados corazones, se apareció en uno de estos últimos tiempos a Santa Margarita María Alacoque, y mostrándole su Corazón sacratísimo en trono de amor divino, rodeado de espinas y coronado con la Cruz,

le mandó que se esforzara en hacer se instituyera la fiesta y se propagara esta devoción en la Iglesia Católica a este dulcísimo Corazón, prometiéndole que dispensaría gracias especialísimas a cuantos con sus homenajes y afectos reparasen las injurias que recibe de los hombres ingratos en el Santísimo Sacramento. *He aquí, le dijo, este Corazón que tanto ha amado a los hombres y que nada ha omitido, hasta agotarse y consumirse para manifestarles su amor; pero que en recompensa no recibe de la mayor parte sino ingratitudes y desprecios en este Sacramento... Publica y haz publicar por todas partes que Yo distribuiré abundantemente mis gracias a todos los que vengan a buscarlas en mi Corazón.*

No podemos, pues, hacer cosa más grata a nuestro divino Redentor, ni más útil a nuestra alma, que dedicarnos a honrar y glorificar de hoy en adelante de un modo especialísimo, su adorable Corazón; y esto por los fines que El mismo indicó a su sierva: 1.º En agradecimiento del gran don que nos ha hecho dándonos la divina Eucaristía. 2.º En reparación de las irreverencias e injurias que ha recibido y recibe cada día de parte de los hombres en este misterio adorable de nuestros altares. Y 3.º En compensación del honor y culto que injustamente se le niega en muchas iglesias.

PRACTICAS

con que quiere ser honrado el divino
Corazón de Nuestro Señor.

1.^a Ante todo, evitar el pecado, que es la única causa del dolor de este dulcísimo Corazón.—2.^a Inscribirse en la Archicofradía del Sagrado Corazón y hacer la Comunión reparadora.—3.^a Consagrar el mes de junio y el primer viernes o el primer domingo de cada mes al Sagrado Corazón.—4.^a Celebrar con mucha piedad la fiesta del Sagrado Corazón, y en aquel día hacer la Comunión con el acto de reparación, según los deseos de Nuestro Señor.—5.^a Visitar las iglesias y altares dedicados al Sagrado Corazón, y contribuir con lo que se pueda a su adorno.—6.^a Aconsejar esta devoción a los que no la tienen.—7.^a Finalmente, orar frecuentemente por los Sacerdotes y Misioneros que se emplean de un modo especial en extender esta dulce y preciosa devoción.

Las doce promesas del Sagrado Corazón
a sus devotos.

1.^a Les daré las gracias necesarias a su estado.—2.^a Pondré paz en sus familias.—3.^a Les consolaré en sus afliccio-

nes.—4.^a Seré su amparo y seguro refugio durante la vida, y principalmente en la hora de la muerte.—5.^a Bendeciré abundantemente sus empresas.—6.^a Los pecadores hallarán en mi Corazón la fuente inagotable de la misericordia.—7.^a Las almas tibias se harán fervorosas. 8.^a Las fervorosas se elevarán con rapidez a gran perfección.—9.^a Daré a los sacerdotes la gracia de mover los corazones más endurecidos.—10.^a Bendeciré las casas en que la Imagen de mi Corazón sea expuesta y honrada.—11.^a Las personas que propaguen esta devoción tendrán escrito su nombre en mi Corazón, y nunca será borrado de El. 12.^a Yo prometo, en el exceso de la misericordia de mi Corazón, que mi amor todopoderoso concederá a todos aquellos que comulguen nueve primeros viernes de mes, sin interrupción, la gracia de la penitencia final; que no morirán en mi desgracia ni sin recibir los Sacramentos, siéndoles mi Corazón seguro asilo en aquella hora postrera.

NOVENA AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

POR

San Alfonso María de Liguorio

Por la señal...

Señor mío Jesucristo...

Oración para empezar todos los días.

DH Corazón de mi amado Jesús, en quien toda la Santísima Trinidad depositó tesoros inmensos de celestiales gracias!; concededme un corazón semejante al vuestro y la gracia que os pido en esta Novena, si es para mayor gloria de Dios, vuestro sagrado culto y bien de mi alma. Amén.

Léase a continuación la meditación que corresponde a cada día de la Novena. Terminada la lectura se pide la gracia particular que se desea alcanzar y se lee la oración que sigue a la meditación. Se rezan tres Padrenuestros, Avemarias y Glorias... y se termina con la

Oración final para todos los días.

¡Oh Corazón de Jesús, dignísimo de la adoración de los hombres y de los ángeles! ¡Oh Corazón inefable y verdaderamente amable, digno de ser adorado con infinitas alabanzas, por ser fuente de todos los bienes, por ser origen de todas las virtudes, por ser el objeto en quien más se agrada toda la Santísima Trinidad entre todos los seres! ¡Oh Corazón dulcísimo de Jesús!, profundísimamente os adoro con todo mi espíritu, os alabo con todo mi corazón y os ofrezco las alabanzas todas de los más amantes serafines y de toda vuestra corte celestial, y todas las que os pueda tributar el Corazón de vuestra Madre Santísima. Amén.

ŷ. Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.—ŷ. Y hallaréis paz para vuestras almas.

ORACIÓN. Señor nuestro Jesucristo, que por un beneficio singular de tu amor te has dignado revelar a la Iglesia, tu Esposa, las inefables riquezas de tu Corazón, concédenos propicio que nuestros corazones merezcan enriquecerse con las gracias celestiales que manan de esa dulcísima fuente; Señor, que vives y reinas, Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

Meditaciones y oraciones para cada día de la Novena

Día primero.

Corazón amable de Jesús.

Si nos aplicásemos a meditar las infinitas amabilidades de Jesucristo, nos veríamos en la felicísima precisión de amarlo sobre todas las cosas. ¿Hay en efecto un

solo corazón tan amable como el de Jesús? Corazón purísimo, santísimo, inflamado en amor para con Dios y para con nosotros. Este Corazón es el centro de las delicias y complacencias del Padre, porque en él tienen su asiento todas las perfecciones y virtudes; el más ardiente amor a su divino Padre, hermanado con la mayor humildad y respeto; una extrema confusión por nuestras iniquidades, que tomó sobre sí, unida a la más tierna y filial confianza en Dios; un odio decidido al pecado y una compasión sin límites a nuestras miserias. En una palabra: en el Corazón de Jesús se hallan reunidas todas las cualidades que suelen granjearse el amor. Y, ¿es posible que, a pesar de todas estas prendas, nosotros, que tan fácilmente nos aficionamos a las criaturas, hayamos sido hasta aquí tan poco sensibles a la amabilidad y perfecciones del divino Corazón, que las reúne todas?

Afectos y peticiones.

Reconozco, Jesús mío, que vuestro Corazón es la morada de todas las virtudes

y por ellas digno de que todas las criaturas le amen y le ensalcen. Por lo que a mí toca, yo quiero, Salvador mío, amaros siempre. En lo pasado he vivido olvidado de Vos, pero no permitáis que viva del mismo modo en lo venidero. ¡Hermosas llamas, que brotáis del amantísimo Corazón de Jesús como de encendísima hoguera, abrasad también mi corazón y consumid todos los afectos impuros que le impiden ser enteramente vuestro! Haced que emplee lo restante de mi vida únicamente en amaros a Vos sólo. Permitid, Señor, que os ame este corazón que tantos años os ha contristado. Sea gloria vuestra mostrar a los ángeles un corazón que, de indiferente y hostil a vuestro amor, se ha convertido en fervoroso discípulo y amante fidelísimo.

¡Virgen Santísima, esperanza mía, socorredme!

Día segundo.

Corazón amante de Jesús.

Es incomprensible el amor que el Corazón de Jesús nos tiene. Si todos los

hombres se uniesen con los Santos y Angeles para amar con todas sus fuerzas al Corazón de Jesús, el amor de todos ellos fuera respecto al del Salvador, como la luz de una pequeña antorcha comparada con la del sol. Ni a nosotros mismos nos amamos como El nos ama. Por nuestro amor se encarnó, vivió pobremente y murió en cruz. Brilla sobre todo este amor en la institución del Santísimo Sacramento, en el cual, como anonadado bajo las especies de pan, parece no tener otro anhelo que amar a los hombres, dándose a ellos en alimento. Decía un siervo de Dios: "Si algo me hiciese dudar del misterio de la Eucaristía, sería sólo lo extraordinario del amor de Jesucristo. Al que me preguntara cómo es posible que el pan se convierta en carne, o que un mismo cuerpo esté en muchos lugares le respondería que Dios todo lo puede, mas si uno me preguntara cómo es posible que Dios haya amado tanto al hombre le contesto que no lo entiendo.

Afectos y peticiones.

¡Corazón adorable de mi Jesús! ¡Corazón inflamado en el amor del hombre! ¡Corazón amantísimo de nuestro bien! ¿Cómo es posible que ellos os desprecien? Pero, ¡ay!, ¿no he sido yo, como ellos y más que ellos, ingrato, ofendiéndolos a Vos, Bondad infinita? Ha sido gran falta la mía, Señor, pero perdonádmela, pues quiero amaros; sí, amaros quiero a Vos solo, que tanto me habéis amado. ¡Oh amor de mi Jesús! Vos sois mi amor. ¡Oh llamas del Corazón de Jesús!: inflamad mi corazón. De hoy más no permitáis viva un solo instante privado de vuestro amor; hacedme morir antes que vuelva el mundo a presenciar tamaña ingratitud como fuera la mía si, después de las infinitas gracias, luces y otras muestras de amor de Vos recibidas, me atreviese otra vez a despreciar vuestra amistad. No lo permitáis, ¡oh Jesús mío! ¡Oh María!, infinitamente deseáis ver amado a Jesús. Unidme tan estrechamente con El, que no me separe más.

Día tercero.**Corazón de Jesús deseoso de ser amado.**

Jesucristo, si bien no necesita nuestro amor, anhela por él tan vivamente como si el hombre fuese su Dios y del amor del hombre dependiese su felicidad. ¡Cómo! ¡Todo un Dios desea y pide con tantas instancias el amor de un gusano, cuando con sólo permitirnos amarle nos habría dispensado un grande beneficio! Un vasallo no se atreve a decir a su príncipe: "Yo os amo". Los reyes de la tierra no se humillan a decir a un súbdito: "Quiero que me ames". Y el Rey del cielo pone todo su empeño en que le amemos, cifra todas sus delicias en nuestro amor y se regocija cuando un alma le dice y le repite: "Sí, yo os amo de todo corazón". Todo esto es efecto del amor inmenso que nos tiene y por nuestro propio bien. Por efecto de él se compara al pastor, lleno de gozo por haber encontrado a la oveja descarriada; y al padre, que no sólo perdona al hijo extraviado, sino que estrechamente le abraza. Tan ardiente es el deseo de ser amado, que

al que le rebuse su corazón le condena al infierno, y al que se lo ofrezca le promete la vida eterna. Estas súplicas, amenazas y promesas, ¿no nos forzarán a amarle?

Afectos y peticiones.

¡Oh Jesús mío! Me mandáis que os ame y me amenazáis, si no lo hago, con el infierno; mas decidme: ¿puede haber suplicio más cruel que vivir sin amaros? A los mismos condenados se les trocarían sus tormentos en delicias si con el ardor de las llamas eternas pudiera hermanarse el de vuestra caridad y, por el contrario, a los bienaventurados les parecería un infierno la mansión misma de la gloria si, puestos en ella, se viesen privados de vuestro amor. Os diré con San Agustín: Bien lo sé, ¡amado Señor mío!; en justo castigo de mis pecados merecería carecer por siempre de vuestra gracia, sin esperanza de amaros por toda la eternidad; mas al oír que me seguís intimando el dulce precepto de vuestro amor, quiero obedeceros, y repetir de hoy en adelante: ¡Dios mío, yo os amo, yo os

amo! Olvidad los disgustos que hasta aquí os he dado, y por vuestros méritos haced que os ame, cuanto merecéis, un pecador que tanto os ha ofendido. ¡Virgen Inmaculada, ayudadme, rogad a Jesús por mí!

Día cuarto.

Corazón dolorido de Jesús.

No es posible meditar los dolores que sufrió el Corazón de Jesús sin compadecerle. El mismo atestigua que sintió amargura capaz de hacerle morir de dolor, a no haber contenido el golpe de la muerte un milagro de la Divinidad. No eran los tormentos y ultrajes que iba a sufrir en su Pasión los que de tal modo le atormentaban; lo que más oprimía su corazón era la ingratitud de los hombres y los desacatos de que sería objeto en el Santísimo Sacramento. ¡Oh Dios! ¡De cuántas maneras no le han ofendido los hombres! Sin embargo, todas esas ofensas no fueron bastantes a impedir nos dejase esa prueba de su afecto; de modo que el amor que nos tiene parece

ser mayor que el odio que le anima contra el pecado. ¿No son, por ventura, suficientes estos motivos para obligarnos a amar a un Corazón que tanto nos ama? ¿No ha hecho cuanto estaba en su mano para cautivar nuestro afecto? ¿Dejaremos, ¡ingratos!, a Jesús abandonado en los templos? ¿No nos uniremos más bien a las almas devotas, y como ellas haremos, por amor, compañía a nuestro Dios, que por amor se ha quedado con nosotros?

Afectos y peticiones.

¡Oh Jesús, Dueño adorado de mi alma! Ved a vuestros pies al que tan cruelmente ha desgarrado vuestro Corazón. Y, ¿cómo, he podido llenar de tantas amarguras a ese Corazón que, para manifestarme su amor y conquistar el mio, no ha perdonado medio ninguno. Mas, consolaos, Salvador mío; por un efecto de vuestra gracia, tal herida de amor ha recibido mi corazón, que siente ahora no poder morir de puro dolor, a la vista de tantos disgustos como os he causado. ¡Quién me diese, Jesús mío, compartir el

dolor que, viviendo en la tierra, tuvisteis por mis pecados! Eterno Padre, yo os ofrezco ese indecible horror que experimentó vuestro Hijo por mis pecados, y por El mismo os pido encarecidamente un pesar tan vivo de haberos ofendido, que no tenga límites mi aflicción, al pensar en los desprecios que os he hecho. Y Vos, Jesús mío, haced que deteste de hoy más todos los pecados, aun los más leves, porque os desagradan a Vos que merecéis un amor infinito. María, Madre mía, alcanzadme odio al pecado y amor a vuestro Hijo.

Día quinto.

Corazón piadoso de Jesús.

¿Dónde hallaremos un corazón más piadoso, compasivo y tierno que el de Jesús? Su ternura para con nosotros le hizo bajar del Cielo, y ser el Buen Pastor que da su vida por sus ovejas. Para obtener el perdón de nuestras culpas, no se perdonó a Sí mismo, y se sacrificó en el ara de la Cruz, para satisfacer con su muerte el castigo que merecíamos. Esa

misma ternura le hace exclamar: "¿Por qué queréis condenaros, pobres hijos míos? No desconfiéis; yo no quiero la muerte del pecador. Siempre que lo queráis, volved a mí y recobraréis la vida. *Revertimini et vivetis*". La misma ternura le fuerza a decir que es Padre amoroso, que recibirá al hijo pródigo, le estrechará entre sus brazos y olvidará sus ofensas. No se conducen así los hombres. Cuando perdonan una injuria, conservan de ella alguna memoria. Mas Vos, Jesús mío, no contento con perdonar al que os ha ultrajado, le convidáis a la celestial Mesa, en que nos dáis vuestro propio Cuerpo, y no sentís repugnancia en abrazar las almas que tantas veces os han ofendido; y esto lo hacéis, no sólo en la vida presente, sino también, y sobre todo, en la venidera por medio de la gloria eterna.

Afectos y peticiones.

¡Corazón misericordioso de Jesús!, tened compasión de mí y haced que os repita siempre esta misma súplica. Vos, por pura misericordia, me habéis con-

servado la vida y me habéis aguantado todo el tiempo que me tuvieron lejos de Vos mis pecados, convidándome a penitencia, brindándome con el perdón de mis culpas e infundiéndome vivo dolor de haberlas cometido y deseo de amaros en adelante. Por todo ello puedo creer con fundamento hallarme ahora en vuestra gracia. Pero seguid, Jesús mío, previniéndome con vuestra misericordia, y sea el efecto más precioso de ella comunicarme luz y fuerza para no recaer en las pasadas iniquidades. Os amo, dulce Jesús mío; quiero amaros sin cesar; por favor, libradme misericordiosamente de la desgracia de disgustaros en lo venidero. También a Vos, María, Madre mía, os lo pido; no permitáis que vuelva jamás a separarme de mi Dios.

Día sexto.

Corazón de Jesús, prodigo de sus dones.

Las almas generosas cifran su gloria en contentar, en lo posible, a todos, y especialmente a los más necesitados y afligidos. Mas, ¿es posible haya corazón

tan noble y generoso como el de Jesús? Su bondad infinita le inspira un deseo vehementísimo de franquearnos todas sus riquezas. Para hacernos ricos se hizo pobre, según expresión del Apóstol San Pablo. Para conseguir su intento ha querido quedarse entre nosotros en el adorable Sacramento de la Eucaristía, en la cual está con las manos llenas de gracias, para dispensarlas con profusión a los que le visitan. Nos da en la Comunión su propio Cuerpo, para hacernos comprender que no sabrá negarnos nada el que se da enteramente a Sí mismo. La liberalidad del Corazón de Jesús nos ofrece todos los bienes y todas las gracias; a El debemos todas las que hemos recibido; y si no habéis recibido más abundantes gracias en lo pasado, la culpa —nos dice el Salvador—, la culpa no es mía, es vuestra, y sólo vuestra, por no habérmelas pedido, o no habérmelas pedido debidamente. “Pedid y recibiréis”. ¡Oh, cuán rico, cuán dadivoso, cuán generoso y pródigo se muestra el Corazón de Jesús para con todos aquellos que le invocan!

Afectos y peticiones.

¡Oh Jesús mío!, después de haberme dado Vos generosamente toda vuestra sangre y vuestra vida, ¿podré yo rehusaros mi pobre y mísero corazón? No, amado Redentor; os lo ofrezco y os lo consagro todo entero; aceptadle y disponed de él como fuere de vuestro agrado. Por piedad, Dios mío, enseñadme el perfecto olvido de mí mismo; y ya que vuestra bondad me inspira el deseo del más puro y perfecto amor, decidme también cómo he de conseguirlo. Determinado estoy a emprender todo lo que os agrade; mas para ser fiel necesito e imploro vuestro auxilio. A Vos, amantísimo Corazón de Jesús, a Vos toca atraer y cautivar todo el afecto de este corazón mío, en otro tiempo tan ingrato. Haced, ¡oh Salvador mío!, que así como vuestro Corazón arde por mí en llamas de inextinguible caridad, así se consuma por Vos el mío en aras de la más completa abnegacion, de modo que mi voluntad se conforme enteramente con la vuestra. ¡Oh María, oh tierna Madre mía! Os con-

juro me alcancéis la gracia de no querer ni desear sino lo que Jesús y Vos tuvieréis por agradable.

Día séptimo.

Corazón agradecido de Jesús.

Tal es la gratitud del Corazón de Jesús, que no deja sin recompensa la más mínima obra, ni el menor buen pensamiento tenido a honra y gloria suya, dando siempre el ciento por uno. Los hombres agradecidos recompensan una sola vez los favores que han recibido, y esto como para descargarse de la obligación de pensar más en ellos. No así el Corazón de Jesús. Todo el bien que hacemos en obsequio suyo, no sólo lo premia con el ciento tanto en esta vida, sino soberanamente en la otra por toda la eternidad. ¿Y es posible que los hombres vivan tan descuidados de hacer algo para contentar a este Sagrado Corazón, dechado de gratitud? ¿Es posible que le paguen con tanta ingratitud? Aun cuando el Redentor no hubiese derramado más que una sola gota de sangre o una

sola lágrima por nuestra salvación, deberíamos estarle infinitamente agradecidos. Mas Jesús ha querido padecer por nuestro amor, sufriendo sin medida, para aplicarnos todas sus penas, sus ignominias, su sangre y vida y sus méritos infinitos; de modo que es infinita la obligación de amarle que hemos contraído.

Afectos y peticiones.

¡Amado Jesús mío! A vuestros pies se postra un ingrato, tanto más culpable, cuanto que, agradecido a las criaturas, sólo con Vos ha sido insensible y desconocido, siendo así que con vuestra muerte pusisteis el colmo a todo lo que puede hacer un Dios para conquistarse el amor de sus criaturas. Mi esperanza única es vuestro Corazón, infinito en bondad y misericordia, que ha empeñado su palabra de olvidar las ofensas recibidas tan luego como el pecador se arrepiente y le pide perdón. Yo, Señor, en lo pasado me he mostrado ingrato con Vos, pero me arrepiento y os suplico no permitáis que en lo sucesivo me

haga reo de nuevas ingratitudes. Unidme fuerte y estrechamente con vuestro Corazón, de modo que no pueda causaros disgusto alguno en lo que me resta de vida. Basta, Jesús mío, de ofensas; ahora sólo quiero amaros. ¡Oh María, Madre mía!, no permitáis que vuelva jamás a cometer nuevas ingratitudes con vuestro divino Hijo. Rogad a Jesús por mí.

Día octavo.

Corazón de Jesús ultrajado.

No puede darse pena mayor para un corazón que ver desdeñado su amor; y esta pena es tanto más viva y cruel cuanto mayores fueron las pruebas de cariño. Si todos los hombres, renunciando a los bienes del mundo, fuesen a sepultarse en los desiertos para alimentarse de solas hierbas, acostarse en el desnudo suelo y mortificar su cuerpo con las más ásperas penitencias; en fin, si diesen su vida por Jesucristo, ¿podrían con esto compensar las penas, la sangre, la vida del Hijo de Dios, sacrificado por nosotros? Aunque tuviésemos

mil vidas y las sacrificásemos todas por Jesús, poco sería este sacrificio para corresponder debidamente al amor que nos manifestó El sólo con la institución del Santísimo Sacramento. ¡Escondese un Dios bajo las especies de pan para darse en alimento a sus criaturas! Sin embargo, ¿qué muestras de agradecimiento dan los hombres a Jesús? Desprecios y ultrajes, injurias tales, que tendrían por crueldad hechas a sus enemigos. ¿Podemos, fijar nuestra atención en los desacatos de que es blanco el Corazón de Jesús, sin sentirnos dominados de la más honda pena?

Afectos y peticiones.

¡Oh Corazón de Jesús, fuente inagotable de misericordia y amor! ¡Cómo al ver vuestras finezas y mi ingratitud no muero de dolor! Me disteis el ser, me disteis vuestra sangre y vuestra vida, sacrificándola por mí en la Cruz; no contento con aquel sacrificio, instituísteis la Eucaristía, para renovar lo todos los días en favor mío! ¡Dios mío!, ¡cómo es posible no muera de confusión al

verme tan ingrato! Desterrad para siempre de mi corazón esta negra ingratitud. Si el conocerme desde la eternidad tan indigno y tan ingrato no os impidió que me amaseis, ¿podré dudar de vuestro amor ahora que mi único deseo es amaros y ser amado de Vos? Esta aspiración mía, mejor diré, vuestra, pues que de Vos procede, haced que se cumpla prontamente, y que sea el día de hoy el de mi total conversión y perpetua entrega a vuestro santo amor. ¡Oh María!, interponed con este fin en favor mío vuestras oraciones; vuestro Hijo se complace en agradaros.

Día noveno.

Corazón de Jesús fidelísimo.

¡Oh cuán grande es la fidelidad del Corazón de Jesús! Por muchas y grandes que sean es imposible que viole sus promesas. La fidelidad del Corazón de Jesús nos da fundamento para esperarlo todo, aunque nada hayamos merecido. Si en otro tiempo le hemos desechado, abrámosle ahora las puertas de nuestro

corazón, y entrará en él, que así nos lo tiene ofrecido. Si deseamos gracias, pidámoslas a Dios en nombre de su Hijo. Nos ha prometido que las obtendremos. En las tentaciones, confiemos en los méritos del Redentor, que no permitirá que los enemigos nos tientos más allá de lo que puedan sobrellevar nuestras fuerzas. ¡Cuánto mejor es tratar con Dios que no con los hombres! Estos, o porque fingen, o porque se atraviesan circunstancias imprevistas, quebrantan sus promesas. El Señor, nunca. Dios no puede ser infiel a sus promesas, porque siendo Verdad por esencia no puede engañarnos ni engañarse. Nos ha prometido un refugio en su Corazón, y nos lo dará. ¡Ah!, ¡si según esta inviolable fidelidad del Salvador hubiera sido la nuestra! ¡Cuántas veces, después de jurarle fidelidad, hemos abandonado su servicio, pasándonos al de sus enemigos! Pidámosle fuerzas para ser fieles en adelante,

Afectos y peticiones.

¡Amado Salvador mío! ¡Qué diferencia entre vuestro corazón y el mío, entre vuestra fidelidad y mi triste inconstancia! Vos siempre fiel, y yo ¡cuántas veces he merecido nota de traidor! Desde ahora os reconozco a Vos solo por el Sumo Bien, digno de infinito amor, y os reconozco en particular por mi amantísimo Bienhechor, que, olvidando mis ofensas, me ha tratado con no merecida predilección. ¡Ay de mí! Si llegase a condenarme, lo más espantoso del Infierno para mí sería el inolvidable, aunque vano recuerdo de la excepcional benevolencia con que me favorecisteis. Alejad de mí ese insoportable tormento. Tened piedad de vuestro siervo, y no permitáis que, traidor otra vez como lo fui en lo pasado, llegue por fin a parar en el Infierno. ¡Oh tiernísimo, oh fidelísimo Corazón de Jesús!, comunicad a mi pobre corazón vuestros ardores, y haced que persevere en vuestro amor. Esta gracia os pido, y juntamente la de no cesar de pedírosla y morir antes que volver a se-

ros infiel. Ayudadme, ¡oh María!, a mostrarme fiel en el servicio de vuestro Hijo. Amén.

ACTO DE OFRECIMIENTO AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

¡Oh amabilísimo Jesús . mío! Yo, N. N., con el fin de daros testimonio de mi reconocimiento y reparar mis infidelidades, os doy mi corazón, me entrego enteramente a Vos, y propongo, con vuestro divino auxilio, no volver más a ofenderos.

Cien días de indulgencia por hacerlo una vez al día; y una plenaria al mes, rezándolo todos los días y comulgando en uno de ellos. (Pío VII).

ORACION AL CORAZON

AGONIZANTE DE JESÚS POR LAS PERSONAS
QUE EN TODO EL MUNDO AGONIZAN
Y MUEREN CADA DÍA

¡Oh misericordiosísimo Jesús, abrasado en amor de las almas! Os suplico, por

la agonía de vuestro Santísimo Corazón y por los dolores de vuestra purísima Madre, que lavéis con vuestra sangre a todos los pecadores de la tierra que están ahora en la agonía y tienen que morir hoy. Amén.

Corazón agonizante de Jesús, tened misericordia de los moribundos.

Cien días de indulgencia por cada vez. Una plenaria al mes, rezándola en él tres veces cada día y a diferentes horas. (Pío IX).

FORMULA DE CONSAGRACION

PRESCRITA POR SU SANTIDAD PÍO XI

DULCÍSIMO Jesús, Redentor del género humano, miradnos humildemente postrados delante de vuestro altar: vuestros somos y vuestros queremos ser: y a fin de poder vivir más estrechamente unidos con Vos, todos y cada uno espontáneamente nos consagramos en este día a vuestro Sacratísimo Corazón.

Muchos, por desgracia, jamás os han conocido: muchos, despreciando vuestros mandamientos, os han desechado. ¡Oh Jesús benignísimo!, compadeceos de los unos y de los otros, y atraedlos a todos a vuestro Corazón Santísimo.

¡Oh Señor!, sed Rey, no sólo de los hijos fieles que jamás se han alejado de Vos, sino también de los pródigos que os han abandonado; haced que vuelvan pronto a la casa paterna, porque no perezcan de hambre y de miseria. Sed Rey de aquellos que, por seducción del error o por espíritu de discordia, viven separados de Vos: devolvedlos al puerto de la verdad y a la unidad de la fe, para que en breve se forme un solo rebaño bajo un solo Pastor. Sed Rey de los que permanecen todavía envueltos en las tinieblas de la idolatría o del Islamismo; dignaos atraerlos a todos a la luz de vuestro reino. Mirad, finalmente, con

ojos de misericordia a los hijos de aquel pueblo que en otro tiempo fué vuestro predilecto; descienda también sobre ellos, bautismo de redención y de vida, la Sangre que un día contra sí reclamaron. Conceded, ¡oh Señor!, incolumidad y libertad segura a vuestra Iglesia; otorgad a todos los paebllos la tranquilidad en el orden; haced que del uno al otro confín de la tierra no resuene sino esta voz: *Alabado sea el Corazón divino, causa de nuestra salud; a El se entonen cánticos de honor y de gloria por los siglos de los siglos. Así sea.*

LETANIAS

del Sagrado Corazón de Jesús.

(Aprobadas por la Sagrada Congregación de Ritos).

SEÑOR tened piedad de nosotros.
 Jesucristo, tened piedad de nosotros.
 Señor, tened piedad de nosotros.
 Jesucristo, oídnos.
 Jesucristo, escuchadnos.
 Dios Padre celestial.....
 Dios Hijo, Redentor del mundo.
 Dios Espíritu Santo,
 Santísima Trinidad, que sois un solo
 Dios,
 Corazón de Jesús, Hijo del Padre
 Eterno,
 Corazón de Jesús, formado por el Es-
 píritu Santo en las entrañas de la
 Virgen Madre,
 Corazón de Jesús, unido substancial-
 mente al Verbo divino,

Tened piedad de nosotros.

Corazón de Jesús, de majestad infinita,
Corazón de Jesús, Santuario de la Di-
vinidad,
Corazón de Jesús, Tabernáculo del
Altísimo,
Corazón de Jesús, Casa de Dios y
Puerta del Cielo,
Corazón de Jesús, horno encendido
de caridad,
Corazón de Jesús, receptáculo de jus-
ticia y de amor,
Corazón de Jesús, lleno de amor y de
bondad,
Corazón de Jesús, abismo de todas
las virtudes,
Corazón de Jesús, dignísimo de toda
alabanza,
Corazón de Jesús, Rey y centro de
todos los corazones,
Corazón de Jesús, en que residen to-
dos los tesoros de sabiduría y cien-
cia,

Tened piedad de nosotros.

Corazón de Jesús, en que habita toda
la plenitud de la Divinidad,
Corazón de Jesús, objeto de las com-
placencias del Padre,
Corazón de Jesús, de cuya abundan-
cia todos recibimos,
Corazón de Jesús, deseado de los co-
llados eternos,
Corazón de Jesús, paciente y miseri-
cordiosísimo,
Corazón de Jesús, rico para todos los
que os invocan,
Corazón de Jesús, fuente de vida y
de santidad,
Corazón de Jesús, propiciación de
nuestros pecados,
Corazón de Jesús, saciado de ópro-
bios,
Corazón de Jesús, rasgado de dolor
por nuestras culpas,
Corazón de Jesús, hecho obediente
hasta la muerte,

Tened piedad de nosotros.

Corazón de Jesús, traspasado con la
lanza,

Corazón de Jesús, fuente de todo
consuelo,

Corazón de Jesús, vida y resurrección
nuestra,

Corazón de Jesús, nuestra paz y nues-
tra reconciliación,

Corazón de Jesús, víctima de los pe-
cados,

Corazón de Jesús, salud de los que en
Vos esperan,

Corazón de Jesús, esperanza de los
que en Vos mueren,

Corazón de Jesús, delicia de todos
los Santos

Cordero de Dios, que quitáis los peca-
dos del mundo, perdonadnos, Señor.

Cordero de Dios, que quitáis los peca-
dos del mundo, atendednos, Señor.

Cordero de Dios, que quitáis los peca-

Tened piedad de nosotros.

dos del mundo, tened piedad de nosotros.

Jesucristo, oídnos.

Jesucristo, escuchadnos.

ÿ. Jesús, dulce y humilde de corazón.

ry. Haced nuestro corazón semejante al vuestro.

ORACIÓN.

Omnipotente y eterno Dios, mirad el Corazón de vuestro amabilísimo Hijo, ved las satisfacciones que hoy os ofrece por los pecadores, escuchad las alabanzas que os tributa en nombre de ellos; y aplacado por El, conceded perdón a los que os imploran, por el mismo Jesucristo vuestro Hijo, que con Vos vive y reina en unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

Acto de desagravio al Corazón Eucarístico de Jesús.

OH Corazón Eucarístico de Jesús, hoguera de caridad, abismo de misericordia, piélago de gracias infinitas y manantial copiosísimo de donde fluyeron todos los sacramentos, y singularmente este Sacramento de amor! ¡Quién me diera, Señor, penetrar los latidos de ese adorable Corazón, oculto bajo los velos eucarísticos, y ver al descubierto los sentimientos dolorosos que lo desgarran en presencia del olvido, de la ingratitude y de la dureza de los hombres!

Porque, ¡oh Jesús mío!, ¿cómo han respondido los hombres a tanta bondad? ¿Cómo han pagado, Señor, esta última fineza de vuestro amor? ¡Ay de mí!, que la mayor parte de ellos, el linaje humano en su inmensa mayoría, ha contra-

puesto crímenes y más crímenes a tan inefable beneficio; os han desconocido, os han olvidado, os han menospreciado, y no cesan de llenar la medida de sus iniquidades con nuevos y más sangrientos ultrajes. Los hombres ya no quieren conoceros, no quieren amaros; vuestra ley es despreciada cada día, vuestra voluntad postergada a cada momento; quieren borrar hasta la memoria de vuestro nombre. Y ¿será necesario recordar los horrendos atentados, las infames blasfemias, los tratamientos indignos de que ha sido víctima vuestro Corazón en este Sacramento? Hombres impíos, herejes rabiosos ha habido que, no contentos con haceros blanco de sus burlas y sarcasmos, han preñanado de la manera más horrorosa este soberano Misterio; han arrebatado con sus sacrílegas manos las Sagradas Hostias, las

han desgarrado rabiosamente con la punta del puñal, las han hollado con sus pies, las han arrojado al fuego, al agua y al lodo, haciéndolas objeto de los mayores horrores.

¡Oh Dios ultrajado! ¡Oh Corazón Eucarístico de Jesús, tan vilmente ofendido! En presencia de tan negra ingratitude, nosotros, de quienes en vuestra misericordia os habéis dignado acordaros, si no os amamos cuanto merece vuestra ternura, si en lo pasado hicimos causa común con vuestros enemigos, ahora bien veis que estamos pesarosos de nuestras culpas, y que deseamos amaros con ardor. Permitid, Redentor divino, permitid que nos lleguemos a vuestra amorosa presencia, y que, postrados y humillados profundamente a vuestros sagrados pies, y cubierto de confusión nuestro rostro, os pidamos perdón por tantos ultrajes

como recibe vuestro Corazón en el Sacramento de vuestro amor. Lleguen a Vos nuestras voces, y suba hasta ese trono eucarístico el doloroso grito de expiación y arrepentimiento que el pesar arranca de nuestro contrito corazón.

Por mis pecados, por los de nuestros
padres, hermanos y amigos,

Por los perjurios y sacrilegios,

Por los odios y rencores,

Por las horrosas blasfemias,

Por las profanaciones de los días santos,

Por las deshonestidades y escándalos,

Por las negligencias y malos ejemplos de los padres,

Por las desobediencias y desórdenes de los hijos,

Por los atentados cometidos contra la Iglesia,

Por las persecuciones y calumnias contra vuestros ministros,

Por los crímenes de la prensa impía,

Por las maquinaciones de tenebrosas sectas,

Perdón, Señor, perdón.

Por los insultos hechos a vuestras
imágenes,
Por la profanación de los templos,
Por el abuso de los Sacramentos,
Por las comuniones sacrilegas,
Por los horrendos ultrajes cometidos
con las Sagradas Hostias,
Por los justos que vacilan,
Por los pecadores que resisten a la
gracia,
Por los infelices que agonizan,

Perdón, Señor, perdón.

» ¡Oh Señor nuestro Jesucristo, que habéis querido quedaros con nosotros en el admirable Sacramento del altar, para dar a vuestro Eterno Padre una gloria sin límites y a nosotros el dulcísimo alimento de la vida inmortal! Concedednos llorar con un corazón verdaderamente contrito tantas injurias como recibís en este adorable Misterio, e inflamad nuestros corazones en el más ardiente celo, a fin de reparar dignamente tantos oprobios a que os exponéis por amor de las almas fieles, Vos que vivís y reináis con el Padre y el Espíritu Sante por los siglos de los siglos. Amén.

Acto de consagración de España al Corazón de Jesús.

CORAZÓN de Jesús Sacramentado, Corazón del Dios Hombre, Redentor del mundo, Rey de Reyes y Señor de los que dominan:

España, pueblo de tu herencia y de tus predilecciones, se postra hoy reverente ante este trono de tus bondades que para Ti se alza en el centro de la Península. Todas las razas que la habitan, todas las regiones que la integran, han constituido en la sucesión de los siglos y a través de comunes azares y mutuas lealtades esta gran Patria española, fuerte y constante en el amor a la Religión y en su adhesión a la Monarquía.

Sintiendo la tradición católica de la realeza española y continuando gozosa la historia de su fe y de su devoción a vuestra divina Persona, confesamos que Vos vinisteis a la tierra a establecer el reino de Dios en la paz de las almas redimidas por vuestra sangre y en la di-

cha de los pueblos que se rijan por vuestra santa Ley; reconocemos que tenéis por blasón de vuestra divinidad conceder participación de vuestro poder a los Príncipes de la tierra y que de Vos reciben eficacia y sanción todas las leyes justas, en cuyo cumplimiento estriba el imperio del orden y de la paz. Vos sois el camino seguro que conduce a la posesión de la vida eterna: luz inextinguible que alumbrá los entendimientos para que conozcan la verdad, y principio propulsor de toda vida y de todo legítimo progreso social, afianzándose en Vos y en el poderío y suavidad de vuestra gracia todas las virtudes y heroísmos que elevan y hermocean el alma.

Venga, pues, a nosotros tu Santísimo Reino, que es Reino de justicia y de amor. Reinad en los corazones de los hombres, en el seno de los hogares, en la inteligencia de los sabios, en las aulas de la ciencia y de las letras y en nuestras leyes e instituciones patrias.

Gracias, Señor, por habernos librado misericordiosamente de la común desgracia de la guerra, que tantos pueblos

la desangrado; continuad con nosotros la obra de vuestra amorosa providencia.

Desde estas alturas que para Vos hemos escogido como símbolo del deseo que nos anima de que presidáis todas nuestras empresas, bendecid a los pobres, a los obreros, a los proletarios todos, para que en la pacífica armonía de todas las clases sociales encuentren justicia y caridad que haga más suave su vida, más llevadero su trabajo. Bendecid al Ejército y a la Marina, brazos armados de la Patria, para que en la lealtad de su disciplina y en el valor de sus armas sean siempre salvaguardia de la Nación y defensa del Derecho. Bendecidnos a todos los que, aquí reunidos en la cordialidad de unos mismos santos amores de la Religión y de la Patria, queremos consagrarnos nuestra vida, pidiéndoos como premio de ella el morir en la seguridad de vuestro amor y en el regalado seno de vuestro Corazón adorable.—Así SEA (1).

(1) Leído por S. M. Alfonso XIII, con asistencia de toda la Familia Real, de la nobleza, del clero y de representaciones de todas las clases sociales, el día 30 de mayo de 1919, fiesta de San Fernando, Rey de España, y fecha memorabilísima en los fastos católicos españoles, en el Cerro de los Angeles.



Nuestra Señora de los Dolores



III

DEVOCIÓN A MARÍA SANTÍSIMA

Para que todos los fieles, justos o pecadores, se alienten a rogar a la Santísima Virgen *con confianza y perseverancia*, que son los dos polos sobre que gira toda verdadera devoción a la divina Madre, hemos querido poner aquí uno de los más consoladores capítulos de las *Glorias de María*, de San Alfonso. Recomendamos se lea con atención.

LA Santísima Virgen declaró un día a Santa Brígida que Ella es la Madre, no sólo de los justos e inocentes, sino también de los pecadores, *con tal que tengan éstos la voluntad de enmendarse*. ¡Oh! Cuando un pecador, que quiere mudar de vida, va a echarse a los pies de María, encuentra a esta buena y misericordiosa Madre mucho más solícita para

abrazarlo y socorrerlo que madre alguna según la carne; esto es lo que escribía San Gregorio VII a la condesa Matilde: *Pon fin a tu voluntad de pecar, y te aseguro que encontrarás a María más pronta a amarte que tu propia madre, según la carne.*

Así, pues, todo el que aspire a la dignidad de hijo de esta divina Madre, debe, ante todo, renunciar al pecado, y sólo entonces puede esperar ser bien recibido por Ella. A propósito de aquellas palabras de los Proverbios, aplicadas a la Santísima Virgen: *Levantáronse sus hijos*, observa Ricardo de San Lorenzo que la palabra *levantáronse* está colocada antes que la palabra *hijos*, lo que significa que nadie puede llegar a ser hijo de María si no trabaja ante todo por levantarse de las faltas en que ha caído. En efecto; según San Pedro Crisólogo, el que obra contra el querer y voluntad de María, muestra con este solo hecho que no quiere ser hijo suyo. ¡María es humilde, y él quiere ser soberbio; María es pura, y él quiere ser deshonesto; María está llena de caridad, y él quiere odiar a su prójimo! El que así obra, harto prueba que no es ni quiere ser hijo de tan santa Madre. Los hijos de María, añade Ricardo, son los que procuran asemejarsele por la imitación de sus virtudes.

Y ¿cómo pretenderá alguno ser hijo de María, si no cesa de afligirla con su perversa conducta? Decíale una vez un pecador: *Mostrad que sois mi Madre*; mas Ella le respondió: *Muestra que eres mi hijo*. Habiéndola invocado otro con título de *Madre de misericordia*, Ella le contestó: "Vosotros los pecadores, cuando necesitáis que os ayude me llamáis Madre de misericordia, y mientras tanto no cesáis de hacer de Mí con vuestros pecados una Madre de miserias y de dolores." El Espíritu Santo declara *maldito de Dios el que aflige a su madre*. Según Ricardo, esa madre es principalmente María. Dios maldice a los que, por su vida cargada de pecados, o más bien *por su obstinación*, contristan el Corazón de esa bondadosa Madre. He dicho *obstinación*, porque cuando un pecador, preso con las ligaduras del pecado, se esfuerza, sin embargo, por desembarazarse de ellas y reclama para ello el auxilio de María, esa tierna Madre no deja de venir en su socorro y hacerle recuperar la gracia de Dios. Esto es lo que Santa Brígida oyó de los labios de Jesucristo, hablando a su misericordiosa Madre: *Al que procura levantarse a Dios le prestas auxilio, y a nadie dejas sin consuelo*. Así, pues, cuando se obstina el pecador, María no puede amarlo; pero, si, encadenado por alguna pa-

ción que lo retiene en la esclavitud del pecado, al menos se encomienda a Ella, rogándole con confianza y perseverancia que lo libre del pecado, sin duda alguna esa bondadosa Madre le alargará su poderosa mano, desatará sus cadenas y lo hará llegar a puerto de salvación.

Es una herejía condenada por el Concilio de Trento, sostener que todas las oraciones y obras que se hacen en estado de pecado son otros tantos pecados. Dice San Bernardo que la oración en boca del pecador, aunque defectuosa, por no ir acompañada de la caridad, no por eso deja de ser útil y provechosa para salir del pecado; y, en efecto, según enseña Santo Tomás, la oración del pecador es cierto que no merece, pero puede obtener la gracia del perdón; como quiera que la eficacia de la oración estriba, no en el mérito del que ora, sino en la divina bondad y en los méritos y promesas de Jesucristo, que dijo: *Todo el que pide recibe*. Otro tanto sucede con las oraciones dirigidas a la Madre de Dios. Si el que ora, dice San Anselmo, no merece ser oído, lo será, sin embargo, en virtud de los méritos de María, a quien se encomienda.

Por eso exhorta San Bernardo a todos los pecadores a que acudan a María con gran confianza, porque si bien no merecen lo que piden, la Santísima Virgen

alcanzó por sus méritos el privilegio de que las gracias que pida para ellos les sean concedidas. Lo que esa clementísima Reina exige del pecador es que a Ella se encomiende *con la intención de corregirse*. Cuando ve a sus plantas a un reo que implora su misericordia, no mira los pecados de que está cargado, sino sólo la intención que trae; si llega con buena voluntad, aun cuando haya cometido todos los pecados del mundo, esa tierna Madre no se desdenea de abrazarlo y curar todas las llagas de su alma; porque es Madre de misericordia, no sólo de nombre, sino también en realidad, y tal se muestra por el amor y la ternura que nos manifiesta, socorriéndonos en nuestras necesidades. Así lo reveló expresamente la Santísima Virgen a Santa Brigida.

¡Ah! ¡Ojalá que todos los pecadores recurriesen a esa dulce Madre! Todos obtendrían seguramente el perdón. "¡Oh María!, exclama con admiración San Buenaventura, Vos recibís en vuestros maternales brazos al pecador, despreciado de todo el mundo, y no lo abandonáis hasta haberlo reconciliado con su Juez." Dando a entender con esto el Santo que el hombre en estado de culpa es aborrecido y rechazado por todas las criaturas; ninguna hay, incluso las criaturas inanimadas: el fuego, el aire, la tierra,

que no quiera castigarlo y vengar en él el honor de su Dios ultrajado. Pero, si ese desventurado acude a María, ¿será rechazado por Ella también? No, por cierto; si pide ayuda para enmendarse, lo acoge con ternura de madre y no le abandona hasta que, mediante su poderosa intercesión, le haya reconciliado con Dios.

Postrémonos, pues, ante esa buena Madre, concluye San Bernardo, abracémosnos a sus sagrados pies y no los soltemos hasta que nos haya bendecido y aceptado por hijos suyos. ¿Y quién podría dudar de su maternal ternura? Aun cuando María me diese la muerte, decía San Buenaventura, no dejaría yo de esperar en Ella; lleno de confianza, deseo morir cerca de su imagen, y me salvaré. Así debe hablar todo pecador que recurra a esta compasiva Madre: ¡Oh Soberana y Madre mía!, por mis pecados he merecido que me arrojéis de vuestra presencia y me tratéis según mi indignidad merece; pero, aun cuando me rechazara y hasta me dierais la muerte, jamás dejaría de confiar que me salvaréis. Sí; pongo toda mi confianza en Vos; con tal que tenga yo la dicha de morir delante de una imagen vuestra, encomendándome a vuestra misericordia, estoy seguro de que no me perderé, sino que iré a alabaros en el Cielo, en com-

pañía de vuestros numerosos siervos que, habiéndoos invocado en la hora de la muerte, se han salvado todos por vuestra poderosa intercesión.

Práctica de la devoción a María Santísima

1.º Todas las mañanas al levantarse, y todas las noches al acostarse, rezar tres *Avemarías*, y después añadir esta breve oración: *¡Oh María!, por vuestra pura e inmaculada Concepción, haced casto mi cuerpo y casta mi alma.*

2.º Todas las veces que se oye el reloj, rezar un *Avemaría*, y hacer lo mismo al salir de casa y al volver a ella, al pasar por delante de alguna imagen de la Santísima Virgen, como también al principio y fin de cualquiera ocupación, tanto espiritual como corporal, v. gr.: estudiar, trabajar, comer, rezar, leer algún libro espiritual.

3.º Rezar todos los días el Santo Rosario con la consideración de los misterios. Muchos devotos rezan también el Oficio parvo de la Virgen.

4.º Rezar todos los días tres *Padrenuestros*, *Ave* y *Gloria* a la Santísima Trinidad en acción de gracias por los favores y privilegios concedidos a María; la misma Santísima Virgen reveló a una persona piadosa que le es muy agradable esta devoción.

5.º Ayunar todos los sábados a pan y agua en honor de María, o por lo menos ayunar con ayuno común o contentarse con un solo plato, o privarse de alguno de ellos más sabroso al paladar.

6.º Visitar todos los días alguna imagen de María, pidiéndole, entre otras gracias, el amor a Jesucristo y la perseverancia final.

7.º Celebrar las novenas de sus principales festividades, rezando al efecto siquiera nueve *Avemarias* y pidiéndote alguna gracia especial en cada día de la novena.

8.º Encomendarse muy frecuentemente a esta divina Madre, especialmente en las tentaciones.

9.º Procurar propagar entre los otros, como parientes, amigos y criados, esta devoción a la Madre de Dios, y hablar con frecuencia de Ella.

El Santo Rosario

Cosa bien sabida es que la devoción del Rosario fué revelada por María Santísima al glorioso Santo Domingo de Guzmán. No hay devoción más amada ni más practicada que ésta. Verdad es que los herejes e incrédulos han procurado con satánico furor desacreditarla; pero

todos saben que ha sido precisamente por los grandes bienes que ha traído al mundo. Los Sumos Pontífices la han enriquecido con innumerables indulgencias; y nuestro Santísimo Padre, el Papa León XIII, la recomendó ardientemente a todo el pueblo cristiano como el medio más poderoso para alcanzar remedio a tantos males como pesan sobre la Iglesia Católica.

INDULGENCIAS DEL SANTÍSIMO ROSARIO

- 1) *Cinco años y cinco cuarentenas* cada vez que se rece una tercera parte del Rosario (*Sixto IV, 12 mayo 1479*).—
- 2) *Cien días* por cada *Padrenuestro y Ave-maría*.—
- 3) *Indulgencia plenaria* una vez al año, en el día que escoja; si se hubiere rezado, a lo menos el rosario de cinco decenas todos los días del año, confesando, comulgando y rogando por las intenciones de Su Santidad.

(Benedicto XIII, 13 abril 1726.)

Si el Rosario se reza en compañía de otras personas, en cualquier lugar que sea, además de las indulgencias antes mencionadas, se ganan:

- 1) *Diez años y diez cuarentenas*, una vez al día.—
- 2) *Indulgencia plenaria*, el último domingo de cada mes, habiéndose rezado el Rosario en común tres veces por lo menos en la semana.

Condiciones: confesión, comunión, visita de una iglesia, rogando por las intenciones del Papa.

(Pío IX, 12 mayo 1851.)

Obsérvese: 1) Para ganar las indulgencias concedidas al rezo del Santo Rosario es necesario que se vayan meditando los misterios correspondientes mientras se reza. No obstante, las personas ignorantes, que son incapaces de meditar sobre estos misterios, pueden ganar las indulgencias con sólo rezar devotamente el Rosario. Así lo declaró Benedicto XIII el 26 de mayo de 1727. Pero añade este Papa ser su voluntad expresa que tales personas se acostumbren poco a poco a meditar los santos misterios de nuestra Redención, conforme al espíritu del Rosario.

2) Se ganan las indulgencias del Rosario dominicano, aunque se separen las decenas unas de otras, con tal que se completen todas dentro del día.

(S. C. de Indulgencias, 8 julio 1908).

3) Se pueden ganar al mismo tiempo las indulgencias del Rosario dominicano y las de los Crucíferos (*Pío X, 12 junio 1907*), de suerte que, por cada *Padre-nuestro* y por cada *Avemaría*, resultan quinientos días más de indulgencia.

4) Rezándole delante del Santísimo

Sacramento, ya expuesto en la Custodia, ya reservado en el Sagrario, se puede ganar *cada vez* Indulgencia Plenaria, con la confesión semanal y habiendo comulgado en aquel día.

(Pío XI, 4 de septiembre de 1927).

Modo de rezar el Rosario.

Por la señal, etc.

Señor mío, Jesucristo, etc.

V. *Domine, labia mea aperies.*

R. *Et os meum annuntiabit laudem tuam.*

V. *Deus in adjutorium meum intende.*

R. *Domine, ad adjuvandum me festina.*

Gloria Patri, etc.

LUNES Y JUEVES

Misterios gozosos.

1.º En el primer misterio se contempla cómo el Arcángel San Gabriel anunció a la Virgen Santísima que había de concebir al Hijo de Dios en su purísimo seno.

Se pide a María Santísima que nos consiga el amor a Jesús.

2.º En el segundo misterio se contempla cómo la Santísima Virgen fué a

visitar a su prima Santa Isabel y estuvo con ella tres meses.

Se pide a María Santísima que nos visite y nos conceda su amor.

3.º En el tercer misterio se contempla cómo la Santísima Virgen dió a luz al Hijo de Dios en el Portal de Belén y le colocó en un pesebre.

Se pide el desprecio del mundo.

4.º En el cuarto misterio se contempla cómo la Santísima Virgen, en el día de su Purificación, presentó a Cristo Nuestro Señor en el templo y le colocó en los brazos del Santo anciano Simeon.

Se pide la pureza de conciencia.

5.º En el quinto misterio se contempla cómo la Santísima Virgen, habiendo perdido a su divino Hijo y buscádole por tres días, al fin le halló en el templo disputando con los doctores, siendo de doce años.

Se pide la gracia de una pronta y buena confesión después del pecado para recobrar la gracia perdida.

MARTES Y VIERNES

Misterios dolorosos.

1.º En el primer misterio se contempla cómo Jesucristo, haciendo oración en el Huerto, sudó sangre:

Se pide el don de la oración y el dolor de los pecados.

2.º En el segundo misterio se contempla cómo Jesucristo fué azotado en el Pretorio de Pilatos.

Se pide la castidad y la mortificación de los sentidos.

3.º En el tercer misterio se contempla cómo Jesucristo fué coronado de espinas.

Se pide la humildad.

4.º En el cuarto misterio se contempla cómo Jesucristo fué sentenciado a muerte y cargado con el madero de la Cruz.

Se pide el amor a la Cruz.

5.º En el quinto misterio se contempla cómo Jesucristo, llegado al monte Calvario, fué despojado de sus vestidu-

ras y clavado en la Cruz, en la que murió a presencia de su afligida madre.

Se pide la continua memoria de las penas de Jesús y de María.

MIÉRCOLES. SABADOS Y DOMINGOS

Misterios gloriosos.

1.º En el primer misterio se contempla cómo Jesucristo, al tercer día después de su pasión y muerte, resucitó glorioso y triunfante.

Se pide la gracia de resucitar a una vida terrosa y santa.

2.º En el segundo misterio se contempla cómo Jesucristo, cuarenta días después de su Resurrección, subió al Cielo con admirable fiesta y triunfo, viéndole su Santísima Madre y todos sus discípulos.

Se pide el desprendimiento de las cosas terrenas y el deseo de la gloria.

3.º En el tercer misterio se contempla cómo Jesucristo, sentado a la diestra del Padre, envió al Espíritu Santo a los Apóstoles, congregados con María Santísima en el Cenáculo.

Se piden los dones del Espíritu Santo.

4.º En el cuarto misterio se contempla cómo la Santísima Virgen, algunos años después de la Resurrección de su Hijo, salió de esta vida, y en alma y cuerpo fué llevada por los ángeles al Cielo.

Se pide la gracia de una buena muerte,

5.º En el quinto misterio se contempla cómo la Santísima Virgen fué coronada en el Cielo por su Santísimo Hijo.

Se pide la perseverancia en el bien para llegar a la eterna gloria.

Letanía de Nuestra Señora.

Kyrie eleison.

Christe eleison.

Kyrie eleison.

Christe, audi nos.

Christe, exaudi nos.

Pater de coelis Deus, miserere nobis.

Fili Redemptor mundi, Deus, miserere nobis.

Spiritus Sancto, Deus, miserere nobis.

Sancta Trinitas unus Deus, miserere nobis.

Saneta Maria
Saneta Dei Genitrix,
Saneta Virgo Virginum,
Mater Christi,
Mater divinae gratiae,
Mater purissima,
Mater castissima,
Mater inviolata,
Mater intemerata,
Mater immaculata,
Mater amabilis,
Mater admirabilis,
Mater boni consilii (1),
Mater Creatoris,
Mater Salvatoris,
Virgo prudentissima,
Virgo veneranda,
Virgo praedicanda,
Virgo potens,
Virgo clemens,
Virgo fidelis,
Speculum justitiae,

Ora pro nobis.

(1) Donde sea permuuo por los Señores Obispos, el Sumo Pontífice permite añadir la siguiente invocación:

MATER DE PERPETUO SUCCURSU, *ora pro nobis.*

Sedes sapientiae,
Causa nostrae laetitiae,
Vas spirituale,
Vas honorabile,
Vas insigne devotionis,
Rosa mystica
Turris davidica,
Turris eburnea,
Domus aurea.
Foederis arca,
Janua coeli,
Stella matutina,
Salus infirmorum,
Refugium peccatorum,
Consolatrix afflictorum,
Auxilium Christianorum,
Regina Angelorum,
Regina Patriarcharum,
Regina Prophetarum,
Regina Apostolorum,
Regina Martyrum,
Regina Confessorum,
Regina Virginum,
Regina Sanctorum omnium,
Regina sine labe originali concepta,
Regina Sacratissimi Rosarii,
Regina Pacis,

Agnus Dei, qui tollis peccata mundi,
parce nobis, Domine.

Agnus Dei, qui tollis peccata mundi,
exaudi nos, Domine.

Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, mi-
serere nobis.

Sub tuum praesidium confugimus,
Sancta Dei Genitrix; nostras depreca-
tiones ne despicias in necessitatibus no-
stris, sed a periculis cunctis libera nos
semper, Virgo gloriosa et benedicta.

V. Ora pro nobis, Sancta Dei Geni-
trix.

R. Ut digni efficiamur promissioni-
bus Christi.

OREMUS

Deus, cujus Unigenitus per vitam,
mortem et resurrectionem suam nobis
salutis aeternae praemia comparavit;
concede quaesumus; ut haec mysteria
sacratissimo beatæ Mariae Virginis Ro-
sario recolentes; et imitemur quod con-
tinent, et quod promittunt assequamur.
Per eundem Christum Dominum nos-
trum.

R. Amén.



ORACIONES A MARÍA SANTÍSIMA

PARA CADA DÍA DE LA SEMANA (1).

DOMINGO

*Oración para obtener el perdón
de los pecados.*

Aquí tenéis, ¡oh Madre de Dios!, a vuestros pies a un miserable pecador, esclavo del infierno, que a Vos acude y en Vos confía. No merece que

(1) Pío VII, 21 de junio de 1808, concedió trescientos días de indulgencia a cada una de las siguientes oraciones; y los que las digan todo el mes pueden, confesando y comulgando dentro de él, ganar una plenaria. Después de la oración deben rezarse tres Avemarías para desagraviar a la Santísima Virgen por las blasfemias que contra Ella se profieren. Pío IX confirmó dichas indulgencias, 18 junio 1876. Rac. 135.

me miréis; pero sé que viendo a vuestro Hijo muerto para salvar a los pecadores, tenéis un grandísimo deseo de ayudarlos. ¡Oh Madre de misericordia!, no apartéis la vista de mis miserias, y habed compasión de mí. Oigo que todos os llaman refugio de los pecadores, esperanza de los desesperados, auxilio de los desamparados. Vos sois, pues, mi refugio, mi esperanza y mi auxilio; Vos habéis de salvarme con vuestra intercesión. Socorredme por amor a Jesucristo; tended la mano a un miserable caído que a Vos se encomienda. Sé que Vos os complacéis en auxiliar a un pecador cuando está en vuestra mano; auxiliadme, pues, ahora que podéis. Con mis pecados he perdido la divina gracia y mi alma. Ahora me pongo en vuestras manos; decidme lo que debo hacer para volver a la gracia de mi Señor, que yo quiero hacerlo luego. El me envía a Vos para que me socorráis. El quiere que yo acuda a vuestra misericordia, para que no sólo los méritos de vuestro Hijo, sino también vuestras súplicas, me ayuden a salvarme. A Vos, pues, acudo; Vos, que por

tantos otros rogáis, rogad también a Jesús por mí. Decidle que me perdone, que ya me perdonará; decidle que deseáis mi salvación, que El me salvará. Dadme a conocer el bien que sabéis dispensar al que confía en Vos. Amén. Así lo espero, así sea.

Se rezarán tres Avemarias para desagraviar a la Santísima Virgen, en algún modo, de las blasfemias que contra Ella se profieren.

LUNES

Oración para obtener la santa perseverancia.

Que Reina del Cielo, yo, que en otro tiempo fui desdichado esclavo del demonio, ahora me consagro a Vos por vuestro siervo perpetuo, y me ofrezco a honraros y servirlos por toda mi vida. Recibidme, pues, y no me rechazéis, como lo tengo merecido. ¡Oh Madre mía!, en Vos he puesto todas mis esperanzas; de Vos espero toda mi dicha. Bendigo y doy gracias a Dios, que por su miseri-

cordia me ha concedido esta confianza en Vos, que yo miro como una prenda segura de mi eterna salvación. ¡Ah!, ¡infeliz de mí!, en el tiempo pasado he caído en la culpa por no haber acudido a Vos; pero confío que, por los méritos de Jesucristo y por vuestras súplicas he sido ya perdonado. Sin embargo, como mis enemigos no duermen, el peligro de volver a perder la divina gracia no ha cesado. ¡Cuántas nuevas tentaciones tendré que vencer aún! ¡Ah, Señora mía dulcísima!, protegedme, y no permitáis que vuelva otra vez a ser esclavo del pecado; ayudadme siempre. Bien sé que, si me encomiendo a Vos, me ayudaréis y saldré victorioso; mas este es mi temor, que en las ocasiones de pecar deje de llamaros en mi ayuda y caiga por esto miserablemente. Concededme, pues, esta gracia que os pido; alcanzadme que en los asaltos del infierno siempre recurra a Vos, diciendo: María, ayudadme; tierra Madre mía, no permitáis que pierda a mi Dios.

Tres Avemarias.

MARTES

Oración para alcanzar una buena muerte.

OH María Santísima!, ¿qué será de mí en la hora de mi muerte? Cuando considero mis pecados y pienso en aquel formidable momento que ha de decidir mi salvación o mi condenación eterna, tiemblo y me confundo. ¡Oh Madre mía dulcísima!, en la sangre de Jesucristo y en vuestra intercesión tengo cifradas todas mis esperanzas. ¡Oh consoladora de los afligidos!, no me abandonéis en aquella hora; no dejéis de consolarme en aquella grande aflicción. Si ahora tanto me atormenta el remordimiento de los pecados cometidos, la incertidumbre del perdón, el peligro de recaer, el rigor de la divina Justicia, ¿qué será de mí en aquel terrible trance? Si Vos no me ayudáis, mi perdición es cierta. ¡Ah, Señora mía!, antes que llegue mi muerte alcanzadme un sumo dolor de mis pecados, la enmienda verdadera de mi vida y una constante fidelidad a Dios hasta el fin de mis días. Y cuando llegue el término de mi

carrera, ¡oh María, esperanza mía!, ayúdame en las angustias que me han de rodear, y confortadme para que no desespere a la vista de mis culpas, que el demonio pondrá delante de mis ojos. Alcanzadme la gracia de invocaros entonces con más frecuencia, a fin de que expire pronunciando vuestro dulcísimo nombre y el de vuestro Santísimo Hijo. Aún más (perdonad, Señora, mi atrevimiento); antes que expire, venid Vos misma a consolarme con vuestra presencia. Esta gracia, que habéis hecho a tantos devotos vuestros, yo también la deseo y la espero.

Es verdad que soy un gran pecador y no la merezco; pero soy vuestro devoto, y os amo, y tengo en Vos una gran confianza. ¡Oh María!, os espero; no me dejéis desconsolado. A lo menos, ya que no merezca tan grande gracia, asistidme desde el Cielo, para que salga de esta vida amando a Dios y a Vos, para llegar a amaros en la Gloria por toda la eternidad. Amén.

Tres Avemarías.

MIERCOLES

*Oración para alcanzar el librarse
del infierno.*

QH amabilísima Señora mía!, yo os doy gracias porque me habéis librado del infierno tantas veces como lo he merecido con mis pecados. ¡Miserable de mí! Húbo un tiempo en que ya estaba condenado a ser sepultado en aquella horrible cárcel, y acaso se habría ejecutado la sentencia después de mi primer pecado, si Vos, misericordiosa, no me hubierais defendido. Vos, aun sin que yo os rogara, sólo porque sois tan buena, detuvisteis el brazo de la divina Justicia, y luego, triunfando de mi dureza, movisteis mi corazón a poner su confianza a Vos. Y, ¡cuántos otros delitos hubiera cometido después en los peligros en que me he visto si Vos, Madre amorosa, no me hubieseis preservado con las gracias que me habéis alcanzado! ¡Ah, Reina mía!, continuad velando sobre mí para que no caiga en el infierno. Si me condeno, ¿de qué me ser-

virán vuestras misericordias y los favores que me habéis dispensado? Si en otro tiempo dejé de amaros, ahora os amo, después de Dios, sobre todas las cosas. ¡Ah!, no permitáis que vuelva otra vez las espaldas a Vos y a Dios, que, por vuestro medio, me ha favorecido con tantas misericordias. Señora mía amabilísima, no permitáis, no, que llegue a aborreceros y maldeciros para siempre en el infierno. ¿Consentiríais en ver condenado a un siervo vuestro que os ama? ¡Oh María!, ¿qué me decís? ¿Me condenaré? —Me condenaré, si os abandono. Pero, ¿quién tendría el valor de abandonaros? ¿Quién podría olvidarse del amor que me habéis profesado? ¡Oh Madre mía!, ya que habéis hecho tanto para salvarme, acabad vuestra obra, continuad vuestra asistencia. ¿Queréis asistirme? Pero, ¿qué digo? Si cuando vivía tan olvidado de Vos me habéis favorecido tanto, ¿cuánto más no debo esperar de Vos ahora que os amo y a Vos me encomiendo? No se pierde, no, quien a Vos se encomienda. Sólo perece quien deja de invocaros. ¡Ah Madre mía!, no me

abandonéis a mí mismo, porque me perderé; haced que siempre recurra a Vos. Salvadme, esperanza mía, salvadme del infierno; pero antes libradme del pecado, que es la única cosa que puede condenarme a él.

Tres Avemarias.

JUEVES

Oración para pedir el Cielo.

QUÉ Reina del Cielo, que estáis sentada sobre los coros de los ángeles, en el trono más inmediato al trono de Dios! Yo, desdichado pecador, os saludo desde este valle de miserias, y os ruego que volváis hacia mí esos vuestros ojos misericordiosos que colman de gracias a cuantos miran. Ved, ¡oh María!, en cuántos peligros me veo y me veré, mientras viva en este mundo, de perder el alma, el Cielo y a Dios. En Vos, Señora, he puesto todas mis esperanzas. Os amo y suspiro por la dicha de ir pronto a veros y alabaros en la Gloria. ¡Oh María!, ¿cuándo llegará el día

en que, salvo y seguro, me vea a vuestros pies santísimos, contemplando en Vos a la Madre de mi Señor y Madre también mía, que con tan generosa solícitud ha cuidado de mi salvación? ¿Cuándo besaré esas manos bienhechoras que tantas veces me sacaron de las fauces del infierno y me prodigaron tantas gracias, precisamente cuando por mis pecados merecía ser odiado y abandonado de todos? Señora, durante mi vida os he sido muy ingrato; mas si con vuestro auxilio voy al Cielo, repararé todas mis ingratitudes. Sí, allí os amaré con todas mis fuerzas, sin desrango, por toda la eternidad, y os bendeciré y daré gracias sin fin. Doy a Dios infinitas gracias por haberme inspirado tanta confianza en la sangre de Jesucristo y en Vos, de quien espero firmemente me habéis de salvar, librándome de mis pecados y alcanzándome luz y fuerza para hacer la voluntad de Dios, y me habéis de conducir, por fin, al puerto de la Gloria. Lo mismo han esperado vuestros siervos, y ninguno ha visto frustradas sus esperanzas. Yo tampoco veré frustradas las mías

¡Oh María!, no os pido otra cosa. Vos me habéis de salvar. Rogad a vuestro Hijo Jesús (como yo mismo se lo pido por los méritos de su Pasión) que conserve y acreciente siempre en mi esta confianza, y me salvaré. Amén.

Tres Avemarias.

VIERNES

Oración a María Santísima para alcanzar la gracia de amarla a Ella y a su divino Hijo.

OH María!, yo creo firmemente que Vos sois la criatura más noble, más sublime, más pura, más bella, más benigna, más santa, en una palabra, más amable de todas las criaturas. ¡Oh Señora mía, si todos os conociesen y amasen como lo merecéis! Pero consuélome al pensar que tantas almas bienaventuradas, en el Cielo y en la tierra, viven enamoradas de vuestra belleza y bondad. Sobre todo me alegro porque el mismo Dios os ama, a Vos sola, más que a todos los hombres y a todos los ángeles

juntos. Reina mía amabilísima, yo, miserable pecador, también os amo; pero no os amo bastante, y quiero amaros con un amor más grande y más tierno; pero este amor Vos me lo habéis de alcanzar, ya que el amaros es una gran señal de predestinación y una gracia que Dios no concede sino a aquellos que quiere salvar.

Por otra parte veo, Madré mía, cuán obligado estoy a vuestro Hijo; veo que El merece un amor infinito. Vos, pues, que nada deseáis tanto como verle amado, me habéis de alcanzar, sobre todo, la gracia de un grande amor a Jesucristo. Vos alcanzáis de Dios cuanto queréis; obtenedme, pues, la gracia de ser tan obediente y sumiso a la divina voluntad, que nunca jamás tenga la desgracia de oponerme a ella. No os pido bienes de la tierra, ni honores, ni riquezas; os pido lo que más desea vuestro Corazón: quiero amar a mi Dios. ¿Será posible que no queráis ayudarme en este mi deseo, que tanto os agrada? No; que ya me ayudáis, ya rogáis por mí. Rogad, rogad, y no dejéis nunca de rogar hasta

que me veáis en el Cielo, a cubierto del peligro de volver a perder a mi Señor, y seguro de amarle siempre, juntamente con Vos, carísima Madre mía. Amén.

Tres Avemarías.

SABADO

Oración para alcanzar el patrocinio de María Santísima.

QH Madre mía Santísima!; veo las gracias que me habéis alcanzado, y también la ingratitud que para con Vos he tenido. El ingrato se hace indigno de recibir beneficios; pero no por eso quiero desconfiar de vuestra misericordia, la cual es mayor que mi ingratitud. ¡Oh gran Abogada mía, habed piedad de mí! Vos sois la dispensadora de todas las gracias que Dios nos concede a nosotros, miserables pecadores; y si os ha hecho tan poderosa, tan rica y tan benigna, ha sido para que nos socorráis en todas nuestras miserias. Por favor, ¡oh Madre de misericordia!, no me abandonéis en mi pobreza. Vos sois la Abogada de los pecadores más abandonados y

culpables que a Vos recurren; defendedme también a mí, que a Vos me encomiendo. No me digáis que mi causa es difícil de ganarse; porque las causas más desesperadas, cuando Vos las detendéis, todas tienen feliz éxito. En vuestras manos, pues, pongo mi eterna salvación, a Vos confío mi alma; perdida estaba, pero Vos con vuestra intercesión la habéis de salvar. Quiero ser inscrito en el número de vuestros más favorecidos siervos; no me desechéis. Buscando vais a los miserables para aliviarles el peso de sus miserias; no abandonéis, pues, a un miserable pecador que a Vos recurre. Interceded por mí. Vuestro Hijo hace cuanto Vos le pedís; tomadme, pues, bajo vuestra protección, y esto me basta. Sí; porque si Vos me protegéis, ya nada temeré; no temeré mis pecados, porque Vos me alcanceréis remedio para el daño que me han ocasionado; no temeré a los demonios, porque Vos sois más poderosa que todo el infierno; no temeré a mi propio Juez, Jesús, porque con una sola súplica vuestra se aplaca. Tan sólo temo que por descuido mío deje de

encomendarme a Vos y así me pierda. ¡Oh Madre mía!, alcanzadme el perdón de todos mis pecados, el amor a Jesucristo, la santa perseverancia, la buena muerte, y por fin la eterna Gloria. Pero especialmente alcanzadme la gracia de encomendarme siempre a Vos. Es verdad que estas gracias son favores demasiado grandes para una criatura tan indigna como yo; mas no lo son para Vos, que sois tan amada de Dios, y que por lo mismo os concede cuanto le pedís. Basta que le digáis una sola palabra, que El nada os niega. Rogad, pues, a Jesús por mí; decidle que Vos me protegéis, que El no dejará de apiadarse de mí. ¡Oh María, Madre mía!, en Vos confío, en esta esperanza descanso y vivo, y con ella quiero morir. Amén.

Tres Avemaría

¡Viva siempre Jesús, nuestro amor, y María, nuestra esperanza!

La Santidad de Pio VII concedió trescientos días de indulgencias por cada día que se rece una de estas oraciones, y a los que las digan todo el mes y en él confiesen y comulguen, una plenaria.

Oración de una madre de familia a la Santísima Virgen

QH Santísima Virgen María, casta Esposa de José, tierna Madre de Jesús, modelo perfecto de esposas y de madres! A Vos vengo llena de respeto y confianza, y con la veneración más profunda me postro a vuestros pies e imploro vuestro socorro. Ved, ¡oh poderosa Reina!, mis necesidades y las de mi familia, y escuchad piadosa los ardientes deseos de mi corazón; yo los confío al vuestro, que es tan dulce y misericordioso, y espero obtener de Jesús, vuestro divino Hijo, por vuestra mediación, la gracia de cumplir bien mis deberes de esposa y de madre. Alcanzadme el santo temor de Dios, el amor al trabajo, la voluntad de orar y ocuparme en obras santas, la dulzura, la paciencia, la discreción y todas las virtudes que San Pablo recomienda a las mujeres cristianas y que hacen la felicidad y el honor de las familias.

Enseñadme a honrar a mi esposo, como Vos honrasteis a San José, y como la Iglesia honra a su divino Esposo Jesu-

cristo; que el mío encuentre en mí una esposa irrepreensible, que la unión santa que hemos contraído en la tierra subsista eternamente en los Cielos; proteged a mi esposo en todas sus empresas; os pido su salud y su vida más que la mía propia.

También recomiendo a vuestro maternal Corazón mis queridos hijos: sed su Madre y formad Vos misma su corazón en la piedad; que nunca se aparten de la senda de la virtud y que sean felices en el servicio de Dios; que después de nuestra muerte no se olviden de nosotros, sus amorosos padres; que pidan a Dios por nuestro eterno descanso, y que honren nuestra memoria con sus virtudes. Sí, ¡oh tierna Madre!, que sean piadosos, caritativos; en una palabra, buenos cristianos. Y pues que también han de morir, que su vida, llena de buenas obras, sea coronada con una santa muerte, a fin de que tengamos la dicha, ¡oh María!, de encontrarnos todos juntos en la Gloria para contemplaros, daros gracias y cantar vuestras alabanzas, y con Vos las de vuestro Hijo, que con el Pa-

dre y el Espíritu Santo vive y reina por todos los siglos. Amén.

Fórmula para dedicarse al servicio de María Santísima

OH Santísima Virgen María y Madre de Dios!, yo, aunque indigno de pertenecer al número de vuestros siervos; animado, no obstante, por vuestra admirable piedad, y movido por el deseo que tengo de servirlos, os elijo hoy, en presencia de mi ángel custodio y de toda la corte celestial, por mi especial Señora, Abogada y Madre, y propongo firmemente servirlos y amarlos siempre en lo venidero y hacer todo cuanto me sea posible para que también seáis servida y amada de los demás. ¡Oh Santa Madre de Dios y Madre mía amabilísima!; os suplico, por la sangre de vuestro divino Hijo, derramada por mí, me recibáis en el número de vuestros devotos por hijo y siervo vuestro perpetuo; asistidme en todos mis pensamientos, palabras y obras, y en todos los instantes de mi vida, para que todos mis actos, deseos y afectos estén dirigidos a la mayor glo-

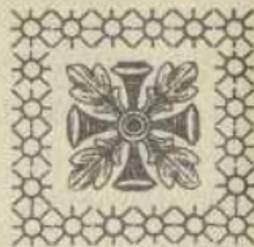
ria de Dios, y con vuestra poderosa intercesión logre no volver jamás a ofenderle, antes le glorifique y ame en esta vida y os ame también a Vos, ¡oh mi dulcísima y queridísima Madre!, para poder amaros después y gozaros en la Gloria por todos los siglos de los siglos. Amén.

¡Oh Madre mía, María, os encomiendo mi alma, sobre todo en la hora de mi muerte!

Otra fórmula de dedicación de toda una familia a María

QUÉ Virgen benditísima, Inmaculada Reina y Madre mía, María; refugio y consuelo de todos los miserables! Prostrado ante vuestro trono con toda mi familia os elijo por Señora, Madre y Abogada nuestra delante de Dios, y con todos los míos me dedico para siempre a vuestro servicio, suplicándoos humildemente nos admitáis en el número de vuestros siervos y a todos nos toméis bajo vuestro amparo, ayudándonos en vida y mucho más en la hora de nuestra muerte. ¡Oh Madre de misericordia!, yo

os constituyo dueña absoluta y suprema gobernadora de toda mi casa, de mis parientes, de mis intereses y de todos mis negocios, y Vos no os desdeñéis de cuidar de ellos, disponiendo en todo y de todo como os plazca. Bendecidme a mí y a todos los de mi familia, y no permitáis que ninguno de nosotros ofenda de hoy en adelante a vuestro Hijo; defendednos en las tentaciones, socorrednos en las necesidades, libradnos de los peligros, aconsejadnos en las dudas, consoladnos en las aflicciones, asistidnos en las enfermedades, y, principalmente, amparadnos en las angustias de la muerte. No permitáis, ¡oh Santa Madre de Dios!, que el común enemigo llegue a gloriarse de tener por esclavo suyo a ninguno de nosotros después de estar consagrado a vuestro servicio, y haced que todos tengamos la dicha de llegar un día al reino de la eterna Gloria, para agradecer vuestros favores y estar en vuestra compañía para bendecir y alabar con Vos a vuestro Hijo, nuestro divino Redentor Jesucristo, por toda la eternidad. Amén. Así sea.



Coronita al Purísimo Corazón de María

I. Alegraos, ¡oh verdadera Madre de Dios!, por aquel gozo purísimo que experimentasteis en la Gloria, viendo que así como el sol acá en la tierra ilumina todo el mundo, así Vos adornáis el Cielo con vuestro esplendor. *Avemaría.*

II. Alegros, ¡oh Hija de Dios!, por aquel gozo que tenéis en el Cielo, al ver que todas las jerarquías de los Angeles, Arcángeles, Tronos y Dominaciones y todos los espíritus bienaventurados os honran y reconocen por Madre de su Criador y cumplen prontamente hasta vuestras más pequeñas insinuaciones. *Avemaría.*

III. Alegraos, ¡oh Esposa del Espíritu Santo! por la dicha que gozáis en la Gloria, donde vuestra divina maternidad es exaltada sobre los coros de los Angeles. *Avemaría.*

IV. Alegraos, ¡oh Esclava de la Santísima Trinidad!, por la suma alegría

que experimentáis y gozáis en el Cielo al ver que todas las gracias que pedís a vuestro Hijo todas se os conceden inmediatamente; y lo que es más, no se concede gracia alguna aquí en la tierra que no pase antes por vuestras santísimas manos. *Avemaría.*

V. Alegraos, ¡oh Santísima Princesa!, porque Vos sola merecisteis estar sentada a la diestra de vuestro Santísimo Hijo, como El está sentado a la diestra del Eterno Padre. *Avemaría.*

VI. Alegraos, ¡oh esperanza de los pecadores y refugio de los atribulados!, por aquella tan grande alegría que gozáis en el Cielo, viendo que a todos los que dignamente os alaban y honran en este mundo, el Padre Eterno los premia con su santísima Gloria. *Avemaría.*

VII. Alegraos, ¡oh Madre, Hija y Esposa de Dios!, porque todas las gracias, todos los gozos, alegrías y favores que disfrutáis en el Cielo no se disminuirán jamás; antes bien, se aumentarán hasta el día del juicio y durarán por los siglos de los siglos. *Avemaría y Gloria Patri.*

ORACION

AL DULCÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA

¡Oh amabilísimo Corazón de María!,
estoy resuelto por vuestro amor a no

consentir en este día (o en esta noche) en ningún pensamiento malo ni juicio temerario; ayudadme, Madre mía, a des-echarlos pronto. *Avemaría.*

¡Oh amabilísimo Corazón de María!, estoy resuelto por vuestro amor a no decir en este día (o en esta noche) ninguna mentira ni palabra menos conveniente. Purificad, ¡oh Madre bondadosa!, mi lengua. *Avemaría.*

¡Oh amabilísimo Corazón de María!, estoy resuelto por vuestro amor a no hacer en este día (o en esta noche) ninguna obra mala y huir de toda ocasión de pecar. Alcanzadme, Virgen Santísima, el don preciosísimo de la castidad, y haced que en todas mis obras dé gusto a vuestro divino Hijo y Señor mío, y agrade también a vuestro purísimo Corazón. *Avemaría.*

ACTO DE CONSAGRACION

AL SAGRADO CORAZÓN DE MARÍA

¡Oh Virgen Inmaculada, Hija del Eterno Padre, Madre del Verbo encarnado, Esposa del Espíritu Santo, Reina de los

Angeles y de todos los Santos!, yo, N. N., os reconozco y elijo por mi Soberana, por mi Madre y, por mi Abogada para con vuestro Hijo muy amado, Cristo Jesús. ¡Oh Corazón dulcísimo de María, unido siempre al de Jesús!, yo os ofrezco y consagro el mío; después de Dios y de Jesucristo, Vos seréis siempre el primer objeto de mi veneración, de mi amor y confianza. Me propongo tributaros todos los días los obsequios que pueda, celebrar devotamente vuestras fiestas, promover el culto que os es debido e imitar vuestras virtudes, particularmente vuestra pureza y humildad.

Dignaos, Virgen Santísima, abrir vuestro Corazón y recibirme en él como a uno de vuestros hijos y fieles siervos. Alcanzadme la gracia de amaros como Vos amasteis a vuestro Santísimo Hijo Jesucristo. Asistidme en todas mis necesidades; socorredme en todos los peligros; consoladme en todas mis penas; enseñadme a sacar provecho de los males y bienes de esta vida, y protegedme siempre, especialmente en la hora de mi muerte. Así sea.

Novena de la Inmaculada Concepción

BENDITA sea la Santa e Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María, Madre de Dios.

Por la señal de la Santa Cruz...

Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero...

ORACIÓN PREPARATORIA. (*De Las Glorias de María.*)

¡Oh Señora mía Inmaculada! Mi corazón rebosa de alegría al veros enriquecida de tanta pureza. Doy gracias y se las daré siempre a nuestro común Criador, por haberos preservado de la culpa original. Dejad que os alabe yo, como os alabó vuestro mismo Dios: *Toda tú eres hermosa, y no hay mancha alguna en Ti.* ¡Oh purísima Paloma, cándida y bella, siempre amiga de Dios! ¡Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres! ¡Oh dulcísima, amabilísima, Inma-

culada Virgen María! Ya que sois tan bella a los ojos de Dios, no os desdeñéis de mirar con vuestros piadosos ojos las llagas de mi alma. Miradme, compadeceos de mí y sanadme. Vos que desde el primer instante de vuestra existencia os presentáis pura y bella a las miradas de Dios, compadeceos de mí que no sólo nací en pecado, sino que también después del bautismo he vuelto a mancillar mi alma con nuevas culpas. ¿Qué os podrá negar el Dios que os ha escogido por su Hija, su Madre y su Esposa? ¡Oh Virgen Inmaculada!, Vos me habéis de salvar. Haced que nunca me olvide de Vos, y Vos nunca os olvidéis de mí.

Dignaos aceptar los obsequios que os ofrezco en esta novena, y alcanzadme el favor que pido, siendo voluntad de Dios y conveniente para mi salvación.

Nueve Avemarias y un Gloria Patri...

DIA PRIMERO

ORACIÓN PARA ESTE DÍA

Heme aquí a vuestros santísimos pies, ¡oh Virgen Inmaculada! Gózome con Vos.

porque desde toda la eternidad fuisteis escogida para Madre del Verbo eterno y preservada de la culpa original. Doy gracias y bendigo a la Santísima Trinidad por haberos enriquecido con tan insignes privilegios en vuestra Concepción, y humildemente os suplico me obtengáis la gracia de vencer las perversas inclinaciones que produjo en mí el pecado original. Haced, Madre mía, que las venza siempre y que no cese de amar a mi Dios.

Se pide la gracia particular que se desea conseguir, y se termina la novena con las

ALABANZAS E INVOCACIONES A LA INMACULADA VIRGEN

Toda tú eres hermosa, ¡oh María!
Toda tú eres hermosa, ¡oh María!
Y no hay en Ti mancha original.
Y no hay en Ti mancha original.
Tú eres la gloria de Jerusalén.
Tú la alegría de Israel.
Tú la honra de nuestra nación.
Tú eres la Abogada de los pecadores.

¡Oh María!

¡Oh María!

Virgen prudentísima.

Virgen clementísima.

Ruega por nosotros.

Intercede por nosotros cerca de Jesucristo nuestro Señor.

V. En tu Concepción, ¡oh Virgen María!, fuisteis inmaculada.

R. Ruega por nosotros al Padre, cuyo Hijo diste a luz.

ORACIÓN

¡Oh Dios! que por la Inmaculada Concepción de la Virgen preparaste digna morada a tu Hijo, rogámoste que, así como la preservaste a Ella de toda mancha en previsión de la muerte del mismo Hijo, nos concedas también que, mediante su intercesión, lleguemos puros de toda mancha a tu divina presencia. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

300 días una vez al día.—Plenaria, en las

fiestas siguientes: Inmaculada Concepción, Natividad, Purificación, Anunciación y Asunción; recitando en tales días estas alabanzas e invocaciones y confesando, comulgando, visitando una iglesia u oratorio público y pidiendo por las intenciones del Sumo Pontífice. (Decreto de la S. C. de Indulg., 23 marzo 1904).

En los demás días se hace todo como en el primero, excepto la Oración propia de cada día.

DIA SEGUNDO

ORACIÓN PARA ESTE DÍA

¡Oh Lirio inmaculado de pureza, Virgen María! Me congratulo con Vos, por que desde el primer instante de vuestra Concepción, fuisteis colmada de gracias y dotada del uso perfecto de la razón. Doy gracias y bendigo a la Santísima Trinidad por haberos conferido tan sublimes prerrogativas, y me confundo en vuestra presencia al verme tan pobre de gracia. Vos, que estuvisteis llena de esa gracia divina, infundidla en mi alma, y hacedme participante de los tesoros de vuestra Inmaculada Concepción.

DIA TERCERO

ORACIÓN PARA ESTE DÍA

¡Oh mística Rosa de pureza, Inmaculada Virgen! Me regocijo con Vos por el triunfo glorioso que en vuestra Concepción conseguisteis de la infernal serpiente al ser concebida sin mancha de pecado original. Doy gracias y bendigo de todo corazón a la Santísima Trinidad que os concedió tal privilegio, y os suplico me alcanceis fuerza para vencer todas las tentaciones del demonio y conservar mi alma sin mancha de pecado. Ayudadme, Madre mía, y haced que con vuestra protección triunfe siempre de los enemigos de mi salvación eterna.

DIA CUARTO

ORACIÓN PARA ESTE DÍA

¡Oh Espejo de pureza, Inmaculada Virgen María! Suma es mi alegría al veros embellecida desde el primer instante de vuestra Concepción con las más sublimes y perfectas virtudes y con todos los do-

nes del Espíritu Santo. Doy gracias y bendigo a la Santísima Trinidad que os enriqueció con estos privilegios, y os ruego me obtengáis la gracia de practicar las virtudes cristianas, y de esta manera hacerme digno de recibir los dones del Espíritu Santo.

DIA QUINTO

ORACIÓN PARA ESTE DÍA

¡Oh Luna resplandeciente de pureza, Virgen María! Os doy el parabién, porque el misterio de vuestra Inmaculada Concepción fué el principio de la salvación del género humano y la alegría de todo el mundo. Doy gracias y bendigo a la Santísima Trinidad que así quiso engrandeceros y glorificaros. Enseñadme, Madre mía, a sacar provecho de la Pasión y Muerte de vuestro divino Hijo, para que viva santamente y me salve.

DIA SEXTO

ORACIÓN PARA ESTE DÍA

¡Oh Estrella refulgente de pureza, Inmaculada María! Gozóme de que vuestra

Inmaculada Concepción causara un inmenso júbilo a todos los Angeles del Paraíso. Doy gracias y bendigo a la Santísima Trinidad que os ha enriquecido con tan hermoso privilegio. Haced, Madre bondadosa, que un día participe yo también de este gozo, y pueda, en compañía de los Angeles, alabaros y bendeciros eternamente.

DIA SEPTIMO

ORACIÓN PARA ESTE DÍA

¡Oh Aurora naciente de pureza, Inmaculada María! Alégrome con Vos, porque en el momento mismo de vuestra Concepción fuisteis confirmada en gracia y dotada con el don de la impecabilidad. Doy gracias y bendigo a la Santísima Trinidad por haberos distinguido entre todas las criaturas con tan singular privilegio. Obtenedme, purísima Virgen, la gracia de aborrecer el pecado más que cualquier otro mal, y de morir antes que volver a cometerlo.

DIA OCTAVO

ORACIÓN PARA ESTE DÍA

¡Oh Sol sin mancha, Virgen María! Os felicito por haber recibido en vuestra Inmaculada Concepción una gracia superior a la de todos los Angeles y Santos juntos en lo más encumbrado de su perfección. Agradezco y admiro la bondad inefable de la Santísima Trinidad que os ha dispensado este soberano privilegio. Haced, amada Madre, que corresponda yo fielmente a la divina gracia, y que el día de hoy sea el principio de mi sincera conversión.

DIA NOVENO

ORACIÓN PARA ESTE DÍA

¡Oh Luz brillante de santidad y Modelo de pureza, Inmaculada Virgen y Madre, María! Vos en el primer instante de vuestra Concepción adorasteis profundamente a Dios y le disteis gracias por haber destruído la maldición antigua y hecho descender sobre nosotros la ple-

nitud de la bendición. Haced, Madre bondadosa, que esta bendición inflame mi corazón en amor a Dios, para que le ame constantemente sobre la tierra, y tenga después la dicha de poseerle durante toda la eternidad en el Paraíso. Allí le daré gracias con más fervor por los sublimes privilegios que os concediera, y me gozaré con Vos al veros coronada de tan magnífica gloria.

300 días de indulgencia por cada día de la novena.—Plenaria en el decurso de la novena o en un día de la octava.—(Pia IX, 5 enero 1849).

Devoción a los Dolores de la Virgen

GRACIAS ESPECIALES

QUE JESUCRISTO PROMETIÓ CONCEDER
A LOS DEVOTOS DE LOS DOLORES DE MARÍA

Refiere el Pelbarto que en una revelación que tuvo Santa Isabel, virgen, de la orden de San Benito, vió a María Santísima que pedía a su divino Hijo alguna gracia especial para los devotos de sus Dolores, y que Jesucristo le prome-

tió los siguientes *cuatro favores* singularísimos para los que se dedicaran y fueran constantes a la devoción de los Dolores de su divina Madre:

1.º Alcanzarán antes de morir la gracia de hacer una verdadera penitencia de todos sus pecados.

2.º Jesucristo los consolará en sus tribulaciones, especialmente en la hora de la muerte.

3.º Imprimirá en sus corazones la memoria de su Pasión, y los recompensará después en el Cielo.

4.º A estos devotos los pondrá entre las manos de María, para que disponga de ellos según su beneplácito y les alcance todas las gracias que Ella quiera.

INDULGENCIAS DE LA CORONA DE LOS SIETE DOLORES DE LA VIRGEN SANTÍSIMA

- 1) **Parciales:** *Siete años y siete cuarentenas* por cada vez que se rece la Corona (a solas o en compañía de otros).
—2) *Cien días* por cada *Padrenuestro* y por cada *Avemaría* rezando la Corona entera.—3) *Doscientos días* por cada *Padrenuestro* y por cada *Avemaría* si, habiéndose confesado o teniendo el propósito de hacerlo, se reza la Corona en una iglesia de los Servitas, o en cualquier lugar que sea, los viernes, todos los días de Cuaresma, el día de Nuestra

Señora de los Dolores y durante su octava.—4) *Doscientos años*, si se reza después del examen de conciencia y de la confesión, rogando por las intenciones del Papa.

Plenarias: una vez al año en el día que se elija, si se reza la Corona cuatro veces por semana. Condiciones: rezo de la Corona el día que se quiere ganar dicha indulgencia, confesión y comunión.

Plenaria, una vez al mes, a voluntad de cada uno, si se reza todos los días del mes; confesión y comunión, pidiendo según la intención del Papa.

Para ganar estas indulgencias es necesario, no solamente rezar los *Padrenuestros* y *Avemarias* prescritos, mas también *enunciar* y *meditar* los principales dolores que la Virgen padeció durante la vida y en la muerte de su divino Hijo.

No obstante, los fieles que, por cualquier motivo, estuvieren impedidos para leer y meditar, durante el rezo de la Corona, los siete dolores de la Virgen, pueden ganar las indulgencias, con tal que llenen las otras condiciones; se exceptúan las indulgencias comprendidas en los números 4 y 5.

(León XIII, 16 mayo 1886.)

Es necesario que las Coronas hayan sido bendecidas.



CORONITA

DE

Nuestra Señora de los Dolores

V. *Deus in adjutorium, etc.*

I. Os compadezco, ¡oh Madre de Dolores!, por la aflicción que sufrió vuestro tierno corazón en la profecía del santo anciano Simeón. Madre amorosa, por vuestro corazón tan afligido, alcanzadme la virtud de la humildad y el don del santo temor de Dios. *Avemaría.*

II. Os compadezco, ¡oh Madre de Dolores!, por aquellas angustias que vuestro sensibilísimo Corazón sufrió en la huida a Egipto y en vuestras estancias en aquella tierra de idólatras. Madre amorosa, por vuestro Corazón tan angustiado, alcanzadme la virtud de la liberalidad, especialmente para con los pobres, y el don de piedad. *Avemaría.*

III. Os compadezco, ¡oh Madre de Dolores!, por aquellas afanosas ansias que tuvo vuestro solícito Corazón en la pérdida de vuestro amado Jesús. Madre amorosa, por vuestro Corazón, de tal modo agitado, alcanzadme la virtud de la castidad y el don de ciencia. *Avemaría.*

IV. Os compadezco, ¡oh Madre de Dolores!, por aquella consternación que vuestro maternal Corazón sintió al encontraros con Jesús cuando llevaba la Cruz. Madre amorosa, por vuestro amante Corazón, atormentado de este modo, alcanzadme la virtud de la paciencia y el don de la fortaleza. *Avemaría.*

V. Os compadezco, ¡oh Madre de Dolores!, por aquel martirio que vuestro generoso Corazón padeció asistiendo a la agonía de Jesús. Madre amorosa, por vuestro Corazón así martirizado, alcanzadme la virtud de la templanza y el don de consejo. *Avemaría.*

VI. Os compadezco, ¡oh Madre de Dolores!, por aquella herida que vuestro dolorido y compasivo Corazón sufrió con la lanzada que abrió el costado de Je-

sús e hirió su amabilísimo Corazón. Madre amorosa, por vuestro Corazón así traspasado, alcanzadme la virtud de la caridad fraterna y el don de entendimiento. *Avemaría.*

VII. Os ^{yo} compadezco, ¡oh Madre de Dolores!, por aquel intenso dolor que vuestro amantísimo Corazón experimentó en la sepultura de Jesús. Madre amorosa, por vuestro sagrado Corazón, en extremo afligido, alcanzadme la virtud de la diligencia y el don de sabiduría. *Avemaría.*

V. Ruega por nosotros, Virgen dolorosísima.

R. Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Nuestro Señor Jesucristo.

ORACIÓN

Rogámoste, Señor Nuestro Jesucristo, que sea nuestra intercesora, cerca de tu clemencia, ahora y en la hora de nuestra muerte, la Bienaventurada siempre Virgen María, tu Madre, cuya sa-

cratísima alma fué traspasada por el cuchillo del dolor en la hora de tu Pasión. Te lo pedimos por Ti, Cristo Jesús, Salvador del mundo, que con el Padre y el Espíritu Santo vives y reinas por todos los siglos de los siglos. Amén.

Trescientos días de indulgencia, aplicables a los difuntos cada vez que se reze dicha Coronita.

NOVENA

DE LOS

Dolores de María Santísima

Por la señal...

Señor mío, Jesucristo..

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

DOLOROSÍSIMA Virgen María, la más afligida de todas las madres, que con esa penetrante espada al pecho llamáis a todo corazón humano, para que compasivo contemple lo acerbo de vues-

tros Dolores; a Vos llevo atraído de la amorosa dulzura de vuestras lágrimas, a Vos vengo desconfiado de mi mérito, confiado en vuestro patrocinio. Ea, pues, dulce, amable y dolorosa Virgen, iluminad mi entendimiento, despertad mi memoria, encended mi voluntad, enterneced mi corazón, para que empleado todo en la compasión de vuestras penas y en la contrición de mis culpas, merezca saber y hacer a Dios este servicio y a Vos este obsequio, y conseguir lo que pido en esta santa novena, si ha de ser para mayor honra de Dios, gloria vuestra y bien de mi pobrecita alma. Amén.

A continuación se lee la meditación que corresponde a cada uno de los días de la Novena.

Terminada la lectura, se pide la gracia que se desea alcanzar y se dice la oración correspondiente.

Se rezan siete Avemarias en honor de los Dolores de la Virgen y se concluye con el siguiente

OFRECIMIENTO

Madre amorosísima de mi alma, yo os ofrezco este dolor, y con él cuantos padecisteis en la Vida, Pasión y Muerte

de vuestro Hijo. Desde hoy para siempre me consagro por siervo, esclavo, hijo y devoto de vuestras angustias; y como tal me entrego a Vos de todos los modos posibles con perpetua donación. Y porque nada tiene el esclavo que no sea de su Señora, desde este punto os entrego mi vida, mi alma y corazón: os ofrezco el amor, la reverencia, ternura y compasión que os tienen y han tenido los corazones más enamorados de vuestros Dolores. Y porque a la Señora toca cuidar de su esclavo, os pido cuidéis de mi pobrecita alma en vida y muerte, hasta colocarla en la gloria, donde eternamente alabe a Dios en vuestra compañía. Amén.

DEA PRIMEBO

Profecía de Simeón.

Considera este primer dolor de la Madre de Dios.—Presenta María a su divino Hijo en el Templo, y luego que el santo anciano Simeón lo recibe en sus brazos exclama: *Este Niño será signo y blanco de la contradicción*; y volvién-

dose a la Madre, le dice: *Y por esto tu alma será atravesada con una espada de dolor.* A estas palabras del anciano Simeón, como la misma Virgen reveló a Santa Matilde, trecóse su alegría en la más amarga pena. En aquel instante descubrió claramente las penas y la muerte tan cruel que su divino Hijo había de sufrir. Vióle de todos perseguido, calumniado en su doctrina y su reputación, despreciado, tenido como loco, hechicero, endemoniado y público malhechor. Vió, en una palabra, la afligida Madre todo el curso de la Pasión de su querido Jesús.

Pues si tan grande fué el tormento de Abraham en los tres días que en compañía de su hijo tardó en llegar al monte donde le había de sacrificar, ¿cuál sería el dolor de esta Madre en los treinta y tres años que conversó con este Hijo, incomparablemente más digno de ser amado que Isaac? Ni una hora estuvo libre su alma de tan agudo dolor. Cuantas veces le miraba, cuantas le vestía y tocaba aquellas manos y pies, otras tantas quedaba su alma sumida en el dolor,

pensando que un día sería puesto en una cruz. Y cuanto más crecía el Señor en el amor y aprecio de la Madre, tanto más se acrecentaba el dolor de haberle de perder con una muerte tan cruel, y cuanto más se acercaba el tiempo de la Pasión, más profundamente era atravesado su purísimo Corazón por la espada que le anunció el Profeta.

La consecuencia que de aquí debemos sacar, es que si Jesucristo, nuestro divino Capitán, y su dulcísima Madre no rehusaron por nuestro amor sufrir toda la vida pena tan atroz, no será justo que nosotros nos lamentemos de lo muy poco que en este mundo tengamos que sufrir.

ORACIÓN

¡Oh Madre Santísima!, yo he clavado en vuestro Corazón tantas espadas como pecados he cometido, y como reo merezco la pena; no Vos, que sois inocente. Pero ya que habéis querido tomarla por mí, alcanzadme un verdadero dolor

de mis pecados, y paciencia para sobrellevar los trabajos de esta vida, que, por grandes que sean, siempre serán menores de lo que tengo merecido. Hacedlo así por vuestra bondad. Amén.

DIA SEGUNDO

Huida a Egipto.

Sabedor Herodes de que había nacido el Mesías prometido, y temiendo que le había de quitar el reino, dió un edicto por el cual todos los niños de menos de dos años, nacidos en Belén y sus cercanías, habían de ser pasados a cuchillo. En esto aparécese el Angel a San José y le dice: *Levántate, toma al Niño y a la Madre y huye a Egipto;* y aquella misma noche la Sagrada Familia parte a una tierra extraña e idólatra. ¡Qué pena para María! ¡Qué dolor no sentiría al ver perseguido de muerte a su querido Jesús, que venía a salvar al mundo! Comenzaba a cumplirse la profecía del anciano Simeón.

¡Cuánto debió sufrir la tierna Doncella

de este largo y penoso viaje por caminos ásperos, desconocidos y poco frecuentados, en tiempo de invierno, con fríos, nieves y lluvias! Tierno espectáculo debía ser contemplar a esta inocente Virgen con su divino Hijo en brazos, huyendo por el desierto. ¿De qué se alimentarían? ¿Dónde dormirían?

Llegados a Menfis, no es fácil adivinar lo mucho que sufrirían el tiempo que allí permanecieron. Extranjeros como eran, pobres y desconocidos, apenas si con mucho trabajar ganaban lo preciso para el diario sustento.

Cristianos: peregrinos también somos nosotros y no *tenemos aquí morada fija*, y como viâjeros, desprendidos de los bienes deleznales de este mundo, sólo debemos aspirar a los eternos del Cielo. La Cruz será nuestra inseparable compañera, pero llevémosla con Jesús y María, y se aligerará su peso. Consolemos a la afligida María, que podemos hacerlo, dando amorosa acogida en nuestro pecho a su divino Hijo, perseguido *aún* y maltratado por los pecadores.

ORACIÓN

¡Madre afligidísima! ¿Será posible que no contentos los hombres con haber dado muerte a vuestro Jesús, lleven su ingratitud hasta atormentarle con nuevos pecados, renovando así vuestros dolores? Mas ¡ay!, que yo he sido uno de esos ingratos: alcanzadme, Madre mía, que llore mi ingratitud. Por las penas que sufristeis en la huida a Egipto, os ruego me asistáis en el viaje que hago hacia la eternidad. Haced que felizmente llegue al puerto de salvación, donde vea y ame a Jesús en vuestra compañía por toda la eternidad. Amén.

DIA TERCERO

El Niño perdido.

Considera el dolor y pena del Corazón de María en los tres días que fué buscando a su divino Hijo perdido en el Templo. Mírala exclamar más afligida

que David: *Mis lágrimas fueron mi pan día y noche, mientras me están diciendo: ¿dónde está tu Dios?* Los pecadores no comprenden la grandeza de este dolor; pues al modo que el ciego de nacimiento siente poco verse privado de la luz del sol, no se duelen de hallarse separados de Dios. No así las almas que una vez gustaron de la suavidad del amor divino y los regalos del Sumo Bien. ¡Qué desconsuelo si alguna vez se les esconde!

¿Qué decir, pues, del dolor de María que continuamente gozaba de la presencia de su Amado? Hay quien asegura que entre todas las penas de María ésta fué la que más vivamente hirió su Corazón maternal; porque si grandes fueron los demás dolores, teniendo a Jesús consigo, con El partía su aflicción y conocía las disposiciones de la Providencia; mas en éste sufrió sola, lejos de Jesús, sin saber siquiera la ocasión de la ausencia de su Hijo. Dolíase la desconsolada Madre, y su humildad hacía la creer que era indigna de poseer tan rico tesoro. ¿Quién sabe —se decía— si le he servido mal?

¿Le habré dado algún disgusto? ¡Ah!, no hay pena mayor para un alma que ama a Dios que el temor de haberle disgustado. Por eso María sólo en este dolor se lamenta, y al hallar a su Hijo quéjase amorosamente: *Hijo mío* —le dice—, *¿por qué lo has hecho así? Mira cómo tu padre y yo, llenos de aflicción, te hemos andado buscando.*

Almas atribuladas, sirvaos de alivio este dolor de María. Llorad enhorabuena, pero llorad como María, con paz y resignación. Se oculta Dios, pero no se va; buscadle con más amor, y le hallaréis. Y vosotros, pecadores, que por el pecado habéis perdido a Jesús, llorad vuestra pérdida y decid a María: Madre afligidísima, alcanzadme el perdón de mis pecados y la gracia de volver a hallar a mi Dios.

ORACIÓN

¡Virgen bendita! ¿por qué tan angustiada buscáis a vuestro amado Hijo? ¿No veis que está en vuestro Corazón? ¡Ah, María! Vos suspiráis por Jesús, a quien

tanto amáis; suspire yo y suspiren tantos pecadores que no le aman y con sus ofensas le han perdido. Madre mía amabilísima, si por mi culpa aún no he vuelto a los brazos de Jesús, haced Vos que pronto vuelva. *Bueno es el Señor para el alma que le busca*, porque le hallará; pero haced Vos que le busque como debo. La puerta sois por donde se le halla, y por Vos espero hallarle yo también. Amén.

DIA CUARTO

Del encuentro de María con Jesús.

Reveló la Santísima Virgen a Santa Brígida que, al paso que se acercaba la Pasión de Jesús, no hacía sino llorar la pérdida de su amado Hijo. Según esto, ¿quién podrá explicar el dolor que sentiría su maternal Corazón, cuando la víspera de tan doloroso drama se acercó Jesús para despedirse de su querida Madre? Lloró toda la noche, dice San Buenaventura, y las lágrimas no dejaron de

surcar un instante las mejillas de María. No hay quien la consuele.

En esto se presenta San Juan, y notifica a la desolada Madre la injusta sentencia de Pilatos, condenando a muerte a Jesús, y que ya iba el Cordero inocente camino del Calvario.

Sale al camino María, y no tardan sus ojos en ver los rastros de sangre que va dejando su amado Jesús. Atraviesa angustiada una calle que le abrevia el camino, y aguarda que llegue el objeto de su dolor. ¡Ah! ¡Y qué espectáculo tan horroroso!

Ante sus ojos desfilan los veraugos armados de clavos, martillos, sogas y demás instrumentos de la muerte de su Hijo. ¡Qué espada para su Corazón al oír aquella trompeta que va publicando la sentencia contra Jesús! ¡Oh afligida Madre!, yo te compadezco. Pero Jesús llega ya; levanta María sus ojos, y ve a su divino Hijo todo ensagrentado, con una corona de espinas sobre la cabeza y una pesada cruz sobre los hombros. Apenas si le conoce. Mira María a su Hijo, y el Hijo, quitándose un cuajarón de

sangre que le impedía ver, mira a su Madre. ¡Oh miradas dolorosísimas, que como otras tantas saetas traspasaron aquellas dos almas amantes! Abrazar al Hijo quiso María; mas los verdugos recházanla con insultos, mientras a empujones hacen seguir al Señor su camino.

¡Oh alma cristiana!, compadécete de María, y, llevando con paciencia la cruz que te da el Señor, acompaña la hasta el Calvario; porque no te salvará la cruz sola de Jesús, si hasta la muerte no llevas la tuya con resignación.

ORACIÓN

¡Madre mía dolorosísima!, por el dolor que sentisteis en la calle de la Amargura, alcanzadme la gracia de llevar con paciencia las cruces que Dios me envíe. Dichoso yo, si supiera acompañaros con mi cruz hasta la muerte. Vos y Jesús, siendo inocentes, habéis llevado una cruz muy pesada, y yo, pecador, que he merecido el infierno, ¿rehusaré llevar la mía? ¡Ah, Virgen Inmaculada!, de

Vos espero ánimo y fortaleza para sobrellevar pacientemente las tribulaciones de esta miserable vida, y con la perseverancia conseguir finalmente los premios eternos de la otra. Amén.

DIA QUINTO

De la muerte de Jesús.

Considera, cristiano, a una Madre presenciando la muerte más cruel y dolorosa de un Hijo inocente y amado con extremada ternura, y mira si jamás hubo dolor semejante a su dolor.

Apenas llega al Calvario el Salvador despójale los verdugos de sus vestidos, y clavando sus pies y sus manos, levantan la Cruz en alto. Olvidada María de sus propios dolores, y no pensando más que en los tormentos de su Jesús, acércase al sagrado leño. ¡Oh espectáculo tierno!, agoniza en la Cruz el Hijo, y al pie de la Cruz agoniza la Madre. ¡Si por lo menos pudiese María dar algún alivio a su amado Jesús! Pero no; ni esto le es permitido. *Sed tengo, oye*

decir a su Hijo, y tiene que contestarle: Hijo mío, no tengo que presentaros sino lágrimas. Oye que Jesús se lamenta del abandono del Eterno Padre, y quisiera Ella consolarle, pero, ¿qué ve? Ve que Ella misma con su presencia y aflicción aumenta los dolores del Hijo. En este angustioso trance, ¿qué hace la dolorida Madre? Levanta la vista, y sus ojos contemplan en el rostro de Jesús los horrores de la más terrible agonía: los ojos hundidos, entreabierta la boca, desencajado el rostro, descarnadas las mejillas, aflada la nariz, inclinada la cabeza y los cabellos cuajados de sangre y todo su sagrado Cuerpo llagado y ensangrentado.

Todo lo que sufre Jesús en el Cuerpo lo sufre María en su Corazón. No es una; son dos las víctimas que se ofrecen en el Calvario; juntamente con el divino Cordero, sacrificada está su bendita Madre. ¡Oh María! ¿Dónde estás? ¿Cerca de la Cruz? ¡Ah!, no; con más razón diré que estáis con Jesús en la misma Cruz. Lo que hacen los clavos en el

Cuerpo del Hijo, eso hace el amor en el Corazón de la Madre.

¡Oh Madre, la más afligida de las madres! ¿Cómo podré yo, miserable pecador, aliviar vuestras penas? ¡Ah! —me decís—, no de otra manera que aborreciendo el pecado, causa única de la muerte de Jesús y de mis dolores.

ORACIÓN

¡Oh Madre afligida!, vuestro amante y amado Hijo ha muerto. Llorad, que razón tenéis para ello. ¿Quién os consolará? Ya lo sé, una sola cosa puede endulzar ese mar de amargura; saber que Jesús ha vencido al infierno con su muerte, abierto el Paraíso y ganado muchas almas que, cautivas de su amor, le servirán y amarán como a su Rey. Permitidme entre tanto, Madre mía, que me acerque a Vos y os acompañe en vuestro llanto, que habiendo ofendido a Jesús tantas veces, razón tengo, más

que nadie, para llorar. Madre de misericordia, por la muerte de mi' Redentor y por vuestros dolores espero el perdón de mis pecados y la salvación de mi alma. Amén.

DIA SEXTO

De la lanzada y descendimiento de la Cruz.

Muerto el Redentor, deseaban los ju-
díos que luego al punto se quitase el
Cuerpo de la Cruz, que eran vísperas
de Pascua, y nada triste debía turbar su
alegría; mas estándoles prohibido por la
ley bajar del patíbulo a ningún criminal
antes de expirar, un soldado, para hacer
patente a todos que Jesús había muerto,
levanta su lanza y abre el costado del
Salvador, y al instante *salió sangre y
agua*. Al golpe de la lanza tiembla la
Cruz, y el Corazón divino queda dividi-
do en dos partes. La injuria se hizo al
Señor, pero el dolor fué para el Cora-
zón de la Madre. Esta fué propiamente,
en sentir de los Santos Padres, la espa-

da que profetizó Simeón, no de hierro, sino de dolor, que había de atravesar su alma bendita. ¡Qué dolor tan acerbo! Si en aquel instante no cayó muerta, prodigio fué de la omnipotencia divina.

Mas he aquí que José de Arimatea y Nicodemo, instados por la dolorida Madre, y alcanzado el permiso de Pilatos, se preparan a bajar el Cuerpo del Salvador. Arriman las escaleras, desclavan primero las manos, luego los pies. Transida de dolor permanecía la afligida Madre; y le bajan su Hijo; acércase desolada, extiende sus brazos para recibirlo, lo estrecha en su seno, y, rica con tan precioso tesoro, se sienta al pie de la Cruz. Mira aquellos labios abiertos, aquellos ojos oscurecidos, aquellas carnes despedazadas, aquella cabeza traspasada por las espinas, aquellas manos y pies taladrados, y exclama: "¡Hijo mío, qué mudado te veo! ¡A qué estado te ha traído el amor de los hombres! Mirame, y consuela a tu pobre Madre. Háblame y *suene tu dulce voz en mis oídos*. Pero, ¿qué?, ¿no me miras?, ¿ya no me hablas? ¡Oh espinas!, ¡oh clavos!, ¡oh lan-

za cruel, ¿cómo así habéis podido atormentar a vuestro Criador? Mas no, pecadores, no las espinas ni los clavos, sino vosotros habéis dado muerte a mi Jesús”.

Alma mía, cesa de atormentar a esta pobre Madre, deja el pecado, y con humildad y lágrimas de contrición pide misericordia, y la alcanzarás.

ORACIÓN

Madre dolorosa, dechado de virtudes y Reina de dolores, tened piedad de mí, pobre pecador, que lejos de haber amado a mi Dios como debía, le he tantas veces ofendido. Gran confianza me inspiran vuestros dolores, y por ellos os pido me alcancéis perdón y misericordia. Pero esto no me basta; quiero amar a vuestro Jesús con todos los afectos de mi corazón. Nadie puede, mejor que Vos que sois la Madre del Amor Hermoso, alcanzarme esta gracia. Madre mía, a todos acogéis benigna; acogedme tam-

bién a mí, y para siempre os bendeciré.
Amén.

DIA SEPTIMO

Sepultura del Señor y soledad de María.

Abrazada estaba María con su Jesús, derritiéndose en lágrimas, cuando reverentes los dos discípulos le piden el Sacrosanto Cadáver para darle piadosa sepultura.

Ya empiezan las dolorosas exequias; los discípulos cargan sobre sus hombros el Sagrado Cuerpo; las santas mujeres siguen y en medio de ellas va la afligida Madre. ¡De cuán buena gana se hubiera quedado sepultada con el Hijo! “¡Oh Reina de los mártires —debieron decir a María los discípulos—, vamos a encerrar a vuestro Jesús, miradlo por última vez y dadle el postrer adiós.” “¡Ay, querido Hijo mío! —diría María—. ¡Con que ya no te he de ver más! Recibe de tu angustiada Madre la última despedida y mi Corazón, que sepultado dejo contigo.” Cerraron la puerta del sepulcro y se retiraron.

Ya está la afligida Madre en su casa; vuelve sus ojos a todas partes, y no viendo a su Jesús, se le representan al vivo, de una parte, los hechos y ejemplos de vida tan santa, los regalados abrazos que en la noche de su nacimiento le diera, las conversaciones íntimas y suaves de tantos años, el tierno amor con que la amaba, y las palabras de vida que salían de su boca; y de otra, la escena funesta que acababa de presenciar, los clavos, las espinas, los azotes, las manos taladradas y los ojos obscurecidos. ¡Qué noche tan amarga! Lloro María sin descanso, y movidos a compasión lloran Juan y la Magdalena y cuantos saben su dolor. Y tú, alma mía, ¿qué haces?; ¿no lloras? Señora mía, yo soy quien debe llorar y no Vos. Vos sois inocente, y yo el pecador. Permitidme que os acompañe en vuestra soledad y en vuestro quebranto. Vuestras lágrimas nacen del amor; nazcan las mías del dolor y arrepentimiento de mis pecados. Sí, Jesús mío. Vos seréis en adelante el único objeto de todos mis afectos y deseos. Amén.

NOVENA DE LOS DOLORES

ORACIÓN

¡ Oh Madre mía ! No agrada a Dios que os deje llorar sola ; a vuestras lágrimas unir quiero las mías. He aquí la gracia que me habéis de alcanzar : haced que de continuo medite la Pasión de Jeucristo y la vuestra, para que consagre el resto de mi vida a llorar vuestros dolores y los de mi amabilísimo Redentor, esperando, confiadamente, que en mi última agonía ellos han de darme fuerza y aliento para no desesperar de mi eterna salvación ante la vista de mis pecados. Esos dolores también espero me alcanzarán el perdón, la perseverancia y la gloria, donde con Vos, amorosa Madre, cantaré para siempre las misericordias de Dios. Amén.

DIA OCTAVO

María, Reina de los mártires por lo prolongado de su martirio.

La Santa Iglesia nos hace invocar a María con el título de Reina de los mártires, y con razón; porque su martirio fué el mayor de cuantos el mundo vió, si se exceptúa el de su Santísimo Hijo.

María fué, en verdad, mártir, no a manos de verdugos, sino a impulso de las penas acerbísimas que sufrió en su Corazón durante toda su vida. El instrumento del martirio de María fué la Pasión dolorosa de su divino Hijo, que tenía siempre presente. Desde el primer instante de su purísima Concepción, iluminada por el Espíritu Santo, comprendió, mejor que todos los profetas, cuanto el Verbo humanado debía sufrir para la salud del mundo; y viendo los dolores que el Señor había de sufrir por los pecados ajenos, angustiábase sobremanera el Corazón de aquella tiernísima Doncella, aun antes de la Encarnación del divino Verbo. Pero este dolor se aumentó

mucho más cuando fué hecha Madre del Salvador. A medida que veía crecer a su Hijo, se aumentaba también el dolor en su Corazón de Madre, viendo que se acercaba cada vez más el día horroroso de la Pasión y muerte de su amadísimo Hijo.

¡Ah! ¡Y si a lo menos al pie de la Cruz, donde su Corazón fué inmolado junto con el blanco dulcísimo de su amor, hubiera cesado tan grande martirio!... Pero no; desde el Calvario llevó intensamente grabada en su alma la muerte de su querido Jesús, que no cesó de atormentarla hasta su último suspiro. Amargura quiere decir su nombre entre otras significaciones que tiene, pudiéndosele aplicar las palabras del profeta Jeremías: *Grande como el amor es tu quebranto*; porque así como toda el agua del mar es amarga y salada, así también toda la vida de esta Señora fué un mar de amargura, ocasionada por tener de continuo presente la Pasión de su Hijo.

Crece la rosa, pero crece entre espinas; y así esta Señora vivió de continuo cercada de espinas y tribulaciones. Y en

comparación de lo que María sufrió por tus culpas, ¿qué es lo que sufres tú, alma mía? Y en medio de tan cortos sufrimientos, ¿no te has quejado como si se te hiciera injusticia mandándote padecer?

Promete, pues, a María sufrir en adelante con resignación los padecimientos que Dios te envíe.

ORACIÓN

Virgen dolorosísima, Reñz de los mártires: puesto que la causa de vuestro amarguísimo y continuado martirio he sido yo con la multitud de mis pecados, haced que desde hoy en adelante endulce vuestros dolores con el arrepentimiento de mis culpas y la memoria fiel de vuestras penas. Alcanzadme también fortaleza para mortificar y reducir a servidumbre perpetua mis pasiones con sus desordenados apetitos: dadme auxilios eficaces, para que hasta el fin triunfe de las tentaciones del enemigo, y sufriendo

con amor las penas que con mano misericordiosa vuestro Hijo me enviare, merezca los premios eternos de la Gloria. Así sea,

DIA NOVENO

Ma^{ria}. Reina de los Mártires, por haber sido su martirio el más cruel de todos.

No solamente fueron de larga duración las penas de María Santísima, sino mayores y más intensas que las de todos los mártires juntos. Porque, ¿quién podrá medir lo intenso de su dolor? Grande era como el mar su tribulación; y si Dios milagrosamente no la hubiera conservado la vida, su dolor a cada momento era suficiente para darle la muerte. Tal era el dolor de María —dice San Bernardino de Sena—, que si se hubiese repartido entre todos los hombres, bastaba por sí solo para hacerles morir a todos en un instante. Los otros mártires sufrieron en el cuerpo; pero María padeció su martirio en el alma; y por esto,

cuanto el alma es más noble que el cuerpo, tanto el martirio de María fué más doloroso que el de todos los demás mártires.

Los demás mártires padecieron, sacrificando la vida propia; pero la Virgen Santísima padeció sacrificando la vida de su Hijo, a quien amaba infinitamente más que a su propia vida. María, en efecto, sufría en su alma todo lo que veía padecer a su Hijo en el cuerpo; de modo que en su afligido Corazón veíanse, como en un espejo, las salivas, los golpes, las llagas y todos los suplicios de Jesús.

Los mártires, en fin, sentían algún consuelo y alivio en medio de sus dolores; pero María sufrió sin alivio ni consuelo alguno. Padecían los mártires, pero, por el amor que tenían a Jesucristo, todo se les hacía suave y dulce. Pero nuestra Madre Santísima, ¿qué consuelo podía recibir del amor de su Hijo y de la vista de sus penas? Ninguno; antes bien, el Hijo que padecía era todo el motivo de su pena; y el amor que le tenía era su verdugo más cruel y causa de

todo su martirio. Por esto mismo, cuanto mayores eran las penas de Jesús y mayor su amor a El, tanto el dolor de la Virgen era más intenso y menor su alivio. Así María, no sólo sufrió más que todos los mártires juntos, sino que, comparadas con sus penas, las de todos ellos fueron casi nada, cuando las de esta Madre augustísima llegaron a tan alto grado, que sólo Ella se compadeció de la muerte de su Hijo todo cuanto era debido.

Pero, ¿por qué fué la Virgen a sacrificarse con tanto dolor en el Calvario? Para contribuir amorosamente a nuestra redención; de modo que, si por tan señalada fineza debemos agradecimiento a nuestro Redentor, agradecimiento debemos también a su Santísima Madre, que por nosotros sufrió tantos dolores.

ORACIÓN

Virgen dolorosísima, Reina de los mártires, ¿de qué me servirán tantas lágrimas como por mí derramasteis en la Pasión de vuestro Hijo, si al fin me hu-

biese de condenar? Por los méritos de vuestros dolores, os pido me alcancéis verdadero dolor de mis pecados, enmienda de mi vida y continua memoria de las penas de Jesús y de las vuestras. Y puesto que ambos, siendo inocentes, habéis sufrido tanto por mí, alcanzadme que yo, reo de muerte eterna, sufra también algo por Vos. Por aquella congoja que sufrió vuestro amoroso pecho al ver a vuestro Hijo muerto en la Cruz, concededme la gracia de una buena muerte. En aquella hora, en aquel paso para la eternidad, no dejéis de asistirme. Y si entonces, perdiendo el habla, no pudiera invocar vuestro Dulcísimo Nombre y el de Jesús, desde ahora os invoco y llamo, pidiéndoos humildemente me socorráis en trance tan amargo, para lo cual al presente digo y diré mil veces: Jesús y María, en vuestras manos santísimas encomiendo mi espíritu. Amén.



IV

DEVOCIÓN A NUESTRA SEÑORA DEL PERPETUO SOCORRO

ARCHICOFRADÍA

DE

NUESTRA SEÑORA DEL PERPETUO SOCORRO

Y DE

San Alfonso María de Ligorio

OBJETO DE LA ARCHICOFRADIA

El *objeto* de esta piadosa Archicofradía es honrar con culto especialísimo a la Santísima Virgen, venerada con el título de *Madre del Perpetuo Socorro*, y esforzarse en propagar esta hermosa devoción entre los otros, interponiendo, para esto, el poderoso patrocinio de *San Alfonso*, protector de la Archicofradía.

—La *única condición* para pertenecer a esta Archicofradía y participar de sus gracias, es hacerse inscribir en los registros de la misma.

—Se *aconseja*, sin embargo, a los Archicofrades: 1.º, que procuren imitar las *virtudes* de la Santísima Virgen; 2.º, acudir a Nuestra Señora del Perpetuo Socorro en todas sus necesidades espirituales y temporales, especialmente en las tentaciones; 3.º, rezar por la mañana y por la noche tres *Aveurias* en honor de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro y un *Gloria Patri* en honor de San Alfonso, con las siguientes jaculatorias: *Madre del Perpetuo Socorro, rogad por mí.—Protector mío, San Alfonso, haced que en todas mis necesidades recurra a María*; 4.º, tener en casa una estampa de Nuestra Señora; llevar pendiente del cuello su medalla; en fin, visitar a menudo la Imagen milagrosa y asistir a las reuniones de la Archicofradía, que se celebrarán, a ser posible, los terceros domingos de cada mes, renovando la consagración en este día o en otro en que se haya confesado y comulgado para ganar la indulgencia plenaria que se concede a los Archicofrades por razón de este acto.

NOTA.—*Estas prácticas no obligan bajo pecado; se recomienda, sin embargo, su fiel observancia.*

GRACIAS Y VENTAJAS

Con esta devoción, los Archicofrades se aseguran: 1.º, la protección particular y perpetua de María Santísima en todos los instantes de la vida y en la hora de la muerte, y, por tanto, el don supremo de la perseverancia final; 2.º, participan de las oraciones y demás obras buenas de los miembros de la Archicofradía, así como de las de la Congregación del Santísimo Redentor; 3.º, pueden ganar, con las condiciones ordinarias, las indulgencias siguientes:

PLENARIAS.—1.º El día de la *recepción*, o un día de la octava.

2.º En el artículo de la muerte, invocando, a lo menos de corazón, el nombre de Jesús.

3.º El día de la fiesta de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro (que se celebra el 27 de junio) y, por privilegio, el domingo anterior al 24 de junio, o un día de la octava.

4.º El día 2 de agosto, fiesta de San Alfonso, o un día de la octava.

5.º El día que cada año se celebre la Misa por los archicofrades difuntos, asistiendo a ella.

6.º Una vez al mes, el día que se renueve la consagración.

7.º Una vez al mes, si durante todo él se hubiere rezado a lo menos una vez al día estas jaculatorias: *Oh María Madre del Perpe-*

tuo Socorro, rogad por mí.—Protector mío, San Alfonso, haced que en todas mis necesidades acuda a María.

Para ganar indulgencias plenarias es preciso confesar, comulgar y visitar una iglesia, rogando a Dios en ella a la intención del Sumo Pontífice.

PARCIALES.—1.º *Trescientos días, una vez al día, visitando en la iglesia de la Archicofradía la Imagen de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro o la de San Alfonso, y allí orar a la intención del Sumo Pontífice.*

2.º *Siete años y siete cuarentenas, visitando la iglesia de la Archicofradía en las fiestas de San Miguel (29 de septiembre), San Gabriel (18 marzo), San Mateo (21 septiembre), y Nuestra Señora del Buen Consejo (26 abril), orando a la intención del Papa.*

3.º *SeSENTA días, por cada vez que asistieren a Misa u otras funciones en la iglesia de la Archicofradía —por cada cinco Padrenuestros y Avemarías que rezaren en sufragio de los cofrades difuntos—, y por cada obra de piedad o caridad que practicaren.*

4.º *Cien días, rezando una vez al día cualquiera de las tres oraciones a la Santísima Virgen, compuestas por San Alfonso.*

Para ganar estas indulgencias parciales se necesita un acto de contrición y el estado de gracia.

LA SÚPLICA PERPETUA

A

Ntra. Sra. del Perpetuo Socorro

La *Súplica Perpetua* no es una asociación distinta de la Archicofradía, sino la *reunión de varios de sus miembros, que se dedican a cumplir, del modo más perfecto, los fines de la misma.*

Es como la *guardia de honor*, que da vela a la Virgen, y los socios de ella, sucediéndose unos a otros, procuran, tanto en su nombre, como en el de la Archicofradía, perpetuar de alguna manera públicos obsequios y plegarias delante de la veneranda Imagen.

Los socios de la *Súplica Perpetua* pedirán:

1. Por el incremento de la Archicofradía en general y el bien de cada uno de los socios en particular.

2. Por el Sumo Pontífice y el triunfo de la Santa Iglesia sobre los errores modernos.

3. Por la conversión de los pecadores más desamparados y endurecidos.

4. Por la Congregación del Santísimo Redentor y sus trabajos apostólicos.

5. Por el bien espiritual y temporal de la Patria, especialmente de sus autoridades eclesiásticas y civiles.

6. Por los suplicantes, *de un modo especial* sus intenciones personales.

Variables.

Además, la Súplica Perpetua recomendará a Nuestra Señora las intenciones particulares que traigan los fieles indistintamente y que al principio de cada hora se leerán.

MODO DE HACER LA SÚPLICA.

Actos preparatorios.

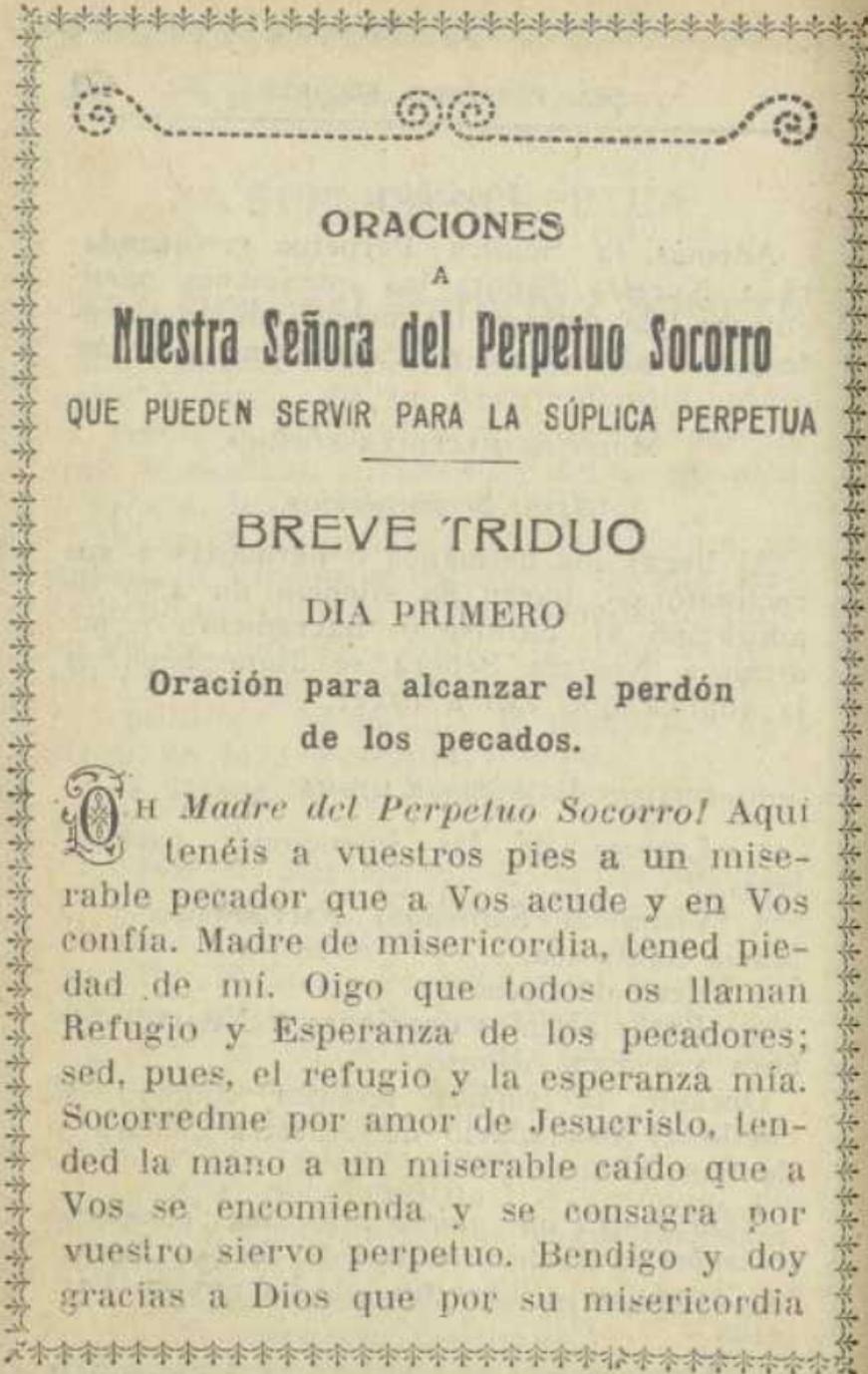
Al llegar los hermanos o hermanas a sus reclinatorios, harán en silencio un acto de adoración al Santísimo Sacramento y pedirán a Nuestra Señora se digne bendecir la súplica que van a hacer.

LA SÚPLICA MISMA.

1. Lectura de las intenciones particulares.
2. Visita al Santísimo Sacramento y a María Santísima.
3. Rezo del Rosario.
4. Rezar algunas oraciones a Nuestra Señora y a San Alfonso.

Durante la súplica tendrán colgado al cuello el escapulario de Nuestra Señora y de San Alfonso.

NOTA.—El que quiera saber más pormenores sobre la Archicofradía y la Súplica Perpetua, puede ver el libro titulado La Súplica Perpetua



ORACIONES

A

Nuestra Señora del Perpetuo Socorro

QUE PUEDEN SERVIR PARA LA SÚPLICA PERPETUA

BREVE TRIDUO

DIA PRIMERO

Oración para alcanzar el perdón
de los pecados.

QH *Madre del Perpetuo Socorro!* Aquí tenéis a vuestros pies a un miserable pecador que a Vos acude y en Vos confía. Madre de misericordia, tened piedad de mí. Oigo que todos os llaman Refugio y Esperanza de los pecadores; sed, pues, el refugio y la esperanza mía. Socorredme por amor de Jesucristo, tended la mano a un miserable caído que a Vos se encomienda y se consagra por vuestro siervo perpetuo. Bendigo y doy gracias a Dios que por su misericordia

me ha concedido esta confianza en Vos, que yo miro como una prenda de salvación. ¡Ah, infeliz de mí! En el tiempo pasado he caído en la culpa por no haber acudido a Vos; y tengo por cierto que si a Vos me encomiendo me ayudaréis y saldré victorioso; pero este es mi temor: que en las ocasiones de pecar deje de llamaros en mi ayuda y así me pierda.

Concededme, pues, esta gracia que ardentemente os pido; alcanzadme que en los asaltos del infierno recurra a Vos diciendo: *María, ayudadme; Virgen del Perpetuo Socorro*, no permitáis que pierda a mi Dios.

Cinco Avemarías.

V. Te has hecho, Señora, nuestro Refugio.

R. Socorriéndonos oportunamente en la tribulación.

ORACIÓN

Dios omnipotente, que en tu misericordia nos diste la Imagen de tu Bienaventurada Madre, para que con el títu-

lo especial de *Perpetuo Socorro* la venerásemos: concédenos, Señor, que en todas las vicisitudes de nuestra peregrinación en esta vida, seamos, con la continua protección de la Inmaculada y siempre Virgen María, asistidos y amparados y merezcamos conseguir los premios eternos de tu Redención. Que vi-
ves y reinas por los siglos de los siglos.
Amén.

DIA SEGUNDO

Oración para pedir la gracia de invocar siempre a María.

QU *Madre del Perpetuo Socorro!* Concededme la gracia de que pueda siempre invocar vuestro poderosísimo nombre, ya que él es el socorro del que vive y la salvación del que muere. ¡Ah, María dulcísima, María purísima!, haced que vuestro nombre sea de hoy en adelante el aliento de mi vida. Cada vez que os llame, Señora mía, apresuraos a socorrerme, pues en todas mis tentacio-

nes y en todas mis necesidades propongo no dejar de invocaros, diciendo y repitiendo: ¡María, María!... ¡Oh, qué aliento, qué dulzura, qué confianza, qué ternura no siente mi alma con sólo repetir vuestro nombre y pensar en Vos! Doy gracias a Dios que os ha dado para bien mío ese nombre tan dulce, tan amable y tan poderoso! Mas no me contento con pronunciar vuestro bendito nombre; quiero pronunciarlo por amor, quiero que el amor me recuerde que siempre debo llamaros: *Madre del Perpetuo Socorro*.

Cinco *Avenmarías* como el día primero.

DIA TERCERO

Oración para alcanzar la salvación eterna.

QU *Madre del Perpetuo Socorro!* Vos sois la dispensadora de todas las gracias que Dios nos concede a nosotros pecadores; y si os ha hecho tan poderosa, tan rica, y tan benigna, es para que nos socorráis en nuestras miserias. Vos sois la abogada de los reos más abominables

y desamparados que a Vos recurren; socorredme también a mí, que a Vos me encomiendo, en vuestras manos pongo mi eterna salvación y a Vos entrego mi alma; contadme en el número de vuestros más especiales siervos; acogedme bajo vuestra protección, y eso me basta. Sí, porque si Vos me protegéis, ya nada temeré; no temeré mis pecados, porque Vos me alcanzaréis el perdón de ellos; no a los demonios, porque Vos sois más poderosa que todo el infierno; no temeré a mi propio Juez, Jesucristo, porque con una súplica vuestra El se aplaca. Sólo temo que por mi descuido deje de encomendarme a Vos y así me pierda. Obtenedme, Señora mía, el perdón de mis peñados, el amor a Jesucristo, la perseverancia final y la gracia de acudir siempre a Vos, *¡oh Madre del Perpetuo Socorro!*

Cinco *Avenarias* como el día primero.

Pío X concedió, a 17 de mayo de 1886, a cada una de estas tres oraciones, cien días de indulgencia, una vez al día, aplicables a las almas del Purgatorio.

**Oración a Nuestra Señora del Perpetuo
Socorro**

*para implorar su auxilio en nuestras
tribulaciones.*

¡Oh excelentísima, gloriosísima, santísima y siempre pura Virgen María, Madre de Jesucristo, Reina del mundo y Señora de todo lo criado; que a ninguno abandonáis, a ninguno despreciáis, ni dejáis desconsolado a quien recurre a Vos con corazón humilde y puro! No me desechéis por mis gravísimos e innumerales pecados, no me abandonéis por mis muchas iniquidades, ni por la dureza e inmundicia de mi corazón me privéis de vuestra gracia y de vuestro amor, pues soy vuestro siervo. Escuchad a este miserable pecador que confía en vuestra misericordia y piedad: socorredme, ¡oh piadosísima Virgen María!, en todas mis tribulaciones, angustias y necesidades, y alcanzadme de vuestro querido Hijo, omnipotente Dios y Señor nuestro Jesucristo, la indulgencia y la remisión de todos mis pecados y la gracia de vuestro

amor y temor, la salud y la castidad, y verme libre de todos los peligros de alma y cuerpo. En los últimos momentos de mi vida, sed mi piadosa auxiliadora, y librad mi alma de las eternas penas y de todo mal, y las almas de mis padres, hermanos, hermanas, amigos, demás parientes y bienhechores, así míos como de todos los fieles vivos y difuntos, con el auxilio de Aquel que por espacio de nueve meses llevasteis en vuestro purísimo seno y con vuestras manos reclinasteis en el pesebre, vuestro Hijo y Señor nuestro Jesucristo, que es bendito por los siglos de los siglos. Así sea.

Oración a Nuestra Señora del Perpetuo Socorro

para pedirle la gracia de la conversión.

¡Virgen Santísima, Madre de Dios, refugio seguro de los pecadores y, después de Dios, mi consuelo y mi esperanza en este destierro! A Vos me dirijo con entera confianza, aunque no merezco vuestro patrocinio. Conozco por una parte la

necesidad extrema que tengo de convertirme de corazón, y por otra me espanta la enormidad de mis culpas. Por eso recurro a Vos, que sois mi soberana medianera con vuestro Hijo Jesús. Mi arrepentimiento debe ser obra vuestra, ¡oh María!; dignaos, pues, Madre de misericordia, alcanzarme la gracia de una conversión perfecta y duradera. Quiero absolutamente mudar de vida. Mi voluntad es sincera, pero las dificultades que encuentro por mis malas costumbres, por el abuso que he hecho de tantas gracias e inspiraciones santas, la multitud y enormidad de mis culpas y los lazos del mundo, exigen un auxilio especial: espero, pues, que Vos no me lo negaréis, a pesar de mi indignidad. Soy merecedor de las llamas eternas, pero me arrojo a vuestros pies lleno de dolor y de arrepentimiento. Confieso que por mis iniquidades he perdido la gracia divina y el derecho a la felicidad eterna, provocando a la vez la cólera del Cielo. Decidme, Madre mía, lo que debo hacer para volver a la amistad de Jesús; rogadle por mí para que por los méritos de

su preciosísima sangre, de su acerba Pasión y dura muerte, se digne perdonarme mis pecados, y El me perdonará; decidle que Vos deseáis mi salvación, y El me salvará. Y por cuanto puedo todavía volver a pecar, y, entre tantos peligros que me rodean, perder de nuevo la vida de la gracia, protegedme siempre para que triunfe de mis enemigos, que no cesan de procurar mi ruina. Alcanzadme esperanza firme, fe viva, caridad ardiente, todas las demás virtudes propias de mi estado, la constancia en el bien y la perseverancia final. Sed, por último, mi Madre, mi protectora y abogada en todas las tentaciones, y, sobre todo, en el trance de la muerte, para que pueda ir a gozar en el Cielo y cantar vuestras misericordias por toda la eternidad. Amén.

**Oración para pedir a María
su socorro.**

¡Oh Santísima Virgen María, que para inspirarnos una confianza sin límites habéis querido tomar el dulcísimo nombre de *Madre del Perpetuo Socorro!*, yo os

suplico me socorráis en todo tiempo y en todo lugar: en mis tentaciones, después de mis caídas, en mis dificultades, en todas las miserias de la vida, y sobre todo, en el trance de la muerte. Concedme, ¡oh amorosa Madre!, el pensamiento y la costumbre de recurrir siempre a Vos, porque estoy cierto de que, si soy fiel en invocaros, Vos seréis fiel en socorrerme. Obtenedme, pues, esta gracia de las gracias, la gracia de invocaros sin cesar con la confianza de un niño, a fin de que, por la virtud de esta súplica constante, obtenga vuestro perpetuo socorro y la perseverancia final. Bendecidme, ¡oh tierna y cuidadosa Madre, y rogad por mí ahora y en la hora de mi muerte. Así sea.

Cinco Avemarias.

**Oración para pedir
a María Santísima su Perpetuo
Socorro**

en todas las necesidades de la vida.

¡Oh Madre del Perpetuo Socorro! Mi corazón rebosa de confianza en Vos a

causa de este nombre que lleváis. Heme, pues, a vuestros pies; vengo a manifestaros todas las necesidades, así de mi vida como de mi muerte; vengo a implorar, como remedio a tantas miserias, vuestro maternal *socorro*. Dignaos, ¡oh Madre mía!, escuchar compasiva mis humildes súplicas.

En todas mis dificultades, mis penas y mis miserias, *Venid en mi socorro, Madre bondadosa.*

En el momento peligroso de la tentación, para que yo resista,

Después de mis caídas, para que pronto me levante,

Si algún funesto lazo me sujetare al servicio del demonio, para que lo rompa,

Si tardare en convertirme, para que yo me rinda,

Si fuere esclavo de una pasión tiránica, para que de ella triunfe,

Si fuere un hijo pródigo, endurecido y encenagado en el vicio, para que vuelva a mi Padre,

Si viviere en la tibieza, para que Jesucristo no me arroje de su boca,

Venid en mi socorro, Madre bondadosa.

Si tuviere la desdicha de vivir en sacrilegio, para que tenga valor de confesarme bien,

Si me olvidare o descuidare de acudir a Vos, para que presto os invoque,

Si me relajare en vuestro servicio, para que pronto vuelva a enfervorizarme,

En el importante deber de la confesión, para que siempre lo cumpla pronto y bien,

Para que reciba dignamente y con fervor la Sagrada Comunión,

Para que haga siempre bien todos los ejercicios de piedad, y particularmente la meditación,

Para que conserve o recobre la castidad,

Para que consiga la humildad,

Para que llegue a amar a Dios con todo mi corazón.

Para que por amor de Dios me conforme en todo con su santa voluntad,

Para que fielmente cumpla con las obligaciones de mi estado,

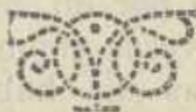
Venid en mi socorro, Madre bondadosa.

Si la enfermedad afligiere mi cuerpo,
y abatiere mi alma,
Si me sintiere agobiado bajo el peso
del tedio y de la tristeza,
Si algún prójimo me hiciere sufrir,
Si el Señor me probare con penas in-
teriores,
Si la Providencia me sujetare a la po-
breza o a los reveses de fortuna,
Si encontrare en mi propia familia
motivos de pena y aflicción,
Si me viere humillado, contrariado o
maltratado,
Para que consiga la salud o el alivio
de los que amo,
Para que con mis oraciones alcancen
libertad las almas del Purgatorio,
Para que coopere a la conversión de
los pecadores,
Para que alcance la gracia de la per-
severancia final,
Para que no me olvide nunca de pe-
dir esta gracia de la perseverancia
final,
Cuando llegue mi última enfermedad,
Cuando se acerquen las sombras de
la muerte,

Venid en mi socorro, Madre bondadosa.

En las últimas tentaciones que precedan y acompañen mi última agonía,
En mi último suspiro,
Cuando comparezca delante de vuestro divino Hijo, que ha de juzgarme,
Cuando esté en el Purgatorio,
Cuando entre en el Cielo, para que con Vos alabe dignamente las misericordias de Dios,
En todo tiempo y en todo lugar,
Para que os sirva, os ame y os invoque siempre,
Para que ame a Jesucristo,
Para que lleve a vuestro amor y servicio a muchos cristianos.....

Venid en mi socorro, Madre bondadosa.





NOVENA

A

Nuestra Señora del Perpetuo Socorro (1)

DIA PRIMERO

Acto de contrición.

Dios mío, vedme aquí a vuestros pies implorando vuestras misericordias. Débil y miserable pecador, no merecía piedad; pero la sangre adorable que habéis derramado por mí, alienta mi esperanza. Tantas veces como os he ofendido, otras tantas me habéis perdonado.

(1) Se celebra la fiesta de *Nuestra Señora del Perpetuo Socorro* el día 27 de junio y por privilegio el domingo que precede a la Natividad de San Juan Bautista.

Al considerar la inagotable bondad de vuestro Corazón, se llena el mío de pena y de dolor por mi ingrata correspondencia; pero me lleno de consuelo y de confianza al recordar aquellas palabras vuestras: *Venid a mí todos los que sufrís el peso del trabajo y del dolor, que yo os aliviaré.*

Os pido, Dios mío, el perdón de mis pecados, la gracia de no volver a ofenderos, la perseverancia hasta el fin de mi vida y la protección de vuestra Santísima Madre, cuyo *Perpetuo Socorro* hace santos a los pecadores arrepentidos. Amén.

ORACION

PREPARATORIA PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh Santísima Virgen María, Madre de misericordia y seguro refugio de los pecadores! Aquí vengo contrito y humillado a implorar vuestro poderoso patrocinio. Espero que vuestra bondad me reciba y me alcance de vuestro divino

Hijo la gracia de practicar dignamente este devoto ejercicio, consagrado a vuestro culto bajo el título de *Madre del Perpetuo Socorro*. Os consagro, pues, Madre adorable, desde ahora y para siempre, todas las aspiraciones de mi alma y los suspiros de mi corazón. Preparad mi espíritu, ¡oh Madre amorosísima!, para que con viva fe, con firme esperanza y con ardiente amor me consagre a vuestro perpetuo servicio y alcance ahora y para siempre, en todas las acciones de mi vida, vuestro auxilio poderoso y vuestro perpetuo socorro. Amén.

CONSIDERACIÓN

Titulo de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro.

Entre los numerosos títulos bajo los cuales el cristiano invoca a la Santísima Virgen, uno de los más bellos y consoladores es, sin duda, el de *Madre del Perpetuo Socorro*; título que debe excitar

nuestro amor y veneración, por haber sido escogido por la bondadosa Madre de Dios para estimularnos a invocarla con grande confianza en todas nuestras necesidades; título que nos revela el poder ilimitado con que Dios ha enriquecido a María, y la inagotable misericordia del corazón de esta tierna Madre; título que nos enseña que no hay tiempo, ni lugar, ni circunstancia alguna en que esta buena Madre no esté dispuesta a socorrernos si la invocamos con fervor y confianza.

Cuántos motivos tienes, ¡oh alma cristiana!, para abrazar devoción tan piadosa y consoladora, cuando por medio de ella te aseguras la perpetuidad del maternal socorro de María. Porque si a cada título de la Santísima Virgen corresponde una prerrogativa especial, al título de *Perpetuo Socorro* corresponde admirablemente la gracia suprema de la perseverancia final; gracia que, según el gran doctor San Alfonso, comprende una serie continuada de favores que abraza toda nuestra vida, coronados con el de una piadosa y santa muerte. ¡Qué

consuelo para todos los devotos de *María del Perpetuo Socorro* el poderla invocar en todas sus necesidades espirituales y temporales, con la seguridad de alcanzar socorro en las enfermedades del cuerpo y del alma, en los peligros, en las tentaciones, en la adquisición de las virtudes, socorro para alcanzar la perseverancia final, socorro especial, en fin, en la hora de nuestra muerte!

Nuestros pecados, ¡oh María!, nos hacen indignos de semejante honor; pero también nuestras perpetuas miserias son el título más abonado para vuestras perpetuas misericordias. Recibidnos, pues, ¡oh Madre tierna y amorosa!, en el número de vuestros hijos más predilectos.

Se medita y se pide lo que se desea conseguir por intercesión de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro.

JACULATORIA: Santísima Virgen María, hacednos dignos de vuestra protección y amparo.

OBSEQUIO: Un acto de consagración al Eterno Padre, pidiéndole gracia para conocer las grandezas de María.

INVOCACIONES Y SÚPLICAS

¡Oh Madre del *Perpetuo Socorro*,
cuyo solo nombre inspira confianza!

En el momento de la tentación, para
que yo resista,

Cuando haya tenido la desgracia de
pecar, para que vuelva a levantarme.

Si algún lazo funesto me encadena
al servicio del demonio, para que pue-
da romperlo,

Contra las seducciones del mundo,
las compañías peligrosas y los libros
perniciosos,

Si vivo en la tibieza, para reani-
marme,

En la recepción de los Sacramentos
y en el cumplimiento de los deberes
de la piedad cristiana,

En todas las pruebas y trabajos de
la vida,

Contra mi propia inconstancia, y
para perseverar hasta el fin,

Para que os ame, os sirva y os in-
voque siempre,

Para que incline al prójimo a ama-
ros, a servirlos y a invocarlos.

¡Oh Madre mía! ¡Hasta mi último
suspiro!

Madre de amor, venid en mi socorro.

ORACIÓN

¡Oh María, Madre poderosísima, abrid mis labios para que mi voz pronuncie vuestras alabanzas. Haced que desde ahora y para siempre os invoque con el glorioso título de *Madre del Perpetuo Socorro*. En este dulce nombre están compendiadas las maravillas de vuestras misericordias. ¡Oh! ¡Cuánto consuelo, amantísima Madre mía, cuánta confianza inspira ese título excelso con que Vos misma nos habéis enseñado a invocaros! Haced, Madre dulcísima, que vuestra protección poderosa borre nuestras iniquidades y nos haga dignos de ser vuestros fieles devotos. Amén.

Seais amada, seais alabada, seais invocada, seais eternamente bendita, ¡oh Virgen del Perpetuo Socorro!, mi esperanza, mi amor, mi Madre, mi Refugio y mi Vida. Amén.

DIA SEGUNDO

(Acto de contrición y oración preparatoria, como el primer día).

CONSIDERACIÓN

María, socorro en los peligros.

¿Quién puede poner en duda que si la misericordiosa providencia del Señor no nos asistiera en cada instante, nos veríamos expuestos a una muerte inevitable? Peligros en el mar, peligros en la tierra, peligros en las ciudades, peligros en nuestros falsos amigos, peligros en la soledad, en las concurrencias; peligros en los viajes, peligros de día y durante la noche; peligros, en fin, como dice el Apóstol, en todo género de cosas. Pues bien, ¿quién es esa criatura privilegiada a quien el Todopoderoso ha constituido seguro refugio e infalible defensa en todos los peligros de nuestra vida? Es la bella María, la dulce *Madre del Perpetuo Socorro*. Llena está la historia de los extraordinarios prodigios realizados por esa Madré cariñosa para defender a

sus devotos de los innumerables peligros corporales a que se hallan expuestos en este confuso laberinto del mundo.

Difícil sería enumerar la serie de maravillas que se han obrado en el mundo, en todos los siglos y en todos los pueblos, por la protección de esa Virgen admirable. No se necesitan muchas pruebas para inclinar el corazón del cristiano a recurrir con confianza a María en todas sus necesidades, porque hay en él un sentimiento innato y una atracción irresistible que le arrastra hacia ese imán de la misericordia. Recurrámos, pues, a Ella con la entera seguridad de alcanzar los auxilios que necesitamos en medio de tantos peligros como nos rodean. No perdamos nunca de vista ese luminoso faro: *María del Perpetuo Socorro*

Se medita y se pide lo que se desea conseguir por intercesión de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro.

JACULATORIA: Madre amantísima, ejercidad en mí vuestro perpetuo socorro y libradme de todo peligro.

OBSEQUIO: Un acto de consagración al Corazón de Jesús, por medio del Corazón de María, para pedirle su protección en los peligros de alma y cuerpo

Invocaciones y súplicas como el primer día, pág. 491.

ORACIÓN

¡Oh María, Virgen inmaculada!, yo os saludo con el dulce nombre de Madre y Señora del *Perpetuo Socorro*. Bendigo vuestro santo nombre, y bendigo y alabo a Dios por el momento feliz de vuestra Concepción inmaculada. En medio de mi profunda miseria doy gracias al Eterno Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, por haberme dado en Vos, Madre amantísima, un guía seguro en mis caminos, consuelo en mis aflicciones y socorro en los peligros de mi vida. Haced, Madre benditísima, que recurra siempre a Vos, y que experimente vuestra perpetua protección en todas las necesidades de mi cuerpo y de mi alma. Amén.

DIA TERCERO

CONSIDERACIÓN

(Acto de contrición y oración preparatoria, como el primer día.)

María, socorro en las enfermedades.

Una de las más terribles penas del pecado son las enfermedades corporales, a que continuamente estamos expuestos, sea por el abuso que hacemos voluntariamente de las criaturas, sea por justa permisión de Dios, que así lo ha dispuesto para castigar nuestras faltas y purificarnos con una saludable penitencia. Si en este punto nos cupiera alguna duda, no tenemos más que fijar por un momento la vista en esos tristes hospitales destinados a dar alivio y salud a tantos desgraciados como padecen allí las más dolorosas y crueles enfermedades.

Hay para el cristiano un remedio eficaz, una medicina milagrosa mil veces más segura que los remedios humanos: es María, la *Madre del Perpetuo Socorro*.

En todos los siglos, la Santa Iglesia, que saluda a María con el título de *Salud de los enfermos*, ha sido eco de consuelo y de salud para la humanidad doliente, y apenas habrá lugar en que las piadosas tradiciones populares no conserven especial devoción, ya a una fuente milagrosa, cuyas aguas han obrado portentosos milagros, ya a una imagen venerada por los fieles, a cuya protección se deben maravillosas curaciones. Jesucristo, con su virtud divina, daba vista a los ciegos, oído a los sordos, movimiento a los paralíticos y vida a los muertos. María ha heredado de su Hijo en el cielo esa virtud divina, como dispensadora que es de todas las gracias de Dios.

Invoquémosla, pues, con toda confianza en nuestras enfermedades y penas; si no nos restituye la salud, por no convenir así a nuestra salvación eterna, siempre hallaremos en Ella consuelo y la paciencia necesaria, y Ella hará que nuestros dolores y aflicciones sirvan de medio para llevarnos al cielo.

Se medita y se pide lo que se desea

conseguir por intercesión de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro.

JACULATORIA: Madre amabilísima, socorredme en mis enfermedades y haced que la memoria de la dolorosa pasión de vuestro Hijo Santísimo me haga sonar mis dolores.

OBSEQUIO: Un acto de consagración al Espíritu Santo por intercesión de María, para que, iluminando nuestro espíritu, nos alcance la gracia de amar los padecimientos.

Invocaciones y súplicas, pág. 491.

ORACIÓN

¡Oh Madre compasiva! Yo alabo y bendigo, el día mil veces dichoso en que vinisteis a la tierra para gloria del mundo, para complacencia del Altísimo, alegría de los ángeles y esperanza de los que sufren. Haced, Señora, que el Espíritu divino encienda en mi corazón un amor ardiente a Jesucristo crucificado, y que la contemplación de los tormentos

que por nosotros sufrió mitigue las dolencias de mi cuerpo, y haga que las ofrezca al Eterno Padre en sacrificio de expiación, para que mi alma se purifique y merezca así alcanzar la salvación eterna. Amén.

DIA CUARTO

(Acto de contrición y oración preparatoria, como el primer día)

CONSIDERACIÓN

María, socorro en la pobreza.

Una de las muchas y grandes penas que afligen a la humanidad y la más general de todas es la pobreza, llena de sacrificios y de privaciones de todo género, en que gime la mayor parte de los hombres y que parece encargada de cumplir aquella terrible sentencia lanzada contra el primer hombre en el Paraíso: *Comerás el pan con el sudor de tu rostro.*

Si comprendiéramos los altos designios de Dios, veríamos en la pobreza y

demás trabajos de la vida una prueba evidente del interés y amor que tiene por nosotros; pues esas penas son, en su adorable Providencia, o el pago de las deudas contraídas por nuestras culpas, o medio de hacer méritos para el cielo, y, en todo caso, motivos de expiación y de salud. Pero, arrastrados por el deseo de goces materiales, desconocemos esa admirable conducta de la Providencia, nos rebelamos contra sus paternales disposiciones, y llevamos con impaciencia los disgustos y aflicciones sin advertir que un padre como El, no puede querer para sus hijos sino lo que más conviene a su verdadero bien y felicidad. Si se penetrara el hombre de estos pensamientos cristianos miraría la pobreza como una manifestación de la voluntad de Dios en orden a nuestro bien.

Nuestro adorable Redentor amó con particularidad a los pobres, y entre los pobres eligió a sus discípulos, y llamó bienaventurados a los pobres de espíritu.

Si el Hijo de Dios, siendo Rey del mundo, vivió pobre y murió sin tener donde reclinar su cabeza, ¿habremos nos-

otros de vivir siempre tiranizados por el deseo de los bienes temporales, después que nuestro divino Maestro nos enseñó a renunciarlos con su palabra y con su ejemplo?

Si nos aflige la pobreza, recurramos a la protección de la *Virgen del Perpetuo Socorro*; volvamos los ojos a esa Madre cariñosa, que no nos abandonará en la miseria, antes bien nos alcanzará la satisfacción de nuestras necesidades, levantará y fortalecerá nuestro espíritu, y nos hará comprender el valor de las adversidades de esta vida.

Se medita y se pide lo que se desea conseguir por intercesión de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro.

JACULATORIA: Madre del *Perpetuo Socorro*, amparadme en mis necesidades y haced que la pobreza sea para nosotros el medio de alcanzar las riquezas eternas del Cielo.

OBSEQUIO: En honor de la pobreza en que vivió la Santísima Virgen, hagamos tres actos de desprendimiento de las cosas terrenas.

Invocaciones y súplicas, pág. 491.

ORACIÓN

¡Oh Virgen poderosa, Madre del *Perpetuo Socorro*, depositaria de los tesoros del Altísimo, auxilio constante de los necesitados y consuelo de los afligidos que recurren a Vos con perseverancia! Yo me acojo con fe y confianza a vuestra protección, para que, sostenido por Vos, me haga superior a las penas y aflicciones que trae consigo la pobreza. Alcanzadme del Corazón de vuestro Hijo Jesús la fortaleza para aceptarlas con resignación como venidas de la voluntad de Dios, y para ofrecérselas en satisfacción de mis culpas. Haced, Madre amorosa, que practique de tal modo las virtudes cristianas, que merezca alcanzar aquellos purísimos y abundantes goces, que forman la dicha de los cielos y bienaventuranza de los que renunciaron en este mundo las riquezas por seguir a Jesucristo, nuestro divino Maestro. Amén.

DIA QUINTO

(Acto de contrición y oración preparatoria, como el primer día).

CONSIDERACIÓN

María socorre en las caídas para reconciliarnos con Dios.

Si el mayor de los bienes es la santidad, la mayor desdicha del hombre es caer en pecado y permanecer en desgracia con Dios. ¡Oh, qué desgarradora turbación atormenta el alma del cristiano que, reconociendo haber sido criado para vivir amando y glorificando a su Dios, ha torcido su fin, dejándose seducir por los halagos engañosos del mundo.

La gracia de Dios es el tesoro más precioso que puede apetecer el alma para ser feliz. Desgraciados los que la pierden por viles devaneos, y más desgraciados aún los que son ya insensibles a la gracia. Este es el fruto más funesto que ofrece el mundo a sus adoradores.

Allí está, en la cima del Calvario, nuestro amantísimo Jesús, derramando gota

a gota su sangre adorable para salvar al mundo y redimir al pecador. Allí está también, al pie de la Cruz, su Santísima Madre, como medianera entre Dios y los hombres, y Ella es nuestra esperanza y nuestro seguro refugio.

Nada hay, pues, comparable a la desgracia de vivir apartado de Dios; y siendo el pecado lo que nos separa de ese centro de felicidad, huyamos siempre de él, reparemos nuestras pasadas infidelidades, y para conseguirlo imploremos la protección de nuestra *Madre del Perpetuo Socorro*, en la seguridad de que, como lo atestiguan los más grandes Santos, jamás deja de ser por Ella socorrido el pecador arrepentido que implora su poderoso auxilio. ¿Qué os podrá negar, Madre Santísima, nuestro divino Redentor, si le pedís algo para nosotros, cuando desde lo alto de la cruz os constituyó Madre nuestra, cuando, mostrándonos a San Juan, os dijo: *Ecce ahí a tu hijo?*

Postrémonos, pues, a los pies de esta Madre de misericordia, y roguémosla que nos aparte del pecado y que, obte-

niéndonos el don de la gracia santificante, nos conduzca al seno amoroso de su divino Hijo.

Se medita y se pide lo que se desea conseguir por intercesión de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro.

JACULATORIA: Madre purísima, levántame del cieno de la culpa, y alcanzadme la gracia de la reconciliación.

OBSEQUIO: Impongámonos la devoción de rezar todos los días tres *Aveurias* a Nuestra Señora del *Perpetuo Socorro*, para que nos libre de toda culpa voluntaria.

Invocaciones y súplicas, pág. 491.

ORACIÓN

(Tomada de las obras de San Alfonso).

¡Oh Santísima María, *Madre del Perpetuo Socorro!* Aquí tenéis a vuestros pies a un miserable pecador que a Vos recurre y en Vos confía. Oigo que todos los fieles os llaman refugio y esperanza de pecadores; sed, pues, mi refugio y mi

esperanza; socorredme por amor de Jesucristo; alargad vuestra mano a un miserable caído que a Vos se encomienda y se ofrece a vuestro perpetuo servicio. Bendigo y alabo al Señor, que por su infinita misericordia me ha inspirado semejante confianza en Vos, confianza que yo considero como señal de mi eterna salvación; y si en lo pasado he caído tantas veces, conozco que ha sido por no haberme encomendado a Vos, pues sé que con vuestro socorro triunfaré seguramente, y sé que no dejaréis de socorrerme si recurro a Vos; pero temo que en las ocasiones de caer deje de invocaros y me pierda. Esta es, por tanto, la gracia que os pido ahora; ruégoos que en los asaltos del infierno me hagáis recurrir a Vos, diciéndoos: *Madre mía, ayudadme Virgen del Perpetuo Socorro, no permitáis que pierda a mi Dios. Amén.*

DIA SEXTO

(Acto de contrición y oración preparatoria, como el primer día).

CONSIDERACIÓN

María, socorro en las tentaciones

Combate y tentación es la vida del hombre sobre la tierra, dice la Sagrada Escritura.

A consecuencia de la rebelión de Luzbel contra Dios, debía comenzar con el mundo una lucha gigantesca del mal contra el bien. El hombre, a causa del don inefable de la libertad que recibió del Creador, iba a verse pronto empeñado en la batalla, y precisado a decidirse por uno de los dos campos: entre el precepto divino y la tentación del demonio, entre Dios y Luzbel. El hombre cedió a la tentación y desde entonces su vida sobre la tierra ha sido un continuo combate.

Pero, en medio del naufragio que le amenaza, tiene siempre a la vista el faro celestial de María; levanta sus miradas

al cielo, donde se encuentra la estrella de los mares, la *Santísima Virgen del Perpetuo Socorro*, y hacia Ella dirige sus profundos suspiros.

Cualquiera que sea la tentación que nos acometa, en María del *Perpetuo Socorro* encontraremos aquella ciudad fortificada e impenetrable a los asaltos del enemigo común del género humano.

¿Hállanse entre nosotros pecadores sin esperanza y expuestos a la desesperación? No temáis; en María del *Perpetuo Socorro* encontraréis el remedio apetecido.

¿Os encontráis faltos de fuerzas para resistir a las sugerencias de un mundo corrompido, molestados por las tentaciones de una carne rebelde que se levanta contra el espíritu? Venid, acogeos bajo la protección de nuestra bondadosa Madre del *Perpetuo Socorro*.

En vano el infierno preparará maquinaciones y empleará todos sus ardidés. Yo, dirá María del Perpetuo Socorro, *soy un muro impenetrable; yo, que pisé la cabeza del dragón infernal, yo te pro-*

tegraré; no temas, ven a mí, yø te defenderé y tu victoria será completa.

Refugiaos, pues, almas cristianas, en María del *Perpetuo Socorro*. Ella es el terror de los enemigos. Levantaos, nos dirá María, y perezcan vuestros enemigos; y a la voz bendita de esta Reina del cielo, del mismo modo que la cera se derrite al contacto del fuego, así desaparecerán confusos los enemigos de nuestra salvación.

Se medita y se pide lo que se desea conseguir por intercesión de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro.

JACULATORIA: En las asechanzas de los enemigos de nuestra salvación, amparadnos, Madre nuestra.

OBSEQUIO: Recitar con todo fervor tres veces al día durante la presente novena, aquellas palabras del *Padrenuestro*: "Señor, no nos dejes caer en la tentación, más libranos de mal. Amén"

Invocaciones y súplicas, pág. 491.

ORACIÓN

¡Oh dulcísima Virgen, Madre del *Perpetuo Socorro*! ¡Oh bellísimo nombre de María, cuya sola invocación inspira confianza y consuelo a los pecadores! Yo vengo a vuestras plantas a implorar vuestro socorro poderoso en las continuas asechanzas de los enemigos de mi alma. Haced, Madre amantísima, que, cuando el demonio me tentare, recuerde agradecido el amor que debo a mi Señor Jesucristo, que vivió y murió sólo por amor al hombre. Haced que este recuerdo y el de vuestros continuos beneficios fortifiquen mi espíritu, y que vuestras gracias lluevan sobre mi alma como rocío fecundo del cielo. Así, escudado con el amor de Jesús y de María, resistiré con valor inquebrantable todas las tentaciones del mundo, del demonio y de la carne, alcanzaré segura victoria sobre mis pasiones, y podré algún día glo-

rificar en el cielo el augusto nombre de Jesús y el dulce nombre de María. Amén.

DIA SEPTIMO

(Acto de contrición y oración preparatoria, como el primer día).

CONSIDERACIÓN

María, socorro en la adquisición de las virtudes.

Todos los Santos profesaron una tierna y constante devoción a la Santísima Virgen, y por ella alcanzaron las virtudes y las gracias que habían de elevarlos a la alta perfección cristiana, que hoy les hace gozar de las delicias inefables de la bienaventuranza.

Y nosotros, ¿por qué no hemos de seguir la misma conducta de los Santos? Si nos encontramos privados de las virtudes que Dios exige de nosotros, ¿por qué, a ejemplo de los Santos, no emprendemos la tarea de adquirirlas, buscando para ello el socorro eficaz de aquella Madre, depositaria de los dones del

Altísimo, Reina y dispensadora de toda virtud?

Preciso es no forjarnos ilusiones: los verdaderos placeres de la tierra son los que hallaremos en la práctica de las virtudes cristianas; y jamás los hombres que se entregan a los goces del mundo hallarán en ellos las delicias inefables que les ofrecerá una sólida virtud.

Volvamos los ojos a nuestra vida pasada. En vano hemos buscado con ahinco la felicidad, corriendo en pos de esos fantásticos horizontes del mundo; ¿qué hemos encontrado en ellos sino vanidad y aflicción de espíritu?

Todos los más grandes doctores de la Iglesia proclamaban a María como la dispensadora de todas las gracias que Dios comunica a la humanidad. Y especialmente el gran doctor San Alfonso, en sus numerosas obras, ha proclamado muy alto las glorias de María, a hacernos conocer el tesoro de su perpetua protección.

Penetrémonos, pues, de la necesidad de adquirir la virtud. Para esto debemos acudir llenos de confianza a María, nues-

tra Madre del *Perpetuo Socorro*. Ella fué saludada por el mensajero celestial como llena de todas las gracias, de que los hombres debían valerse para obtener su rehabilitación, por los méritos de su Santísimo Hijo, y esas gracias las derramará abundantes sobre sus fieles devotos.

Se medita y se pide lo que se desea conseguir por intercesión de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro.

JACULATORIA: Por vuestra pura e Immaculada Concepción ¡oh María!, haced puro mi cuerpo y santa el alma mía.

• OBSEQUIO: En honor de la pureza de María hagamos con pura y recta intención nuestras obras del día, procurando ejercitar siempre esta santa práctica.

Invocaciones y súplicas, pág. 491.

ORACIÓN

Oh Virgen, Madre del *Perpetuo Socorro*, Reina soberana de todas las virtudes! Yo me consagro enteramente a Vos, y os hago depositaria de mi pobre corazón! Recíbidle en el seno de vuestra

misericordia, y alcanzadme las gracias necesarias para que viva siempre en el santo temor de Dios. Hacedme conocer, Madre mía, cuán importante es la práctica de las virtudes cristianas. Yo bien conozco cuán fugitivos son los placeres, cuán vanos los encantos con que el mundo brinda a sus adoradores, y conozco a cuánta desdicha estamos expuestos viviendo alejados de Vos y de vuestro Hijo Jesús. Hacednos, Madre amabilísima, partícipes de los inefables goces que en la práctica de la virtud y en vuestro culto experimentan vuestros devotos. Amén.

DIA OCTAVO

(Acto de contrición y oración preparatoria, como el primer día).

CONSIDERACIÓN

María, socorro en la hora de la muerte.

Hemos considerado cuán grande y cuán inagotable es la bondad y la mise-

ricordia de la Santísima Virgen en todas las circunstancias de nuestra vida. Antes que asomase el uso de la razón, estaba a nuestro lado protegiendo nuestra inocencia; en los peligros de nuestra juventud fué nuestro auxilio, el alivio en nuestras enfermedades, el consuelo en nuestras aflicciones, el sostén en nuestras tentaciones y nuestra guía en los caminos difíciles de la virtud. ¿Cómo podremos dudar que sea también nuestro poderoso auxilio en la hora de la muerte? Acudamos, pues, a Ella en aquella hora terrible, y hallaremos la confianza de nuestro espíritu y la tranquilidad de nuestro corazón. Confiemos en su poderoso patrocinio, y demos gracias a la misericordia de Dios por habernos dado a María por bienhechora, por abogada y por nuestra Madre.

Observemos una vida cristiana, seamos siempre hijos fieles y devotos fervorosos de María, y nuestra salvación será segura. ¿A quién acudiremos en el último instante de nuestra vida, que pueda inspirarnos confianza más profunda que María? Invoquémosla con fe, amé-

mosla con ternura, supliquémosla con confianza, y repitamos siempre y a todas horas con el mayor fervor aquella tierna y dulce plegaria de la Iglesia: *Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.*

Se medita y se pide lo que se desea conseguir por intercesión de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro.

JACULATORIA: Virgen María, Vos que sois en la vida el socorro perpetuo y la esperanza mía, sed en la hora de la muerte mi seguro guía.

OBSEQUIO: Con un acto de confianza en la protección de María, invoquemos su patrocinio para la hora de la muerte.

Invocaciones y súplicas, pág. 491.

ORACIÓN

¡Oh María, Madre de misericordia, socorro perpetuo del hombre sobre la tierra! Cuando pienso en aquel formidable momento que ha de decidir de mi

eterno destino, mi espíritu se abate y mi corazón se entristece; la falta de merecimientos me confunde, y mis ingratitudes y pecados me espantan. ¿Me abandonaréis, Madre mía, en aquel supremo momento, Vos, que sois mi única esperanza? Venid, Madre amantísima, en mi auxilio, Vos, que sois la más segura y eficaz medianera entre Dios y los hombres, porque con razón temo perecer eternamente si Vos me abandonáis. En la preciosísima sangre de Jesucristo, vuestro Hijo Santísimo, y en vuestra poderosa intercesión, fundo todas mis esperanzas. Si hasta hoy no he correspondido a vuestros beneficios, perdonad mis ingratitudes y alcanzadme el precioso don de morir amando a mi Jesús y a Vos, Madre santísima. Amén.

DIA NOVENO

(Acto de contrición y oración preparatoria, como el primer día).

CONSIDERACIÓN

**María, socorro para alcanzar
la perseverancia final.**

Una de las virtudes y gracias más importantes de la vida cristiana es la perseverancia final. *El que perseverare hasta el fin, éste será salvo*, nos dice el Santo Evangelio.

De nada nos servirá haber emprendido el camino del cielo, si no llegamos hasta el fin de la jornada. No basta haber empezado bien; es preciso continuar y acabar bien. Si amamos a Dios sobre todas las cosas, como es nuestro deber, necesitamos amarle siempre y hasta el fin. Dios quiere nuestra salvación; pero exige el concurso de nuestra voluntad. Nada siente tanto como nuestra perdición: nos llama con amorosas voces, nos perdona y nos llena de sus gracias; y, como complemento de sus beneficios, nos

da por Madre, por abogada y protectora a su propia Madre, la Virgen Santísima.

No seamos, pues, ingratos. Antes perder la vida que ofender a un Padre tan bueno, a un Dios tan misericordioso.

¿Y de qué armas podremos valernos para defendernos de nuestra flaqueza, miseria e inconstancia? El mejor medio es la oración siempre perseverante, sostenida por la intercesión de María, nuestra Madre Santísima, que es la Madre de la santa perseverancia, Dios ha prometido que las plegarias de María no serán jamás desoídas.

Muchos son los enemigos que asedian nuestra alma. Pero si invocamos continuamente el auxilio de esta *Madre del Perpetuo Socorro*, si perseveramos en su amor y servicio, estemos seguros de que Ella nos alcanzará la perseverancia en el amor y servicio de Dios, único bien a que debemos aspirar en todo el curso de nuestra vida.

Se medita y se pide lo que se desea conseguir por intercesión de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro.

JACULATORIA: Jesús y María sean siempre el amor y la esperanza mía.

OBSEQUIO: Un acto de consagración a María, pidiéndole el don de la perseverancia en el servicio de Dios y en la práctica de las virtudes cristianas, y ofreciendo rendirle siempre un culto particular bajo el dulce título de Madre del *Perpetuo Socorro*, y propagar con interés su devoción.

Invocaciones y súplicas, pág. 491.

ORACIÓN

¡Oh María, Madre cariñosa y compasiva con los pecadores arrepentidos! Mediante vuestro benéfico y perpetuo socorro he conocido el abismo de mis miserias y abrazado el camino de vuestro amor. Gracias os sean dadas, benignísima Madre mía, por tan inmenso beneficio. Lleno del más tierno reconocimiento, me ofrezco a vuestro perpetuo servicio, pues sin vuestro amparo y protec-

ción mi alma seguiría precipitándose hacia el abismo de la culpa.

Espero, Madre mía, lleno de confianza, que no me abandonaréis ni un solo instante. Inspiradme un profundo y tierno amor a vuestro purísimo Corazón y al Corazón adorable de Jesús.

Yo os consagro mi entendimiento, para que piense siempre en la obligación que tengo de amaros; os consagro mi lengua para que os alabe, y mi corazón para que hagáis de él un santuario digno del amor de Jesús.

Aceptad, dulcísima María, esta ofrenda que os hace un pecador arrepentido que vuelve a Vos lleno de confianza, y espera alcanzar por vuestra intercesión la dicha inefable de vivir la vida de los hijos de Dios, para que, adorándole siempre en espíritu y en verdad, seamos siempre perpetuos y fieles siervos de Je-

sús y de María en el tiempo y en la eternidad. Amén.

ORACIÓN PARA EL ÚLTIMO DÍA

¡Oh María, Madre de la gracia! Dignaos aceptar el ejercicio que durante estos nueve días hemos consagrado a vuestro culto, como un acto de desagravio por la frialdad de tantos cristianos tibios, de tantos ingratos que os miran con desdén. de tantos pecadores endurecidos que viven sumergidos en el cieno de la culpa, y de tantos enemigos vuestros y de vuestro Santísimo Hijo, a quien con sacrílego empeño rechazan y persiguen en su santa Iglesia.

Rogad, Señora, por todos, y ejerced de un modo especial vuestro perpetuo socorro en favor de nuestra querida patria; haced que en ella prospere la fe, para que vivamos todos unidos bajo la égida salvadora de la Iglesia Católica.

Dadnos, Madre de la gracia, una prueba mayor aún de vuestras misericordias, convirtiendo y purificando los corazones rebeldes, para que reconozcan la verdad, renuncien al error y glorifiquen con nosotros el santo nombre de Dios y vuestro dulce nombre, ¡oh María, *Madre del Perpetuo Socorro!* Amén.

GOZOS

Socorro sois perpetuo.

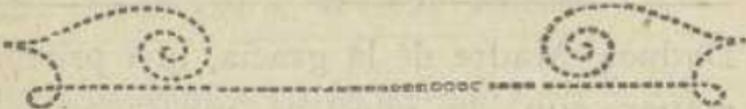
Socorro sois perpetuo,
Venid, pues, os imploro.

Coro. Venid a mi socorro,
¡Oh Madre de bondad!

2. Oid, ¡oh Virgen pura!,
Las preces fervorosas,
Que suben amorosas
A vuestro santo Altar.

3. En este triste valle,
Do vivo desterrado,
Os pido aquí postrado
Consuelo celestial.

4. En mi postrera lucha
Con la terrible muerte,
Será feliz mi suerte
Si logro yo exclamar.



Tercer domingo de cada mes

DEDICADO A NUESTRA SEÑORA DEL PERPETUO
SOCORRO

Se pueden celebrar los cultos de la manera siguiente:

POR LA MAÑANA, se hace una Comunión general; al terminar se reza la CONSAGRACIÓN a la Virgen del Perpetuo Socorro y San Alfonso, para ganar la INDULGENCIA PLENARIA.

POR LA TARDE, se pueden celebrar los cultos siguientes:

- a) Se expone el Santísimo.
- b) Se reza una estación y a continuación el Santo Rosario.
- c) Se predica una plática o se lee algo sobre la Virgen.

(Para esta lectura se recomiendan *Las Glorias de María* o los libros titulados: *Súplica Perpetua*, *Flores de Mayo*, etc.).

d) A continuación se da lectura a los favores o peticiones reunidos en el cepillo destinado a este objeto, rezando después alguna oración a la Virgen por las intenciones recomendadas.

(Si no hay favores en el cepillo se leen

algunos de los publicados en la Revista *Perpetuo Socorro*.

c) Se termina con la Bendición del Santísimo.

N. B. Es cosa útil intercalar algún cántico piadoso en honor de la Virgen.

Es muy conveniente rezar por los hermanos difuntos.

Consagración a María.

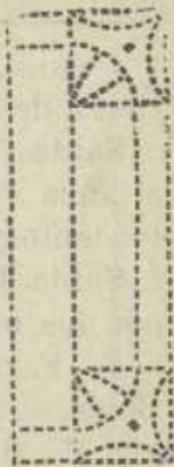
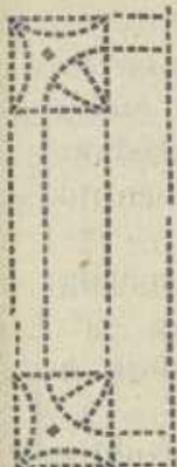
QUE HA DE RENOVARSE TODOS LOS MESES
DESPUÉS DE LA COMUNIÓN O DURANTE EL DÍA

QH María! Ya que para inspirarme confianza habéis querido llamaros Madre del Perpetuo Socorro, yo, N. N., aunque no merezco pertenecer al dichoso número de vuestros siervos, deseando, sin embargo, participar de los copiosos efectos de vuestra misericordia, postrado ante vuestro trono os consagro mi entendimiento, para que piense siempre en el amor que merecéis; os consagro mi lengua, para que alabe vuestras excelsas prerrogativas y propague vuestra devoción; y os consagro mi corazón, para que os ame, después de Dios, sobre

todas las cosas. Recibidme, ¡oh gran Reina!, en el afortunado número de vuestros siervos, acogedme bajo vuestra protección, socorredme en todas mis necesidades espirituales, y especialmente en los grandes peligros de mi agonía. ¡Oh Madre del Perpetuo Socorro! Sabiendo yo que me amáis más de lo que yo mismo me amo, os constituyo Señora y Dueña absoluta de todas mis cosas y de mi vida toda, para que, como de cosa vuestra, dispongáis de mí y de cuanto me pertenece como os agrade. Bendecidme, ¡oh Madre mía!, y con vuestra poderosa intercesión fortaleced mi flaqueza, a fin de que, sirviéndoos fielmente en esta vida, pueda alabaros, amaros y daros gracias en el Cielo por toda la eternidad.

JACULATORIA: ¡Oh Madre del Perpetuo Socorro!, rogad por mí.

Seáis amada, seáis alabada, seáis invocada, seáis eternamente bendita. ¡Oh Virgen del Perpetuo Socorro!, mi esperanza, mi amor, mi madre y mi vida. Amén.



V

**Devoción a la Sagrada Familia
y a San José.**

PRECES Y ELOGIOS A LA SAGRADA FAMILIA

JESÚS, María y José, tened piedad de nosotros.

Jesús, María y José, nombres para siempre benditos del Padre, de la Madre y del Hijo, que ensalza e invoca el orbe católico con el título de la Santa Familia.

Jesús, María y José, Sagrada Familia, digna de nuestro culto y de nuestro amor,

Imploramos vuestra protección.

Jesús, María y José, imagen en la
tierra de la augusta Trinidad del cielo,

Santa Familia, de cuya castísima
alianza fué precursora una juventud
inocente y llena de virtudes,

Santa Familia, que fuisteis probada
por las mayores contradicciones,

S. F. afligida en vuestro viaje a
Belén,

S. F. despreciada por todos y obli-
gada a tomar asilo en un establo,

S. F. saludada por los conciertos
de los Angeles,

S. F. visitada por los pobres pasto-
res de Belén,

S. F. venerada por los Reyes Ma-
gos,

S. F. colmada de bendiciones por
el santo anciano Simeón,

S. F. fugitiva y desterrada a tierra
extraña,

S. F. oculta y desconocida en Na-
zaret,

S. F. fidelísima a la ley del Señor,

S. F. modelo de la familia cristiana,
S. F. en la que siempre reina la
concordia y la paz,

Imploramos vuestra protección.

S. F. cuyo jefe es el modelo de la
vigilancia paternal.

S. F. cuya esposa es el modelo de la
solicitud maternal.

S. F. cuyo Hijo es el modelo de la
obediencia y de la piedad filial.

S. F. que llevaste una vida pobre,
laboriosa y penitente,

S. F. que ganasteis vuestro pan con
el sudor de vuestra frente,

S. F. pobre de bienes terrenos, pero
rica de bienes celestiales,

S. F. despreciada de los hombres,
pero grande a los ojos de Dios,

S. F. nuestro sostén durante la vi-
da y nuestra esperanza en la hora de
la muerte,

S. F. patrona y protectora de nues-
tra Archicofradía,

Jesús, María y José,

ORACIÓN.

Dios de bondad y misericordia, que os
dignasteis llamarnos a esta piadosa Ar-
chicofradía de la Santa Familia, conce-
dednos la gracia de honrar e imitar

Imploramos vuestra protección

siempre a Jesús, María y José, para que, después de haberles sido agradables en la tierra, podamos gozar de su presencia en el cielo. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

Oración a María Santísima.

Acordaos, ¡oh piadosísima Virgen María!, que jamás se ha oído decir que haya sido de Vos abandonado ninguno de cuantos se han acogido a vuestro amparo, han pedido vuestro socorro e implorado vuestra intercesión. Animado yo con tal confianza, acudó a Vos, ¡oh Madre Virgen de las vírgenes!, a Vos vengo, y, llorando mis pecados, me postro delante de Vos.

No desechéis mis súplicas, ¡oh Madre del Verbo!, antes bien, oídlas propicia y acogedlas benignamente. Amén.

(300 días de indulgencia cada vez, plenaria al mes y aplicables a las ánimas benditas. Pío IX, 11 diciembre 1846)

Se puede añadir la oración *Acordaos...* a San José; véase la pág. 539.

ORACION

ANTE UNA IMAGEN DE LA SANTA FAMILIA

¡Oh amantísimo Jesús, que con vuestras inefables virtudes y los ejemplos de la vida doméstica santificaste la Familia que elegiste para Vos acá en la tierra! Mirad piadoso a la nuestra, que, ante Vos postrada, implora vuestra clemencia. Acordaos de que toda ella os pertenece, porque a Vos especialmente está ofrecida y consagrada. Asistidla benigno, defendedla en todo peligro, socorredla en sus necesidades y concededle la gracia de mantenerse firme en la imitación de vuestra Sagrada Familia, para que, sirviéndoos fielmente y amándoos en esta vida, pueda luego bendeciros eternamente en el Paraíso.

María, Madre dulcísima, a vuestra intercesión recurrimos con la seguridad



San José

de que vuestro divino Hijo escuchará vuestros ruegos.

Y Vos también, gloriosísimo Patriarca San José, socorrednos con vuestro poderoso Patrocinio, y por manos de María presentadle nuestras súplicas a Jesús.

(Pueden ganar 300 días de indulgencia una vez al día las personas consagradas a la Sagrada Familia, rezando la oración que precede.)

Jesús, María, José, iluminadnos, socorrednos, salvadnos. Amén.

(200 días de indulgencia, una vez al día.)

Novena al Glorioso Patriarca San José

Por la señal de la Santa Cruz, etc.
Señor mío Jesucristo, etc.

ORACIÓN PARA EMPEZAR TODOS LOS DÍAS

¡Oh gloriosísimo Padre de Jesús, Esposo de María, Patriarca y protector de la Santa Iglesia, a quien el Padre Eterno confió el cuidado de gobernar, regir y defender en la tierra la Sagrada

Familia; protégenos también a nosotros que pertenecemos, como fieles católicos, a la santa familia de tu Hijo, que es la Iglesia, y alcánzanos los bienes necesarios de esta vida, y sobre todo los auxilios espirituales para la vida eterna. Alcánzanos especialmente estas tres gracias: la de no cometer jamás ningún pecado mortal, principalmente contra la castidad; la de un sincero amor y devoción a Jesús y a María, y la de una buena muerte, recibiendo bien los últimos Sacramentos. Concédenos además la gracia especial que te pedimos cada uno en esta novena.

Petición de la gracia que se desea alcanzar.

Siete Avemarias y Gloria Patri al Santo Patriarca.

ORACIÓN FINAL PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh custodio y padre de Vírgenes San José, a cuya fiel custodia fueron encomendadas la misma inocencia, Cristo Je-

sús, y la Virgen de las vírgenes, María! Por estas dos queridísimas prendas, Jesús y María, te ruego y suplico me alcances que, preservado yo de toda impureza, sirva siempre castísimamente con alma limpia, corazón puro y cuerpo casto a Jesús y a María. Amén.

Jesús, José y María,
os doy el corazón y el alma mía.

Jesús, José y María,
asistidme en mi última agonía.

Jesús, José y María,
con vos descanse en paz el alma mía.

Padrenuestro, Avemaria y Gloria.

Antiph. Ipse Jesus erat incipiens quasi annorum triginta, ut putabatur, Filius Ioseph.

V. Ora pro nobis, Sancte Ioseph.

R. Ut digni efficiamur promissionibus Christi.

OREMUS. Deus qui ineffabili providentia Beatum Ioseph Sanctissimae Genitricis tuae Sponsum eligere dignatus es:

praesta, quaesumus, ut quem protectorem veneramur in terris intercessorem habere mereamur in coelis. Qui vivis, et regnas in saecula saeculorum. Amen.

(En castellano).

Antífona. Tenía el mismo Jesús, al empezar su vida pública, cerca de treinta años, hijo, según se pensaba, de José.

V. San José, ruega por nosotros.

R. Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Jesucristo.

ORACIÓN. ¡Oh, Dios, que con inefable providencia te dignaste escoger al bienaventurado José por Esposo de tu Madre Santísima! Concédenos que, pues le veneramos como protector en la tierra, merezcamos tenerle como protector en los cielos. ¡Oh Dios, que vives y reinas en los siglos de los siglos! Amén.

Oraciones al Glorioso Patriarca San José

I.—Para dedicarse a su servicio e implorar su protección.

QH glorioso Patriarca! ¡Cuánto me alegro de la gran dicha y de la gloria que gozáis, por haber sido hecho digno de poder mandar como padre y

haceros obedecer de Aquel a quien obedecen los Cielos y la tierra! ¡Oh Santo Protector mío!, ya que vos fuisteis servido por todo un Dios, yo también quiero serviros. Os elijo, después de María, por mi principal Abogado y Protector, y os prometo honraros cada día con algún obsequio especial. Acogedme bajo vuestro patrocinio, y mandadme todo lo que queráis. ¡Oh dulce Abogado mío!, rogad a Jesús por mí, que de seguro no os negará nada de cuanto le pidáis, pues en la tierra hizo todo lo que le mandasteis. Decidle que me perdone las ofensas que le he hecho; decidle también que me desprenda de las criaturas y de mí mismo, que me inflame en su santo amor y que haga de mí lo que sea de su divino agrado. Y por la asistencia que tuvisteis de Jesús y María en vuestra muerte, protegedme en la mía, para que, muriendo asistido de Jesús, de María y de Vos, merezca entrar en la Gloria, en donde os bendeciré, y en vuestra compañía alabaré y amaré a Dios por toda la eternidad. Amén.

II.—Para pedir el don de oración.

Santísimo José, que hallaste a Jesús en el templo, concédeme que en tu compañía y en la de tu casta Esposa, María Santísima, busque yo a Jesús. Enséñame a orar, para que halle a Jesús, le tenga y no le deje, y así persevere en su santo servicio hasta el fin de mi vida. Amén.

III.—Para pedir la virtud de la pureza.

¡Oh glorioso San José, custodio y Padre de vírgenes, a cuya fidelísima tutela fueron confiados Cristo Jesús, la Inocencia misma, y María, Virgen de las vírgenes! Por estas dos prendas muy amadas, Jesús y María, te suplico que me preserves de toda mancha impura, para que, con alma inmaculada, limpieza de corazón y pureza de cuerpo sirva castísimamente a Jesús y María hasta la hora de mi muerte. Amén.

Cien días de indulgencia una vez al día.

IV.—Para pedir la confianza en Dios.

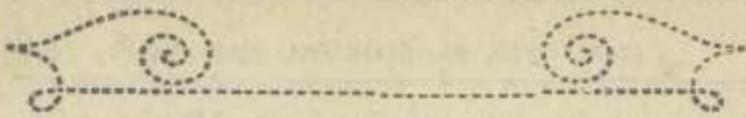
Amabilísimo José, cuya firmísima confianza en Dios no disminuyó ningún tra-

bajo, alcánzame de Jesús y María grande fe y plena confianza en la divina Providencia. Veo, Santo mío, a Jesús en tu regazo, y por eso me acojo a ti como a trono de confianza, y suplico a Jesús que por tu intercesión lleñe mi corazón de esta virtud, para que haga todas mis obras y padezca todos mis trabajos con mucha confianza en su divino auxilio. Amén.

V.—Para pedir cualquier gracia.

Acordaos, ¡oh santísimo Esposo de María, oh mi amable protector, San José!, que jamás se ha oído decir que alguno haya solicitado vuestra protección e implorado vuestro socorro sin haber sido consolado. Yo vengo, pues, con confianza a echarme a vuestros pies y a recomendarme a Vos con fervor. ¡Ah!, no despreciéis mis súplicas, ¡oh Padre nutricio del Redentor!; antes bien escuchadlas con bondad y dignaos atenderlas. Amén.

Trescientos días de indulgencia una vez al día.



LOS SIETE DOMINGOS en honor de San José (1)

Consiste esta devoción en rezar por siete domingos consecutivos los dolores y gozos de San José, confesando y comulgando en cada domingo, visitando cualquiera iglesia y rogando por la intención del Sumo Pontífice. Los que practiquen esta devoción en la forma sobredicha, ganan *Indulgencia plenaria* en cada uno de los siete domingos. Las personas que no saben leer, rezarán cada domingo siete *Padrenuestros*, *Aveurias* y *Gloria Patris*, cumpliendo las demás condiciones (Pío IX, 1.º de febrero y 22 de marzo de 1847).

Dolores y gozos de San José.

DH castísimo Esposo de María, glorioso San José! Tanto como fueron terribles los dolores y las angustias de vuestro corazón cuando creísteis deber separaros de vuestra immaculada Esposa,

(1) Esta devoción es fruto de la piedad del P. Sarnelli, venerable Redentorista cuya causa de canonización ha sido introducida.

tanto fué vivo el gozo que experimentasteis cuando el Angel os reveló el misterio de la Encarnación.

Os suplicamos por ese vuestro dolor y por ese vuestro gozo, que os dignéis consolar nuestras almas ahora y en nuestros postreros momentos, alcanzándonos la gracia de llevar una vida santa y tener una muerte semejante a la vuestra, entre los brazos de Jesús y de María.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

2.º ¡Oh felicísimo Patriarca, glorioso San José, que fuisteis elevado a la eminente dignidad de Padre putativo del Verbo humanado! El dolor que sentisteis al ver nacer al Niño Jesús en tanta pobreza, se os trocó bien pronto en un gozo celestial, cuando oísteis los armoniosos conciertos de los Angeles, y fuisteis testigo de los gloriosos acontecimientos de aquella memorable y clarísima noche.

Os suplicamos, por ese vuestro dolor y por ese vuestro gozo, que nos alcancéis, después de llegados al término de nuestra vida, la gracia de ser admitidos

a oír las alabanzas de los Angeles y a gozar del resplandor de la gloria celestial.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

3.º ¡Oh ejecutor obedientísimo de las leyes divinas, glorioso San José! La vista de la sangre preciosísima que el Redentor Niño derramó en la circuncisión traspasó de dolor vuestro corazón; pero la imposición del nombre de Jesús lo reanimó, llenándoos de consuelo.

Alcanzadnos por ese vuestro dolor y por ese vuestro gozo que, después de haber extirpado todos nuestros vicios durante la vida, podamos morir con gozo y alegría, invocando de corazón y con la boca el Santísimo Nombre de Jesús.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

4.º ¡Oh Santo fidelísimo, a quien fueron comunicados los misterios de nuestra redención, glorioso San José! Si la profecía de Simeón os causó un dolor mortal, haciéndoos saber lo que Jesús y María debían sufrir, os llenó al mismo tiempo de purísimo gozo, al anunciaros que sus padecimientos serían seguidos

de la salvación de una multitud innumerable de almas que resucitarían a la vida.

Pedid por nosotros, en memoria de este dolor y de este gozo, para que seamos del número de los que, por los méritos de Jesucristo y la intercesión de la Virgen María, resucitarán para la gloria.

Padrenuestro, Avemaria y Gloria.

5.º ¡Oh vigilantísimo custodio del Hijo de Dios hecho hombre, glorioso San José! ¡Cuánto habéis sufrido por servir al Hijo del Altísimo y proveer a su subsistencia, particularmente durante la huida a Egipto! Pero también, ¡cuánto debisteis gozar en tener siempre a vuestro lado al Hijo de Dios, y en ver cómo caían al suelo los ídolos de los egipcios!

Alcanzadnos por ese vuestro dolor y por ese vuestro gozo que teniendo siempre al tirano infernal alejado de nosotros, evitando para ello prontamente las ocasiones peligrosas, merezcamos que caigan de nuestros corazones todos los ídolos de las aficiones terrenas, y que, enteramente consagrados al servicio de Jesús

y de María, no vivamos sino para ellos, y tengamos la dicha de morir felizmente.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

6.º ¡Oh Angel de la tierra, glorioso San José, que visteis con admiración al Rey del Cielo sometido a vuestras órdenes! Si el consuelo que experimentasteis al conducir de Egipto a vuestro querido Jesús fué turbado por el temor de Arquelao, tranquilizado a la vez por el Angel, permanecisteis gozoso en Nazaret con Jesús y María.

Obtenednos, por ese vuestro dolor y por ese vuestro gozo, que, libres de todos los temores que puedan sernos nocivos, gocemos la paz de una buena conciencia, vivamos tranquilos en unión de Jesús y María, y en sus manos entreguemos nuestra alma en el momento de la muerte.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

7.º ¡Oh ejemplo de toda santidad, glorioso San José, que habiendo perdido el Niño Jesús sin que hubiese culpa de parte vuestra, le buscasteis durante tres días con inmenso dolor, hasta el momen-

to en que, con gozo indecible, el mayor de vuestra vida, le encontrasteis en el Templo en medio de los doctores!

Os suplicamos desde lo íntimo de nuestro corazón, por ese vuestro dolor y por ese vuestro gozo, que os dignéis emplear vuestro valimiento cerca de Dios, a fin de que nunca nos suceda que perdamos a Jesús por el pecado mortal; y si, con todo, desgraciadamente le perdiésemos, haced que le busquemos de nuevo con el más profundo dolor, hasta que le encontremos benigno, sobre todo en el momento de la muerte, para poder luego gozar de El en el Cielo y bendecir con Vos sus infinitas misericordias por toda la eternidad.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

Antífona. Jesús contaba ya la edad de treinta años cuando aun era tenido por hijo de José.

V. Rogad por nosotros, San José.

R. Para que seamos dignos de las promesas de Jesucristo.

ORACIÓN

¡Oh Dios, que por una providencia inefable os dignasteis escoger al bienaventurado José para ser el Esposo de vuestra Santísima Madre! Os suplicamos fervorosamente nos concedáis la gracia de que, venerándole en la tierra como a nuestro protector, merezcamos tenerle por intercesor en los Cielos. Vos que, siendo Dios, vivís y reináis por los siglos de los siglos. Amén.

Esta devoción de los *dolores y gozos de San José* tiene concedidos por Pío VII *cien días de indulgencia* por cada día que se rece; y trescientos, en todos los miércoles y en los nueve días que preceden a las fiestas de San José y su Patrocinio *Indulgencia plenaria* en cada una de estas dos fiestas, confesando y comulgando y rezándola en dichos días; y otra *Indulgencia plenaria* una vez al mes rezándola todos los días, confesando y comulgando en el día que se quiera y rogando a Dios por la intención del Papa. Pío IX añadió siete años y siete cuarentenas en cualquier día que se rece. Todas estas indulgencias son aplicables a las almas del Purgatorio.

LETANIAS A SAN JOSE

aprobadas por la Sagrada Congregación
de Ritos.

Señor, *tened piedad de nosotros.*

Jesucristo, *tened piedad de nosotros.*

Señor, *tened piedad de nosotros.*

Jesucristo, *oidnos.*

Jesucristo, *escuchadnos.*

Dios Padre celestial, *tened piedad de
nosotros.*

Dios Hijo Redentor del mundo, *tened
piedad de nosotros.*

Dios Espíritu Santo, *tened piedad de
nosotros.*

Santísima Trinidad, que sois un solo
Dios, *tened piedad de nosotros.*

Santa María,

San José,

Inclita prole de David,

Lustre de los Patriarcas,

Esposo de la Madre de Dios,

Custodio castísimo de la Virgen,

Nutricio del Hijo de Dios,

Defensor vigilante de Cristo,

Jefe de la Sagrada Familia,

Rogad por nosotros.

José justísimo,
 José castísimo,
 José prudentísimo,
 José insigne en la fortaleza,
 José obedientísimo,
 José fidelísimo,
 Espejo de paciencia,
 Amador de la pobreza,
 Modelo de los obreros,
 Ornato de la vida doméstica,
 Custodio de vírgenes,
 Sostén de las familias,
 Consuelo de los afligidos,
 Esperanza de los enfermos,
 Patrono de los moribundos,
 Terror de los demonios,
 Protector de la Santa Iglesia,
 Cordero de Dios, que quitáis los pecados
 del mundo, *pérdonadnos, Señor.*
 Cordero de Dios, que quitáis los peca-
 dos del mundo, *atendednos, Señor.*
 Cordero de Dios, que quitáis los peca-
 dos del mundo, *tened piedad de nos-
 otros.*
 V. Hízolo dueño de su casa.
 R. Y gobernador de todos sus domi-
 nios.

ORACIÓN

¡Oh Dios, que por una providencia inefable os dignasteis escoger al bienaventurado José para ser el esposo de vuestra Santísima Madre! Os suplicamos fervorosamente nos concedáis la gracia de que, venerándole en la tierra como a nuestro protector, merezcamos tenerle por intercesor en los cielos. Vos que, siendo Dios, vivís y reináis por los siglos de los siglos. Amén.

(300 días de indulgencia aplicable a los difuntos).





VI

DEVOCIÓN A LOS ÁNGELES

Y A LOS SANTOS

y otras oraciones diversas

ORACION

Al Arcángel San Miguel.

DH nobilísimo Príncipe de la milicia celeste, protector poderosísimo de la Iglesia Católica y presentador de las almas justas a la Trinidad Beatísima! Gózome de todos los privilegios, gracias, prerrogativas, dignidades y dones con que el Señor os ha honrado y enri-

quecido, y glorióme de teneros por defensor de mi alma. Dignaos oír mi súplica. Por aquel ardentísimo celo de la gloria y honor de Dios con que peleasteis con los ángeles rebeldes y los arrojasteis del Cielo a los abismos, venid en mi auxilio y dadme fuerza, para que, sin respeto ni temor al mundo, defienda el honor de Dios, evitando, cuanto esté en mi mano, sus ofensas; ayudadme, sobre todo, a vencer mis pasiones, a rechazar las sugerencias del maligno espíritu y a ser constante en cumplir mis buenos propósitos. En la hora de mi muerte protegedme contra los esfuerzos que el dragón infernal hará por perderme, y, en fin, recibid y presentad mi alma ante el trono de la Santísima Trinidad y llevadla a los pies del Cordero sin mancha, a quien sea dada toda gloria y honor por los siglos de los siglos. Amén.

A San Gabriel Arcángel.

¡Oh glorioso San Gabriel, fortaleza de Dios y embajador del Padre de las misericordias! Vos, que merecisteis traer la nueva felicísima para el género humano

de la Encarnación del Hijo de Dios en las purísimas y virginales entrañas de María Santísima, rogad al mismo Señor por mí, para que, reconociendo y estimando aquel inestimable beneficio, procure aprovecharme del fruto copioso de su Redención, imitando los ejemplos que nos dió, hasta que merezca gozar con Vos de su amable presencia en la Gloria eterna. Amén.

Al Arcángel San Rafael.

¡Gloriosísimo Arcángel San Rafael, medicina de Dios, médico de salud, gozo de los afligidos que temen a Dios, luz de los ciegos, salud de los enfermos, guía de los peregrinos, ensalzador de la limosna, del ayuno y de la oración! Por aquella caridad con que acompañasteis al joven Tobías, guardándole de muchos peligros, librándole a él y a Sara, su esposa, del cruel demonio Asmodeo, devolviendo la vista a su anciano padre y llenando su casa y familia de toda clase de bendiciones, os ruego, piadosísimo Príncipe, que me asistáis en mis enfermedades, me defendáis del demonio

de la impureza y me acompañéis en todos mis caminos, especialmente en mi postrera jornada a la eternidad, para que, habiendo vivido casta y piadosamente, según las enseñanzas de la fe, merezca ver con Vos el rostro amabilísimo de Dios y gozar de los bienes de su gloria por todos los siglos de los siglos. Amén.

Al Santo Angel Custodio.

¡Oh santo ángel de Dios, mi fidelísimo compañero, mi protector, mi maestro y amigo el más sincero! Espíritu bienaventurado que Dios me dió en su misericordia para guarda de mi alma y de mi cuerpo y para mi guía en los caminos de la salvación. Reconozco que no soy digno del esmero y tierna solicitud con que cuidáis de mí, miserable pecador. He dejado pasar los días enteros sin acordarme de Vos, ni de vuestros beneficios; pero ya me arrepiento y os prometo la enmienda. De hoy en adelante os prometo invocaros y obsequiaros agradecido. No me neguéis la gracia de seguir dispensándome vuestra protección. En-

señadme lo que debo hacer para despojarme de mis malos hábitos y alcanzar las virtudes; apartadme de las ocasiones de pecar, inspiradme la paciencia en las penas de esta vida, abrasad mi corazón en el sagrado fuego del amor divino, penetrándome de una tierna devoción a Jesús y a María. Corregid con vuestras luminosas inspiraciones las falsas luces de mi entendimiento y descubridme los engaños del espíritu de las tinieblas. Si me extravió, volved mi corazón con vuestras reprensiones saludables al camino de la justicia. Defendedme de todos mis enemigos visibles, y hacedme amargas todas las dulzuras del pecado. En fin, implorad para mí, ¡oh celestial protector mío!, de la divina misericordia el santo amor y la perseverancia en luchar contra mis pasiones hasta sojuzgarlas, para que tenga la dicha de ir a agradecerlo en el Cielo, en donde amaremos a Dios por toda la eternidad. Amén.

Oración al Santo de nuestra nombre

¡Oh glorioso Santo (o Santa) de mi nombre, S. N..., abogado y protector

mío, bajo cuyo amparo y protección me puso la divina Providencia en el día de mi bautismo! Confuso estoy y lleno de vergüenza por haber vivido tan olvidado de Vos, sin seguir vuestro ejemplo ni acordarme de vuestros beneficios; pero, ya agradecido a ellos, os suplico humildemente me ayudéis con vuestra asistencia, para vivir en adelante como corresponde a un verdadero cristiano que ha sido honrado y distinguido con vuestro esclarecido nombre. No permitáis que le profane con mis malas acciones; antes deseo y quiero que me sirva de estímulo, para imitar las vuestras, a fin de que, siendo semejante a Vos en la tierra, logre acompañaros eternamente en el Cielo. Amén.

Oración a San Alfonso María de Ligorio.

¡Inclito Doctor y amable protector mío, San Alfonso, Serafín en el amor de Dios, Angel en la pureza, Profeta adornado de las más abundantes luces, Patriarca y Fundador de la Orden del Santísimo Redentor, Apóstol en la predicación, Mártir de deseo, Confesor de Cris-

to, Imagen viva del divino Salvador, amado de Dios y de los hombres, consuelo y amparo de vuestros devotos! Desde el distinguido lugar que ocupáis en el Cielo, interponed vuestro valimiento en favor de este indigno siervo vuestro que implora vuestra protección. Yo me alegro de todos los dones con que os enriqueció y adornó el Supremo Bien, y de la gloria inefable con que en el Cielo han sido remunerados vuestros merecimientos; confiado en vuestra poderosa intercesión os pido humildemente que por amor de Dios me defendáis contra el espíritu infernal, para que no me rinda con sus asaltos y tentaciones; me guiéis para que no ande errado, me iluminéis para que no ande ciego, y me deis la mano para que no tropiecen mis pies en el camino peligroso de esta vida. Interceded por mí delante de nuestro Señor Jesucristo, para que me perdone mis pecados y me conceda viva fe, firme esperanza, ardiente caridad, humildad profunda y la gracia del Espíritu Santo, para ejecutar siempre su santísima voluntad. Y, pues sois columna y defensa

de nuestra Santa Madre la Iglesia Católica, defendedla y dilatadla con vuestra intercesión, alcanzando a todos sus Prelados y demás Ministros celo grande de la salvación de las almas, gracias de conversión a los pecadores, aumento de fervor y el don de la perseverancia a los justos. Finalmente, os suplico que seáis mi protector en todas las acciones de mi vida, y que no me desamparéis en la hora de mi muerte, en que confío experimentar los efectos de vuestra protección, a fin de poder cantar para siempre las divinas alabanzas en el Cielo. Amén.

ORACIONES AL MISMO SANTO DOCTOR PARA
ALCANZAR LAS GRACIAS NECESARIAS A LA
SALVACIÓN

I. ¡Oh celosísimo Doctor, San Alfonso!, alcanzadme una *fe viva* de todas aquellas cosas que enseña la Santa Iglesia Romana, y una luz divina por cuyo medio conozea la vanidad de los bienes terrenos y la fealdad de mis pecados.
Gloria Patri, etc.

II. ¡Oh celosísimo Doctor, San Al-

fonsol, alcanzadme una *firme esperanza* para recibir de Dios, por los méritos de Jesucristo, por la intercesión de María Santísima y vuestra, el perdón de mis pecados, la perseverancia final y la vida eterna. *Gloria Patri*, etc.

III. ¡Oh celosísimo Doctor, San Alfonso!, alcanzadme una *ferventísima caridad* para con Dios, que me desprenda de todas las cosas criadas y de mí mismo para amar a El solo y emplearme todo en su gloria. *Gloria Patri*, etc.

IV. ¡Oh celosísimo Doctor, San Alfonso!, alcanzadme una *perfecta resignación a la voluntad divina*, para sufrir con paz los dolores, los desprecios, las persecuciones, la pérdida de los bienes, del honor, de los parientes, y finalmente, la muerte. *Gloria Patri*, etc.

V. ¡Oh celosísimo Doctor, San Alfonso!, alcanzadme *un grande dolor de mis pecados*, que incesantemente me haga llorar los disgustos que he dado a Dios. *Gloria Patri*, etc.

VI. ¡Oh celosísimo Doctor, San Alfonso!, alcanzadme *un amor eficaz en favor del prójimo*, que me mueva a ha-

cer bien aun a aquellos que me hayan ofendido. *Gloria Patri*, etc.

VII. ¡Oh celosísimo Doctor, San Alfonso!, alcanzadme la *santa pureza* y la gracia de resistir a las tentaciones deshonestas, invocando los nombres de Jesús y María. *Gloria Patri*, etc.

VIII. ¡Oh celosísimo Doctor San Alfonso!, alcanzadme una *tierna devoción* a la Pasión de Jesucristo, al Santísimo Sacramento y a mi amada Madre María. *Gloria Patri*, etc.

IX. ¡Oh celosísimo Doctor San Alfonso!, alcanzadme sobre todo la *perseverancia final*, y la gracia de pedirla siempre, especialmente en las tentaciones y en la hora de mi muerte. *Gloria Patri* etc.

ACTOS DE CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD
DE DIOS QUE PRACTICABA SAN ALFONSO,
COMPUESTOS POR ÉL MISMO

1.º *Jesús mío, cada vez que diga:*
Bendito sea Dios, o bien: Hágase la di-
vina voluntad, *me propongo aceptar todo*

lo que habéis dispuesto que me suceda en el tiempo y en la eternidad.

2.º No quiero otro empleo, ni otro talento, ni otra habitación, ni otros vestidos, ni otra comida, ni otra salud, sino lo que os agrade y me tengáis destinado. Si queréis que no tengan buen resultado mis negocios, que se disipen mis planes, que se pierdan mis intereses, que se me quite lo que tengo, así también lo quiero yo.

3.º Si queréis que sea despreciado, mal querido, pospuesto a los demás, calumniado y maltratado hasta de las personas que más amo, así también lo quiero yo.

4.º Si queréis que quede pobre y careciendo de lo más necesario, que sea desterrado de mi patria, encerrado en un calabozo y que pase la vida en continuos trabajos y angustias, así lo quiero yo.

5.º Si queréis que esté siempre en-

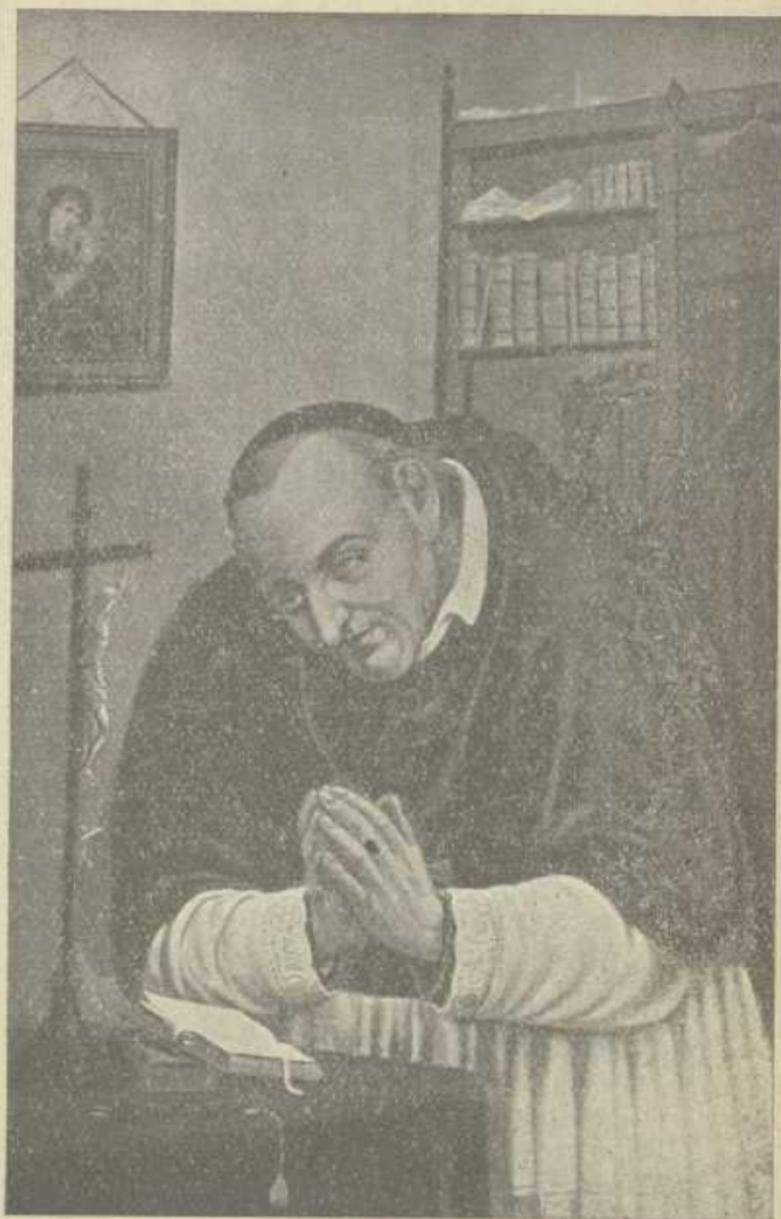
fermo y llagado, baldado en una cama y desamparado de todos, así lo quiero yo también, conforme en todo con lo que os plazca y por todo el tiempo que os agrade. Mi misma vida la pongo en vuestras manos, y acepto la muerte que Vos quisierais depararme; así también acepto la muerte de mis parientes y amigos y todo lo demás que fuere de vuestra voluntad.

6.º Quiero también lo que Vos quisierais tocante a mi provecho espiritual. Deseo amaros en esta vida con todas mis fuerzas, y llegar a amaros como os aman los serafines en la bienaventuranza; mas estoy contento con lo que Vos quisierais de mí; si queréis darme un grado sólo de amor, de gracia y de gloria, yo no quiero más, porque no lo queréis Vos. Estimo en más el cumplimiento de vuestra voluntad que cualquier provecho mío. En suma, Dios ríe, disponed de mí y de mis cosas como os agrade, sin hacer caso

de mi voluntad, porque yo no quiero sino lo que Vos queréis. Cualquiera cosa, dulce o amarga, ya sea de mi agrado o de mi desagrado, la acepto y abrazo sin distinción, porque entrambas me vienen de vuestras manos.

7.º Acepto, además, Jesús mío, y de un modo especial, la muerte y todas las penas que la han de acompañar, como queráis, donde queráis y cuando queráis; la uno, Salvador mío, a vuestra santa muerte, y os la ofrezco en prueba del amor que os tengo. Quiero morir para cumplir vuestra santa voluntad.







TRIDUO
A
SAN ALFONSO MARIA DE LIGORIO

Per la señal, etc.

Señor mío Jesucristo, etc.

Invocaciones para todos los días.

1.^a Gloriosísimo San Alfonso, que desde la más tierna infancia supisteis vencer al mundo, al demonio y a la carne, los tres poderosos enemigos que nos hacen encarnizada y continua guerra, alcánzadnos la gracia necesaria para triunfar de ellos.

Padrenuestro, Avemaria y Gloria.

Préstanos, benigno Alfonso,
Tu amorosa protección;
Ampáranos como Padre,
Guíanos como Pastor.

2.^a Gloriosísimo San Alfonso, que tan enriquecido fuisteis con la Fe, la Esperanza y la Caridad, ahora que reináis en el Cielo, obtenednos de Jesucristo estas necesarias y hermosas virtudes, para que, por vuestra mediación, podamos alcanzar el Paraíso celestial.

Padrenuestro, Ave María y Gloria.

3.^a Gloriosísimo San Alfonso, que no tuvisteis más guía en vuestra vida que la gracia, la ley y los consejos de Jesucristo, por medio de los cuales llegasteis a una sublime santidad, apiadaos de los que hemos abandonado el buen camino y nos encontramos en peligro de perdernos, y volvednos a la senda de salvación, para que consigamos el Paraíso.

Padrenuestro, Ave María y Gloria.

4.^a Gloriosísimo San Alfonso, Vos, que durante la vida entera buscasteis únicamente la mayor gloria de Dios, vuestra santificación y la salvación de las almas, y fuisteis amante fiel de Jesús sacramentado y de la Inmaculada Virgen María, ahora que vivís en el Cielo, al-

canzadnos que durante nuestra peregrinación por la tierra podamos glorificar a Dios, edificar al prójimo y amar a Jesús Sacramentado y a María Santísima.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

5.^a Gloriosísimo San Alfonso, Vos que antes y después de vuestra preciosa muerte habéis sido y sois consuelo de los afligidos, de los pobres, de los enfermos y de todos los desgraciados, alcanzadnos la gracia que pedimos, libradnos de todos los males, y enriquecednos con los bienes celestiales en el tiempo y en la eternidad.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

V. Ruega por nosotros, San Alfonso.

R. Para que seamos dignos de las promesas de Nuestro Señor Jesucristo.

ORACIÓN

¡Oh Dios!, que por medio de tu Confesor y Pontífice, el bienaventurado Alfonso María, inflamado de celo por la salvación de las almas, enriqueciste a tu Iglesia con una nueva Familia: te roga-

mos que, instruidos por sus saludables enseñanzas y fortalecidos con sus ejemplos, podamos felizmente llegar a Ti. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

DIA PRIMERO

San Alfonso, heroico en el amor de Dios.

CONSIDERA cómo San Alfonso, si en las demás virtudes fué un gran Santo, en el amor a Dios fué un gran Serafín. Tan compenetrado estaba de esta purísima llama, que, al sólo pensar en el amor de Dios, se le inflamaba el rostro. Cuando hablaba del amor de Dios, se transformaba y parecía que, éxtasiado, iba a elevarse del suelo. Con la meditación de las divinas perfecciones abra-sábbase más en el fuego del amor de Dios. *In meditatione mea exardescet ignis.* Contemplaba sin cesar las obras celestiales, y en todas las obras de Dios hallaba innumerables razones para amarle más y más. Amaba a Dios como manantial de belleza, de sabiduría, de bondad, de poder y de riquezas infinitas. Amaba

a Dios como bienhechor, como amante, como misericordioso, como causa de todos los bienes que existen en el mundo. Amaba a Dios porque se dignaba enriquecerlo con tantos dones y con tan singulares gracias. Pero, ¿cuál será mi confusión? ¿Qué lugar ocupa en mi corazón el amor que debo a Dios? He desperdiciado los afectos de mi corazón, empleándolos en miserables objetos, y no he amado a Dios, como lo merece, con todo mi corazón. ¡Ay! ¡Cuánto tiempo he perdido inútilmente en mi vida sin amar a Dios! Infeliz de mí, si en la que me resta no le amo a El solo. Ea, pues, querido Santo mío, alcanzadme del Señor una centella de amor que inflame mi corazón para con Dios. Vos le amasteis con tanto fervor, y yo, no sólo no le he amado, sino que le he ofendido. Haced que yo viva y muera amando a un Dios que tanto merece ser amado.

Ahora pedirá cada uno con mucho fervor las gracias particulares que desea conseguir por intercesión del Santo.

Afectos y peticiones.

Dios mío, os presento los afectos de un corazón que Vos habéis creado. Os doy lo que ya es vuestro. Indigno es de comparecer ante vuestra presencia; pero purificadlo antes, y aceptadlo después. Deseo saber amaros, aunque sea a costa de mi vida; resuelto estoy a ser enteramente vuestro. Infelices han sido los años de mi vida, gastados en deseos o afectos inútiles o culpables. ¡Pobre corazón mío, extraviado entre miserias! Lloro mis faltas y os prometo con juramento, ¡oh Dios mío!, fidelidad y amor. Que me falte antes el aliento vital, que muera mil veces, si desde este instante faltase a la fidelidad que os prometo. Admiro el amor que abrasó el corazón de San Alfonso, y quisiera tenerlo yo; pero, ¿cómo lo lograré sin vuestra gracia? ¡Oh Santo mío! Vos, que estáis en el reino del amor, amando a Dios en premio de haberle amado tanto en vida mortal, haced que mi corazón sea todo y siempre de mi Dios. Alcanzadme, con vuestro patrocinio, que viva y muera

amándole, para que logre en premio el reino del amor perdurable. Amén.

DIA SEGUNDO

San Alfonso, heroico en el amor del prójimo.

CONSIDERA cómo San Alfonso, llamado por Dios para ser Apóstol de su santa religión, emplea toda su vida en la salvación de las almas. Meditando el Santo el fin para que había venido Jesucristo al mundo, decía: "Si Jesucristo padeció tanto para librar nuestras almas del pecado y del Infierno, también yo quiero trabajar en favor de las almas, que costaron tanta sangre a Jesucristo". La caridad le indujo a hacerse eclesiástico y abandonar todas las comodidades de la vida, para ocuparse únicamente en la salvación de las almas. Todos los pecadores encontraban en él un padre que buscaba con amor su salvación. Era como un médico que no rehusaba ningún trabajo, con tal de devolver la salud espiritual a los pecadores. Oraba, se

imponía grandes mortificaciones, se disciplinaba hasta derramar sangre en abundancia, ayunaba continuamente, todo para librar a un pecador de las garras del demonio. Con frecuencia se le veía llorar amarguísimamente delante de una efigie de Jesús Crucificado, pidiendo misericordia para alguna alma obstinada en el pecado. El vicio y el pecado eran los enemigos que San Alfonso perseguía siempre, sin tregua ni descanso. Quería que sus Misioneros predicasen sin cesar contra este monstruo infernal, que perdía a tantas almas. Para salvar un alma del pecado hubiera hecho los mayores sacrificios y los más peligrosos viajes; hubiera perdido la salud, y aun la vida, si hubiera sido necesario y Dios se lo hubiera inspirado. Por la salvación de las almas se olvidaba muchas veces del alimento y del descanso y alivio en sus muchos trabajos. ¡Oh caridad admirable! ¡Ojalá pudiera yo poseer este espíritu de caridad! ¡Cuántas veces, amado Santo mío, en vez de librar al prójimo del Infierno, le habré acaso precipitado

en él! Por caridad, pedid a mi Señor Jesucristo que me perdone.

Ahora pedirá cada uno con mucho fervor las gracias particulares que desea conseguir por intercesión del Santo.

Afectos y peticiones.

Alma mía, no seas ya esclava de tus pasiones. Reconoce tu dignidad; lo irascible de tu carácter te lleva a menudo a desear el mal de tu prójimo. Esta pasión debe refrenarse y estar sujeta a la caridad. El que no ama al prójimo, aunque éste sea su enemigo, tiene mal corazón, y no amando a su prójimo, no ama a Dios. El que no ama al prójimo, no está en estado de gracia y no puede salvarse. Admira e imita la caridad de San Alfonso. Sí, amado protector mío; conozco que estoy lejos del camino del Cielo. La caridad es precepto divino, y yo faltó muchas veces a su observancia. Reformad los afectos todos de mi alma, mis deseos, mis pasiones y los odios de mi desordenado corazón. Haced que observe el precepto del amor fraterno, para

poder un día lograr la dicha de gozar del reino inmortal de la gloria. Amén.

DIA TERCERO

San-Alfonso, heroico en la devoción a María Santísima.

CONSIDERA cómo San Alfonso, apenas tuvo uso de razón, profesó una tiernísima devoción a la Inmaculada Madre de Dios. Arrodillábase frecuentemente delante de su imagen, invocándola a cada momento con el dulce nombre de Madre. Al pie de un altar de María dejó su espada, como señal de que abandonaba al mundo. De María esperaba la victoria sobre sus enemigos, y por la mediación de María Santísima obtuvo la hermosa pureza de su alma y de su cuerpo. Todas las obras que compuso las puso bajo la protección de la Madre de Dios, y meditaba con frecuencia sus grandezas y divinos privilegios con el mayor fervor de espíritu. Todos los sábados ayunaba en honor suyo, y honraba también a su querida Madre, haciendo las novenas de todas sus festivida-

des, en muchas de las cuales se le veía tan entusiasmado, que parecía fuera de sí, contemplando algún misterio o privilegio de María Santísima. Decía muy a menudo: "Cuanto se haga por María, siempre será poco". Su vida, en fin, fué un continuado ejercicio de devoción hacia su querida Madre María. Se complacía la Santísima Virgen en tener un hijo tan amante, y San Alfonso se consolaba con tener una Madre tan poderosa, benéfica y compasiva. Cuanto se pedía a San Alfonso por amor a María Santísima, todo lo concedía. ¡Oh amable Santo mío, verdadero hijo, verdadero devoto y verdadero amante de la Reina y Madre, María Santísima! Ahora sí que comprendo cuán alto fué el vuelo de vuestra perfección, porque veo que siempre estuvo en favor vuestro María Santísima. ¿Qué podría arredraros si María era vuestra defensa? Ahora que estáis en el Cielo gozando de su presencia soberana, rogadla que se digne ser mi Abogada y Madre; si lo es, seré salvo; me salvaré si soy hijo de María.

Ahora pedirá cada uno con mucho fervor las

gracias particulares que desca conseguir por intercesión del Santo.

Afectos y peticiones.

Elévate, alma mía, para contemplar a María. Admira ese tesoro de prodigios: Es criatura y es también Madre del Creador. Es hija de Adán, pero sin culpa original. Es verdadera Madre y verdadera Virgen Inmaculada. Está en el Cielo con su alma y cuerpo sacratísimo. Es Santísima, y, sin embargo, Abogada de pecadores; es mujer, pero victoriosa de todos nuestros enemigos. San Alfonso, que comprendió bien sus virtudes, sus méritos, sus privilegios y sus glorias, se afanó en propagar su devoción. Alma mía, considera a María, piensa en María, invoca, ama y sirve siempre a María Santísima, y confía en ella. Sí, Santo mío, grabad en mi corazón una verdadera devoción a María, y haced que yo goce de su protección, para que viéndola a la hora de mi muerte, pueda después gozar de su santa compañía en el Cielo.

HIMNO

a San Alfonso María de Ligorio

*Alfonso, de tus hijos
Amante protector,
Eleva nuestros votos
Al trono del Señor.*

Tu espíritu sublime,
Que en santo amor ardía,
Las glorias de María
Celoso vislumbró.

Y de tu docta pluma,
Por ángeles guiada,
En honra de tu amada
Celeste luz brotó.

Jesús fué tu delicia,
Tu amor y tu consuelo,
Y anticipado un cielo
Gozaste en el altar.

Y amantes, Hijo y Madre,
Corona refulgente
Ciñeron a tu frente
Gozosos a la par.

Infunde en nuestras almas
Tú, que has amado tanto,
El amor puro y santo
Que te inflamaba aquí.

—
Prótegenos, Alfonso,
Como amoroso Padre,
Pues Jesús y su Madre
Te escucharán a ti.

—
Tú, que en la tierra fuiste
Siervo fiel y constante,
De entrambos fino amante,
Y amado de los dos.

—
Pide, Alfonso, a María,
Que sea nuestro amparo,
Y el luminoso faro
Que nos guíe hasta Dios.

Consagración a San Alfonso.

¡Oh celosísimo Doctor de la Iglesia,
San Alfonso! Yo, N. N., aunque indigno
de ser vuestro siervo, animado de vues-
tra gran bondad y del deseo de servirlos,
en presencia de la Santísima Trinidad,
del Ángel de mi guarda y de toda la
Corte celestial, os reconozco por Padre,
Maestro y especial Abogado mío, des-

pués de María Santísima, y propongo firmemente serviros siempre y hacer cuanto me sea posible para que de otros seáis también servido. Por lo cual os suplico que, por el amor que tenéis a Jesús y a María, me recibáis en el número de vuestros devotos y me protejáis como a siervo vuestro. Alcanzadme la gracia de imitar vuestras virtudes, y adelantarme así en la senda de la perfección cristiana. Obtenedme especialmente la gracia del desprendimiento de todas las criaturas, una tierna y constante devoción a Jesús Sacramentado y a María Santísima, el espíritu de oración y un deseo ardiente de la salvación de mi alma.

Aceptad esta mi voluntaria servidumbre. Asistidme durante mi vida, y particularmente en la hora de la muerte, para que, después de haberos honrado y servido sobre la tierra, merezca gozar con Vos el reino de los Cielos por toda la eternidad. Así sea.

JACULATORIA.—¡Oh protector mio, San Alfonso!, haced que en todas mis necesidades recurra a María.



LOS TRECE MARTES

EN HONOR DE

San Antonio de Padua

Para hacer el ejercicio de los trece martes, es necesario, 1.^o Confesar y comulgar en cada uno de los martes. 2.^o Rezar cualquier oración al Santo. (Para mayor facilidad, se ha puesto el método que sigue a continuación.)

Las indulgencias principales concedidas a este ejercicio son: una plenaria cada martes, y cien días de indulgencia por el rezo del Responsorio.

Modo de hacer los trece martes.

Por la señal, etc.

INVOCACIÓN AL ESPÍRITU SANTO

Ven, ¡oh Espíritu Santo!, llena los corazones de tus fieles, y enciende en ellos el fuego de tu amor.

V. Envía tu Espíritu, y serán creados.

R. Y renovarás la faz de la tierra.

ORACIÓN

¡Oh Dios, que habéis instruído los corazones de los fieles con las luces del Espíritu Santo! Dadnos el saber rectamente, según el mismo Espíritu, y gozar siempre de su consuelo. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

ORACIÓN PREPARATORIA

¡Oh Dios de inmensa grandeza y majestad! Yo creo firmemente que estáis aquí presente, os adoro de lo íntimo de mi alma, y aunque indigno de comparecer ante Vos por mis innumerables y gravísimos pecados, sin embargo, confiado en vuestra infinita bondad y misericordia, me atrevo a pedir os gracia para hacer bien este ejercicio que os ofrezco, con todos los afectos, propósitos y resoluciones, a vuestra mayor gloria, en satisfacción de mis culpas y pecados y en

sufragio de las benditas almas del Purgatorio.

Virgen Santísima, Madre mía, acogedme bajo vuestra protección y alcanzadme de vuestro divino Hijo la gracia de hacer siempre la voluntad de Dios.

Y Vos, ¡oh glorioso San Antonio!, protector eficacísimo para toda suerte de necesidades, heme aquí humildemente postrado a vuestros pies; atribulado a vista de mis grandes y muchas miserias, os ruego las remediéis, compasivo, concediéndome el favor que os pido, y para mejor conseguirlo os ofrezco este ejercicio, que con la gracia de Dios voy a hacer en vuestro obsequio. Amén.

A continuación se lee el pensamiento que se pone para cada martes, se medita brevemente, se rezan los Padrenuestros, etc., y se termina con la siguiente

ORACIÓN

¡Oh admirable y esclarecido protector mío, San Antonio de Padua! Siempre he tenido grandísima confianza en que me habéis de ayudar en todas mis necesidades, rogando por mí al Divino Niño Je-

sús, a quien servisteis y tantos favores os hizo y a la Virgen Santísima, a quien tanto amasteis; rogadles por mí, para que por vuestra poderosa intercesión me concedan lo que pido.

¡Oh glorioso San Antonio! Pues las cosas perdidas son halladas por vuestra mediación, y obráis tantos prodigios con vuestros devotos, yo os ruego y suplico me alcancéis de la divina Majestad el recobrar la gracia que he perdido por mis pecados, y el favor que ahora deseo y pido, siendo para gloria de Dios y bien de mi alma. Amén.

Responsorio de San Antonio.

Si buscas milagros, mira:
Muerte y error desterrados,
Miseria y demonio huídos,
Leprosos y enfermos sanos.

El mar sosiega su ira,
Redímense encarcelados,
Miembros y bienes perdidos
Recobran mozos y ancianos.

El peligro se retira,
Los pobres van remediados;
Cuéntenlo los socorridos,
Díganlo los paduanos.

El mar sosiega su ira,
Redímense encarcelados,
Miembros y bienes perdidos
Recobran mozos y ancianos.

V. Gloria al Padre, Gloria al Hijo,
Gloria al Espíritu Santo.

Ruega a Cristo por nosotros,
Antonio divino y santo,
Para que dignos así
De sus promesas seamos. Amén.

ORACIÓN

¡Oh glorioso San Antonio, a quien Dios ha elegido como intercesor nuestro en los apuros y pérdidas de la vida material y como protector de los pobres ante los ricos! Protégenos con tu favor en todas las necesidades y apuros de nuestra vida, danos sincero amor a los pobres, mucha confianza en Dios y alto aprecio de la vida eterna, a la cual se ordena toda la vida temporal. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

CONSIDERACIONES

para los trece martes.

MARTES PRIMERO.—Honremos la pureza angelical de San Antonio. A los

cinco años de edad, y en presencia de sus piadosos padres, hace *voto de virginidad* ante una imagen de María.

¿Soy puro de alma y de corazón? ¿Evito las ocasiones y peligros del mundo? ¿No hay algo que enmendar en mi conducta?

Dios mío, por la pureza angelical de San Antonio, dadme la pureza de alma y cuerpo para ser agradable a vuestros ojos.

(*Padrenuestro, Avemaría y Gloria Patri al Santo para alcanzar la pureza*).

MARTES SEGUNDO. — Admirémos la tierna devoción de San Antonio a la Santísima Virgen. Siendo *niño*, contempla un cuadro de María y cesa de llorar; *religioso*, la llama su Madre; y *apóstol* celoso, canta sus glorias y deslinda sus privilegios.

¿Soy yo devoto de la Virgen? ¿Es mi devoción verdadera o falsa? Si vivo en paz con el pecado, falsa es mi devoción, engañoso mi amor a la Virgen.

Jesús mío, dadme fuerzas para evitar el pecado y demostrar así mi amor a

vuestra persona y mi verdadera devoción a la Virgen, mi Madre.

(Padrenuestro, Avemaría y Gloria al Santo, pidiendo la devoción verdadera a María.)

MARTES TERCERO.—Recuerda la primera lucha sostenida por San Antonio contra el demonio. Niño aún, se le presentó Satanás y pretende separarle del camino de virtud que con tanto fervor ha emprendido el Santo. Antonio hace la señal de la cruz para vencer; la forma sobre un mármol, éste se ablanda, y queda grabada en él, por un milagro de Dios. Así derrotó el Santo a su enemigo.

¿Acudo yo en las tentaciones a la oración? ¿Hago con fervor la señal de la cruz? Si al sentir la tentación acudiéramos al Señor con fervorosa oración, nuestra sería siempre la victoria.

Perdonadme, Jesús mío, mi poco fervor; por eso soy tan débil en las luchas que debo sostener para practicar la virtud. Dadme fuerzas, ¡oh Señor!, y aumentadme el fervor en la oración.

(Padrenuestro, Avemaría y Gloria a San Antonio, pidiendo la gracia de resistir a las tentaciones.)

MARTES CUARTO.—San Antonio desea consagrarse totalmente a Dios; renuncia para ello padres, parientes, riquezas, comodidades; lo deja todo para entrar en el convento de los Canónigos de San Agustín, y sirve a Dios con todo el fervor de su alma.

¿Cumplo con mis deberes cristianos? ¿Soy fiel a las promesas que hice a Jesús el día de mi bautismo? ¿Está Jesús contento de mí? ¿Voy por el camino que quiere Dios?

¡Oh Jesús, cuántas son mis infidelidades! Perdonadme por los méritos de vuestra pasión y por los méritos de San Antonio.

(Padrenuestro, Avemaría y Gloria a San Antonio, pidiendo la gracia de vivir como cristiano.)

MARTES QUINTO.—Considera el fervor de San Antonio que, por amor a Jesús, desea pasar a Marruecos para ser mártir de Jesucristo. No era ésa la volun-

tad de Dios, y una tempestad arroja la nave a un puerto de Italia.

¿Llevo con paciencia y resignación las contrariedades de esta vida, por amor a Jesús? ¿Me conformo con la voluntad de Dios en lo agradable y en lo penoso?

Jesús mío, qué poca conformidad tengo en los trabajos de esta vida; dadme paciencia y resignación por los méritos y virtudes de nuestro amado San Antonio.

(Padrenuestro, Avemaría y Gloria, pidiendo a San Antonio la conformidad con la voluntad de Dios.)

MARTES SEXTO.—¡Qué humildad tan admirable la de San Antonio! Es por todos despreciado, y no murmura; se ve olvidado, y no protesta. Uno de los Superiores de la Orden se compadece de él y le recoge; pero lo destina a llevar una vida oculta y en apariencia despreciable. Acepta San Antonio la humillación y contento se hace el siervo de sus hermanos no Sacerdotes.

¿Soy humilde como San Antonio? ¿Acepto sin murmurar los desprecios y las humillaciones? ¿Estoy contento cuan-

do se olvidan de mí o cuando ocupó el último lugar?

¡Ay, Jesús mío! No he aprendido esta lección; soy soberbio. Haced que sea mi corazón como el vuestro; dadme la gracia de seguir los pasos de vuestro siervo humilde San Antonio.

(Padrenuestro, Avemaría y Gloria, pidiendo a San Antonio la humildad.)

MARTES SEPTIMO.—Llegado San Antonio al monte al que fué destinado para servir de Capellán a los Hermanos, se entrega a una vida de recogimiento y oración. Se olvida del mundo para ocuparse de Dios, su alma vive en íntima comunicación con el cielo, y su corazón sólo tiene un amor y es el amor a Jesucristo. ¡Cuánto debo yo aprender con este ejemplo!

¿Vivo recogido y unido con Dios? ¿Me ocupó seriamente en mi salvación? ¿No me preocupa más el mundo que el amor de Jesucristo? ¿No busco con más entusiasmo las cosas del mundo que los bienes del Cielo?

¡Oh Jesús! Perdonadme mi poco amor

Por los méritos de vuestro siervo San Antonio, dadme un grande amor a Vos y el desprendimiento del mundo, para que sea mi corazón enteramente vuestro.

(Padrenuestro, Avemaría y Gloria a San Antonio, pidiendo el amor a Jesucristo y el desprecio del mundo.)

MARTES OCTAVO.—¡Qué admirable es la Providencia de Dios en sus obras! Es voluntad del Señor sea Antonio Apóstol extraordinario en obras y palabras, e inspira a un Superior le idea de hacerle improvisar un sermón. Antonio obedece y al oír su palabra elocuente y maravillosa, se conmueven los religiosos y se descubre el tesoro escondido que poseía la Religión Franciscana.

¿Tengo fe ciega en la Providencia de Dios? En los sucesos prósperos o adversos de mi vida, ¿veo la providencia de Dios y me someto humildemente a ella? ¿Tengo confianza en esa Providencia? ¿Me he quejado de las disposiciones admirables de Dios cuando se oponen a mi amor propio o a alguna otra pasión carnal que me domina?

Dios mío, perdonadme. Creo en vuestra Providencia y creo que esa Providencia lo dispone todo para bien de mi alma. ¡Oh Santo mío, San Antonio, alcanzadme gran fe y confianza en la Providencia de Dios!

(Padrenuestro, Avemaría y Gloria a San Antonio, pidiendo gran fe y confianza en la Providencia.)

MARTES NOVENO.—¡Qué frutos más admirables alcanzó San Antonio con su palabra! ¡Cuántos pecadores se convirtieron! ¡Cuántos enemigos de Dios se reconciliaron con El! Corrían las muchedumbres a oírle y aprovechaban los consejos divinos que les daba el Santo. Dios premiaba la devoción de los oyentes, inspirando pensamientos santos y sobrenaturales a sus almas.

¿Oigo con devoción la palabra de Dios? ¿No me dejo guiar de sentimientos naturales, oyendo los sermones? ¿Busco a Jesucristo en la predicación o me busco a mí mismo y cuanto halaga mis sentidos e imaginación?

Jesús mío, no tengo fe o tengo muy

poca en vuestra palabra. Aumentadme la fe. Dadme la gracia de oír con piedad y devoción la palabra de Dios.

(Padrenuestro, Avemaría y Gloria, pidiendo a San Antonio la gracia de oír con fe la palabra de Dios.)

MARTES DECIMO.—La persecución es la compañera inseparable de los Santos. San Antonio fué perseguido. Perseguido por los herejes y por los tiranos que esclavizaban a los pueblos. El Santo sufría con santa resignación las persecuciones. Ponía los ojos en Jesús crucificado y el recuerdo de la Pasión le inspiraba paciencia admirable y le daba valor santo para imitar al divino modelo.

¿Tengo paciencia en las contrariedades de la vida? ¿Sé perdonar generosamente, las injurias, las calumnias y las persecuciones de los hombres? ¿Procuro imitar a Jesucristo perseguido y crucificado?

¡Oh Jesús, modelo divino! Dadme paciencia; inspiradme pensamientos santos en los momentos de adversidad. Ayudadme a llevar con resignación esa cruz de

cada día, la más pesada para mi alma, a ejemplo de vuestro siervo San Antonio.

(Padrenuestro, Ave María y Gloria a San Antonio, pidiendo la paciencia en las persecuciones de los hombres.)

MARTES UNDECIMO.—San Antonio fué devotísimo de la Eucaristía. Al pie del Sagrario meditaba y oraba, hallaba fuerza sobrenatural para conmover los corazones y en Jesús Sacramentado ponía su confianza para vencer a los enemigos del divino Sacramento. La presencia real de Jesucristo era el imán que atraía su alma, y con Jesús, presente en la Eucaristía, consultaba sus dudas, y a Jesús comunicaba sus penas y aflicciones. En Jesús hallaba consuelo en las tristezas.

¿Soy devoto de la Eucaristía? En mis dudas y temores, ¿busco fuerza en Jesús Sacramentado? ¿Es el amigo verdadero de mi alma? ¿Estoy con respeto ante su divina presencia? ¿Doy ejemplo con mi conducta y con mi recogimiento en la iglesia? ¿Guardo silencio y compostura en el templo?

¡Oh Jesús! Perdonadme las muchas

irreverencias de que me hice culpable y dadme la gracia de avivar mi fe al hallarme en vuestra presencia. Esta gracia os pido por intercesión de San Antonio.

(Padronuestro, Avemaria y Gloria a San Antonio, pidiendo viva fe en la presencia real).

MARTES DUODECIMO.—Tierna fué la devoción que tuvo San Antonio al Niño Jesús; por eso mereció ser recreado con su divina presencia; y en sus penas a El acudía y con El se consolaba. Esta devoción llenó la vida de nuestro Santo; por eso se le representa con el divino Niño en brazos, para recordarnos que el misterio de la Encarnación es el misterio más conmovedor para el corazón cristiano.

¿Tengo devoción al misterio de la Encarnación? ¿He pensado en el amor de Jesucristo, tomando la naturaleza humana por mi amor? ¿Correspondo a ese amor amando la persona adorable de Jesús? ¿Es mi amor práctico? ¿Es mi conducta digna de un alma que ama a

Jesucristo? ¿Doy siempre gusto a Jesús, evitando cuanto le desagrada?

¡Oh Jesús! ¡Os hicisteis Niño para inspirarme amor, y yo no os amo! Perdonadme mi poco amor. Inflamad mi corazón en el amor, a ejemplo de San Antonio.

(Padrenuestro, Avemaría y Gloria, pidiendo a San Antonio el amor a Jesús Niño.)

MARTES DECIMOTERCERO.—San Antonio amó a Jesucristo, honró a María con particular predilección, vivió desprendido de las cosas del mundo, y su corazón sólo descansó en Dios. Fué amantísimo de la oración y del recogimiento, y su alma estaba siempre ocupada en Dios. Una vida tan santa, mereció santa muerte, y santo fué su tránsito a la eternidad. Su muerte fué el eco de su vida.

¿Estoy yo dispuesto a morir? ¿Pienso en prepararme a la muerte? ¿Tengo mi conciencia tranquila? El obsequio más agradable a San Antonio es ofrecerle una confesión y comunión fervorosas.

¡Oh glorioso San Antonio! Esta es la gracia que os pido. Llevar una vida cristiana y fervorosa, para merecer una muerte santa y alcanzar la eterna salvación. Este es el favor que imploro con más interés y con mayor deseo. Alcanzadme la gracia de morir santamente.

(Padrenuestro, Avemaría y Gloria a San Antonio para alcanzar la eterna salvación).

Oraciones a algunos Santos.

NOVENA DE LA GRACIA

Origen.—En ocasión de adornar un altar en Nápoles para una fiesta de la Inmaculada Concepción, cayó desde los andamios un martillo de dos libras de peso, que hirió mortalmente al P. Marcelo Mastrilli, de la Compañía de Jesús, destrozándole la sien derecha. De día en día llegó a agravarse tanto su enfermedad, que iban a darle ya la Extremaunción, pues era imposible administrarle el Viático, por no poder el enfermo atravesar ni una gota de agua. Pero cuando

estaban pensando en esto, ¡he aquí que el P. Mastrilli se levanta sano y bueno! La herida había desaparecido, la cicatriz no se notaba y el Padre se sintió restablecido de repente.

Aseguro el P. Mastrilli que San Francisco le había dicho que todos los que en la novena, desde el 4 al 12 de marzo, implorasen su intercesión para con Dios, confesando y comulgando en alguno de estos días, experimentarían los efectos de su poderosa protección y conseguirían la gracia que pidiesen, si convenía para su salvación y la mayor gloria divina.

Indulgencias.—Desde entonces divulgóse rápidamente por todas partes esta práctica religiosa conocida con el nombre de *Novena de la Gracia*. Los Romanos Pontífices han concedido *trescientos días* de indulgencia por cada día de la novena y *una indulgencia plenaria* al fin, si en alguno de estos días se ha confesado y comulgado y rogado por las intenciones de Su Santidad.

Modo.—El modo de hacer esta novena es muy sencillo. Basta rezar la oración primera, que ponemos en seguida, y a la cual están concedidas las indulgencias. Y caso de no tenerse esta oración, basta, aun para ganar las indulgencias, rezar cinco veces el *Pater noster*, *Ave maría* y *Gloria Patri*.

Tiempo.—Para las indulgencias está declarado que es igual hacer la novena en cualquier tiempo del año. Pero la promesa

de la gracia, hecha por San Francisco Javier al P. Mastrilli, señaló el tiempo del 4 al 12 de marzo, día en que fueron canonizados San Ignacio de Loyola y el Santo Apóstol de las Indias.

Se empieza la novena: *Por la señal, etcétera.*

Luego, *Señor mío Jesucristo...*

ORACION

AMABILÍSIMO y amantísimo Santo, adoro con vos humildemente a la divina Majestad, y le doy gracias por los singulares dones de gracia que os concedió en vida y por la gloria de que ya gozáis. Suplícoos con todo el afecto de mi alma me consigáis por vuestra poderosa intercesión la gracia importantísima de vivir y morir santamente. Os pido también me alcancéis... (*aquí se hace la peticion espiritual o temporal*). Y si lo que pido no conviene a la mayor gloria de Dios y al bien de mi alma, quiero alcanzar lo que para eso sea más conveniente. Amén. Un *Padrenuestro, Avemaría y Gloria.*

ORACION

QUE COMPUSO Y DECÍA EL SANTO

Eterno Dios, Creador de todās las cosas, acordaos que Vos criasteis las almas de los infieles, haciéndolas a vuestra imagen y semejanza.

Mirad, Señor, cómo en deshonor vuestro se llenan de ellas los infiernos. Acordaos, Padre celestial, de vuestro Hijo Jesucristo, que derramando tan liberalmente su sangre, padeció por ellas. No permitáis que sea vuestro Hijo por más tiempo menospreciado de los infieles, antes, aplacado con los ruegos y oraciones de vuestros escogidos los santos y de la Iglesia, Esposa benditísima de vuestro mismo Hijo, acordaos de vuestra misericordia, y olvidando su idolatría e infidelidad, haced que ellos conozcan también al que enviasteis, Jesucristo, Hijo vuestro, que es salud, vida y resurrección nuestra, por el cual somos libres y nos salvamos, a quien sea dada la gloria por infinitos siglos de los siglos. Amén.

ORACION

¡Oh Dios, que quisiste agregar a tu Iglesia las naciones de las Indias por la predicación y por los milagros de San Francisco Javier! Concédenos que, pues veneramos la gloria de sus insignes merecimientos, imitemos también los ejemplos de sus heroicas virtudes. Por nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina contigo en los siglos de los siglos. Amén

Oración a Santa Teresa de Jesús.

¡Seráfica virgen y esposa predilecta del divino Verbo, Santa Teresa de Jesús!

Yo, N..., aunque muy indigno de ser vuestro siervo, animado, sin embargo, por vuestra gran bondad y por el deseo de servirlos, os elijo hoy, en presencia de la Santísima Trinidad, de mi ángel custodio y de toda la Corte celestial por mi especial madre, maestra y abogada, después de María Santísima; y propongo firmemente ser siempre fiel en vuestro servicio, y hacer todo lo posible para que de los demás seáis también

servida. Os suplico, pues, ¡oh seráfica madre mía!, por la sangre que vuestro divino Esposo derramó por mí, que me recibáis en el número de vuestros devotos, como perpetuo siervo vuestro. Favorecedme en mis angustias y alcanzadme la gracia de imitar de hoy en adelante vuestras virtudes, caminando por la senda de la verdadera perfección cristiana. Asistidme de un modo especial en la *oración*, y alcanzadme de Dios este *don tan glorioso*, que tanto resplandeció en Vos, para que, contemplando y amando al Sumo Bien, jamás me haga reo a vuestros ojos ni a los ojos de mi Dios del más mínimo pecado de pensamiento, de palabra ni de obra. Aceptad esta pequeña ofrenda que os hago en señal de la servidumbre que os profeso, asistiéndome en vida y particularmente en la hora de mi muerte. As: sea.

Oración a San Luis Gonzaga.

¡Bienaventurado y angélico joven San Luis Gonzaga, admirable en la modestia de tus acciones, en la penitencia con que mortificabas tu cuerpo, en la oración.

que lleno de fervor tenías tantas horas, en la inocencia que conservaste desde el bautismo, mereciendo el nombre de ángel en carne humana, y, finalmente, admirable en tu vocación a la Compañía de Jesús, donde fuiste llamado por la Santísima Virgen del Buen Consejo! ¡Oh! ¡Cuánto me confundo de verme tan diferente de ti por mis pecados! Pero ayúdame, Santo protector mío; ruega por mí y por toda la juventud, de la cual eres Patrono; líbrala de todos los peligros y alcánzanos a todos que, ya que no te hemos imitado en la inocencia, te imitemos en la penitencia, para recobrar la gracia que nos conduzca al reino eterno de la Gloria. Amén.

Oración a Santa Bárbara.

Abogada contra las tempestades y para no morir sin Sacramentos.

¡Oh Dios y Señor, eterno y omnipotente, que con la luz de tu divina gracia iluminaste a la bendita Santa Bárbara, para que conociese el altísimo misterio de la Trinidad Beatísima, y, menospre-

ciando los deleites del mundo, abrazase la virginal pureza y derramase su sangre hasta perder la vida en defensa de la fe católica! Yo te suplico, Señor, humildemente, que me concedas por su intercesión y gloriosos méritos que, libre de los peligros y tempestades de este mundo, merezca salir de él recibiendo dignamente en la hora de la muerte los santos sacramentos de la confesión y comunión, y, acabando feliz y santamente mi vida en tu divina gracia, logre gozarte eternamente en la Gloria, donde vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

Padremuestro, Avemaría y Gloria.

Oración al glorioso San Roque.

Abogado contra la peste.

¡Oh piadoso confesor de Jesucristo, glorioso San Roque, nuevo Tobías por tu amor a los pobres y a las obras de misericordia, y, como Job, modelo de paciencia; pues, como si nada fueran tus llagas y dolores y el hambre que padecías, hasta no tener muchas veces más recursos que el pan que el Cielo te en-

viaba por medio de un prodigioso perrito, te entregabas a una rigurosa penitencia! ¡Oh, cuánto confunde tu vida penitente mi tibieza y flojedad! No extraño el ser castigado por mis pecados de la divina Justicia; pero aplácala con tus ruegos, ¡oh glorioso San Roque! Tú, que eres abogado contra la peste y males contagiosos, y libraste a Roma y a otras ciudades, líbranos también a mí y a esta población de tan terrible azote; haz que se cumpla en nosotros aquella promesa que apareció sobre tu cadáver: *que los que te invocaren, habían de ser libres de la peste por tu intercesión*; alcánzanos también ser libres del contagio del pecado, para que, purificadas nuestras almas, podamos entrar limpios en la Gloria. Amén.

Padrenuestro, Ave María y Gloria.

Oración a Santa Rita de Casia.

V. Signaste, Señor, a tu sierva Rita.

R. Con el sello de tu caridad y Pasión.

¡Oh Dios y Señor, que a la bienaventurada Rita te dignaste dar tanta gracia.

que te imitase en el amor a los enemigos, y que en su corazón y frente llevase las señales de tu caridad y Pasión! Rogámoste nos concedas por su intercesión y méritos amar a nuestros enemigos, y con la espina de compunción y dolor contemplar perpetuamente los dolores de tu Pasión. Que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

Oración de San Clemente Hofbauer

POR LA CONSERVACIÓN DE LA FE

OH Redentor mío!, ¿habrá llegado aquel momento terrible, cuando no quedarán sino unos pocos cristianos animados del espíritu de fe? ¿Aquel momento en el cual, provocada vuestra indignación, nos retiraréis vuestra protección? ¿Los pecados y vida culpable de vuestros hijos, han determinado a vuestra justicia a vengarse irrevocablemente? Autor y consumidor de nuestra fe, os suplicamos en medio de la amargura de nuestro corazón contrito y humillado, que no permitáis se apague en nos-



San Clemente María Hofbauer

Propagador insigne de la Congregación del Santísimo
Redentor.

otros la luz hermosa de la fe. Acordaos de vuestras antiguas misericordias; echad una mirada de compasión sobre la viña plantada por vuestra diestra, regada con el sudor de vuestros Apóstoles, inundada con la sangre de miles y miles de mártires, con las lágrimas de tantos generosos penitentes y fecundada con las oraciones de tantos confesores y vírgenes inocentes. ¡Oh divino Mediador!, mirad esas almas fervientes, que en un continuo suspiro hacia vuestra misericordia, os piden por la conservación del más hermoso de todos los tesoros, la verdadera fe. Diferid, ¡oh Dios justísimo!, el decreto de nuestra reprobación, apartad vuestra vista de nuestros pecados, y fijadla en la sangre adorable que, derramada en la Cruz, nos ha obtenido la salvación, y pide cada día para nosotros en nuestros altares. ¡Ah, conservadnos la verdadera fe católica romana; que nos aflijan las enfermedades, que nos consuman las penas, que nos abrumen las desgracias; pero conservadnos nuestra santa fe, porque enriquecidos con este precioso don, soportaremos voluntariamen-

te todos los dolores y nada podrá turbar nuestra felicidad. Al contrario, sin el soberano tesoro de la fe, nuestra desdicha sería indecible e inmensa.

¡Oh buen Jesús, autor de nuestra fe!, conservadla pura, guardadnos firmes en la navecilla de San Pedro, fieles y obedientes a su sucesor, vuestro vicario en la tierra, a fin de que la unidad de la Santa Iglesia se mantenga; su santidad vaya en aumento, sea libre y protegida la Sede Apostólica y se dilate la Iglesia universal en provecho de las almas.

¡Oh Jesús!, autor de nuestra fe, humillad y convertid a los enemigos de vuestra Iglesia, conceded a todos los reyes y príncipes cristianos y a todo el pueblo fiel la paz y verdadera unidad, fortalecadnos y mantenednos a todos en vuestro santo servicio, para que viviendo para Vos, muramos también en vuestro santo amor. ¡Oh Jesús!, autor de nuestra fe, viva y muera yo por Vos. Así sea.

300 días una vez al día. (León XIII, 11 abril 1888).

Oración a San Clemente Hofbauer
(MISIONERO REDENTORISTA Y APÓSTOL DE
VIENA)

para pedir la gracia que se desea.

AMADO protector mío San Clemente, cuán grande y heroico fué vuestro amor a los hombres, vuestros hermanos, mientras vivisteis en este mundo. Vos fuisteis el consuelo de los afligidos, el amparo de los desamparados, el consejero de los que vacilaban, el sostén de los oprimidos, el Apóstol de las almas más abandonadas. ¡Cuántas lágrimas habéis enjugado! ¡Cuántos pobres socorrido! ¡Cuántos enfermos aliviado!

¡Oh bondadosísimo San Clemente, ángel de misericordia!, a Vos recorro lleno de la más grande confianza; obtenedme por vuestra poderosa intercesión la gracia que os pido, si ha de ser para bien de mi alma, y si no lo fuera, alcanzadme paciencia para llevar mi cruz con perfecta resignación cristiana y mérito para la vida eterna. ¡Oh glorioso Santo!, mostrad vuestro poder, mostrad vuestra

bondad, y eternamente os quedaré agradecido, eternamente cantaré vuestras misericordias. Así sea.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

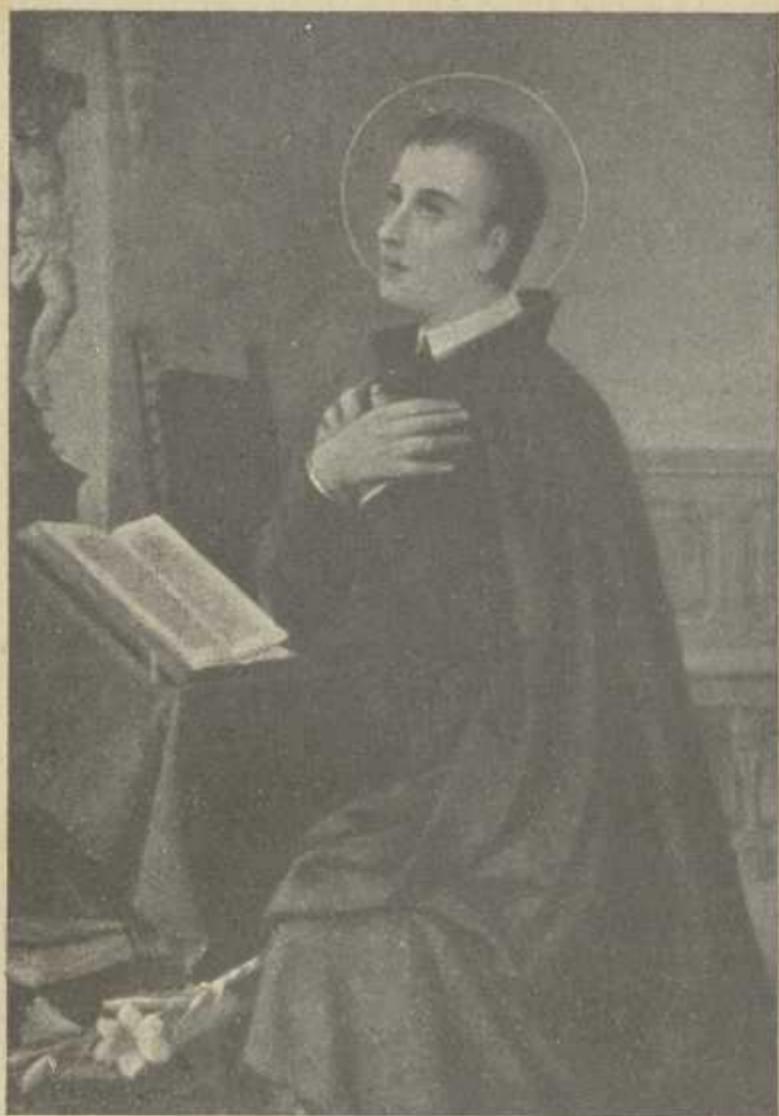
100 días cada vez para todos los fieles del territorio español que recen devotamente esta oración a San Clemente seguida de un Padrenuestro, Avemaría y Gloria. (Nuncio Apostólico, Federico Tedeschini, 3 enero 1925)

OTRA ORACIÓN

DH Dios, que adornasteis al bienaventurado Clemente María con admirable firmeza en el creer y envidiable constancia en hacer obras de virtud! Por sus méritos y ejemplos os rogamos nos concedáis fe tan robusta y tal fervor de caridad, que lleguemos a conseguir los bienes eternos. Por Cristo Nuestro Señor. Amén.

Oración a San Gerardo Mayela.

DH glorioso Santo! Vos, que fuisteis tan sufrido en las adversidades y tan amante de padecer que, o perseguido, o calumniado, o probado, todo lo so-



San Gerardo María Mayela

Hermano Iego de la Congregación del Santísimo Redentor.

portasteis con admirable tranquilidad de ánimo, alcanzadme también a mí el espíritu de fortaleza en todas las adversidades de la vida.

¡Cuánta necesidad tengo de la virtud de paciencia, pues el más pequeño trabajo me espanta; cualquier leve aflicción me fastidia; me resiento y me enojo por la más pequeña contrariedad, y no conozco que por el camino de las tribulaciones se va al Cielo! Por este camino quiso andar Jesús, nuestro divino Maestro, y por él anduvisteis Vos también, ¡oh San Gerardo! Alcanzadme, pues, ánimo para abrazar gustoso las cruces que Dios me envía, haciéndome digno de llevarlas con una paciencia y prontitud semejante a la vuestra, a fin de que merezca después, juntamente con Vos, gozar de Dios en la Gloria. Así sea.



ORACIONES VARIAS

ORACIÓN PARA OBTENER LAS GRACIAS NECESARIAS PARA SALVARSE

ETERNO Padre, vuestro divino Hijo nos ha prometido que nos concederíais todas las gracias que os pidiéramos en su nombre; pues en nombre y por los méritos de Jesucristo os pido para mí y para todos los hombres las siguientes gracias: dadme una *fe viva* en todo lo que me enseña la Santa Iglesia Romana, y juntamente vuestras divinas luces, para conocer cuán vanos son los bienes de este mundo y cuánta la grandeza del bien infinito, que sois Vos; la fealdad de mis pecados, para humíllarme y detestarlos como debo, y el mérito de vuestra bondad para que yo os ame con todo mi corazón. Dadme también a conocer el amor que me habéis tenido, para que de hoy en adelante procure ser agradecido a tanta bondad.

Concededme una *gran confianza* en

que vuestra misericordia, por los méritos de Jesucristo y por la intercesión de María Santísima, me ha de otorgar el perdón de mis pecados, la santa perseverancia y, finalmente, la gloria del cielo. Concededme un *gran amor* a Vos; que me desprenda de todos los afectos terrenos y de mí mismo, de modo que sólo a Vos ame y no busque ni desee otra cosa que daros la gloria que os es debida. Dadme una *perfecta resignación* a vuestra voluntad, para que acepte con ánimo tranquilo los dolores, las enfermedades, los desprecios, las persecuciones, el desconsuelo o aridez de espíritu en la oración, la pérdida de los bienes, de la estimación, de los parientes y cualquiera otra cruz que me viniere de vuestras manos. A Vos me ofrezco todo, para que hagáis de mí y de cuanto me pertenece lo que sea de vuestro agrado; pero dadme luz y fuerza para cumplir todos vuestros divinos deseos: en la muerte, especialmente, ayudadme a ofreceros el sacrificio de mi vida con todo el afecto de mi corazón, en unión del gran sacrificio que de la suya os hizo Jesucristo en la Cruz sobre el Calva-

rio. Concededme un *dolor tan grande* de mis pecados, que me haga vivir siempre arrepentido y llorar hasta la muerte los disgustos que os he dado a Vos, ¡oh Sumo Bien!, que sois digno de un amor infinito y me habéis amado tanto. Os ruego me concedáis el espíritu de verdadera *humildad* y mansedumbre, que me haga abrazar con ánimo sosegado, y aun recibir con gusto cualquier desprecio, ingratitude y mal tratamiento que me viniere de los hombres; y con esto os pido una perfecta *caridad*, que me haga desear bien a quien me haya hecho mal, y favorecer del modo que me sea posible, por lo menos rogando por ellos, a todos los que me hicieren alguna ofensa. Dadme, os suplico, tan grande amor a la virtud de la *mortificación*, que me haga castigar mis sentidos rebeldes y contrariar mi amor propio; y juntamente os pido que me déis la *santa pureza*, haciéndome triunfar de todas las tentaciones deshonestas, recurriendo siempre a Vos y a vuestra Santísima Madre María. Dadme la *gracia de obedecer* puntualmente las disposiciones de mi director espiritual y

las de todos mis superiores. Dadme una *intención recta*, para que todo lo que hiciere o deseara sea para vuestra gloria y para daros gusto. Dadme una *gran confianza* en la Pasión de Jesucristo y en la intercesión de María Inmaculada. Concededme un ardiente *amor al Santísimo Sacramento del altar* y una tierna y constante *devoción a María Santísima*, vuestra Santa Madre. Sobre todo, concededme el don de la perseverancia y la gracia de pediroslo siempre, y, especialmente, en las tentaciones y en la hora de la muerte.

Os encomiendo también las benditas ánimas del Purgatorio, mis parientes y bienhechores, y de un modo especial todos los que me aborrecen o me han hecho alguna ofensa; os pido les paguéis con bien el mal que me hacen o me desean. Os encomiendo, en fin, los infieles, los herejes y todos los pobres pecadores; dadles luz y fuerza para salir del pecado. ¡Oh Dios amabilísimo! Hacedos conocer y amar de todos; más especialmente de mí, que más que ningún otro os he sido ingrato, para que por vuestra bondad llegue un día a cantar eternamen-

te en la Gloria vuestras misericordias, como lo espero, confiado en los méritos de la sangre preciosísima de vuestro Hijo y en el patrocinio de María. ¡Oh Madre de Dios, María Santísima!, rogad a Jesús por mí. Así lo espero, así sea.

ORACION

PARA DAR GRACIAS A JESUCRISTO POR EL
DON DE LA FE Y PEDIRLE QUE LE AUMENTE
Y VIVIFIQUE EN EL PUEBLO CRISTIANO

QH Salvador del mundo!, muchos y grandes son los beneficios con que me habéis obligado infinitamente; yo os doy gracias de lo íntimo de mi corazón por todos ellos; pero confieso que nunca podré agradeceros bastantemente el de haberme iluminado con la luz de vuestra santa Fe. Este don es tan grande, que aunque os dicra mil vidas para probaros mi reconocimiento sería poco, sería nada, comparado con él. Por esto tiemblo cada vez que pienso en lo mucho que os debo y en lo poco o nada con que os correspondo. ¿Cómo podré, oh Dios mío, satisfaceros deuda tan crecida? ¡Ah!

ya sé que, conociendo nuestra pobreza, os contentáis con la gratitud del corazón. Pues, Dios mío, pobre cual soy, y en el modo que puedo, os doy gracias cordialísimas, en mi nombre y en el de todos los fieles, por habernos llamado y admitido a vivir en la verdadera fe que enseña la Santa Iglesia Católica Romana, y os ruego encarecidamente que deis a conocer a todos los hombres la hermosura de vuestra santa Fe. ¡Oh Dios, la belleza de vuestra Fe parece tan perfecta, que no sé cómo no morimos todos de amor por ella! Ciertamente que, como vuestro siervo San Francisco de Sales, deberíamos a lo menos *querer guardar este don tan precioso en un corazón todo perfumado con el suave aroma de la devoción*. Mas, ¡ay!, Jesús, Redentor mío, que ni aun así saben los hombres agradecerlo, pues fascinados por el falso brillo de las cosas terrenas, rechazan esa luz divina que les descubre la verdad, y se precipitan ciegos en las tinieblas de la infidelidad y la herejía, en donde la mayor parte de los hombres yacen sepultados.

Vos os habéis humillado hasta la muerte, y muerte de cruz, por su salvación; y estos ingratos ni aun quieren oír hablar de Vos. ¡Oh Dios omnipotente. Bien sumo e infinito! Defended vuestra causa; daos a conocer a todos; haceos amar; restaurad vuestra fe, aumentadla, vivificadla.

¡Oh gran Madre de Dios, María Santísima! Vos que sois la protectora universal del género humano, apiadaos de la descreída sociedad presente. Mirad el estrago, siempre creciente, que hace todos los días el infierno en las almas redimidas, arrebatándoles por medio de tantos escritos pestíferos y llenos de errores la Fe divina que vuestro divino Hijo nos ha dado, y poned remedio a tanto mal. Rogad, ¡oh Madre de la Fe!, rogad al divino Salvador, que tanto os ama y siempre os oye, que disipe las tinieblas del error y haga brillar otra vez su Fe divina entre los hombres, para que, guiados por ella, podamos ir un día a agradecerle y amarle en el reino de los cielos. Amén.

ORACION

PARA PEDIR A DIOS LA GRACIA DE QUE SE
OBSERVEN LOS DÍAS FESTIVOS

QU H Dios Allísimo!, soberano Señor de los Cielos y la tierra, autor y dueño absoluto del tiempo, que con legítima y suprema autoridad habéis ordenado a los hombres que descansen un día de la semana, y se dediquen en él a conoceros, a serviros y amaros con todo su corazón.

Yo os doy gracias por la providencia amorosa con que, prohibiéndonos el trabajo en ciertos días, para que el amor terrenal no nos arroje en el infierno, nos ordenáis el descanso, a fin de llevarnos por él al descanso de la Gloria. Perdonadme, Dios mío, el haber tantas veces, por falta de piedad, profanado vuestros domingos y fiestas. Os prometo de hoy en adelante observarlos con religiosa exactitud, y os pido encarecidamente que os apiadéis de los pobres pecadores, que por ignorancia, aunque culpable, trabajan en ellos con desprecio de vues-

tra Santa Ley. Dadles un corazón dócil para que, sometiéndose a vuestro mandato, renuncien a la infame avaricia y consagren los días festivos y domingos a vuestro culto y divino servicio y a toda clase de buenas obras. Oid, Jesús mío, mi oración. Por la gloria de vuestro Corazón adorable, y por el amor que tenéis a vuestra tierna Madre María, que tan amargas lágrimas derramó en la Salleta a causa de la profanación de los domingos, renovad la fe en el pueblo cristiano, para que, buscando todos, en primer lugar, vuestro reino y vuestra justicia, merezamos los favores de vuestra adorable Providencia en este mundo y después los bienes eternos de la Gloria. Amén. Así lo espero; así sea.

ORACION

DE UNA MADRE PARA PEDIR POR SUS HIJOS

DIOS y Señor mío! Llena de confianza en vuestra bondad paternal, os encomiendo mis hijos, como a su verdadero Padre. Vuestros son, Señor, más que no míos, puesto que Vos me los habéis

dado y me los conserváis. A la verdad, yo no les di el alma y el espíritu, ni la vida y ni aun coordiné sus miembros, sino Vos, Criador del universo, que formasteis al hombre en su origen y disteis principio a todas las cosas. Os los efrezco, pues, como cosa vuestra, y muy de corazón los confío al cuidado de vuestra amorosa Providencia. Os pido los bendigáis siempre desde el Cielo, pero sobre todo cuando yo, en vuestro nombre, los bendiga. No les déis "ni mendiguez ni riquezas, sino solamente lo necesario para vivir". Concededles, Señor, la verdadera sabiduría, con la cual busquen siempre, en primer lugar, vuestra gloria y su propia santificación, dejando a vuestro cuidado el darles los bienes temporales que hayan menester.

Dadles un corazón dócil y dispuesto a recibir las impresiones de vuestra gracia; inspirad a sus almas un horror sumo al pecado; apartadlos de todas las ocasiones de pecar; preservadles del hálito ponzoñoso del mundo; formad su corazón en las máximas del Evangelio; inspiradles pensamientos y afectos cristianos;

dadles la sencillez de la paloma, para que amen siempre la verdad, y la prudenciã de la serpiente, para que nunca se dejen seducir del espíritu del mal. Llenadlos de vuestro santo amor. No permitáis, Dios mío, que algún descuido de mi parte, o mal ejemplo, o alguna palabra indiscreta, destruya en su corazón las semillas de la virtud que con vuestra gracia procuro infundirles. Haced, por el contrario, que siempre vean en mí un dechado perfecto de las virtudes cristianas. ¡Oh Criador benéfico y Padre amoroso de todos los hombres!, dignaos dirigir, regular y perfeccionar el afecto que tengo a mis hijos. Vos me los habéis confiado como un depósito sagrado del cual he de daros un día estrecha cuenta; pues enseñadme y ayudadme a darles una educación cimentada en vuestro santo temor y en el amor a vuestra santa Ley. Enseñadme los medios de preservarlos del contagio del vicio y de la impiedad; corregid los defectos de mi carácter; dadme, para encaminarlos a Vos, indulgencia sin debilidad, firmeza sin terquedad ni aspereza, y aquella pa-

ciencia evangélica que lo sufre todo sin desalentarse nunca, para que, inspirándonos continuamente vuestro santo temor y vuestro santo amor, tengamos todos la dicha de ser un día admitidos en el eterno descanso de la Gloria; así lo espero, confiada en los méritos de mi Señor Jesucristo y en la intercesión de su Santísima Madre María. Amén.

ORACION

DE LOS HIJOS POR SUS PADRES

QUI Padre celestial, que movido por vuestra infinita caridad habéis mandado a los hijos que amen a sus padres, reconociendo en ellos la viva imagen de vuestra divinidad en la tierra! Oid la plegaria de un hijo que quiere cumplir vuestro dulce precepto en la forma que más os agrada, pidiéndoos para sus padres la abundancia de vuestras bendiciones. Volved vuestros ojos paternales a los autores de mis días. A ellos, después de Vos, debo la existencia, y a sus desvelos debo el ser hijo de vuestra Santa Iglesia y cuantos bienes

he recibido de vuestra bondad. Haced, pues, que yo les profese siempre aquel amor, obediencia y respeto que les debo y les preste los servicios que de mí, por tantos títulos, merecen. Conservad largos años su salud y vida para gloria vuestra. Derramad sobre ellos toda clase de bendiciones temporales y espirituales, y preservadles del pecado y del Infierno. Ayudadles a cumplir fiel y constantemente sus deberes de padres. No permitáis, Dios mío, que se opengan a los designios que Vos tenéis sobre mí; antes bien, dadles luz para que, conformando su voluntad a la vuestra, me ayuden a conocer y abrazar el estado de vida a que Vos me llamáis. Os pido estas gracias, ¡oh Jesús mío!, por el amor que tuvisteis a vuestros santísimos padres en la tierra, a María Santísima y a San José, y espero de vuestra misericordia que, con mis queridos padres, tendré la dicha de veros y gozaros un día en vuestra gloria. Amén.

ORACION

PARA PEDIR LA PERSEVERANCIA FINAL

SUMO y Eterno Dios, yo os adoro humildemente, y os doy gracias por haberme criado y redimido por medio de mi Señor Jesucristo; por haberme hecho hijo de la Santa Iglesia; por haberme esperado y llamado a penitencia cuando por mi desgracia estaba en pecado; por haberme perdonado tantas veces; por haberme preservado de tantas otras culpas en que yo hubiera caído si no me hubierais socorrido con vuestra gracia. Pero, Señor, mis enemigos no dejarán de tentarme hasta la muerte, y si Vos no me asistís, volveré a ofenderos más que antes; por amor, pues, de Jesucristo, concededme el don de la perseverancia, Jesús nos ha prometido que Vos no dejaréis de concedernos cualquiera gracia que os pidiéramos en su nombre; pues en nombre y por los méritos de este Hijo vuestro os pido la gracia de no separarme ya nunca de Vos, y esta gracia os la pido también

para cuantos gozan al presente de vuestra amistad. Yo estoy cierto que si soy constante y fiel en pedirlos la perseverancia, la obtendré; porque Vos habéis prometido oír al que os pida. Mas esto es lo que yo temo: temo dejar de encomendarme a Vos en alguna tentación, y así, perderos. Esta gracia, pues, os pido en nombre de Jesús y María: la gracia de no dejar de pedirlos. Concededme que en las tentaciones siempre recurra a Vos, invocando los dulces nombres de Jesús y María. Así, Dios mío, ciertamente espero morir en vuestra gracia y llegar a amaros en la Gloria, en donde estaré seguro de no separarme más de Vos y de amaros por toda la eternidad. Amén.

ORACION

PARA PEDIR LA GRACIA DE ORAR SIEMPRE

Que Dios de mi alma! Yo confío en que, por vuestra bondad infinita, estoy al presente en vuestra gracia y me tenéis perdonados todos los pecados con que os he ofendido. Gracias os doy

por ello de todo corazón, y espero cantar eternamente vuestras misericordias. Conozco que la causa de mis caídas ha sido mi descuido en recurrir a Vos en mis tentaciones y pidiros la santa perseverancia. Formo ahora para siempre inquebrantable propósito de encomendarme siempre a Vos en adelante, y muy en particular cuando me vea en peligro de recaer en el pecado. Propongo recurrir siempre a vuestra misericordia, invocando los santísimos nombres de Jesús y de María, seguro de que, si oro, no dejaréis Vos de darme la fuerza que necesito para resistir a mis enemigos. Tal es mi resolución, a la cual os prometo ser fiel durante toda mi vida. Pero, ¿de qué me servirán estas promesas, ¡oh Dios mío!, si Vos me dejáis de la mano y no me ayudáis con vuestra gracia a cumplir mi buen propósito de recurrir a Vos en todos mis peligros? Ayudadme, pues, ¡oh Eterno Padre!, ayudadme por el amor de Jesús, y no permitais que jamás me descuide de encomendarme a Vos cuando la tentación me asalte. Seguro estoy de obtener vuestro auxilio

siempre que os lo pida; mas temo que, llegado el caso, no piense en acudir a Vos, y esa negligencia mía sea la causa de mi desgracia, es decir, de la pérdida de vuestra gracia, que es la desgracia mayor que acontecerme puede. ¡Ah!, yo os suplico, Señor, por los méritos de mi Redentor Jesucristo, me otorguéis la gracia de orar; pero una gracia poderosa que me haga orar siempre, y orar como es debido.

¡Oh María, Madre mía!, siempre que a Vos he recurrido me habéis alcanzado el socorro necesario para no caer; ahora recorro a Vos, a fin de que me alcancéis una gracia mayor, cual es la de que hasta el fin de mi vida me encomiende en todas mis necesidades a vuestro divino Hijo y a Vos. ¡Oh Reina mía! Vos alcanzáis de Dios cuanto le pedís. Os ruego que, por el amor que tenéis a Jesucristo, pidáis para mí la gracia de orar bien y no dejar de orar hasta la muerte. Amén.

ORACION

POR LA PROPAGACIÓN DE LA FE

(Compuesta por Benedicto XV)

OH Jesús!, no se ha extinguido el eco de la palabra con la que Vos, a la vista de una inmensa mies, hacíais resaltar la escasez de los obreros *Mensis quidem multa, operarii autem pauci.*

Tres siglos han transcurrido desde que la Sede Apostólica proveyo de una manera regular y constante a la evangelización de los infieles. Copiosos frutos ha recogido el celo de los misioneros enviados por la Sagrada Congregación de Propaganda Fide; ha sido semilla de cristianos la sangre derramada por aquel generoso atleta que hace tres siglos ofrecía a la misma Congregación las primicias de sus mártires. Y, sin embargo, ¡cuántos pueblos yacen envueltos todavía en las tinieblas de la ignorancia! ¡cuántas naciones están aún sentadas en la sombra de la muerte! ¡Oh, cuán doloroso es comparar el número de los creyentes con el otro, mucho mayor, de

los infieles! Esta comparación, a la vez que nos hace apreciar más la admirable luz de la fe, por la que somos guiados en nuestra peregrinación sobre la tierra, aviva también en nuestro espíritu el recuerdo de aquellas otras palabras divinas: "Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies"

Vos sois, Señor, el dueño de la mies, en la que está figurada la multitud de los hombres. A Vos, pues, os pedimos que multipliquéis el número de los misioneros, acrecentéis su celo y bendigáis sus fatigas, a fin de que la buena semilla de la divina palabra produzca abundantes frutos que sean recogidos en los celestiales graneros. Escuchad, ¡oh Señor!, esta súplica que nos sugiere el deseo de ver extendido vuestro santo reino Y pues que la hermosa aspiración, *adveniat regnum tuum, venga a nos el tu reino*, sale cada día de nuestro corazón más que de nuestros labios, dadnos firmeza y constancia en la promesa que también os hacemos, de concurrir del mejor modo posible, y según la medida de nuestras fuerzas, a cuanto pueda fa-

vorécer la obra de la Propagación de la Fe.

300 días cada vez; plenaria una vez al mes, rezándola todos los días. (Benedicto XV, 17 noviembre 1921)

Piadosa práctica en favor de la Propagación de la Fe

Los fieles que recen tres *Avemarias* y juntamente favorezcan las santas misiones, sea con donativos, sea prestando su concurso, o exhortando a otros a hacerlo, pueden ganar:

1.^o *100 días cada vez.*

2.^o *Plenaria*, tres veces al año, esto es, en las fiestas de la Inmaculada Concepción, de San José y de San Francisco Javier, o en un día de sus octavas. Condiciones ordinarias.

(Pío IX, 26 abril 1857.)

POR LA CONVERSIÓN DE CHINA

Señor mío Jesucristo, único Salvador de todo el género humano, que ya domináis de un mar a otro y desde el uno al otro extremo de la tierra, abrid también propicio vuestro Corazón a los infelices habitantes de la China que todavía están sentados en las tinieblas y en la sombra de la muerte, a fin de que, por la intercesión de la piísima Virgen María, vuestra immaculada Madre, y de su gloriosísimo Esposo, el bienaventurado San José, alandonando sus ídolos, se postren los chinos delante de Vos y sean agregados a vuestra Santa Iglesia. *(300 días de indulgencias).*

DEVOCIÓN
A LAS
Ánimas benditas del Purgatorio

INTRODUCCIÓN

LA devoción para con las ánimas benditas, que consiste en encomendarlas a Dios, para que las alivie en las grandes penas que padecen y las llame cuanto antes a su gloria, es muy agradable a Dios y muy provechosa para nosotros. Porque, por una parte, esas benditas almas son esposas queridas de Jesucristo; y por otra, son muy agradecidas para con aquel que les alcanza la libertad de su prisión, o a lo menos les procura algún alivio en sus tormentos; y una vez llegadas al cielo, no se olvidarán, ciertamente, de quien por ellas ha rogado. Además, créese, piadosamente, que Dios les manifiesta quién ruega por ellas, a fin de que ellas también pidan por nosotros. Verdad es que esas almas benditas no están en estado de pedir en su propio favor, por hallarse en el Purgatorio, satisfaciendo como reos por sus culpas; sin embargo, como son tan amadas de Dios, bien pueden pedir por

nosotros y alcanzarnos gracias San Gregorio, en sus *Diálogos*, cuenta milagros obrados por la intercesión de las benditas ánimas. Cuando Santa Catalina de Bolonia deseaba alguna gracia, recurría a las almas del Purgatorio, y pronto la conseguía. Y aseguraba que más de una gracia que no había obtenido por la intercesión de los Santos, la había alcanzado de las almas del Purgatorio. Por lo demás, innumerables son las gracias que afirman los devotos haber recibido por mediación de estas santas almas.

Pero si deseamos el auxilio de sus oraciones, no sólo es *justo*, sino que es un *deber* el socorrerlas con las nuestras. Si, es un *deber*, porque la caridad cristiana exige que ayudemos a nuestro prójimo cuando necesita nuestra asistencia. Ahora bien; ¿quién está en mayor necesidad que estas santas prisioneras? Ellas se encuentran continuamente en aquel fuego, que atormenta mucho más que el fuego de esta tierra, están privadas de la vista de Dios, pena mayor que todas las demás. Y no dejemos de considerar que allí estarán quizá penando las almas de nuestros padres, hermanos, esposo o esposa, parientes, amigos y bienhechores, que esperan nuestros sufragios.

Todos los fieles, pues, procurarán aliviar a las benditas Animas y librarlas del Purgatorio, aplicándoles todos los sufragios que puedan, por ejemplo: Misas, *Via-Crucis*, Co-

munionen, indulgencias, novenas, los ejercicios del mes de noviembre, llamado *mes de las Animas*, limosnas, etc., etc.

Para comodidad de las almas piadosas se ponen a continuación una novena y varios otros ejercicios de piedad, que pueden practicarse en sufragio de las almas del Purgatorio.

NOVENA

EN SUFRAGIO DE LAS

benditas almas del Purgatorio.

DIA PRIMERO

Por la señal de la Santa Cruz, etc.

Acto de contrición.

SEÑOR mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero, Criador, Padre y Redentor mío, en quien creo, en quien espero, a quien amo más que a mi vida, más que a todas las cosas: pésame, Señor, de haberos ofendido, por ser Vos quien sois, tan bueno, tan santo, tan amable; pésame también, porque con mis pecados he merecido las acerbos

penas del Purgatorio, y, ¡quien sabe! acaso también los eternos tormentos del infierno. Propongo, ayudado de vuestra gracia, nunca más pecar, apartarme de todas las ocasiones de ofenderos, confesarme, enmendar mis yerros y perseverar hasta la muerte en vuestra amistad. ¡Oh Dios mío!, esta gracia os pido por el amor que tenéis a esas benditas Animas, por vuestros méritos y por los dolores de vuestra afligidísima Madre. Amén.

ORACION

PARA TODOS LOS DÍAS DE LA NOVENA

¡Oh Padre Eterno! Padre amantísimo, Padre misericordiosísimo, que impelido por las entrañas de vuestra misericordia, tanto amasteis al mundo, que no parasteis hasta darle vuestro Hijo Unigénito. a fin de que todos los que creen en El no perezcan, sino que vivan vida eterna: ¿permitiríais que sufran largo tiempo en el Purgatorio esas almas queridas, hijas vuestras y esposas de Jesucristo, quien las compró con el precio de su sangre?

Tened piedad de esas afligidas prisioneras, y libradlas de sus penas y tormentos. Tened asimismo piedad de mi pobre alma, librándola del cautiverio del pecado. Y si vuestra justicia, no satisfecha aún, pide satisfacción por las culpas que han cometido, os ofrezco los actos de virtud que haga durante esta Novena. ¡Ah!, nada o muy poco valen todos ellos, es verdad; mas yo os los presento en unión de los merecimientos de Jesucristo, de los dolores de su Madre Santísima y de las virtudes heroicas de cuantas almas justas han vivido en el mundo. Compadeceos así de los vivos como de los difuntos; concedednos a todos la gracia de gozar un día de vuestra misericordia en el Cielo. Amén.

CONSIDERACIÓN

Muchas son las penas que sufren las benditas Animas del Purgatorio; pero la mayor de todas consiste en pensar que, por los pecados que cometieron en vida, han sido ellas mismas la causa de sus propios padecimientos.

¡Oh Jesús, Salvador mío!, yo que tan-

tas veces he merecido el infierno, ¿cuánta pena no experimentaría ahora, si me viese condenado, al pensar que yo mismo había sido la causa de mi condenación? Gracias os doy por la paciencia que conmigo habéis tenido. ¡Oh Dios mío!, porque sois Bondad infinita, os amo sobre todas las cosas; me arrepiento de todo corazón de haberos ofendido, y os prometo antes morir que volver a ofenderos. Concededme la perseverancia; tened piedad de mí y de las almas benditas que sufren en aquel fuego. Y Vos, ¡oh María, Madre de Dios!, socorredlas con vuestros poderosos ruegos.

Cinco Padrenuestros y Avemarías por las almas que sufren más.

OBSEQUIO.—En sufragio de las Animas benditas, tomar la generosa resolución de asistir al novenario cada día.

Encomendemos ahora a Jesucristo y a su Santísima Madre todas las almas del Purgatorio, en especial las de nuestros parientes, bienhechores, amigos y enemigos, y, sobre todo, las de aquellos por quienes estamos obligados a pedir. Ofrecamos a Dios en su favor las siguientes

SUPPLICAS

A NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO PARA QUE,
POR LOS DOLORES DE SU PASIÓN, TENGA
MISERICORDIA DE LAS ALMAS DEL PURGA-
TORIO.

¡Oh dulcísimo Jesús!, por el sudor
de sangre que derramasteis en el
Huerto de Getsemani,

¡Oh dulcísimo Jesús! por los dolo-
res de vuestra cruelísima flagelación.

¡Oh dulcísimo Jesús!, por los dolo-
res que padecisteis llevando hasta el
Calvario la cruz auestas,

¡Oh dulcísimo Jesús!, por los dolo-
res de vuestra acerbísima agonía en
la cruz,

¡Oh dulcísimo Jesús!, por el in-
menso dolor que padecisteis al sepa-
rarse vuestra alma de vuestro cuerpo,

*Encomendémonos, en fin, todos a
las almas del Purgatorio.*

¡Oh Animas benditas!, ya que por vos-
otras hemos rogado, vosotras, que tan
amadas sois del Señor, y que tenéis la
certeza de no poderle ya perder, rogad.

Tened piedad de las almas del Purgatorio.

le por nosotros, que nos vemos todavía en peligro de condenarnos y perder a Dios para siempre.

¡Oh Dios, Criador y Redentor de todos los fieles!, conceded a las almas de vuestros siervos y siervas que gimen en el Purgatorio, sobre todo al alma de N. N., el perdón de toda la pena temporal debida por sus pecados, a fin de que, mediante los humildes ruegos que os dirigimos en su favor, alcancen cuanto antes la tan deseada remisión. Os lo pedimos por Jesucristo, que con Vos vive y reina por 105 siglos de los siglos. Amén.

DIA SEGUNDO

Actos preparatorios, pág. 634.

CONSIDERACIÓN

La segunda pena que aflige en alto grado a esas benditas almas es el tiempo que en vida perdieron, durante el cual habrían podido adquirir mayores méritos para el Cielo, y el pensamiento de que esta pérdida, para siempre es irreparable, terminando con la vida el tiempo de merecer.

Infeliz de mí, ¡oh Señor!, que por espacio de tantos años he vivido en la tierra, no mereciendo sino los castigos del infierno. Gracias os doy porque todavía me concedéis tiempo para remediar el mal que he hecho. Arrepíentome, ¡oh Dios mío!, de haberos ofendido a Vos, que sois tan bueno. Concededme vuestro socorro, para que lo que me quede de vida, lo emplee únicamente en serviros y en amaros. Tened piedad de mí y de esas almas benditas que arden en el Purgatorio. Y Vos, ¡oh María, Madre de Dios!, socorredlas con vuestros poderosos ruegos.

Cinco Padrenuestros y Avemarías por las almas que sufren más.

OBSEQUIO: Asistir mañana, y todos los días que se pueda, al santo sacrificio de la Misa en sufragio de las almas del Purgatorio.

Encomendemos ahora, pág. 637.

DIA TERCERO

Actos preparatorios, pág. 634.

CONSIDERACIÓN

Otra de las mayores penas que aña-

gen a esas ánimas es la vista espantosa de los pecados que están expiando. En la vida presente no se conoce bastante la fealdad de los pecados; pero se comprende bien en la otra, y este conocimiento es uno de los más vivos dolores que sufren las almas en el Purgatorio.

¡Oh Dios mío!, os amo sobre todas las cosas, porque sois infinita Bondad, dueñome con todo mi corazón de haberos ofendido, os prometo antes morir que volver a ofenderos; concededme la santa perseverancia, tened piedad de mí y de aquellas santas almas que se purifican en aquel fuego. Y Vos, ¡oh María, Madre de Dios!, socorredlas con vuestros ruegos poderosos, y rogad también por nosotros, que estamos aún en peligro de condenarnos.

Cinco Padrenuestros y Avemarias por las almas que sufren más

OBSEQUIO. Mañana procuraremos sufrir con paciencia, así los trabajos que Dios nos envíe, como las molestias del prójimo, en sufragio de las ánimas benditas.

Encomendemos ahora etc., pág. 537.

DIA CUARTO

Actos preparatorios, pág. 634.

CONSIDERACIÓN

Una de las penas que más afligen a aquellas almas, esposas de Jesucristo, es el pensar que en vida, por sus culpas, disgustaron a aquel Dios a quien tanto aman. Se han visto penitentes morir de dolor al pensar que habían ofendido a un Dios tan bueno. Mucho mejor que nosotros conocen las almas del Purgatorio cuán amable es Dios, y, por consiguiente, lo aman con todas sus fuerzas; por eso, al pensar que le disgustaron en vida, experimentan un dolor superior a todo otro dolor.

¡Oh Dios mío!, porque sois Bondad infinita, me arrepiento con todo mi corazón de haberos ofendido. Os prometo antes morir que volver a ofenderos. Dadme la santa perseverancia; tened piedad de mí y de aquellas santas almas que arden en ese fuego y que os aman de todo corazón. Y Vos, ¡oh María, Ma-

dre de Dios!, socorredlas con vuestros poderosos ruegos. Amén.

Cinco Padrenuestros y Avemarías por las almas que sufren más.

OBSEQUIO: Mañana, en sufragio de las benditas ánimas y en satisfacción de las palabras altivas que hubiéremos dicho, besar tres veces la tierra; y el que quiera humillarse más, podrá hacer con la lengua una pequeña cruz en el suelo.

Encomendemos ahora etc., pág. 637.

DIA QUINTO

Actos preparatorios, pág. 634.

CONSIDERACIÓN

Otra de las grandes penas que afligen a aquellas benditas almas es el sufrir aquel fuego, sin saber cuándo tendrán fin sus penas. Es verdad que tienen la certidumbre de verse un día libres de ellas; pero la incertidumbre del tiempo en que se han de acabar les causa un gravísimo tormento.

¡Oh Señor, qué desgracia tan grande sería la mía si me hubieseis enviado al infierno, a esa cárcel de tormentos, te-

niendo la seguridad de no salir de ella jamás! Os amo sobre todas las cosas, ¡oh Bondad infinita!, y me arrepiento con todo mi corazón de haberos ofendido, y os prometo antes morir que volver a ofenderos. Concededme la santa perseverancia; tened piedad de mí y de aquellas santas almas que se purifican en el fuego. Y Vos, ¡oh María, Madre de Dios!, socorredlas con vuestros poderosos ruegos. Amén.

Cinco Padrenuestros y Avemarias por las almas que sufren más.

OBSEQUIO: Mañana no comer nada fuera de las horas acostumbradas, o hacer alguna mortificación corporal en sufragio de las benditas ánimas del Purgatorio.

Encomendemos ahora etc., pág. 637.

DIA SEXTO

Actos preparatorios, pág. 634.

CONSIDERACIÓN

Cuanto mayor es el consuelo que a aquellas benditas almas les causa el recuerdo de la Pasión de Jesucristo, por

cuya virtud se salvaron, y del Santísimo Sacramento del Altar, que les proporcionó, y aún les proporciona, tantas gracias por medio de Misas y Comuniones, tanto más les atormenta el pensamiento de no haber correspondido en vida a estos dos grandes beneficios del amor de Jesucristo.

¡Oh Dios mío!, Vos moristeis también por mí, y os disteis muchas veces a mí en la Sagrada Comunión, y yo siempre os he correspondido con negra ingratitude; mas ahora os amo sobre todas las cosas, ¡oh supremo bien mío!; me arrepiento muy de corazón de haberos ofendido, y os prometo antes morir que volver a ofenderos. Dadme la santa perseverancia; tened piedad de mí y de aquellas santas almas que arden en ese fuego. Y Vos, ¡oh María, Madre de Dios!, socorredlas con vuestros poderosos ruegos. Amén.

Cinco Padrenuestros y Avemarias por las almas que sufren más.

OBSEQUIO: En sufragio de las almas del Purgatorio aplicar los cien días de indulgencia, que se pueden ganar *cada vez*

diciendo devotamente: *Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía.*

Encomendemos ahora, etc., pág. 637.

DIA SEPTIMO

Actos preparatorios, pág. 634.

CONSIDERACIÓN

Aumentan también la pena de aquellas benditas almas todos los beneficios particulares que recibieron de Dios, como el haber recibido el bautismo, el haber nacido en país católico, el haberlas esperado Dios a penitencia y el haber alcanzado el perdón de sus pecados; porque todos esos favores les hacen conocer mejor la ingratitud con que han correspondido a su Dios.

Pero, ¡oh Dios mío!, ¿quién ha sido más ingrato que yo? Vos me habéis esperado con tanta paciencia, me habéis tantas veces perdonado con tanto amor, y yo, después de tantas promesas, os he vuelto a ofender! ¡Oh, no me arrojéis al Infierno, porque os quiero amar, y en el Infierno no podría hacerlo! ¡Oh Bondad infinita, me arrepiento de haberos ofen-

ñido, y os prometo antes morir que ofenderos de nuevo. Dadme la santa perseverancia; tened piedad de mí y de aquellas santas almas que se purifican en el fuego. Y Vos, ¡oh María, Madre de Dios!, socorredlas con vuestras poderosas súplicas.

Cinco Padrenuestros y Avemarias por las almas que sufren más.

OBSEQUIO: Hacer una limosna en sufragio de las almas del Purgatorio.

Encomendemos ahora etc., pág. 637.

DIA OCTAVO

Actos preparatorios, pág. 634.

CONSIDERACIÓN

Otra pena, en extremo amarga, para aquellas benditas almas, es el pensar que durante su vida usó Dios con ellas de muchas misericordias especiales que no tuvo con los demás, y que ellas con sus pecados le obligaron a que las odiara y condenara al infierno, aunque después por su misericordia les haya perdonado y salvado.

Vedme aquí, ¡oh Dios mío! Yo soy uno

de aquellos ingratos que, después de haber recibido de Vos tantas gracias, he despreciado vuestro amor y os he obligado a condenarme al infierno. ¡Oh Bondad infinita! Ahora os amo sobre todas las cosas; me arrepiento con toda mi alma de haberos ofendido; y os prometo antes morir que volver a ofenderos. Dadme la santa perseverancia; tened piedad de mí y de aquellas santas almas que se purifican en el fuego. Y Vos, ¡oh María, Madre de Dios!, socorredlas con vuestros poderosos ruegos. Amén.

Cinco Padrenuestros y Avemarias por las almas que sufren más.

OBSEQUIO: El mayor sufragio que reclaman las benditas ánimas, el más necesario para nosotros y el más acepto a Dios, es hacer una buena confesión, sin callar pecado alguno al confesor.

Encomendemos ahora etc., pág. 637.

DIA NOVENO

Actos preparatorios, pág. 634.

CONSIDERACIÓN

Grandes son todas las penas que sufren aquellas santas almas: el fuego, el tedio.

ia obscuridad, la incertidumbre del tiempo en que han de verse libres de aquella cárcel; pero de todas, la mayor para esas santas esposas es la de verse separadas de su divino Esposo y privadas de su vista y presencia.

¡Oh Dios mío!, ¿cómo he podido yo vivir tantos años lejos de Vos, privado de vuestra gracia? ¡Oh Bondad infinita!, os amo sobre todas las cosas, me arrepiento con todo mi corazón de haberos ofendido, y os prometo antes morir que volver a ofenderos. Dadme la santa perseverancia, y no permitáis que vuelva a caer otra vez en vuestra desgracia. Os suplico tengáis piedad de aquellas santas almas, que las aliviéis en sus tormentos, y abreviéis el tiempo de su destierro, admitiéndolas cuanto antes a la dicha de amaros para siempre en el Cielo.

Cinco Padrenuestros y Avemarias por las almas que sufren más.

OBSEQUIO: Formar una firme resolución de ofrecer todas nuestras obras satisfactorias en sufragio de las pobrecitas almas.

Encomendemos ahora etc., pág. 637.

ORACION

A LAS BENDITAS ÁNIMAS LIBERTADAS DEL
PURGATORIO POR NUESTROS SUFRAGIOS PARA
EL ÚLTIMO DÍA DEL NOVENARIO

¡Oh felices y bienaventuradas almas, que habéis tenido la dicha de entrar en la Patria celestial! Os felicitamos con todo nuestro corazón, y en nombre de toda la Iglesia os damos mil parabienes. Nos alegramos con vosotras; unimos nuestra alegría con la alegría de los Santos y bienaventurados; juntamos vuestras alabanzas con las que vosotros dais a vuestro Criador por tan inapreciable favor.

Sí, almas dichosas, regocijaos. No habrá ya para vosotras ni tristeza ni angustias; ya se acabaron las penas y trabajos; ya cesaron los peligros y tentaciones. Ahora disfrutáis la paz, la felicidad, la alegría, el gozo, el consuelo y el descanso eterno de los bienaventurados. ¡Qué gloria para nosotros, si con nuestros sufragios os hemos acelerado vuestra dicha! Triunfad, pues, reinad, gozad en el Cielo; pero no os olvidéis de nos-

otros que combatimos aún sobre la tierra; miradnos con compasión, pues estamos rodeados de numerosos y terribles enemigos. Ya que sois tan poderosas para con Dios, rogad por vuestros devotos, para que seamos fieles y constantes en el servicio de Dios y podamos así alabarle y bendecirle un día con vosotros eternamente en la gloria. Amén.

**Acto heroico de caridad en favor de las
almas del Purgatorio.**

Dios mío, en unión de los méritos de Jesús y de María os ofrezco, a favor de las almas del Purgatorio, todas mis obras satisfactorias y las que otros me aplicaren durante mi vida, en la hora de mi muerte y después de ella.

Su Santidad Pío IX, por Decreto general de 30 de setiembre de 1852, concedió por este piadoso acto muchas gracias e indulgencias, aplicables a las benditas Animas del Purgatorio.

ORACION

POR LOS PARIENTES Y AMIGOS DIFUNTOS

¡Oh Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, que por amor a las

almas enviasteis al mundo a vuestro divino Hijo, para que derramara su sangre y diera su vida por ellas; compadeceos del alma de mi (padre, madre, esposa, hermano, amigo, etc.) y aliviad las penas que sufre en el Purgatorio. No permitáis que esté por más tiempo separada de Vos. Libradla de aquellas terribles llamas, por los méritos infinitos de mi Señor Jesucristo. Y si mis pecados son la causa de sus dolores, castigadme, Dios mío, e inspiradme un tan vivo dolor de todos ellos, que prefiera mil veces la muerte a vivir en vuestra desgracia.

Yo me arrepiento, Señor, de haberos ofendido; y, confiando que me hayáis otorgado el perdón, me atrevo a ofreceros por esa alma querida las buenas obras que hoy con vuestra gracia practique, unidas a los méritos infinitos de Jesús y de María.

Aceptadlas, Dios mío; haced que todos juntos celebremos un día vuestras misericordias en el eterno descanso de la Gloria. Amén.



RETIRO ESPIRITUAL

como preparación para la muerte

TODOS creen que han de morir, que se muere una sola vez y que no hay otra cosa de mayores consecuencias que ésta, pues del supremo instante de la muerte depende la eterna felicidad o eterna desgracia. Todos saben, además, que la buena o mala muerte es el resultado, por lo común, de la buena o mala vida. Pues, ¿de qué procede que la mayor parte de los cristianos viven como si no tuviesen que morir jamás, o como si nada les importara que fuese su muerte buena o mala? La causa de este deplorable descuido es que no se piensa en la muerte. *Acuérdate de tus postrimerías —dice el Espíritu Santo— y nunca jamás pecarás.*

Preciso es persuadirse de que el tiempo de la muerte no es a propósito para arreglar las cuentas del alma y asegurar el negocio de la salvación eterna. Los prudentes, según el mundo, en los negocios temporales toman con tiempo y de antemano las medidas oportunas para conseguir una ganancia,

un destino, un enlace. Pues, ¿qué prudencia es la de aquel cristiano que espera que llegue la hora de la muerte para arreglar su conciencia? Muy difícil es hacer en la muerte lo que no se practica durante la vida, y ésta es la razón porque muchas personas devotas, con grande provecho de su alma, hacen todos los meses, en un día de retiro, el ejercicio de la muerte práctica, confesando y comulgando como por última vez y haciendo después los actos cristianos que se acostumbra hacer en aquel último trance. A este fin ponemos aquí un método de retiro para semejante día y algunas meditaciones que pueden servir para procurar mayor recogimiento y disponer más fervorosamente a este ejercicio mensual.

METODO PARA EL DIA DE RETIRO

- 1.º Hacer tres meditaciones: una por la mañana, otra por la tarde y otra por la noche, de media hora por lo menos cada una.
- 2.º Prepararse por espacio de media hora a la Comunión, y detenerse por otra media hora a dar gracias.
- 3.º Dos lecturas espirituales de media hora, una por la mañana y otra por la tarde.
- 4.º Dos visitas de un cuarto de hora al Santísimo Sacramento.
- 5.º El ejercicio del Vía-Crucis.
- 6.º Dos exámenes de conciencia, el uno sobre los vicios habituales, y el otro sobre

todas las faltas cometidas desde el retiro pasado.

7.º Rezar las tres partes del Rosario en el día, cada una en la hora más oportuna.

Lo restante del tiempo se empleará en alguna ocupación que no distraiga mucho el espíritu, procurando guardar del mejor modo posible silencio y recogimiento en todo el día.

I.—Valor del tiempo.

Punto 1.º—El tiempo es un tesoro que no se halla sino en esta vida, pues en la otra no existe, ni en el infierno ni en el Cielo. ¡Oh, si tuviéramos una hora! Este es el grito que repiten en el infierno los condenados. ¿Qué no darían los infelices por una hora de tiempo, en que pudiesen trabajar para reparar su ruina? En el Cielo no hay lamentos, ni quejas, ni aflicciones; pero si los bienaventurados fuesen capaces de entristecerse, se entristecerían, a buen seguro, por haber perdido en esta vida parte de un tiempo tan precioso, en el cual podían haber adquirido mayor grado de gloria; mas este tiempo tampoco ellos podrán alcanzarlo. Después de muerta una religiosa benedictina, se apareció radiante de gloria a una persona, y le dijo que se hallaba sumamente dichosa; pero que si le fuese permitido desear alguna cosa, sería el volver a la vida y sufrir mucho para me-

recer mayor gloria; y añadió que quisiera padecer hasta el día del juicio todos los dolores que había experimentado durante su última enfermedad, para lograr solamente la gloria que corresponde al mérito de una sola Avemaría.

¡Oh Dios mío!; gracias os doy por el tiempo que me concedéis para reparar los desórdenes de mi vida pasada. Si me hicierais morir en este momento, una de mis mayores angustias sería el recuerdo del tiempo que he perdido. ¡Ah. Señor mío!, Vos me habéis dado el tiempo para amaros y yo lo he empleado en ofenderos; bien merecía que me hubierais arrojado al infierno en aquel mismo instante en que os ofendí; mas Vos me habéis esperado y llamado a penitencia y me habéis perdonado. Bendita sea eternamente vuestra misericordia, que si no fuera infinita, ¿cómo podría haberme sufrido? ¿Quién pudiera haber tenido conmigo tanta paciencia como Vos? No permitáis que por más tiempo deje de corresponder al amor que me habéis mostrado; desprendedme de todo lo terreno; atraedme enteramente a vuestro amor y dadme la santa perseverancia. Os amo, ¡oh Bondad infinita!, y espero amaros eternamente. Gracias os doy, ¡oh María! Vos habéis sido mi intercesora; Vos me habéis alcanzado el tiempo que me queda de vida; asistidme ahora, haced

que lo empíee en amar a vuestro Hijo, mi Redentor, y a Vos, Reina y Madre mía.

Punto 2.º—Nada hay más precioso que el tiempo; pero de nada hacen menos caso y nada miran con mayor desprecio los mundanos. Esto es lo que deplora San Bernardo, diciendo: "Pasan los días de salud, y nadie piensa en que pasan para no volver". Ved a ese jugador que pierde días y noches en casas de juego; preguntadle qué hace, y os responderá que pasa el tiempo. Mirad a ese otro que se pasea por las calles horas enteras mirando los que pasan, motejándoles con palabras obscenas; preguntadle qué hace y os dirá que es preciso pasar el tiempo. ¡Infelices! ¡Así desperdician tantos días que no volverán jamás! ¡Oh tiempo despreciado!; tú serás lo que más desearán los mundanos en el momento de la muerte. Entonces desearán otro año, otro mes, otro día; mas no lo lograrán, y sólo oirán una voz espantosa que les dirá: "Ya no es tiempo". ¿Qué no diera cada uno de ellos porque se le concediese una semana, un día, para arreglar las cuentas de su conciencia? "Daría —dice San Lorenzo Justiniano— todos sus bienes para obtener una sola hora de tiempo; mas esta hora no se le concederá". "Apresúrate —le dirá el sacerdote que le asista—, apresúrate; parte de esta tierra,

proficiscere; parte, alma cristiana, de este mundo”.

¡Ah, Jesús mío! Todas las obras de vuestra vida las hicisteis para salvar mi alma; ni un solo momento hubo en ella que no lo ofrecieseis al Eterno Padre para alcanzarme el perdón y la salvación, y yo, que tantos años he pasado en este mundo, ¿cuántos de ellos he ofrecido y consagrado a Vos? Mucho ha sido el mal que he cometido, y nada poco el bien que he practicado, y aún me lleno de imperfecciones, de tibieza, de amor propio y distracciones. Aquí me tenéis, ¡oh buen Jesús! No quiero ya resistiros más; me arrepiento, ¡oh soberano Bien!, de haberos ofendido. ¡Os amo, infinita Bondad, digna de un amor infinito! No permitáis que pierda yo el tiempo que me concedéis por vuestra misericordia. Dadme la santa perseverancia; confío en los méritos de vuestra sangre. ¡Oh Madre mía, María!, también confío en vuestra intercesión.

Punto 3.º—Es preciso caminar mientras vivimos y mientras tenemos luz, por la senda que nos ha trazado el Señor. *Caminad* —dice Jesucristo en el Evangelio— *mientras tenéis luz*; esta luz se apaga en la hora de la muerte. Entonces no es tiempo de prepararse, sino de estar preparado; cuando llega la muerte, nada se puede hacer. Si alguno supie-

se que dentro de poco iba a fallarse un pleito del que dependiera su fortuna y su vida, ¿qué prisa no se daría en buscar un defensor que hiciese valer su razón y pudiese alcanzarle un fallo favorable? Y nosotros, ¿qué hacemos? Sabemos, sin poderlo poner en duda, que dentro de poco, y tal vez ahora mismo, irá a pronunciarse la sentencia de la cual depende el éxito de nuestro mayor negocio, que es el de la salvación eterna, ¡y perdemos el tiempo! El enemigo de nuestra salvación no malogra un instante para perdernos; y nosotros, ¿malograremos el tiempo que Dios nos concede para salvarnos? Dirá alguno: ¿Y qué mal hago yo?" Y qué, ¿no es un mal el perder el tiempo inútilmente? Los obreros de que habla San Mateo no hacían ninguna cosa mala; solamente perdían el tiempo; sin embargo, fueron reprendidos por el dueño de la viña, que les dijo: *¿Por qué estáis aquí ociosos todo el día?* El tiempo que no se emplea en servicio de Dios es tiempo perdido, y en el día del juicio Jesucristo nos pedirá cuenta hasta de una palabra ociosa. Por esto mismo el Señor nos dice: "Todo cuanto pudieres hacer de bueno, hazlo sin demora", porque ni para obra ni pensamiento habrá lugar en el sepulcro, hacia el cual corremos apresuradamente.

¡Oh Dios mío! Ya no quiero perder más el tiempo que me concedéis por vuestra misericordia. Ahora debiera estar en el infierno llorando sin provecho. Gracias os doy por haberme conservado la vida. Todo el resto de mis días no quiero vivir sino para Vos. Quiero llorar las ofensas de que soy culpable, y estoy cierto de que, si las lloro, me perdonaréis. Haced que en todos los momentos de la vida que me quedan me encomiende siempre a Vos. Ayudadme, ¡oh Jesús mío! Haced que no os ofenda más, haced que os ame siempre. ¡Oh María, Madre mía!, alcanzadme la gracia de que nunca deje de encomendarme a Dios y pedirle la perseverancia final y su santo amor.

II.—Viaje hacia la eternidad.

Punto 1.º—La fe nos enseña que no tenemos aquí ciudad permanente, sino que vamos en busca de la que está por venir. No es ésta nuestra verdadera patria, sino sólo un lugar de tránsito, por donde debemos pasar únicamente para llegar a la eternidad. Así, pues, hermano mío, la casa que habitas no es propiamente tuya, sino una posada, de la cual muy pronto, y cuando menos lo pienses, tendrás que salir. Cuando te llegue la muerte, tus más próximos parientes serán los primeros en hacerte

salir de casa. ¿Y cuál será entonces tu verdadera morada? Un hoyo será la morada de tu cuerpo hasta el día del juicio, y tu alma irá a la casa de la eternidad, es decir, al Cielo o al infierno, en que has de estar eternamente. Si te salvas, ¡oh qué dicha será la tuya!; ¡oh qué hermosa es la casa del Rey del Cielo! Los palacios más suntuosos de los monarcas no son sino establos respecto de la ciudad celestial, única que merece el nombre de ciudad de perfecta belleza. Allí nada tendrás que desear; estarás en la compañía de Jesucristo; no temerás mal alguno; en una palabra, vivirás en un océano de delicias y de eternos contentos. Por el contrario, si te condenas, ¡cuánta será tu desgracia! Serás arrojado al fuego del infierno, y allí quedarás abandonado de todos y hasta del mismo Dios; ¿y por cuánto tiempo? Por toda la eternidad.

Esta, Señor, es la casa que yo he merecido por mi mala vida, el infierno, en donde debería estar sepultado desde el primer pecado que cometí. ¡Bendita sea para siempre vuestra misericordia, que me ha aguardado y dado tiempo de reparar el mal que hice; bendita sea la sangre de Jesucristo, que tal gracia me ha concedido! No, Dios mío, no quiero abusar de vuestra paciencia. Arrepiéntome de todo corazón de haberlos ofendi-

do, no tanto por el infierno, de qué me he hecho merecedor, como por haber ultrajado a vuestra bondad infinita. Prefiero sufrir la muerte antes que volver a ofenderos; os amo, Dios mio, sobre todas las cosas; dadme la gracia de amaros siempre, y de amaros de veras. ¡Oh Madre mía María!, ya que por vuestra intercesión he alcanzado este tiempo para hacer penitencia, conseguídmeme un verdadero dolor de mis pecados, el verdadero amor de Dios y la perseverancia final.

Punto 2.º—No hay medio: o reinar para siempre en el Cielo, o para siempre sufrir como esclavo en el Infierno; o siempre feliz en un océano de delicias, o siempre desesperado en un mar de tormentos. San Juan Crisóstomo, considerando aquel pasaje del Evangelio en que habla el Señor del rico que había sido mirado como un hombre feliz en este mundo, porque era opulento, pero que fué arrojado a las llamas del infierno; y de Lázaro, a quien se le había mirado como a desdichado, por ser pobre, y que después había sido llevado a la Gloria, exclama: "¡Oh infeliz felicidad que lleva al rico a una infelicidad eterna! ¡Oh feliz infelicidad, que conducé al pobre a una felicidad eterna! ¿De qué sirve discurrir, como hacen algunos, diciendo: quién sabe si estoy

condenado o predestinado? El árbol que se corta de raíz, cae sin duda hacia el lado que está inclinado; ¿a qué lado estás inclinado tú, hermano mío?, ¿qué vida llevas? Procura inclinarte siempre hacia el lado del Mediodía, es decir, consérvate en gracia de Dios, huye del pecado, y de este modo te salvarás y serás predestinado. Para huir del pecado ten siempre fijos los ojos del alma en la consideración de la eternidad; esta consideración ha hecho abandonar el mundo a muchos jóvenes y les ha conducido a los desiertos y a los claustros, para no ocuparse sino en el negocio del alma; y ahora que están en la Gloria, ¿quién duda que están contentos por haberlo abandonado todo en esta vida y que lo estarán por toda la eternidad?"

¡Oh Dios mío!, tened piedad de mí; perdonadme, pues me arrepiento de los disgustos que os he dado. ¡Cuán desdichado sería si me hubieseis hecho morir cuando llevaba una vida tan depravada! No, no quiero resistir más a vuestras divinas disposiciones; no quiero oponerme más a vuestra voluntad. ¡Oh, dichoso yo si paso el resto de mis días y llego a morir haciendo siempre lo que sea de vuestro agrado! Esa es la gracia que os pido: hágase en mí vuestra voluntad.

¡Oh María, Madre mía!, alcanzadme de

vuestro divino Hijo esta misma gracia de hacer en el tiempo que me queda de vida su santa voluntad, como Vos la hicisteis siempre sobre la tierra.

*Punto 3.º—El hombre irá a la casa de su eternidad, —exclama el profeta—. Dice irá, para indicar que cada cual irá a la casa adonde quiera ir; no le llevarán. El mismo irá por su propia voluntad. Cierto es que Dios quiere que nos salvemos; pero no quiere que sea por fuerza. Ha puesto delante de nosotros la vida y la muerte, es decir, la salvación y la condenación: nos dará lo que hubiéremos escogido. Dice también Jeremías que el Señor nos ha puesto delante dos sendas; la una que conduce a la Gloria y la otra que conduce al Infierno; a nosotros nos corresponde elegir. ¿Cómo podrá entrar en el Cielo el que se obstina en seguir la senda del Infierno? ¡Cosa extraña! Todos los pecadores quieren salvarse, y, sin embargo, ¡se exponen tantos a la condenación eterna!... *¿Quién es el loco —dice San Agustín— que traga un veneno con la esperanza de que después podrá tomar un remedio que impida sus efectos?* Sin embargo, cuántos cristianos, pecando, beben el veneno fatal de la muerte eterna y dicen: ya tomaré después el remedio. ¡Oh esperanza funesta, que tantas almas ha conducido al infierno!*

Cuidan mucho los hombres de edificar-se una casa cómoda, hermosa y bien ventilada, porque la han de habitar toda su vida. Pues, ¿cómo son tan negligentes cuando se trata de la casa que han de habitar en la eternidad? Si la eternidad fuese una cosa dudosa, o tan sólo probable, deberíamos procurar sin descanso vivir bien, a fin de evitar el peligro de ser eternamente desgraciados; pero sabemos por la fe que no es dudosa, sino muy cierta e infalible, y, sin embargo, ¡cuántos cristianos están caminando diariamente hacia la condenación eterna!

¡Oh Dios mío!, perdonadme y libradme del infierno; si ahora me hallase en aquella cárcel, ya no os podría amar y tendría que odiaros siempre; pues, Señor, no permitáis que me separe de Vos. Os amo y quiero amaros por toda la eternidad. Conozco que sólo el pecado puede separarme de Vos. ¡Ah! No permitáis que vuelva a dominar en mí: os lo ruego por esa sangre que habéis derramado por mi amor. Hacedme morir antes que vuelva a pecar. ¡Oh Reina y Madre mía, María, ayudadme con vuestra intercesión, para que no me separe más del amor de vuestro divino Hijo.

III.—Certidumbre de la muerte.

Punto 1.º—Pronunciada está la sen-

tencia: si eres hombre has de morir. Todo es incierto en esta vida; sólo la muerte es segura. Ese niño que acaba de nacer, no podemos saber si será rico o pobre, si será robusto o enfermizo, si morirá joven o viejo; todo es incierto, pero es indudable que ha de morir. Los grandes, los reyes, los nobles, como los plebeyos y los vasallos, serán segados por la hoz de la muerte. Y cuando ésta llega no hay fuerza que pueda resistirla. Puede resistirse al fuego, al agua, al hierro, pero jamás se resistirá a la muerte. Cuando ha llegado el término de la vida, no puede pasarse de él ni un sólo instante; porque Dios —dice Job—, ha señalado a cada uno de los hombres un término que no se puede traspasar. Aun cuando llegues tú a vivir todos los años que deseas, vendrá un día y en este día habrá una hora, que será la última para ti. Lo que ha sucedido a tus antepasados, esto mismo te sucederá también a ti. De cuantas personas vivían en tu patria al principio del pasado siglo, ni una sola ha quedado; los príncipes y los monarcas han dejado también este mundo, y de ellos no queda sino un sepulcro de mármol y una inscripción, que nos enseña que en aquel sepulcro están sus cenizas. Pues lo que más importa es procurar, no una fortuna que perece, sino

la que es eterna, porque eternas son nuestras almas.

¡Oh Dios de mi alma, cuán loco he sido yo!, tantos años he pasado en el mundo, y en vez de alcanzar méritos para la otra vida, no he hecho más que contraer deudas con vuestra justicia. ¡Oh Redentor mío!, dadme luz y fuerza para arreglar ahora mis cuentas; quizá la muerte no esté distante de mí, y quiero prepararme para aquel momento que debe decidir de mi dicha o de mi desdicha eterna. Gracias os doy por haberme esperado hasta ahora; y pues me dais este tiempo, aquí me tenéis, Dios mío; decidme lo que queréis que haga; si no empiezo ahora una nueva vida, ¿cómo en la muerte podré esperar perdón y entrada en el Cielo? Permitidme que os ame, ¡oh Dios digno de un amor infinito! Recibid a quien profundamente arrepentido se arroja a vuestros pies y os pide misericordia. Dadme perseverancia en el cumplimiento de vuestra voluntad; dadme vuestro amor, y después haced de mí lo que os plazca. Madre y esperanza mía, María, a Vos me encomiendo; en vuestras manos pongo mi alma; rogad a Jesús por mí.

Punto 2.º—Considera que así como está escrito tu nombre en el libro de bautismos, un día lo estará también en el de difuntos. Hablando tú de tus antepasa-

dos dices a menudo: mi padre, mi tío, mi hermano, de feliz memoria; pues lo mismo dirán de ti tus descendientes. Las campanas anunciarán tu muerte; y así como tantas veces las has oído tocar por la muerte de los demás, así también los otros las oirán tocar por la tuya. Mira esas tumbas, y considera que allí están tus amigos, tus parientes, cuya sentencia ha sido ya ejecutada; pues cada uno de esos cadáveres te dice: "Ayer para mí, y hoy quizá para ti". Lo mismo te repiten todos los días los retratos de tus difuntos, sus libros, sus casas, sus vestidos y los bienes que de ellos has heredado ¡Qué locura es no tomar las medidas necesarias y los medios oportunos para alcanzar una buena muerte, sabiendo que se ha de morir, y que después nos ha de tocar una eternidad de gozos o una eternidad de tormentos! Nos causan lástima las personas que, no estando preparadas a la muerte, son súbitamente arrebatadas por ella; y, ¿cómo no nos preparamos nosotros, ya que esto mismo podría sucedernos? Cada momento que pasa, damos un paso más hacia nuestro cadalso, que no es otra cosa la última enfermedad, que nos arrancará de este mundo.

— ¡Oh dulcísimo Redentor mío!, no osaría yo presentarme a Vos, si no os mostraseis desde lo alto de esa cruz desga-

rrado, escarnecido y muerto por mí. Muy grande ha sido hasta ahora mi ingratitude; pero mucho mayor es vuestra misericordia; merecía el Infierno desde que cometí el primer pecado; pero Vos me habéis llamado a penitencia y me habéis ofrecido el perdón. ¿Cómo, pues, podré temer que os alejéis de mí, ahora que nada deseo sino vuestra gracia? Ea, pues, Jesús mío, abridme el seno de vuestra bondad; añadid misericordia a misericordia; haced que no sea ya ingrato, haced que este corazón mío, que por algún tiempo ha trocado vuestro amor por los miserables placeres de la tierra, arda de hoy en adelante en la llama de vuestro divino amor. Resuelvo ser todo vuestro y no pensar sino en amaros; ayudadme con vuestra gracia, y dadme fortaleza para cumplir este deseo que vuestra bondad me inspira. ¡Oh María!, Vos sois la Madre de la perseverancia, alcanzadme que sea fiel a mi promesa.

Punto 3.º—Si la muerte es indispensable, ¿cómo es que tantos cristianos, que creen y saben esta verdad, viven de tal modo olvidados de ella, como si no debieran morir jamás? Si después de esta vida no hubiese ni Infierno ni Gloria, ¿podría pensarse menos en la muerte de lo que se piensa? Este deplorable olvido es causa de que la vida sea tan des-

reglada. Si quieres vivir bien, procura no apartar de la muerte los ojos de tu alma. El recuerdo de la muerte hace despreciar todas las cosas terrenas. Y en efecto, pensando en la muerte, es como los Santos han despreciado los bienes de este mundo. San Carlos Borromeo tenía siempre sobre su mesa una calavera para contemplarla; el venerable Padre Juvenal Ancina tenía escrito sobre otra calavera: "Fui lo que tú eres, y serás lo que yo soy". El Cardenal Baronio había hecho grabar sobre su anillo estas palabras: "Acuérdate que has de morir". El que tiene una cosa prestada, poca alicion suele poner en ella, porque sabe que ha de restituirla a su dueño; pues ¡cuán ciego es el que pone todo su corazón en los bienes terrenos que aquí tenemos como prestados, debiendo dejarlos dentro de poco! La muerte nos despojará de todo: todas nuestras adquisiciones, todas nuestras riquezas acabarán con el último suspiro, y se estrellarán contra la losa del sepulcro, que ha de ser la casa de nuestro cuerpo hasta el día del juicio.

¿Con que todo, ¡oh Dios mío!, habré acabado para mí después de la muerte, y no me quedará sino lo poco que haya hecho por vuestro amor? Si ahora tuviera que morir, muy descontento estaría de la vida que he llevado hasta aquí.

No, dulce Jesús mío, no quiero morir tan descontento; quiero empezar desde ahora; arrepíentome sobre todo de haberos ofendido, y os amo más que a mi misma vida. Desde ahora os encomiendo mi alma. No quiero aguardar a la hora de la muerte para pedir os que me salvéis; os lo pido ahora. ¡Oh Salvador mío!, perdonadme, dadme la gracia de vuestro santo amor, alargad vuestra mano y sacadme del cieno de mi tibieza. ¿Quién sabe si esta consideración es la última voz que me hacéis oír y el último acto de vuestra misericordia para conmigo? Dadme fervor y haced que os obedezca en todo lo que me mandéis. ¡Oh Madre de misericordia, Maríal, por el amor que tenéis a vuestro Hijo, Jesús, alcanzadme especialmente estas dos gracias: amor y perseverancia. Así lo espero, y así sea.

Protesta para bien morir.

Dios mío, postrado humildemente en vuestra presencia, os adoro, y quiero hacer esta protesta como si ya me hallase próximo a pasar de esta vida a la eternidad.

Dios y Señor mío, porque Vos sois verdad infalible y lo habéis revelado a la Santa Iglesia, creo el misterio de la

Santísima Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, que en la eternidad premia a los justos con la Gloria y castiga a los pecadores con el Infierno. Creo que la segunda Persona, que es el Hijo, se hizo hombre y murió por salvar a los hombres; y creo todo lo demás que cree la Santa Madre Iglesia. Os doy gracias por haberme hecho cristiano, y protesto que en esta santa fe quiero vivir y morir.

Dios mío y esperanza mía, fiado en vuestras promesas, espero de vuestra misericordia, no por mis méritos, sino por los de mi Señor Jesucristo, el perdón de los pecados, la perseverancia en vuestra gracia y, después de esta miserable vida, la eterna Gloria. Y si el demonio me tentara en la hora de la muerte, para hacerme desesperar a la vista de mis pecados, protesto que quiero siempre confiar en Vos, Señor mío, y morir abandonado en los brazos de vuestra piadosa bondad.

¡Oh Dios mío, digno de amor infinito! Os amo con todo mi corazón; os

amo más que a mí mismo, y protesto que quiero morir haciendo un acto de amor, para poder seguir amándoos eternamente en la Gloria, y para eso imploro desde ahora vuestra gracia. Y si hasta aquí, en lugar de amaros he despreciado vuestra bondad infinita, Señor y Dios mío, me arrepiento de ello con toda mi alma, y protesto que quiero morir llorando y detestando las ofensas que os he hecho. Propongo de hoy en adelante morir antes que volver a pecar, y por vuestro amor perdono a todos los que me han ofendido.

Dios mío, acepto desde ahora la muerte y todos los dolores que la han de acompañar; los uno a los tormentos y a la muerte de Jesucristo, y os los ofrezco en obsequio de vuestro supremo dominio y en satisfacción de mis pecados. Recibid, Señor, el sacrificio que os hago de mi vida, por amor de aquel gran sacrificio que os hizo vuestro divino Hijo de sí mismo sobre el altar de la Cruz; y desde este momento para la hora de mi muerte, me resigno totalmente a vuestra divina voluntad, y protesto que quie-

ro morir diciendo: "Hágase, Señor, tu voluntad"

Virgen Santísima, Abogada y Madre mía, María: después de Dios, Vos sois y seréis mi esperanza y consuelo en la hora de mi muerte. Desde ahora recurro a Vos, y os ruego me asistáis en aquel trance. Amada Reina mía, no me abandonéis en aquel último momento; venid entonces a recibir mi alma y a presentarla a vuestro Hijo. Os espero, y espero morir bajo vuestro amparo y abrazado a vuestros pies. Señor y protector mío, San José, San Miguel Arcángel, Angel Custodio, Santos mis abogados, ayudadme en aquel último trance.

Y Vos especialmente. Amor mío Crucificado, Vos, Jesús mío, que para alcanzarme una buena muerte habéis querido sufrir muerte tan amarga, acordaos entonces de que soy una de vuestras ovejas a quien habéis comprado con el precio de vuestra sangre. Cuando todos los de la tierra me hayan abandonado y nadie pueda ayudarme, Vos sólo podréis consolarme y salvarme, haciéndome digno de recibirlos por Viático, y no permi-

tiendo que os pierda para siempre y para siempre vaya a estar lejos de Vos en el infierno. Amado Redentor mío, recibidme entonces en vuestras llagas, puesto que yo, desde ahora, me abrazo a Vos y protesto que en el último momento de mi vida quiero entregar mi alma en la llaga amorosa de vuestro costado, diciendo desde ahora: "Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía. Jesús, José y María, recibid en aquel instante el alma mía".

Ejercicio de preparación para la muerte

1.º En 9 de marzo de 1904 Pío X concedió indulgencia plenaria para la hora de la muerte a los que un día, a su elección, confesando y comulgando, digan con verdadero amor de Dios:

Señor Dios mío, ya desde ahora acepto de buena voluntad como venido de vuestra mano, cualquier género de muerte que os plazca enviarme, con todas sus angustias, penas y dolores.

Será bueno hacer este acto siempre que se comulga.

2.º En 24 de diciembre de 1905, trescientos días de indulgencia por cada vez que se diga:

Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Oh Dios mío, ciertamente he de morir, pero no sé cuándo, cómo, dónde moriré. Una sola cosa sé, y es que pereceré eternamente si muero en pecado mortal. Bienaventurada Virgen María. Santa Madre de Dios, ruega por mí, pecador, ahora y en la hora de mi muerte. Amén.—Acta S. Sedis, vol 38, pág. 412.

Cuando este ejercicio se hace en común, uno lo lee desde el púlpito o el altar, y los demás responden: *Jesús misericordioso*, etc., o también: *Misericordia, Señor, misericordia*.

Señor mío Jesucristo, Dios de bondad, Padre de misericordia: me presento ante Vos con el corazón humillado y contrito, y os encomiendo mi última hora, y lo que después de ella me espera.

Cuando mis pies, perdiendo su movimiento, me adviertan que mi carrera en

este mundo está próxima a su fin, *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*

Cuando mis manos, trémulas y entorpecidas, no puedan ya estrechar el Crucifijo, y, a pesar mío, lo dejen caer sobre el lecho de mi dolor, *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*

Cuando mis ojos vidriados y desencajados por el horror de la inminente muerte, fijen en Vos sus miradas lánguidas y moribundas, *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*

Cuando mis labios, fríos y convulsos, pronuncien por última vez vuestro adorable nombre, *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*

Cuando mi cara, pálida y amoratada, cause lástima y terror a los circunstantes, y mis cabellos, bañados con el sudor de la muerte, erizándose en la cabeza, anuncien que está cercano mi fin, *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*

Cuando mis oídos, próximos a cerrarse para siempre a las conversaciones de los hombres, se abran para oír de vuestra boca la sentencia irrevocable, que ha de fijar mi suerte por toda la eternidad,

Jesús misericordioso, tened compasión de mí.

Cuando mi imaginación, agitada de horrendos fantasmas, me cause mortales congojas, y mi espíritu, perturbado con el temor de vuestra justicia, por el recuerdo de mis iniquidades, luché con el infernal enemigo, que quisiera quitarme la esperanza en vuestra misericordia y precipitarme en los horrores de la desesperación, *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*

Cuando mi corazón, débil y oprimido por el dolor de la enfermedad, se vea sobrecogido por el temor de la muerte, fatigado y rendido por los esfuerzos hechos contra los enemigos de mi salvación, *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*

Cuando derrame las últimas lágrimas, síntomas de mi destrucción, recibidas, Señor, como un sacrificio de expiación, a fin de que yo muera como víctima de penitencia; y en aquel momento terrible, *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*

Cuando mis parientes y amigos, juntos

alrededor de mí, se estremezcan al verme y me encomienden a Vos, *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*

Cuando, perdido el uso de los sentidos, el mundo todo desaparezca de mi vista, y gima yo entre las angustias de la última agonía y los afanes de la muerte, *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*

Cuando los últimos suspiros del corazón fuereen al alma para salir del cuerpo, aceptadlos, Señor, como hijos de una santa impaciencia de ir a Vos, y entonces, *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*

Cuando mi alma salga para siempre de este mundo, dejando el cuerpo pálido, frío y sin vida, aceptad la destrucción de él como un homenaje que rindo a vuestra Divina Majestad; y en aquella hora, *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*

En fin, cuando mi alma comparezca ante Vos, y vea por primera vez el esplendor de vuestra Majestad, no la arrojéis de vuestra presencia; dignaos recibirme en el seno de vuestra misericor-

dia para que cante eternamente vuestras alabanzas; y entonces, ahora y siempre, *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*

ORACIÓN.—Oh, Dios mío, que al condenarnos a la muerte nos habéis ocultado su momento y hora; haced que, viviendo en la justicia y santidad todos los días de mi vida, merezca salir de este mundo en vuestro santo amor. Por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina con Vos en unidad del Espíritu Santo. Amén.

Cien días de indulgencia una vez al día y una plenaria al mes, confesando, comulgando, etc.

Meditaciones para un segundo día de retiro

I.—Meditación del fin del hombre.

1.º Considera, cristiano, que el ser que tienes te lo ha dado Dios criándote a su imagen y semejanza, sin ningún mérito tuyo. Te ha adoptado por hijo en el santo bautismo; te ha amado más que si fuera tu padre, y te ha criado con el fin de que le ames y sirvas en esta vida para después gozarle en la Gloria. De

modo que no has nacida ni debes vivir para gozar, para hacerte rico y poderoso, para comer, beber y dormir, como los brutos animales, sino tan sólo para amar a tu Dios y ser dichoso eternamente. El Señor ha puesto las criaturas a tu servicio para que te ayuden a conseguir tan glorioso fin. ¡Oh infeliz de mí, que en todo he pensado menos en el fin para que fui criado! ¡Padre mío, por el amor de Jesús haced que empiece vida nueva, del todo santa y en todo conforme con vuestro divino querer!

2.º Considera que en la hora de la muerte experimentarás grandes remordimientos, si no hubieses empleado la vida en servir a Dios. ¡Cuán grande será tu tormento, si, al fin de tus días, en aquella hora suprema llegares a conocer que todas las grandezas y placeres, todas las riquezas y glorias no eran sino un pecco de humo! Te asombrarás al ver que por unas bagatelas, por cosas vanas has perdido la gracia de Dios y tu alma, sin poder remediar el mal que hiciste y sin tener tiempo de volver al buen camino. ¡Oh desesperación! ¡Oh tormento del alma! Entonces comprenderás cuánto vale el tiempo, mas ya será tarde: querrás comprarlo a precio de sangre, pero no podrás hacerlo. ¡Oh día amargo para quien no ha servido y amado a Dios!

3.º Considera cuánto se descuida este fin tan importante. Piensas en acumular riquezas, en asistir a banquetes, en divertirte, en pasar alegremente los días, y no piensas en servir a Dios ni en salvar tu alma; miras tu fin como cosa de poca monta. Por eso la mayor parte de los cristianos, divirtiéndose, cantando y banqueteeando se van al infierno. ¡Oh si supieran lo que quiere decir *infierno!* ¿Tú, alma desventurada, que haces tanto para condenarte, no quieres hacer nada para salvarte? —*¡Infeliz de mí!* —exclamaba al morir el secretario del rey de Francia, Francisco I—, *infeliz de mí! He gastado tanto papel en escribir las cartas de mi príncipe, y ni siquiera he usado un pliego para escribir en él mis pecados y hacer una buena confesión!* ¡Ojalá —decía en el mismo trance Felipe III, Rey de España—, *ojalá que antes de ser Rey hubiera servido a Dios en un desierto!* Mas, ¿de qué sirven en aquella hora semejantes suspiros y lamentos, sino de mayor desesperación? Aprende en cabeza ajena a vivir solícito de tu salvación, si no quieres experimentar la misma suerte. Sábetelo que cuanto dices, haces o piensas, fuera de lo que Dios quiere de ti, todo es perdido. ¡Ea, vamos! Ya es tiempo de mudar de vida. ¿Querrás, por ventura, esperar, para desengañarte, al momento de la muerte, cuando estés a

las puertas de la eternidad sobre el borde del Infierno, y cuando no haya lugar para la enmienda?— ¡Dios mío!, perdonadme! Ya os amo sobre todas las cosas. Me arrepiento sobre todo mal de haberos ofendido. María, esperanza mía, rogad a Jesús por mí. Amén.

II.—Meditación del pecado mortal.

1.º Considera cómo, habiendo sido criado por Dios para amarle, con infernal ingratitud te has rebelado contra El, tratándole como enemigo, despreciando su gracia y su amistad. Sabías que con el pecado le causabas grandísimo disgusto, y, sin embargo, lo has cometido. ¿Qué hace el que peca? Vuelve a Dios las espaldas, le pierde el respeto, levanta la mano para herirle y aflige su divino Corazón. El que peca dice a Dios con sus obras: "Aléjate de mí, no quiero obederte, ni servirte, ni reconocerte por mi Señor, ni tenerte por mi Dios. Mi Dios es el placer, el interés, la venganza". Así hablaste en tu corazón cuando preferiste a Dios la criatura. Santa María Magdalena de Pazzis no podía creer que un cristiano fuese capaz de cometer un pecado mortal con plena advertencia. Y tú, lector amado, ¿qué dices? ¿Cuántos pecados no has cometido ya?

¡Oh Dios m'ó!, perdonadme y tened piedad de mí. Os he ofendido, bondad

infinita. Aborrezco mis pecados, os amo y me arrepiento de haber cometido la torpeza de injuriaros, ¡oh Dios mío!, digno de infinito amor.

2.º Considera cómo Dios te decía cuando pecabas: "Hijo mío, yo soy tu Dios, que te crié de la nada y te redimí con mi sangre; yo te prohíbo, so pena de incurrir en mi desgracia, cometer este pecado". Mas tú, pecando, decías a Dios: "Señor, yo no quiero obedecerte, quiero hacer mi gusto, y nada me importa desagradarte ni perder tu gracia".

¡Oh Dios mío!, he aquí lo que yo he hecho tantas veces. ¿Cómo habéis podido sufrirme? ¡Ojalá hubiese muerto antes de haberos ofendido! Ya no quiero disgustaros más; ya os quiero amar, ¡oh bondad infinita! Dadme la perseverancia, dadme vuestro santo amor.

3.º Considera que, cuando los pecados llegan a cierto y determinado número, hacen que Dios abandone al pecador. Si, pues, te vieres de nuevo tentado a pecar, ¡oh hermano mío!, no digas "después me confesaré"; porque si Dios te hace morir entonces súbitamente, si Dios te abandona, es claro que no te confesarás; y en tal caso, ¿qué será de ti por toda la eternidad? He aquí por qué tantos se han condenado. Ellos también esperaban el perdón; pero les sorprendió la muerte y se perdieron. Teme que te so-

brevenga a ti la misma desgracia, que no merece misericordia quien se sirve de la bondad de Dios para ofenderle. Después de tantos pecados como Dios te ha perdonado, debes justamente temer que no te perdone más, si vuelves a cometer otro pecado mortal Dale gracias por haberte esperado hasta ahora, y toma en este momento mismo la resolución firme de sufrir la muerte antes que cometer otro pecado. Dile siempre:

"Señor, basta lo que os he ofendido; la vida que me queda no la quiero emplear en ofenderos, que Vos no lo merecéis. Quiero emplearla sólo en amaros y en llorar las ofensas que os he hecho. Me arrepiento, Jesús mío, con todo mi corazón, os quiero amar; dadme la fuerza de amaros. María, Madre mía, ayúdame."

III.—Meditación de la muerte.

1° Considera que esta vida ha de tener fin. Pronunciada está ya la sentencia: has de morir. La muerte es cierta, pero no se sabe cuándo llegará. Para morir basta un ataque apoplético, una vena que se te rompa en el pecho, un catarro sofocante, un vómito de sangre, un dolor de costado, una llaga, una inundación, un terremoto, un rayo basta para quitarte la vida. La muerte te asaltará cuando menos pienses. ¡Cuántos se

acostaron sanos y por la mañana se encontraron muertos! ¿Y no podría sucederte a ti lo mismo? De los que han muerto repentinamente, ninguno esperaba morir así; y, sin embargo, así murieron. Si se hallaban en pecado, ¿dónde están ahora y dónde estarán por toda la eternidad? Mas, sea lo que fuere, es cierto que llegará un tiempo en el cual para ti anochecerá y no amanecerá, o bien, amanecerá y no anochecerá. "*Vendré como ladrón*", dice Jesucristo; es decir, cuando menos lo pienses y a escondidas. Te lo avisa con tiempo este tu amante Señor, porque desea tu salvación. Corresponde, pues, a tu Dios; aprovéchate del aviso, prepárate a bien morir antes que llegue la muerte. Entonces no es tiempo de prepararse, sino de hallarse preparado. Es cierto que has de morir. Ha de concluir para ti la escena de este mundo, y no sabes cuándo. ¿Quién sabe si será dentro de un año o dentro de un mes? ¿Quién sabe si mañana mismo estarás vivo? ¡Jesús mío, ilumínadme y perdonadme!

2.º Considera que en la hora de la muerte te hallarás tendido sobre una cama, asistido por un Sacerdote que te recomendará el alma, rodeado de parientes que te llorarán, con el Crucifijo a la cabecera y la candela encendida a los pies, ya próximo a pasar a la eter-

nidad. Te acometerán dolores de cabeza, tendrás oscurecidos los ojos, abrasada la lengua, cerrada la garganta, el pecho oprimido, helada la sangre, consumida la carne y traspasado de pena el corazón. Dejarás al morir todas las cosas, y pobre y desnudo te echarán a pudrir en un sepulcro. Allí los gusanos y otros animales inmundos roerán todas tus carnes, y no quedarán de ti sino algunos huesos descarnados, un poco de polvo hediondo, y nada más. A re una sepultura y mira a qué se ha reducido aquel ricachón, aquel avariento, aquella mujer vana. Así se acaba la vida. En la hora de la muerte te verás rodeado de demonios que te pondrán a la vista todos los pecados cometidos desde tu niñez. Ahora el demonio, para inducirte a pecar, encubre y excusa tus culpas. Dice que no es un gran mal aquella vanidad, aquel placer, aquella amistad, aquel rencor que fomentas en tu pecho; que no tienes mal fin en aquella conversación. Pero en el instante de la muerte te descubrirá la gravedad de tu pecado, y a la luz de la eternidad en que estarás próximo a entrar, conocerás cuán grave mal haya sido el haber ofendido a un Dios infinito. Apresúrate a remediarlo ahora que tienes tiempo, porque entonces el tiempo te faltará.

3.º Considera que la muerte es un mo-

mento del cual depende la eternidad. Hállase el hombre ya próximo a expirar, y por consiguiente próximo a entrar en una de las dos eternidades. Su suerte depende de aquel último suspiro, después del cual, en un instante, se halla el alma, o salva o condenada para siempre. ¡Oh último suspiro! ¡Oh momento del cual depende una eternidad siempre feliz o siempre desdichada; una eternidad de goces o de tormentos; una eternidad de toda clase de bienes o de toda clase de males; una eternidad, en fin, de Gloria o de infierno! Es decir, que si en aquel momento te salvas, no habrá para ti más desventura, estarás siempre contento y serás feliz; pero si yerras el golpe y te condenas, estarás siempre afligido y desesperado mientras Dios sea Dios.

En la muerte conocerás lo que quiere decir Gloria, infierno, pecado, Dios ofendido, ley de Dios despreciada, pecados callados en confesión, hurto no restituído. "¡Miserable de mí! —dirá el moribundo—, de aquí a pocos momentos he de comparecer delante de Dios. ¿Y quién sabe la sentencia que me ha de tocar? ¿Adónde iré? ¿Al Cielo o al infierno? ¿A gozar con los Angeles, o a arder con los condenados? ¡Ay de mí! Dentro de poco lo sabré; y donde entre por vez primera, allí quedaré eternamente. ¡Ah! De aquí a pocas horas, de aquí a pocos mo-

mentos, ¿qué será de mí? ¿Qué será de mí, si no reparo aquel escándalo, si no restituyo aquel hurto, aquella fama; si no perdono de corazón a mi enemigo, si no me confieso bien?" Entonces detestarás mil veces el día en que pecaste, el deleite de que disfrutaste, la venganza que tomaste; pero demasiado tarde y sin fruto, porque lo harás por puro miedo al castigo y no por amor a Dios. ¡Ah, Señor! He aquí que desde este momento me convierto a Vos; no quiero esperar a que venga la muerte; desde ahora os amo, os abrazo y quiero morir abrazado con Vos. Madre mía, María, haced que yo muera bajo el manto de vuestra protección; ayudadme en aquel trance.

Protesta para bien morir, pág. 621.

Meditaciones para un tercer día de retiro

I.—Meditación del juicio.

1.º Considera que, apenas el alma haya salido del cuerpo, será conducida ante el tribunal de Dios para ser juzgada. El juez es un Dios Todopoderoso, ultrajado por ti y sumamente airado. Los *acusadores* son los demonios, tus enemigos; el *proceso*, tus propios pecados; la *sentencia*, es inapelable; la *pena*, el infierno.

Allí no hay compañeros, ni parientes, ni amigos; entre Dios y tu alma ha de resolverse tu causa. Entonces comprenderás la fealdad de tus pecados, y no podrás disculparlos como lo haces ahora. Serás examinado sobre tus pecados de pensamiento, de palabra, de complacencia, de obra, de omisión y de escándalo; todo se ha de pesar en aquella gran balanza de la justicia divina, y con que te halles falto en una sola cosa grave, estarás perdido. ¡Jesús mío y Juez mío, perdónadme antes de hacerme comparecer en vuestro Juicio!

2.º Considera cómo la justicia divina juzgará a todas las gentes en el valle de Josafat, cuando, acabado el mundo, resuciten los cuerpos, para recibir, juntamente con las almas, premio o castigo, según sus obras. Reflexiona que si te condenas, volverás a tomar este mismo cuerpo, que servirá de eterna prisión a tu alma desgraciada. En aquel amargo encuentro el alma maldecirá al cuerpo, y el cuerpo maldecirá al alma, de modo que el alma y el cuerpo, que ahora se ponen de acuerdo para buscar placeres prohibidos, se unirán, a pesar suyo, después de la muerte, para ser verugos el uno del otro.

Al contrario, si te salvas, este tu cuerpo resucitará todo hermoso, impasible y resplandeciente; y así, en alma y cuerpo,

irás a gozar de la vida bienaventurada. Considera que éste será el fin de la escena de este mundo. Desaparecerán todas las grandezas, placeres y pompas de esta tierra. Todo acabará; sólo quedarán las dos eternidades: una de gloria y otra de pena; una dichosa y otra infeliz; una de goces y otra de tormentos; en el Cielo los justos, en el infierno los pecadores. ¡Desgraciado entonces el que haya amado el mundo y por los miserables gustos de esta tierra haya perdido todo: alma, cuerpo, bienaventuranza y Dios!

3.º Considera la sentencia eterna. El Juez eterno, Jesucristo, se volverá primero contra los réprobos y les dirá: "Apartaos de mi presencia; id, privados de todos los bienes y cargados de todos los males, al fuego eterno." Después se volverá a los escogidos y los dirá: "Venid, benditos hijos míos; venid a poseer el reino de los Cielos que os está preparado. Venid, no ya a llevar la cruz en pos de Mí, sino a participar de mi corona. Venid a ser herederos de mis riquezas y compañeros de mi gloria. Venid a cantar eternamente mis misericordias. Venid del destierro a la patria, de las miserias al gozo, de las lágrimas a la alegría, de las penas al eterno descanso". Jesús mío, yo espero ser también uno de estos hijos afortunados. Os amo sobre todas las cosas; bendecid-

me desde ahora, y bendecidme también Vos, ¡oh dulce Madre mía, María!

II.—Meditación del infierno.

1.º Considera que el infierno es una prisión infelicísima llena de fuego. En este fuego están sumergidos los condenados, teniendo un abismo de fuego por encima, en derredor y por debajo. Tienen fuego en la boca, fuego en los ojos, fuego por todas partes. *Cada sentido tiene su propia pena.* Los *ojos* son atormentados por el humo y las tinieblas, y espantados por la vista de los otros condenados y de los demonios. Los *oidos* oyen de día y de noche perpetuos alaridos, llantos y blasfemias. El *olfato* está atormentado por el hedor de aquellos innumerables cuerpos corrompidos. Y el *gusto* por ardentísima sed y hambre canina. Por lo cual, aquellos infelices encarcelados, abrasados por la sed, devorados por el fuego, atligidos por todos los tormentos, lloran, gritan, se desesperan; mas no hay ni habrá quien los alivie y consuele. ¡Oh, infierno, infierno! ¡Cuántos hay que no quieren creer en ti hasta que no caen en tus abismos! Y tú, hermano mío, ¿qué dices? Si debieras morir ahora, ¿adónde irías? Tú, que no puedes sufrir el ardor de una chispa de fuego que te salte a la mano, ¿podrás estar en un lago de fuego que te abraze, desconsolado y

abandonado de todos por toda una eternidad?

2.º Considera después la pena que tendrán las *potencias* del alma. La *memoria* será siempre atormentada por el remordimiento de la conciencia. Este es aquel gusano que sin cesar roerá al condenado al pensar que se ha perdido voluntariamente y por unos viles envenenados placeres. ¡Oh, Dios! ¿Qué le parecerán entonces aquellos momentos de placer, después de ciento, después de mil millones de años de infierno? Este gusano le recordará el tiempo que Dios le dió para expiar sus culpas, los medios que le proporcionó para salvarse, los buenos ejemplos de los compañeros, los propósitos hechos y no cumplidos. Entonces verá que ya no hay remedio a su eterna ruina. La *voluntad* estará siempre contrariada; nunca alcanzará nada de cuanto desea y siempre tendrá lo que aborrece, es decir, todos los tormentos. El *entendimiento* conocerá el gran bien perdido, a saber: la bienaventuranza y Dios. ¡Oh Dios mío!, perdonadme por amor de Jesucristo.

3.º Pecador, cuando veas a los bienaventurados triunfar y gozar en el reino de los Cielos, mientras tú serás excluido de aquella patria bienaventurada y privado de la hermosa presencia de Dios, de la compañía de María Santísima, de los

Ángeles y de los Santos, conocerás, ¡ay!, tu espantosa ceguera, y dirás desesperado: "¡Oh Paraíso de eternos contentos! ¡Oh Dios mío! ¡Oh mi Bien infinito! ¿Conque no eres ni jamás serás mío? ¡Desgraciado de mí!..."

Ea, hermano mío, haz penitencia, muda de vida, no esperes a que a ti también te falte tiempo. Entrégate a Dios. empieza a amarle de veras. Ruega a Jesús, ruega a María Santísima, que tenga piedad de ti.

III.—Meditación de la eternidad de las penas.

1.º Considera que el infierno no tiene fin: en él se padecen las penas y todas son eternas. De modo que pasarán cien años de aquellas penas, pasarán mil, y el infierno estará como si entonces empezara; pasarán cien mil siglos, cien millones, mil millones de años y de siglos, y el infierno seguirá lo mismo que el primer día. Si un ángel llevase ahora a un condenado la noticia de que Dios quería sacarle del infierno cuando hubiesen pasado tantos millones de siglos cuantos son las hojas de los árboles, las gotas de agua del mar y los granos de arena de la tierra, tú al saberlo quedarías atónito y lleno de horror en vista de ese prodigioso número de siglos pasados en los tormentos. Y sin embargo, es indudable que

aquél haría por tal anuncio más fiestas que tú si te anunciaran que habías sido hecho monarca de un gran reino. Sí; porque diría el condenado: "Verdad es que han de pasar tantos siglos, pero llegará un día en que han de acabarse." Pero, ¡ay!, pasarán todos esos siglos, y el infierno estará en su principio; se multiplicarán tantas cuantas veces son las gotas de agua, los granos de arena y las hojas de los árboles, y el infierno no habrá disminuído un punto. Cualquier condenado se contentaría con que Dios le aumentase sus penas y se las prolongase cuanto le pareciere, con tal que por último tuvieran término, mas este término no lo tendrán jamás.

Si pudiese a lo menos el pobre condenado engañarse a sí mismo, forjarse ilusiones y decir: "¿Quién sabe? ¡Acaso Dios algún día tenga piedad de mí y me saque del infierno!" Pero no: el réprobo tendrá siempre delante de sus ojos escrita la sentencia de su condenación eterna, y no podrá menos de decir: "¿Con que todas estas penas que sufro ahora, este fuego, esta amargura, estos gritos no han de acabar nunca? No. ¿Y cuánto tiempo durarán? Durarán siempre. ¡Siempre! ¡Oh siempre!, ¡oh eternidad!, ¡oh infierno! ¿Cómo? ¿Los hombres creen en ti y pecan? ¿Y siguen siempre viviendo en el pecado?"

2.º Hermano mío, ten cuidado; piensa que también para ti hay infierno, si pecas. Ya está encendida bajo tus pies aquella formidable hoguera; ahora mismo que esto lees, ¡oh!, ¡cuántas almas están cayendo en ella! Si alguna vez has merecido el infierno, da a Dios gracias por no haberte precipitado en él, y luego al punto remedia el mal que has hecho, en cuanto te sea posible. Lloro tus pecados, toma los remedios oportunos para salvarte, confiesa con frecuencia, sé devoto de María, rezale el rosario cada día y ayuna en su honor cada sábado, resiste a las tentaciones, invocando repetidas veces los dulces nombres de Jesús y de María; huye de las ocasiones de pecar, y si además te llama Dios a dejar el mundo, hazlo pronto. Cuanto se haga para evitar una eternidad de penas es poca cosa, es nada. ¡Mira cuántos anaceretas, para librarse del infierno, han ido a encerrarse en las grutas y desiertos! Y tú, ¿qué haces después de haber merecido tantas veces el infierno? ¿Qué haces? ¿No ves que tu condenación es inminente? Date a Dios y dile: "Señor, heme aquí; quiero hacer todo lo que queráis de mí." María, ayúdame.

Protesta para bien morir, pág. 621.



Asistencia a los moribundos

Advertencias, preces y jaculatorias para ayudar a bien morir

Sucede muchas veces que, por falta de Sacerdotes, salen de esta vida los pobres moribundos sin tener quien les diga una palabra de consuelo espiritual en aquellos últimos y, por lo tanto, terribles momentos; sin que haya quien les ayude a luchar valerosamente en aquella decisiva batalla con el infierno, y, lo que es peor, no pocas veces sin hallarse quien les recuerde la obligación de recibir los Santos Sacramentos, y esto por una falsa, engañosa, y, diré, diabólica compasión; temiendo los parientes y amigos contristar al enfermo y agravar su estado con este recuerdo, dejan que el enfermo muera sin los auxilios de la Religión, por miedo de abreviarle la vida corporal unos pocos momentos. ¡Funesta preocupación, cuya gravedad y terribles consecuencias exceden a cuanto pudiera decirse! Sin embargo, queremos suponer que los parientes y amigos del

moribundo, a quienes nos dirigimos, tengan vivísimo interés en que éste confiese, reciba el Santo Viático y la Extrema Unción. Mas esto no basta; porque luego se retira el Sacerdote, y muchas veces sucede que no puede volver, sea porque otras ocupaciones o la distancia se lo impidan, sea porque el mismo mal, agravándose repentinamente, no dé tiempo a que vuelva el Ministro de Jesucristo, sea por cualquier otro motivo; y en este caso es de la mayor importancia que haya, por lo menos, alguna persona legítima que ayude al agonizante a bien morir, sugiriéndole afectos piadosos. Al efecto nos ha parecido conveniente y muy útil y provechoso poner a continuación las siguientes advertencias, peticiones y jaculatorias.

ADVERTENCIAS

1.^a Se procurará rociar a menudo al enfermo con agua bendita, si la hubiese. Se le hará besar con frecuencia el Crucifijo y alguna imagen de la Virgen, e invocar repetidas veces los dulcísimos nombres de Jesús y María.

2.^a Se procurará que en el aposento del enfermo no se hable de cosas inútiles; que no entren parientes a llorar ni dar gritos, y que los Circunstantes se ocupen en rezar el Rosario con otras peticiones, y más de una vez la Letanía de

nuestra Señora, por el moribundo. Nótese aquí que, por regla general, cuando el enfermo se halla privado del sentido, convendrá más ayudarle con oraciones que con palabras.

3.^a Sea cauto el que ayude a bien morir en tocar la nariz, las manos y los pies del enfermo, para ver si están fríos; pues si esto se repitiese mucho, podría conturbarle e inquietarle.

4.^a Cuando el enfermo está próximo a expirar, se le hará tener, al menos por algún tiempo, la candela bendita encendida, como señal de que quiere morir en la Santa Fe Católica.

5.^a Las preces, afectos y jaculatorias se dirán con voz dulce y suave, y no tan alta ni con tanta insistencia que moleste al moribundo, ni tan seguidas unas de otras las jaculatorias, que no se le deje descansar un ratito después de cada una.

6.^a Se procurará que desaparezcan del cuarto del enfermo todos los objetos peligrosos, como armas, pinturas poco honestas, y señaladamente las personas que pudieran serle ocasión de pecado; y a éstas no se les permitirá la entrada en el aposento, aun cuando por otra parte parezcan útiles para el servicio del enfermo.

AFECTOS

DE CONFIANZA.—En vuestras manos encomiendo mi espíritu, porque Vos me habéis redimido, ¡oh Dios de verdad y de misericordia!

Jesús mío, ¿cómo me habéis de negar el perdón, no habiéndome negado la sangre y la vida?

¡Oh Señor y Dios mío!, en Ti confío.

¡Oh buen Jesús!, metedme en vuestras llagas.

Pasión sagrada de Jesús, tú eres mi esperanza.

María, Madre dulcísima, Vos me habéis de salvar; apiadaos de mí, pobre pecador.

¡Oh María, Madre de Dios y de los pecadores!, rogad por mí a Jesús.

Glorioso Patriarca San José, interceded por mí. Por Vos espero que me miren con compasión Jesús y María.

DE CONTRICIÓN.—Jesús mío y Juez mío, perdonadme antes de juzgarme.

¡Ah, Dios mío! ¡Quién no os hubiera ofendido jamás!

Me pesa, Dios mío, con toda mi alma

y sobre todas las cosas, de haberos ofendido.

Dios mío, yo os ofrezco los dolores de mi enfermedad y la muerte, en expiación de las ofensas que os he hecho.

¡Oh María, Madre mía!, alcanzadme un verdadero dolor de mis pecados, el perdón y la perseverancia.

DE AMOR.—Dios mío, Bondad infinita y digno de todo amor, os amo sobre todas las cosas, os amo más que a mí mismo, os amo con todo mi corazón.

Señor mío, no soy digno de amaros por haberos ofendido; mas, por amor de Jesucristo, haced que yo os ame con toda mi alma.

Señor mío, castigadme como queráis; pero no me privéis de poder amaros.

Dios mío, dadme la salvación para amaros en el Cielo con un amor eterno e infinito.

Jesús mío, yo quiero padecer cuanto Vos queráis, y morir, si esta es vuestra voluntad.

Dios mío, hacedme todo vuestro antes que muera, para que no pueda perderos

jamás. Yo desearía amaros cuanto merecís.

¡Oh María, Madre mía!, yo os amo mucho, y deseo amaros eternamente en el Cielo; unidme todo a mi Dios.

DE RESIGNACIÓN.—Dios mío y mi Señor, sólo quiero lo que Vos queráis; deseo padecer lo que Vos queráis, y morir como Vos queráis.

Señor mío, en vuestras manos encomiendo mi alma y mi cuerpo, mi vida y mi muerte. Ora me consoléis, ora me afligáis, yo os amaré siempre, y siempre bendeciré vuestro Santo Nombre.

¡Oh Padre eterno!, aceptad mi muerte, yo os la ofrezco, unida a la de mi Señor Jesucristo.

¡Oh voluntad de Dios!, tú eres mi único amor.

¡Oh beneplácito de mi Dios!, yo lo sacrifico todo.

DE DESEO DEL CIELO.—¡Dios mío, cuándo llegará la hora en que contemple vuestra hermosura infinita y pueda veros cara a cara!

¡Oh Dios mío, amor mío y mi todo!

¡Jesús mío, cuándo podré besar las llagas que por mí os abrieron!

¡Oh María, cuándo llegaré a verme a vuestros pies para no separarme más de vuestra compañía!

¡Oh Madre mía, muéstrame después de este destierro a Jesús, fruto bendito de tu vientre!

AFECTOS QUE DEBEN SUGERÍRSELE CUANDO SE LE DA A BESAR EL CRUGIFUJO

¡Oh Jesús mío, no miréis mis pecados, sino lo que habéis padecido por mí.

Acepto, Jesús mío, el padecer y morir por Vos, que habéis padecido y muerto por mí.

Vos os disteis todo a mí y yo me doy todo a Vos.

Amado Redentor mío, me abrazo a vuestros pies como la Magdalena; hacéme conocer que me habéis perdonado.

Padre Eterno, Vos me disteis a vuestro Hijo por mi Redentor, y yo os ofrezco mi vida y mi muerte.

Dios mío, perdonadme por amor de Jesucristo.

Jesús mío, es verdad que he merecido mil veces el infierno; pero Vos perdonadme por vuestra infinita misericordia.

Jesús dulcísimo, no permitáis que me separe de Vos.

AFECTOS PARA LA AGONÍA Y AL TIEMPO
DE EXPIRAR

Creo en Vos, Dios mío, verdad infalible.

Espero en Vos, misericordia infinita.
A Vos amo, bondad inmensa y amabilísima.

Sangre de mi Jesús, lávame.

Pasión de mi Jesús, sálvame.

¡Oh buen Jesús!, escúchame.

¡Oh Madre mía!, no me abandonéis.

¡Oh Dios eterno!, deseo y espero amaros por toda la eternidad.

Jesús mío, os encomiendo esta alma, rescatada con el precio de vuestra preciosa sangre.

(Adviértase que cuando el enfermo se halla ya próximo a expirar, los afectos deben sugerírsele más a menudo y en voz algo más alta.)

Señor mío Jesucristo, recibid mi espíritu.

Jesús mío, amor mío, yo os amo y me arrepiento de haberos ofendido.

Jesús mío, salvadme por vuestra Pasión.

María, Madre mía, ayudadme.

Glorioso Patriarca San José, socorredme.

San Miguel Arcángel, defendedme.

Ángel de mi guarda, asistidme.

Santo de mi nombre, recomendadme a Jesucristo.

(A las últimas boqueadas se repetirán muchas veces los nombres de Jesús, María y José.)

Jesús, José y María, asistidme en mi agonía.

Jesús, José y María, amparad el alma mía.

Jesús, José y María, defended el alma mía.

Jesús, José y María, salvad el alma mía.

Jesús y María, asistidme.

Jesús mío, misericordia.

Jesús y María, perdonadme.

Jesús, Jesús, Jesús, defendedme.

Jesús y María, defendedme.

Ponemos a continuación las preces que la Iglesia ha señalado para ayudar a los agonizantes y hacerles la recomendación del alma; porque, como sabiamente dice un devoto escritor moderno, no hay preces más tiernas y propias para preparar a bien morir que éstas, enseñadas por la que es Maestra de verdad y tan especialmente asistida por el Espíritu Santo.

RECOMENDACIÓN DEL ALMA SEGÚN EL
RITUAL ROMANO

V. La paz sea en esta casa.

R. Y a todos los que habitan en ella.

(Se debe echar agua bendita sobre el lecho del moribundo.)

Kyrie eleison.

Christe eleison.

Kyrie eleison.

Santa María, ruega por él (o por ella).

Santos Angeles y Arcángeles, rogad.

San Abel, ruega.

Coro de los justos, rogad.

San Abraham,	ruega.
San Juan Bautista,	ruega.
San José,	ruega.
Santos Patriarcas y Profetas,	rogad.
San Pedro,	ruega.
San Pablo,	ruega.
San Andrés,	ruega.
San Juan,	ruega.
Santos Apóstoles y Evangelistas,	rogad.
Santos discípulos del Señor,	rogad.
Santos Inocentes,	rogad.
San Esteban,	ruega.
San Lorenzo,	ruega.
Santos mártires,	rogad.
San Silvestre,	ruega.
San Gregorio,	ruega.
San Agustín,	ruega.
Santos Pontífices y Confesores,	rogad.
San Benito,	ruega.
San Francisco,	ruega.
San Camilo,	ruega.
San Juan de Dios,	ruega.
Santos monjes y ermitaños,	rogad.
Santa María Magdalena,	ruega.
Santa Lucía,	ruega.
Santas Vírgenes y Viudas,	rogad.

Santos y Santas de Dios, interceded todos por él (o ella).

Séle propicio, perdónale, Señor.

Séle propicio, escúchale, Señor.

Séle propicio, líbrale, Señor.

De tu cólera, líbrale, Señor.

Del peligro de la muerte, líbrale.

De una mala muerte, líbrale

De las penas del Infierno, líbrale.

De todo mal, líbrale.

Del poder del diablo, líbrale.

Por tu Natividad, líbrale.

Por tu Cruz y tu Pasión, líbrale.

Por tu muerte y sepultura, líbrale.

Por tu gloriosa Resurrección líbrale.

Por tu admirable Ascensión, líbrale.

Por la gracia del Espíritu Santo
to Consolador, líbrale.

En el día del juicio, líbrale.

Así te lo pedimos nosotros, pecadores; óyenos, Señor.

Te rogamos que le perdones; óyenos, Señor.

Kyrie eleison.

Christe eleison.

Kyrie eleison.

ORACION

Parte, alma cristiana, de este mundo, en el nombre de Dios Padre Omnipotente, que te crió; en el nombre de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que padeció por ti; en el nombre del Espíritu Santo que te fué comunicado; en el nombre de la Santísima y gloriosa Virgen María, Madre de Dios; en el nombre de San José, glorioso esposo de la misma Virgen; en el nombre de los Angeles y Arcángeles; en el nombre de los Tronos y Dominaciones; en el nombre de los Principados y Potestades; en el nombre de los Querubines y Serafines; en el nombre de los Patriarcas y Profetas; en el nombre de los Santos Apóstoles y Evangelistas; en el nombre de los santos mártires y confesores; en el nombre de los santos monjes y ermitaños; en el nombre de las santas vírgenes y de todos los santos y santas de Dios, sea hoy en paz tu morada y tu habitación en la santa Sión. Por el mismo Cristo Nuestro Señor. Amén.

Dios misericordioso, Dios clemente, Dios que por la inmensidad de tus mi-

sericordias borras los pecados de los arrepentidos, y con la benignidad del perdón quitas el reato de los pasados crímenes; dirige una mirada propicia sobre tu siervo N., y escucha sus ruegos, concediéndole la remisión de todos sus pecados, que humildemente confiesa. Renueva en él, piadosísimo Padre, todo lo que la fragilidad humana ha corrompido, o la malicia del demonio ha manchado, y únele para siempre a tu Iglesia, como miembro redimido por Jesucristo. Apiádate, Señor, de sus gemidos; apiádate de sus lágrimas; y, puesto que en tu misericordia únicamente confía, dignate dispensarle la gracia de una perfecta reconciliación. Por el mismo Cristo Nuestro Señor. Amén.

Te encomiendo, querido hermano, a Dios Omnipotente, y al mismo, de quien eres hechura, te confío, para que, después de pagar la deuda de la muerte, impuesta al género humano, vuelvas a tu Criador, que te formó de la tierra. Al salir, pues, tu alma del cuerpo, sálgale al encuentro el glorioso ejército de los Angeles, salgan a recibirte los Apóstoles

que te han de juzgar; venga a buscarte el escuadrón triunfante de los mártires; recíbate la victoriosa falange de los confesores; acójate con alegría el brillante coro de las vírgenes; y seas admitido en la morada del eterno descanso, entre los brazos de los Patriarcas; San José, dulce abogado de los moribundos, te anime con una gran confianza; la Virgen María Santa Madre de Dios, incline hacia ti sus benignos ojos; se te manifieste Jesucristo con rostro alegre y benigno, y te agregue para siempre al número de los que están en su compañía. No experimentes nunca el horror de las tinieblas, el ardor de las llamas ni los demás tormentos. Ríndasete el horrible Satanás con todos sus secuaces, y al verte llegar rodeado de los Angeles, se estremezca y precipite en el abismo de la noche eterna. Levántese Dios, y disípanse sus enemigos, y huyan de él los que le aborrecieron; desvanézcase como el humo; y como la cera que se derrite al fuego, así perezcan los pecadores en la divina presencia, y se alegren los justos, llenándose de regocijo delante de Dios. Sean confun-

didadas y avergonzadas todas las legiones infernales, y los ministros de Satanás no se atrevan a oponerse a tu paso. Librete de los tormentos Jesús, que por ti fué crucificado; librete de la muerte eterna Jesús, que se dignó padecer muerte por ti; colóquete Jesucristo, Hijo de Dios vivo, en el jardín siempre ameno de su Paraíso, y, verdadero Pastor, como es, te reconozca por una de sus ovejas; absuélvate por su misericordia de todos tus pecados, y colóquete a su derecha entre sus escogidos; veas eternamente cara a cara a tu Redentor, estando siempre en su presencia; contemples sin velo tan soberana Verdad, y admitido en el número de los bienaventurados, goces de la dulzura de la contemplación divina por los siglos de los siglos. Amén.

Recibe, Señor, a tu siervo en el lugar de la salvación, que espera de tu misericordia. Amén.

Libra, Señor, el alma de tu siervo, como preservaste a Enoch y Elías de la muerte común a todos los hombres. Amén.

Libra, Señor, el alma de tu siervo,

como libraste a Noé del diluvio. Amén.

Libra, Señor, el alma de tu siervo, como libraste a Abraham de la tierra de los Caldeos. Amén.

Libra, Señor, el alma de tu siervo, como libraste a Job de sus padecimientos. Amén.

Libra, Señor, el alma de tu siervo, como libraste a Isaac de las manos de su padre, cuando iba a sacrificarle. Amén.

Libra, Señor, el alma de tu siervo, como libraste a Lot de Sodoma y de la lluvia de fuego. Amén.

Libra, Señor, el alma de tu siervo, como libraste a Moisés de las manos de Faraón, Rey de Egipto. Amén.

Libra, Señor, el alma de tu siervo, como libraste a Daniel del lago de los leones. Amén.

Libra, Señor, el alma de tu siervo, como libraste a los tres niños del horno encendido y de las manos de un rey impío. Amén.

Libra, Señor, el alma de tu siervo, como libraste a Susana de una falsa acusación. Amén.

Libra, Señor, el alma de tu siervo, co-

mo libraste a David de las manos del rey Saúl y de Goliat. Amén.

Libra, Señor, el alma de tu siervo, como libraste a San Pedro y San Pablo de sus prisiones. Amén.

Y así como libraste a la virgen y mártir Santa Tecla de tres horribles tormentos, así también dignate librar el alma de este tu siervo, y hazle gozar en tu compañía de los bienes eternos. Amén.

Te encomendamos, Señor, el alma de tu siervo N..., y te pedimos, Señor Jesucristo, Salvador del mundo, que, pues por ella, movido de tu misericordia, viniste al mundo, no le niegues la entrada en la morada de tus Patriarcas. Reconoce, Señor, esta criatura tuya, que no ha sido hecha por dioses extraños, sino por Ti, único Dios vivo y verdadero; porque no hay otro Dios más que Tú, ni hay quien pueda igualar tus obras, Señor, hena su alma de consuelos en tu presencia, y no te acuerdes de sus pasadas iniquidades ni de los excesos a que le llevaron el furor y el hervor de sus pasiones; porque, aunque es verdad que ha pecado, sin embargo, no ha llegado a re-

nunciar a la fe del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; antes bien, creyó y tuvo celo por la honra de Dios, y adoró fielmente a Dios, que hizo todas las cosas.

ORACION

Te pedimos, Señor, que olvides los pecados de su juventud y los extravíos de su ignorancia, y según tu grande misericordia, te acuerdes de él en el esplendor de tu gloria. Abranlese delante las puertas del Cielo, alégrense con él los Angeles; recíbele, Señor, en tu reino.

Recíbale San Pedro Apóstol, a quien Dios entregó las llaves del reino celestial; asístale el Apóstol San Pablo, que mereció ser vaso de elección; interceda por él el amado Apóstol San Juan, a quien fueron revelados los secretos celestiales. Rueguen por él todos los Santos Apóstoles a quienes concedió el Señor el poder de absolver o retener los pecados; pidan por él todos los Santos y escogidos de Dios, que padecieron en esta vida por el nombre de Jesucristo, para que, libre de los lazos del cuerpo, merezca llegar a la gloria del reino ce-

lestial. Por Nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina con el Padre y con el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

La bondadosísima Virgen María, Madre de Dios, consoladora piadosísima de los afligidos, encómiende a su Hijo el alma de su siervo, para que mediante su maternal intercesión no tema los terrores de la muerte, y de Ella acompañado llegue alegremente a la tan deseada morada de la patria celestial. Amén.

A Ti recurro, San José, Patrono de los moribundos; a Ti, a cuyo bienaventurado tránsito asistieron vigilantes Jesús y María; por esta doble preciosísima prenda, te encomiendo encarecidamente el alma de tu siervo, angustiado en este último combate, a fin de que se vea libre, con tu protección, de las asechanzas de Satanás y de la muerte eterna, y llegue a la posesión de la gloria celestial. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

ORACION

que deberá decir el moribundo a algún otro en su nombre

Oh, Dios mío, que por la Redención del género humano quisiste nacer en un pesebre, ser circuncidado, reprobado por los judíos, entregado por Judas el traidor con un beso, atado con cuerdas, llevado a la muerte como inocente cordero y presentado con escarnio a Anás, Caifás, Pilatos y Herodes; acusado por falsos testigos, cargado de oprobios y azotado, escupido, de espinas coronado, abofeteado, golpeado con una caña, vendados los ojos, despojado de las vestiduras, enclavado en una Cruz, y levantado en alto entre dos ladrones, atormentado con hiel y vinagre y abierto el costado con la lanza; por estas tus santísimas penas que yo, indigno, medito, por tu santísima Cruz y por tu muerte, líbrame (*o libra a tus siervos*) de las penas del infierno, y dignate llevarlo a donde llevaste al ladrón que fué crucificado contigo, Tú que vives y reinas con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.



INDULGENCIAS

de los objetos de piedad que los Reverendos Padres Redentoristas bendicen en las Misiones.

Indulgencia es una aplicación de las satisfacciones de Jesucristo y de los Santos concedida por la Iglesia, fuera de los Sacramentos, para remisión de la pena temporal que todavía se debe a Dios por los pecados ya perdonados en cuanto a la culpa.

Es *plenaria* cuando la intención de la Iglesia es remitir toda la pena.

Es *parcial*, por ejemplo, de cien días, de siete cuarentenas, de siete años, cuando la intención de la Iglesia es remitir solamente aquella parte de pena que se expiaría con los ayunos a pan y agua practicados según los antiguos cánones durante el número correspondiente de días, cuarentenas o años (cuarentena significa cuarenta días).

Los requisitos para poder ganar las indulgencias son tres: *estado de gracia, intención y cumplimiento de las obras prescritas.*

Para ganar las *indulgencias plenarias*, cuando no hay otra indicación, se necesita confesarse y comulgar y rezar a intención del Sumo Pontífice. La confesión y la comunión pueden hacerse el día anterior. Los que acostumbran confesarse cada semana, pueden ganar las indulgencias que se presenten de una confesión a otra, a no ser que, entre tanto, hubieren caído en pecado mortal o a no ser que se trate del Jubileo universal. En cuanto a las oraciones vocales, bastan ordinariamente algunos Padrenuestros y Avemarías u otras equivalentes.

I.—Del escapulario cuádruple.

1. *La materia* de los escapularios debe ser de tela de lana, sin que ni la seda, ni el lino, ni el algodón puedan sustituirla. Se le puede añadir una imagen en lienzo o bordada, pero no es necesario.

2. *El color* de los cuatro escapularios es el siguiente:

El escapulario de la Santísima Trinidad se compone de tres colores: el fondo ha de ser blanco y debe llevar en medio una pequeña cruz, cuya parte vertical es encarnada y la horizontal (los brazos de la cruz) azul. La parte vertical se ha de sobreponer a la horizontal. *El de los Siete Dolores* es negro. *El del Carmen*, de color pardo o café obscuro. *Y el de la Purísima Concepción*, de color azul.

3. *La figura* de los escapularios es la misma en todos, y consiste en dos pedazos rectangulares de tela de lana, cortados ordinariamente más largos que anchos y sostenidos con dos cordones o cintas. Los cordones pueden ser de cualquier materia y color.

4. *La bendición e imposición* de los escapularios son indispensables; de modo que no basta llevar un escapulario si no está bendecido e impuesto por un Sacerdote legítimamente autorizado para ello. Pero basta bendecir e imponer el escapulario *por primera vez* para no tener necesidad de hacerlo de nuevo cuando el primero se pierda o quiera sustituirse con otro igual.

La imposición se ha de hacer personalmente a cada uno de los fieles por el Sacerdote autorizado.

5. Se ha de *llevar el escapulario colgado al cuello* de modo que una parte caiga sobre el pecho, la otra sobre la espalda, y conviene llevarlo constantemente, de día y de noche, sano o enfermo y especialmente en la hora de la muerte. Si se deja por un día entero o por más tiempo, aunque no se cometa ningún pecado, a no ser que se haga por desprecio, no se participa en aquel tiempo de las indulgencias concedidas a los que lo llevan; pero si es solamente por un momento o por una parte sola

del día, especialmente siendo por necesidad, no se pierde dicha participación.

6. *Estos cuatro escapularios podrán llevarse todos reunidos, sobrepuestos unos a otros y sostenidos por dos solos cordones.* Pero adviértase que los diferentes escapularios no han de estar cosidos unos con otros alrededor de modo que parezcan uno solo, sino que estén abiertos al menos por tres lados, y que cada uno esté directamente cosido a los cordones. El de la Santísima Trinidad se ha de sobreponer a todos, porque, constando de tres colores del modo dicho arriba, puedan verse los tres.—NOTA: Si a estos cuatro escapularios se une el de la Pasión, conviene sobreponerlo del lado opuesto, de modo que la estampa mire hacia afuera. Este escapulario consta de dos cordones de lana encarnada, de los que penden dos pedazos de lana del mismo color. En uno de ellos ha de estar la estampa representando al divino Salvador clavado en la Cruz; en el otro las imágenes de los Sagrados Corazones de Jesús y de María. En este escapulario los cordones necesariamente han de ser de lana colorada.

7. *Indulgencias.*—El día que se recibe el escapulario se gana por cada uno indulgencia plenaria, y otra en el artículo de la muerte. Asimismo se puede ganar indulgencia plenaria en casi todas las

fiestas principales de Nuestro Señor y de la Santísima Virgen. Además hay concedidas otras innumerables indulgencias plenarias y parciales, que no se notan aquí y que se debe hacer cada mañana intención de ganar. No se exige rezar oraciones determinadas, y cada uno puede elegir las que le sugiera su piedad, por ejemplo, un *Padrenuestro* y *Ave-maría*.—NOTA: Con el escapulario de la Pasión además del día en que se recibe y la hora de la muerte, puede ganarse indulgencia plenaria cada viernes del año.

8. *Se ha de notar sobre todo que, con el escapulario de la Inmaculada Concepción, se pueden ganar las indulgencias concedidas a la visita de las siete Basílicas de Roma, de la Porciúncula, de Jerusalén y de Santiago de Compostela, cada vez (toties quoties) que se recen, estándolo en gracia de Dios, en cualquier lugar, seis Padrenuestros, seis Avemarías y seis Gloria Patri en honor de la Santísima Trinidad y de la Inmaculada Concepción de María, rogando por la exaltación de la Santa Iglesia Católica, la extinción de las herejías, la paz y concordia de los pueblos cristianos. Para lograr esas indulgencias no es necesario confesarse, ni comulgar, ni estar de rodillas, ni añadir otras paces. Se pueden aplicar por las almas del Purgatorio.*

El escapulario del Carmen, fuera de las indulgencias, tiene algunas gracias extraordinarias prometidas por la Santísima Virgen: singular protección en los peligros de alma y cuerpo, una buena muerte, la preservación del infierno, ayuda y consuelo en el Purgatorio y salir de él cuanto antes, y sobre todo el sábado después de la muerte. Para conseguir esta última gracia, conocida con el nombre de *privilegio sabatino*, además de llevar el escapulario y de vivir piadosamente, se requiere: 1.º, guardar la castidad propia de su estado, y 2.º, rezar todos los días el oficio parvo de la Santísima Virgen (que en privado se puede hacer en lengua vulgar), o el oficio canónico de la Iglesia para aquellos a quienes obliga.

En cuanto a los que no pueden rezar el oficio, además de ayunar los días prescritos por la Iglesia, deben comer de vigilia (aunque tengan bula) todos los miércoles, viernes y sábados del año, excepto el día de Navidad, si cayere en uno de esos días. La obligación del oficio parvo para los que no sepan leer puede ser conmutada en otras obras piadosas, por el confesor que tuviere poder especial para ello. Todos los confesores pueden conmutar a los que lo pidan la abstinencia del miércoles y sábado en otra buena obra.

II.—Indulgencias de la Cruz de Misión.

El Sumo Pontífice Pío IX concedió a los fieles que visiten la Cruz de Misión de los Padres Redentoristas las siguientes indulgencias:

1. *Indulgencias plenarias.*—Una el día aniversario de la erección de la Cruz, otra el día de la *Invencción*, 3 de mayo, y otra el día de la *Exaltación*, 14 de septiembre.

Todas las indulgencias pueden ganarse en uno de los siete días que siguen a los señalados, si en ellos no se ganó.

2. *Indulgencias parciales.*—Cinco años y cinco cuarentenas cada vez que se rece un *Padrenuestro*, *Avemaría* y *Gloria* en memoria de la Pasión de Cristo, habiendo saludado a la Cruz con algún signo exterior.

III.—Indulgencias de los crucifijos, medallas y rosarios.

PLENARIAS

Todos los que posean alguno de estos objetos benditos y recen el Santo Rosario, por lo menos una vez cada semana, o practiquen algunas obras de caridad, como visitar a los enfermos, a los encarcelados, o enseñar la Doctrina cristiana, etc., puede ganar una *indulgencia plenaria* los días de Navidad, Reyes.

los domingos de Resurrección, de Pentecostés y de la Santísima Trinidad, día del *Corpus* y de Todos los Santos, los de la Purificación, Anunciación, Asunción y Concepción de Nuestra Señora, y los de San Juan Bautista, San José, San Pedro y San Pablo, San Andrés, San Juan Evangelista, Santo Tomás Apóstol, San Felipe y Santiago, San Bartolomé y San Mateo. Además otra indulgencia plenaria en la hora de la muerte, invocando el nombre de Jesús, a lo menos con el corazón.

Para ganar estas indulgencias es necesario confesar y comulgar en dichos días, además de practicar las obras indicadas.

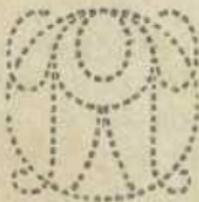
PARCIALES

Siete años y siete cuarentenas en las demás fiestas del Señor y de la Santísima Virgen; cinco años y cinco cuarentenas cada domingo o festividad. Cien días en cualquier otro día. Mas para ganar todas estas indulgencias se han de practicar las mismas buenas obras arriba dichas, menos la de confesar y comulgar, bastando sólo estar en gracia de Dios.

En cuanto a los rosarios, fuera de las dichas, tienen una indulgencia plenaria un día del año, con tal que se rece cada día, y otra el último domingo de cada

mes, con tal que se rece tres veces por semana, rogando a la intención del Pontífice, y en uno y otro caso confesando y comulgando Cada día que se rece se ganan diez años y diez cuarentenas; y cien días por cada Padrenuestro y Ave-maria Todas las indulgencias dichas se pueden aplicar a los difuntos

Además de dichas indulgencias tienen los *Crucifijos* la del *Via Crucis* Toda persona que tuviera verdadero impedimento de andar las estaciones de la Via Sacra donde están erigidas, por ejemplo: por estar enferma, de viaje, presa, demasiado distante, etc., puede ganar todas las indulgencias del *Via Crucis* si, teniendo un Cristo bendecido para ello en la mano, reza con devoción y contrición delante de él veinte Padrenuestrós, veinte Avemarias y veinte Gloria Patris.



INDICE

	Págs.
Advertencia.....	1
Breve reseña de la imagen de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro.	3
Días en que hay obligación de oír Misa y no se puede trabajar.....	9
Instrucción sobre el ayuno.....	10
Reglas para vivir cristianamente..	14

PARTE PRIMERA

I.—DE LA ORACIÓN:

La meditación. Método para meditar.....	17
La oración vocal.....	22

II.—PRÁCTICA DE LAS PRINCIPALES VIRTUDES:

De la humildad.....	24
De la mortificación.....	26
De la caridad para con el prójimo..	27
De la paciencia.....	29
De la rectitud de intención... ..	31
De los medios para alcanzar el amor de Jesucristo.....	32

III.—EJERCICIOS PIADOSOS PARA CADA DÍA:

<i>Ejercicio primero. Actos cristianos para cada día.</i>	
Por la mañana.....	24

	<u>Págs.</u>
Entre día	41
Por la noche	46

Ejercicio segundo.

La Santa Misa	53
Método primero para oír la Santa Misa	54
Método segundo	94

IV.—LA CONFESIÓN:

Examen práctico sobre los mandamientos de la ley de Dios	110
Obligaciones de cada estado	114
Oración después del examen.	117
Oración después de la confesión ...	118

V.—LA COMUNIÓN:

Actos preparatorios para la Comunión	121
Acción de gracias	130
Cinco visitas de desagravio al Corazón Eucarístico de Jesús.	142

PARTE SEGUNDA

De algunas devociones en particular.

I.—DEVOCIÓN A LA SANTÍSIMA TRINIDAD:

Trisagio en honor de la Santísima Trinidad	164
Oración a la Santísima Trinidad ...	167

	Págs.
Oración al Espíritu Santo.....	168
Alabanzas en reparación de las blas- femias.....	170
II.—DEVOCIÓN A JESUCRISTO:	
Introducción.....	171
Infancia de Jesús:	
Novena al niño Jesús.....	174
Pasión y muerte de Jesucristo:	
Devoción a la Pasión y Muerte. . .	210
Meditaciones para cada viernes de Cuaresma.....	217
El salmo Miserere en castellano... .	226
El Vía Crucis.....	260
Devoción a Jesús Sacramentado:	
Visitas al Santísimo Sacramento y a María Santísima para cada día de la semana.....	279
Método para visitar a Jesús Sacra- mentado en las Cuarenta Horas. .	319
Oración de desagravio al Santísimo Sacramento.....	322
Actos de adoración al Santísimo Sa- cramento.....	324
Jueves Eucarísticos.....	329
Devoción al Sagrado Corazón:	
Introducción.....	335
Novena al Corazón de Jesús.... .	339
Acto de ofrecimiento al Sagrado Corazón.....	362

	Págs.
Oración al Corazón agonizante de Jesús.....	362
Consagración prescrita por Pío XI	363
Letanías del Sagrado Corazón.....	366
Acto de desagravio.....	371
III.—DEVOCIÓN A MARÍA SANTÍSIMA:	
Instrucción y prácticas.....	386
El Santo Rosario.....	387
Oraciones para cada día de la semana.....	398
Oración de una madre de familia a la Santísima Virgen.....	413
Fórmula para dedicarse al servicio de María.....	415
Otra fórmula para toda una familia.	416
Coronita al purísimo Corazón de María.....	418
Oración al dulcísimo Corazón de María.....	419
Acto de consagración al Corazón de María.....	420
Novena de la Inmaculada Concepción.....	422
Gracias especiales prometidas a los devotos de los Dolores.....	431
Coronita a Nuestra Señora de los Dolores.....	434
Novena de los Dolores.....	437
IV.—DEVOCIÓN A NUESTRA SEÑORA DEL PERPETUO SOCORRO:	
Archicofradía. Súplica.....	470

	<u>Págs.</u>
Triduo a la Virgen del Perpetuo Socorro.....	472
Oración en la tribulación	477
Oración para pedir la conversión..	478
Oración para pedir su socorro	480
Invocaciones en forma de letanías a la Virgen....	481
Novena a la Virgen del Perpetuo Socorro	486
Tercer domingo de cada mes	489
Consagración a la Virgen para cada mes	525
V.—DEVOCIÓN A LA SAGRADA FAMILIA Y A SAN JOSÉ:	
Preces.....	527
El «Acordaos»	530
Oración ante una imagen de la Sagrada Familia	531
Novena al glorioso Patriarca San José.....	533
Oraciones a San José	536
Los siete domingos en honor de San José.....	540
Letanías a San José.....	547
VI.—DEVOCIÓN A LOS ÁNGELES Y A LOS SANTOS:	
Oración a San Miguel.....	550
Oración a San Gabriel.....	551
Oración a San Rafael.....	552
Oración al Ángel custodio.....	553
Oración al Santo de nuestro nombre	554

	<u>Págs.</u>
Oración a San Alfonso	555
Oraciones al mismo Santo Doctor..	557
Actos de conformidad que practica- ba San Alfonso	559
Triduo a San Alfonso.....	564
Consagración a San Alfonso.....	577
Trece martes a San Antonio	579
Novena de la gracia a San Francis- co Javier.....	595
Oración a Santa Teresa.....	599
Oración a San Luis Gonzaga.....	600
Oración a Santa Bárbara.....	601
Oración a San Roque.....	602
Oración a santa Rita.....	603
Oración a San Clemente.....	604
Otra oración a San Clemente.....	608
Oración a San Gerardo.....	609
 Oraciones varias:	
Para obtener las gracias necesarias para salvarse.....	612
Para dar gracias por el don de la fe, etcétera	616
Para que se observen los días festi- vos	619
De una madre por sus hijos.....	620
De los hijos por sus padres.....	623
Para pedir la perseverancia final...	625
Para pedir la gracia de orar siem- pre.....	626
Por la propagación de la fe.....	629

	Págs
VII.—DEVOCIÓN A LAS ÁNIMAS DEL PURGATORIO.....	632
Novena en sufragio de las benditas ánimas.....	634
Acto heroico de caridad.	651
Oración por los parientes y amigos difuntos.....	651
VIII.—DÍA DE RETIRO ESPIRITUAL:	
Día primero:	
Valor del tiempo.....	655
Viaje a la eternidad.....	660
Certidumbre de la muerte.....	665
Protesta para bien morir.....	671
Ejercicio de preparación para la muerte.....	675
Día segundo de retiro:	
Del fin del hombre.....	680
Del pecado mortal.....	683
De la muerte.....	685
Día tercero de retiro:	
Del juicio.....	689
Del infierno.....	692
De la eternidad de las penas.....	694
IX.—ASISTENCIA A LOS MORIBUNDOS.	697
X.—Indulgencias de los objetos bendecidos por los PP. Redentoristas.	718

IMPRIMI POTEST

Josephus Machiñena, C. SS. R.

Sup. Provincialis

Matriti 25 februarii 1929.

NIHIL OBSTAT

D. Eusebius Malo Sanz.

Censor

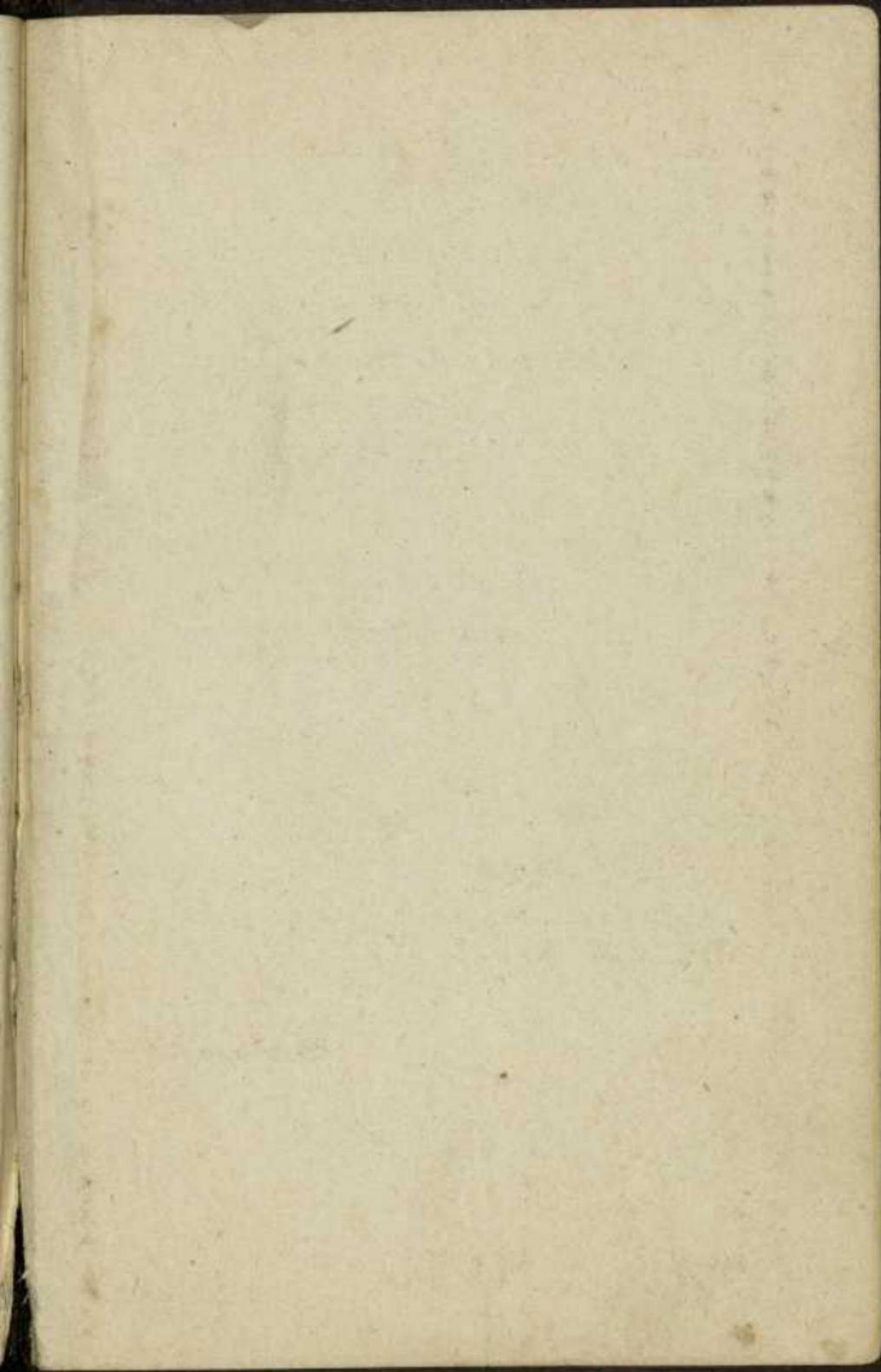
IMPRIMATUR

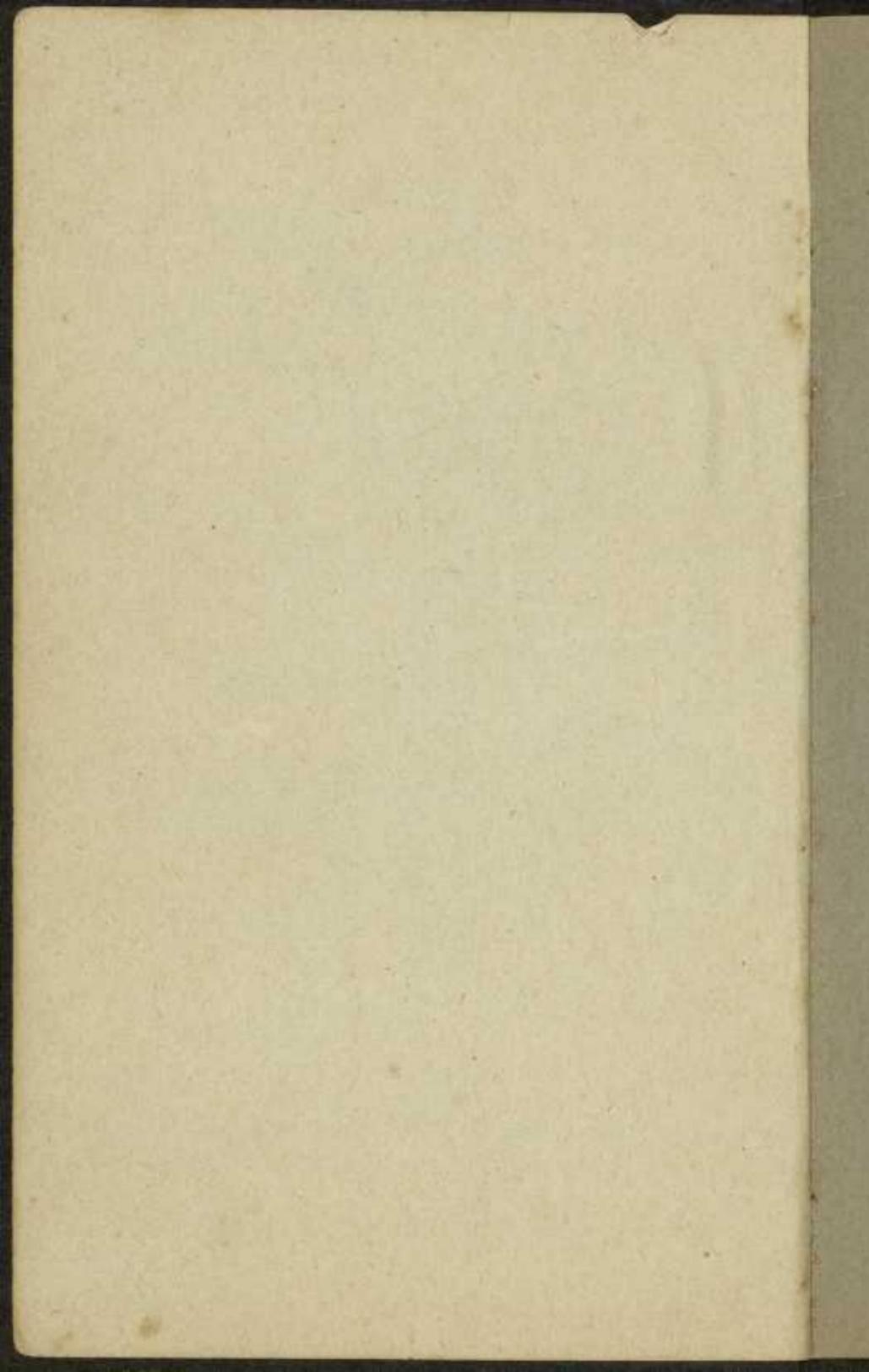
† LEOPOLDUS,

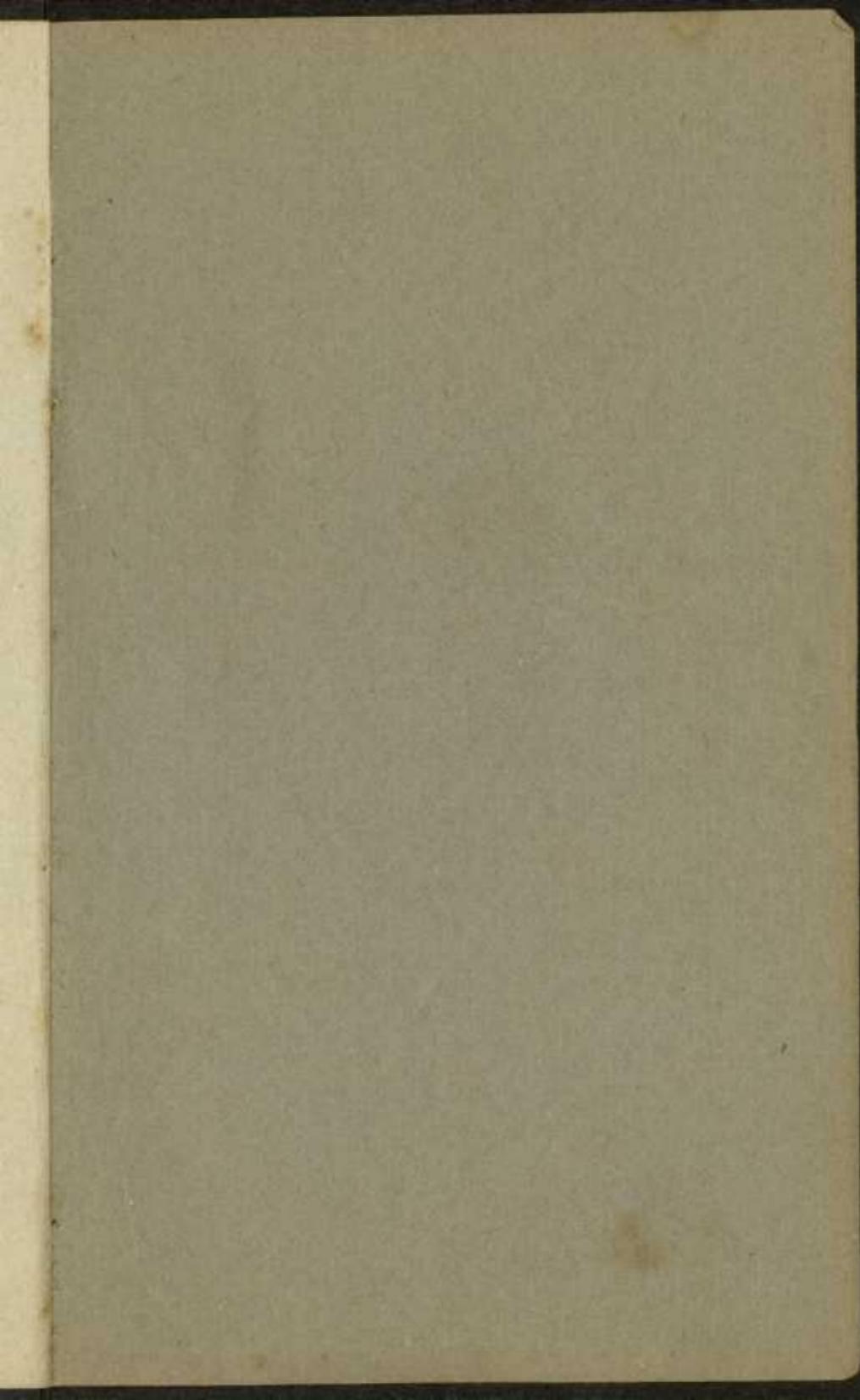
Episcopus Matritensis-Complutensis.

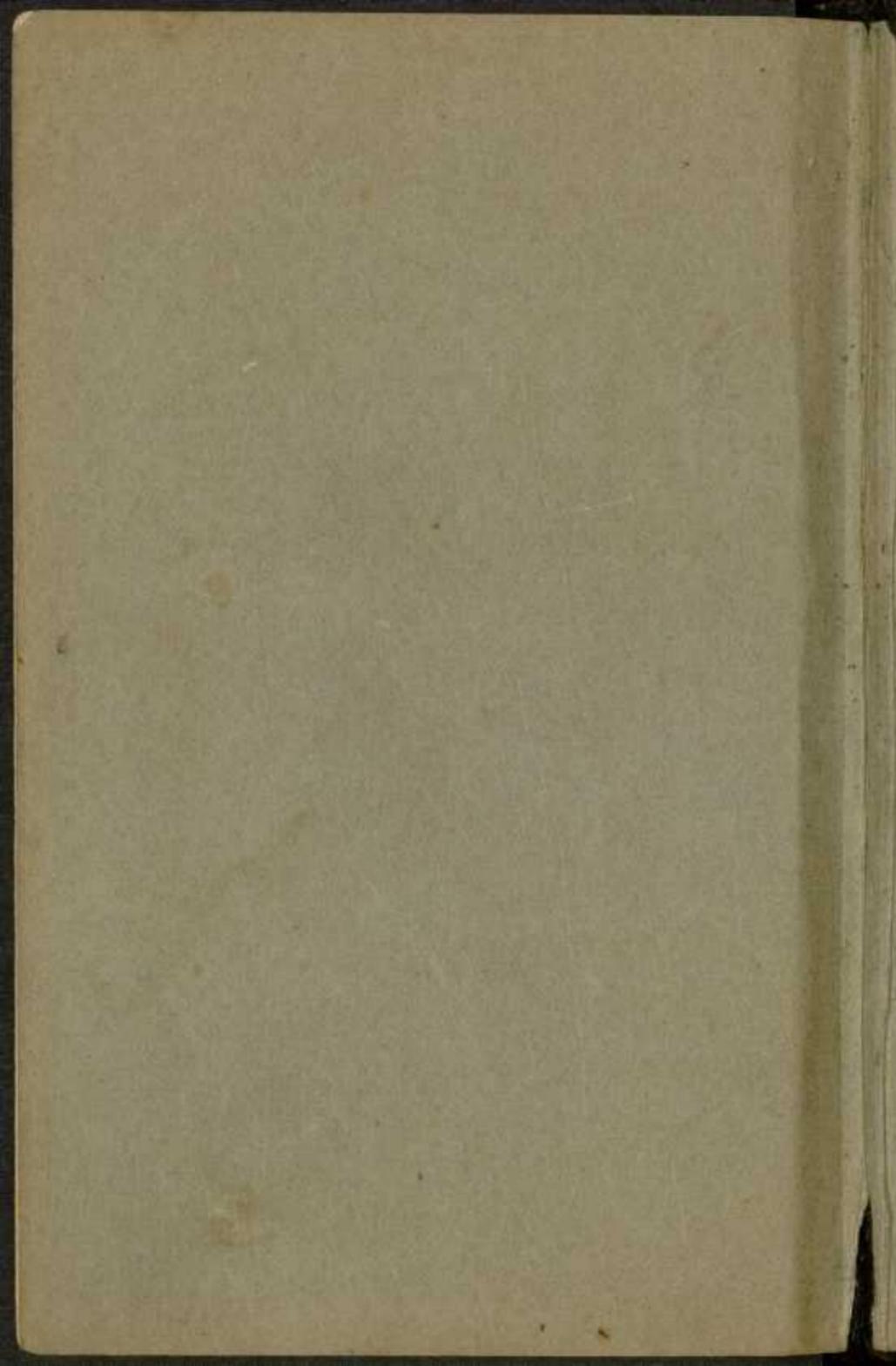
Matriti 24 februarii.

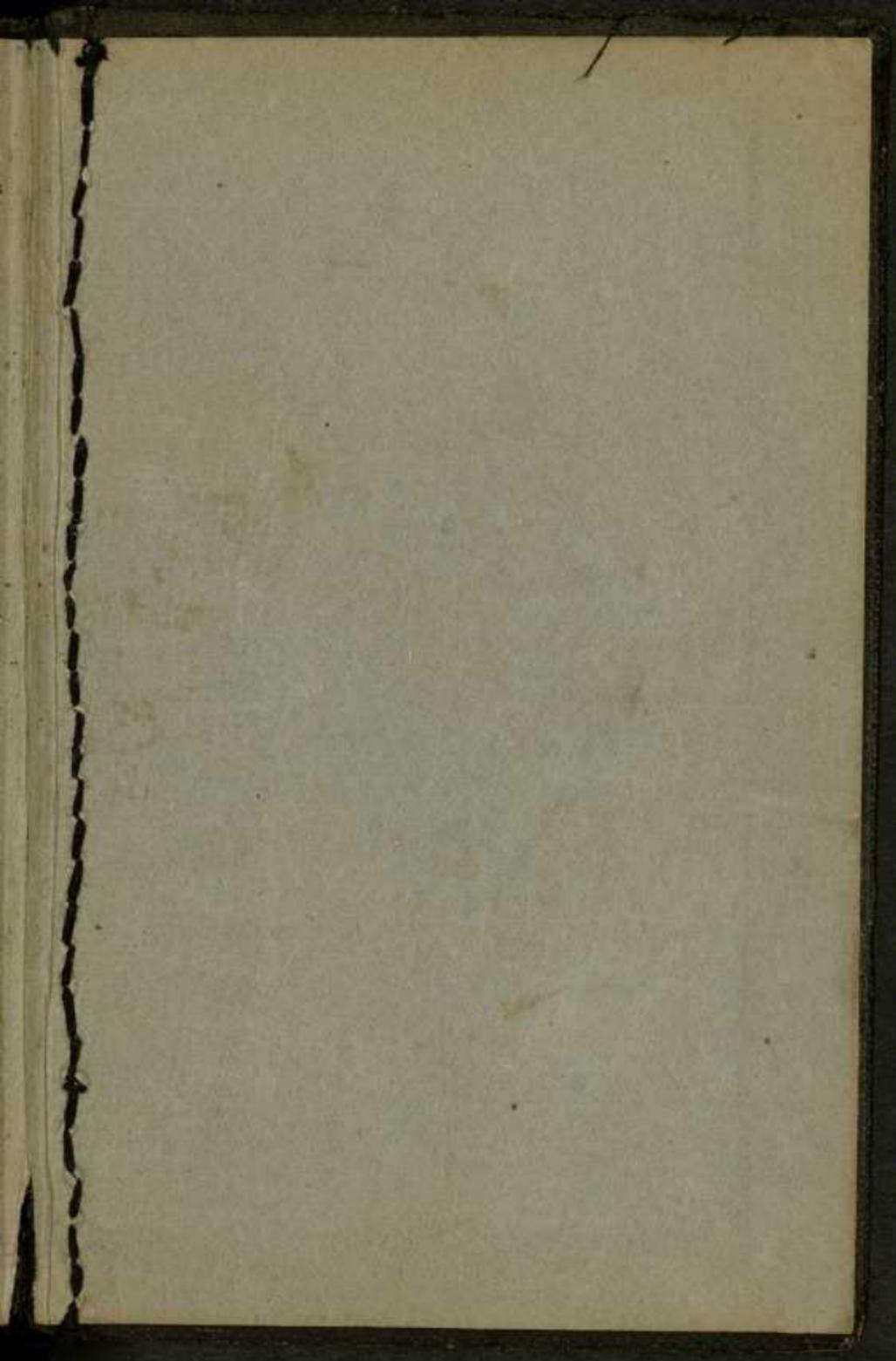
Es propiedad.

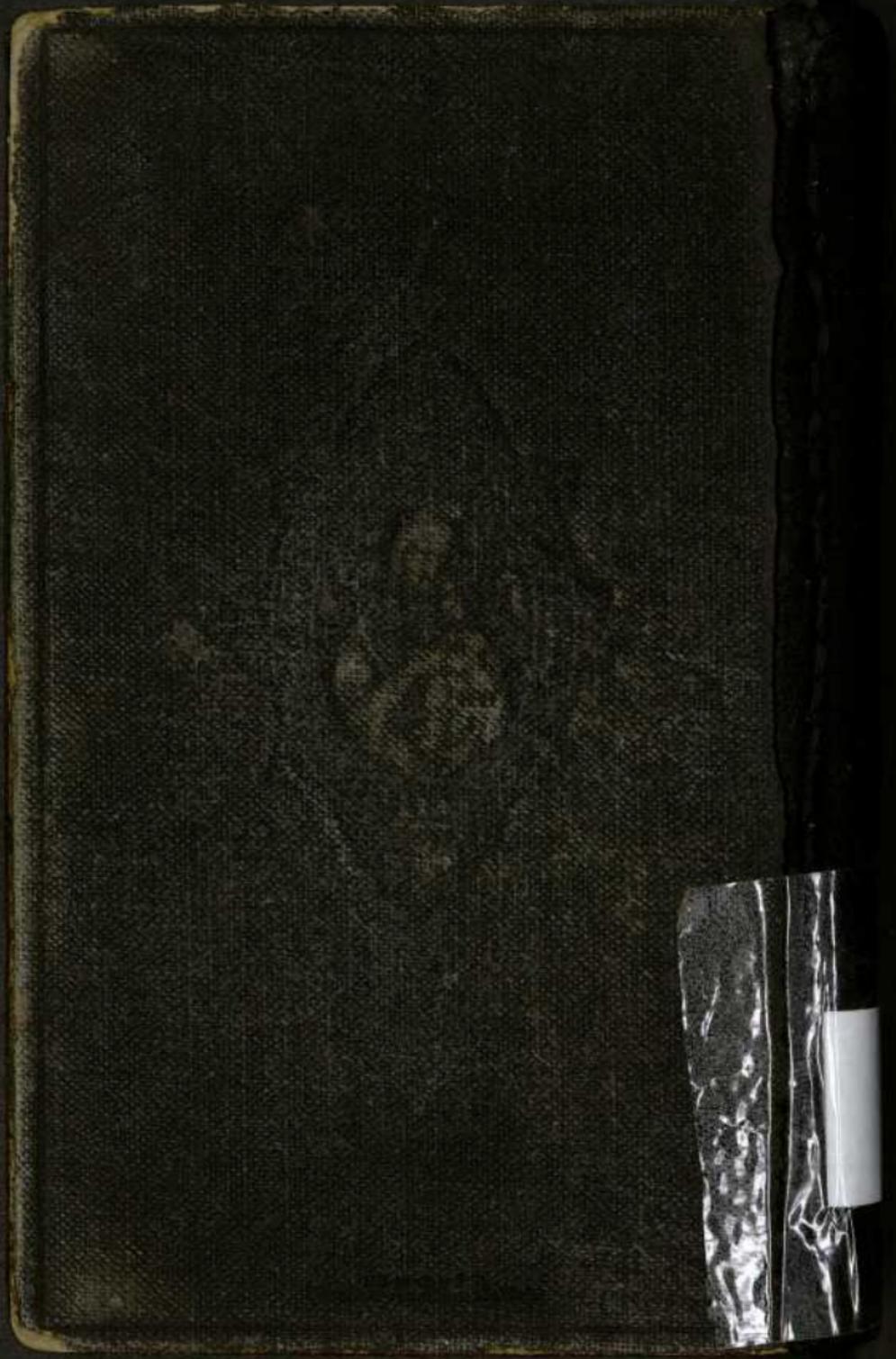














26639